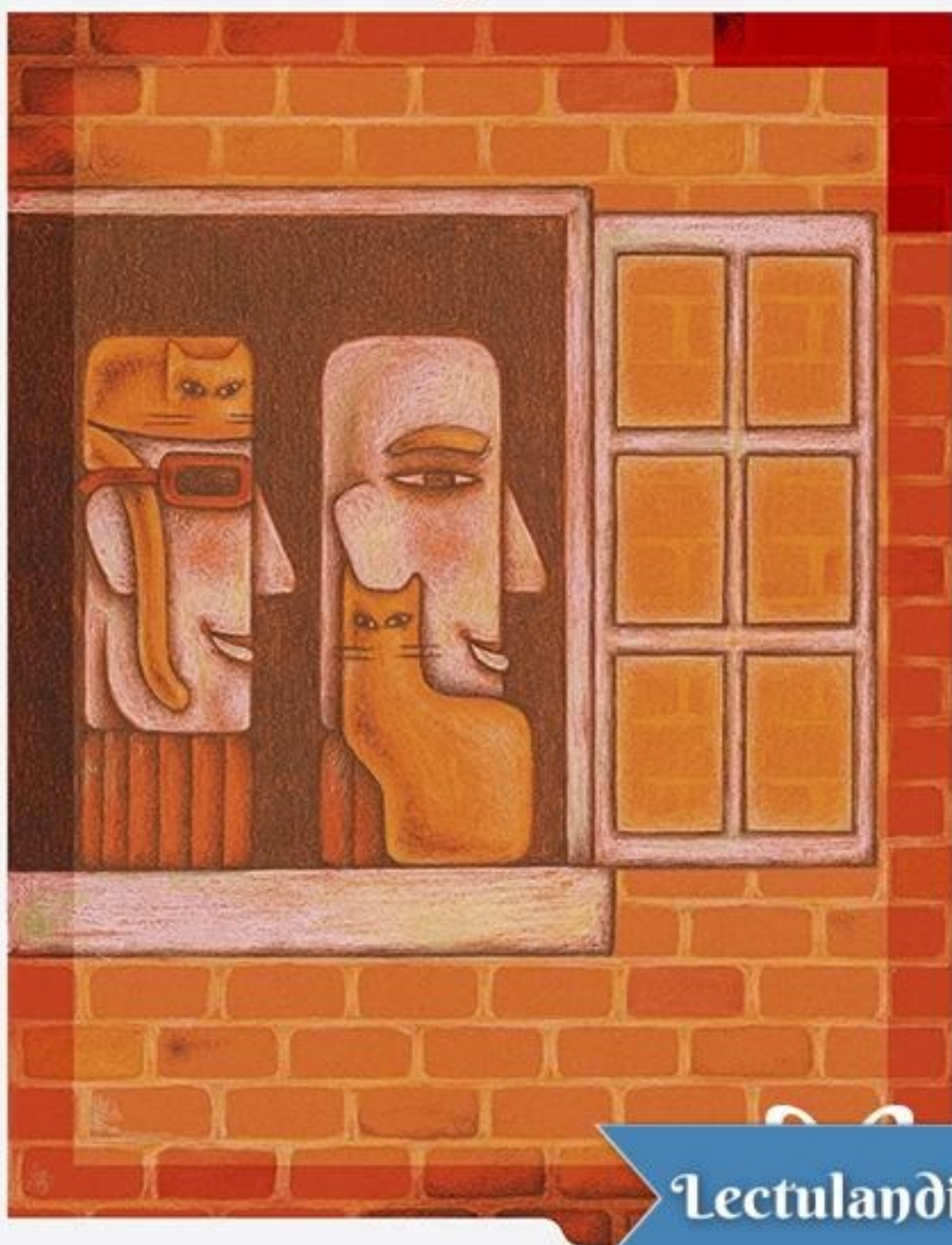


Elling

Hermanos de sangre

Ingvar Ambjørnsen

Traducción de Cristina Gómez-Baggethun



Lectulandia

Elling, obra que recibió el Premio de los Libreros de Noruega, nos cuenta las aventuras de uno de los personajes más tiernos y entrañables que ha dado la literatura nórdica en los últimos años. Elling posee una complicada e hiperactiva imaginación y ha sido siempre mimado por su madre, así que, cuando ella muere, le cuesta adaptarse a su nueva vida y es internado en un centro, del que saldrá para compartir un piso tutelado en Oslo junto a su compañero Kjell Bjarne, su hermano de sangre, que es su contrapunto en todos los sentidos, empezando por su enorme diferencia de estatura...

La tetralogía que tiene a Elling como protagonista es una de las obras de mayor importancia en la literatura noruega y se ha publicado en dieciséis países, además de haber sido adaptada con gran éxito al teatro y al cine.

Este libro, que nos atrapa desde la primera página, es una comedia conmovedora e hilarante que se regocija en los pequeños placeres de la vida.

«Divertidísima... Narrada con equilibrio, ritmo e ingenio... ¡Se recomienda sin vacilaciones!». *The Independent*

Lectulandia

Ingvar Ambjørnsen

Elling

ePub r1.0

Castroponce 03.05.2017

Título original: *Brøde i blodet*
Ingvar Ambjørnsen, 1996
Traducción: Cristina Gómez-Baggethun
Diseño de cubierta: Editorial

Editor digital: Castroponce
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

De chiquillo me encantaban las grosellas —dijo Kjell Bjarne—. Y ahora no las soporto.

Lo dijo de tal manera que yo comprendiera que, entre tanto, algo había sucedido. Entre otras cosas, había vivido la mitad de una vida y, por algún lugar del camino, le había perdido el gusto a aquellas ácidas bayas rojas.

Yo, en cambio, no tengo nada en contra de las grosellas. Me gustan las grosellas. Lo que en gran medida me había quitado a mí el paso del tiempo era la capacidad de disfrutar de las cosas. No me parecía que la vida fuera tan agradable como cuando era un niño. Pero no lo decía. Un mensaje de ese tipo no habría hecho más que aturdirlo. Además pasa algo curioso. Al decirlo en voz alta, es como si se volviera doblemente cierto. En este caso, la mitad de agradable.

Por lo demás tampoco es que tuviera gran cosa de la que quejarme. En el fondo, no. Lo cierto es que yo debía de ser más bien un joven mimado, como tantos otros jóvenes varones de este país, por otro lado. No hacía falta acudir a los negros de África para encontrar tipos en condiciones mucho peores que las nuestras. Bastaba con echarles un vistazo a los negros de Oslo y no se tardaba en comprender dónde se encontraba el país. Por lo que tenía entendido, se les trataba simple y llanamente como a *niggers*. Incluso la propia policía, o quizá especialmente ellos. Ven aquí, Sambo, decía la policía. Déjanos echarle un vistazo a ese pasaporte falso que llevas. Al menos ese era el tipo de cosas que se leían constantemente en los periódicos.

Kjell Bjarne estaba apostado en la ventana mirando fijamente a la calle. Me preguntaba qué habría visto, puesto que de pronto se había acordado de que no soportaba las grosellas. Pero no se me pasaba por la cabeza preguntarle. Lo más probable es que no hubiera visto nada en absoluto, cosa que podía explicar lógicamente el que sus asociaciones se encaminaran en dirección a las grosellas. Ni un mísero Escarabajo rojo debía de haber visto. Simple y llanamente había empezado a hablar sin más, sin el más mínimo objetivo ni sentido. Porque así era él. La primera vez que lo vi, me preguntó si yo entendía algo de ganado. Cosa de la que yo no entendía, claro. Y cuando más tarde le pregunté por qué me había venido con precisamente aquella pregunta, me respondió que no tenía la menor idea. Que simple y llanamente no lo sabía. Me había costado tiempo acercarme a él, y aún más tiempo me costó permitir que él se acercara a mí.

Ahora habíamos mezclado nuestra sangre. No voluntariamente, es cierto, pero habíamos mezclado nuestra sangre. Ahora éramos hermanos de sangre.

—Siéntate —le dije—. ¡No te quedes ahí colgado!

Sabía yo muy bien lo fácil que es acabar estancado cuando uno se dedica a estudiar la realidad desde la ventana de un pequeño apartamento. En un abrir y cerrar de ojos te ves desconectado de toda realidad. Y ahora teníamos en marcha un

proyecto común que consistía en que, por todos los medios, volviéramos a conectarnos, en que formáramos parte de la vida cotidiana, por decirlo así. Las trampas eran muchas, tantas como minas había en el frente de Verdún.

—¡Siéntate! —repetí.

Hizo como le decía. Se sentó sobre el borde del sofá y se puso a contemplar sus enormes manos. Sospecho que sabía lo que se avecinaba.

—Sabes qué día es hoy —le dije implacable.

—Es jueves.

—Es jueves día quince —continué yo—. Eso significa que va a venir Frank.

Empezó a restregarse las sienes con los nudillos, señal inequívoca de inseguridad y sentimiento de culpa.

—Lo siento —dije—. Pero no me queda más remedio que sacar el tema con él. Si eres incapaz de dejar esa estupidez de las llamadas a la línea erótica, nos vamos a quedar sin teléfono. Porque no nos lo vamos a poder permitir. Así de sencillo.

Dejó caer las manos y se quedó mirándolas:

—Yo no he llamao a nadie.

—No —dije—. Has llamado a una cinta magnetofónica. Has llamado a una cinta magnetofónica en la que una mujer te dice que desea tu cuerpo y que sueña con que hagas de todo con ella. ¡Esta noche te he oído! Te he oído levantarte y trajinar con el teléfono.

Inspiró pesadamente: —No se lo digas a Frank, anda.

Esa mirada suya de perro era simplemente insoportable. Me recordaba a un cocker spaniel al que le hubieran quitado un solomillo tras quince días de ayuno. Pero no era este el momento de ser blando y complaciente. Por medio de un intenso entrenamiento telefónico, por fin había conseguido trabar amistad con ese instrumento tan práctico, y pretendía conservarla a toda costa. Simple y llanamente me había convertido en un hombre de teléfono. No estaba dispuesto a aceptar que Kjell Bjarne lo estropeará todo. La última factura de teléfono había sido astronómica. Durante el siguiente medio mes habíamos sobrevivido a base de pan duro y sopas de sobre. Frank había dicho que nos estaba bien merecido, que era una magnífica manera de aprender. No tenéis más que elegir, había dicho Frank, charlas guarras o comidas decentes. Con la pensión que tenéis, en realidad podéis vivir bastante holgados. Todo depende de cómo manejeis las coronas.

Y en eso tenía razón. La responsabilidad era nuestra. Eso lo había aprendido en el centro de curas de Brøynes, donde nos conocimos Kjell Bjarne y yo.

Esto es: la responsabilidad era mía. Ya que yo era el responsable de la economía en este piso compartido por dos personas. Kjell Bjarne perdía la cabeza en cuanto tenía algo de dinero entre las manos. A cambio era un buen cocinero. En la cocina tenía el poder absoluto. Yo llevaba las cuentas y Kjell Bjarne se dedicaba a freír y a asar. Perfecto. Cuando se ponía guasón, Frank solía llamarnos «los dos emprendedores solteros».

Kjell Bjarne repitió su petición de que no informara a Frank.

Eso no podía prometérselo. El papel del delator me es infinitamente ajeno, pero tal y como lo veía yo, en este caso no se trataba de delatar. Se trataba de mantener un pacto. Y el pacto era hablar con Frank sobre los asuntos turbios y las irregularidades, para que el aire pudiera limpiarse, y la vida continuar en toda su cotidiana normalidad. Y el teléfono forma parte de la normalidad. Así es como son las cosas.

Me había supuesto un calvario trabar amistad con él. Durante todos aquellos años en que mamá y yo vivimos en una especie de vibrante soledad a dos manos, había sido ella quien llevaba la palabra cuando el mundo exterior hacía aparición, o tenía que ser contactado mediante el invento del viejo Bell. Lo que es a mí, me resultaba difícil mantener un diálogo sensato si no veía al interlocutor. Perdía la concentración con mucha facilidad, porque me dedicaba a imaginar el aspecto de aquel con quien hablaba, lo que ocurría en la habitación en la que se encontraba aquella persona. Si se trataba de alguien conocido, escarbaba en mis propios recuerdos para reconstruir tan minuciosamente como fuera posible cada uno de los rasgos de su rostro. Y si se trataba de un desconocido, la situación podía desmadrarse por completo, porque se me desbordaba la imaginación. Era simple y llanamente incapaz de relacionarme con una voz aislada. Para tan solo entender lo que se decía, me era necesario invocar a una criatura de carne y hueso. En una ocasión en que me encontraba solo en casa y llamó una asistente social a la que no conocía en absoluto, no me quedó más remedio que rendirme y colgar el teléfono. Una dolorosa derrota que no pasó completamente inadvertida. Pero es que no fui capaz de ponerme de acuerdo conmigo mismo sobre lo que llevaba puesto aquella mujer, o sobre el tipo de peinado que tenía. Una parte de mi cerebro hacía aparecer la imagen de una atractiva joven con pelo oscuro cortado a lo paje, una auténtica preciosidad, recién salida de la Escuela de Trabajo Social. Nariz recta y carnosos labios rojos. Exigente y complaciente al mismo tiempo. Pero sobre esta imagen, otra parte de mi propia consciencia colocaba una distinta. Veía una cara vieja y viscosa. Poros abiertos en una piel pálida y malsana. Una mirada punzante que en esos momentos estudiaba algo que yo no conseguía agarrar, pero que percibía como indecente, quizá amenazante. Una desagradable figurilla de la Antigua Grecia que estuviera sobre su mesa, por ejemplo. Como he dicho, colgué el teléfono y, por si acaso, desenchufé también el cable. Cuando volvió mamá, me cayó una terrible reprimenda y, a partir de entonces, generalmente me metía un dedo en cada oreja cuando sonaba el teléfono.

Pero con la ayuda de Frank, todo había mejorado mucho. Él me hizo relajarme. Me hizo jugar con el teléfono. Lo primero que hicimos fue comprar un cable de diez metros de largo, de modo que pudiera moverme libremente por la habitación con el aparato, llevarlo conmigo de cuarto en cuarto, incluso. En casa, el teléfono había tenido toda la vida un lugar fijo. Había estado sobre una mesa baja junto al televisor. El cable había tenido la longitud exacta como para alcanzar el enchufe en la pared. Ni a mamá ni a mí se nos pasó nunca por la cabeza emular la cultura telefónica que

vislumbrábamos en las películas americanas que ponían por la televisión, donde las personas vagaban constantemente de una habitación a otra mientras hablaban refinadamente por el teléfono, o simplemente yacían serpenteándose sobre una colcha rosa, mientras bebían aguardiente y conversaban con la novia en Illinois. Mamá, que al fin y al cabo había vivido el teléfono como una nueva conquista, mantuvo el respeto por él durante el resto de sus días. Cuando sonaba el teléfono, todo lo demás quedaba postergado. Echaba a correr cuando sonaba, como si le aterrorizara la idea de perderse alguna cosa de vital importancia. Y al hablar, se mantenía firme y en pie hasta que la conversación finalizaba. Nunca la vi sentarse a llamar por teléfono, casi creo que lo hubiera considerado como una falta de respeto hacia Bell, o quizá hacia la persona en la otra punta. Cuando instalaron el teléfono en nuestro nuevo apartamento, Kjell Bjarne aún no se había mudado, y a mí me resultó completamente natural copiar el viejo sistema de cable corto y el teléfono junto al aparato de televisión. Y Kjell Bjarne lo aceptó, como casi todo lo demás. No recuerdo ni siquiera que habláramos del asunto.

Al principio Frank me animó a entrenarme un poco en seco por mi cuenta, a hacer como si hablara con alguien, mientras iba de cuarto en cuarto con el largo cable a rastras. Desde el salón a la cocina. Desde la cocina hasta el dormitorio. Me sentía como un idiota, naturalmente, por mucho que procurara dejar los entrenamientos para cuando Kjell Bjarne estaba fuera de la casa. Aunque él estuviera perfectamente al tanto de mi problema y supiera muy bien lo que me pasaba, era como si no me pareciera correcto dejarle escuchar las artificiosas conversaciones que mantenía con mi difunta madre, o con el padre que había perdido ya antes de nacer. Por no hablar de las broncas a políticos diversos, además de las tiernas palabras dirigidas a mujeres no existentes. Daba vueltas por la casa en tono cariñoso o enfadado, todo según el estado de ánimo. Y la verdad es que con el tiempo me fue gustando. La fase dos consistió en que Frank me llamaba a una hora previamente acordada. Al principio estaba tieso y tenso, y no soltaba prenda, pero lentamente fui notando cómo se me iban relajando los músculos de las mandíbulas y que las palabras iban saliendo de mi boca. Fue de gran ayuda que Frank me dejara ir a su casa a ver cómo era el despacho donde tenía el teléfono. La siguiente vez que llamó, la cabeza no me dio tantas vueltas como antes. Al menos tenía claro que, mientras yo hablaba con él, estaba sentado en la silla azul de despacho junto al escritorio y que miraba hacia el jardín donde los manzanos estaban dispuestos en filas. De todos modos, Frank pensaba que no debía darle demasiada importancia a aquello. Debía en cambio intentar frenar en parte mi imaginación y entrenarme para mantener la concentración al máximo lo que durara la conversación. Escuchar lo que se decía. Por eso a la larga empezó a llamarme desde diversas cabinas de teléfono de la ciudad, a horas arbitrarias. Lentamente se me fue pasando la fobia y ahora me encontraba en una fase en la que mi propia voz sonaba llamativamente firme al aparato. Me presentaba con nombre y apellidos. Exponía mi recado o escuchaba atentamente lo que se decía en el otro

extremo. La idea de tirar la toalla en medio de una conversación y colgar el aparato me resultaba ahora lejana, y no poco lerda.

En esto de las llamadas sexuales al principio éramos los dos. Lo admito. Durante el tiempo que estuvimos en Brøynes, este particular servicio telefónico experimentó una evolución espectacular, y cuando tuvimos nuestro propio aparato y ya nadie nos podía coger con las manos en la masa, simple y llanamente caímos en la tentación. Había dos tipos de servicio, al parecer. Uno en el que conversabas con una mujer vivita y coleando, y otro algo más económico donde el monólogo femenino estaba grabado en una cinta. La primera variante, por causas evidentes, no entraba en cuestión. Lo intentamos un par de veces con Kjell Bjarne llevando la voz cantante, pero todo quedó en carraspeos y desorden. Simple y llanamente él tampoco sabía cómo manejar una situación semejante. Pero durante una temporada nos lo pasamos en grande con las cintas. Con esta imaginación mía tan considerablemente desarrollada, no me resultaba nada difícil imaginarme a Patricia en el diván, informando entre jadeos del uso que hacía de plátanos y otros objetos arbitrarios. ¡Y menudo lenguaje empleaban aquellas niñas! Casi nos hacían sonrojarnos ahí donde estábamos, sentados con las cabezas juntas y tonteando entre nosotros. Una de ellas usaba el propio auricular del teléfono como vara de masajes, un crepitante sonido de plástico contra rizado vello púbico, y la oíamos gritar pidiendo más con una voz ahogada por el llanto. Kjell Bjarne y yo nos quedábamos paralizados de excitación.

Pero como ya he dicho: un día llegó la factura. Fue en ese momento cuando realmente caí en la cuenta, y por tanto caímos ambos, del tipo de guarrada misógina en la que habíamos participado. Tres mil coronas es mucho dinero para dos hombres que están ahorrando de su pensión del Estado para comprarse un reproductor de vídeo. Según mis cálculos el proyecto del vídeo se había retrasado medio año, y fue este dato el que hizo a Kjell Bjarne comprender la seriedad de la situación. Al menos eso creía yo. Hasta este momento.

—Como te chives a Frank, vas a empezar a hacerte la comía tú solito —me amenazó Kjell Bjarne—. Porque yo me mudo a otro sitio.

—Como no dejes esa bobada tuya, ¡ni tú ni yo vamos a tener nada con lo que hacer comida! —Le paré—. ¿Y adónde te vas a mudar tú, con una deuda de dos mil coronas en tu cuenta? No te van a coger ni en el albergue del Ejército de Salvación. Si tú ni siquiera bebes. ¿Llevas mucho tiempo haciendo esto a mis espaldas?

—No. Solo que esta noche no he podido dormir. Me estaba entrando la depre, con toas las tonterías que estaba pensando.

—¿Solo esta única vez? Responde honestamente, porque de todos modos serás descubierto cuando llegue la factura.

—Solo esta única vez, y una vez más.

—Está bien —dije magnánimamente—. No voy a decir nada. Pero a cambio tienes que prometerme hablar con Frank de esas tonterías que piensas.

—¿A qué te refieres? —Me miraba de reojo, pero pude ver lo aliviado que estaba.

—Se te va a tener que ocurrir algo mejor que ponerte a escuchar guarradas a precio de oro cada vez que te asustas —dije.

—No estaba asustao. Estaba cabreado con mi madre.

—Es igual. Los pasos del teléfono cuestan exactamente lo mismo, estés asustado o cabreado. Sería mejor que empezaras a llamar al SOS de la Iglesia. Creo que es gratis.

—Como que no es lo mismo.

—Quién sabe —dije—. Han pasado muchas cosas en la Iglesia desde que tú y yo nos confirmamos. Si creyéramos lo que dicen los periódicos, corres el riesgo de topar con una sacerdote lesbiana. Y si le hablas de tu malvada madre, no es nada descabellado que consigas hacerla jaderar un poco.

Ya volvíamos a ser hermanos de sangre. Nos reíamos como se ríen los hermanos de sangre. Alta y escandalosamente.

Kjell Bjarne salió a la cocina para hacer la comida. Le oía trajinar con las latas de conserva, mientras murmuraba algo sobre sacerdotes lesbianas.

—¿Joika o Snurring?

—Joika y Snurring —lo vitoreé yo.

Por un motivo u otro estaba de un humor endemoniado, y blandía el periódico a mi alrededor.

Frank llega a las siete como estaba acordado. A las siete *sharp*, como dice él. Cuando entra por la verja del patio trasero, Kjell Bjarne y yo estamos ya apostados en la ventana de la cocina del tercer piso. Alzamos las manos en forma de saludo y Frank nos saluda de vuelta. Me recorre un calor en el momento de saludarnos, y sé que a Kjell Bjarne le pasa lo mismo. Un sentimiento de compacto compañerismo.

No siempre ha sido así. Al principio odiábamos a Frank. Nos pasábamos las noches fantaseando sobre cómo podíamos martirizarlo hasta la muerte. Nos lo imaginábamos colgado de unas esposas del funicular de Bergen en pleno invierno. Llorando en un baño de ácido. A solas con unos pitbull-terriers torturados.

Nada más que fantasías y palabrería, naturalmente. No es mi estilo ni el de Kjell Bjarne maltratar a gente que no seamos nosotros mismos.

¡Pero es que llegaba y se inmiscuía en todo! Frank se entrometía en todo lo que decíamos y hacíamos. ¡No había quien lo soportara! Nada era lo bastante bueno para él y las raras veces en que me envalentonaba y le mandaba a freír espárragos, él me dejaba bien claro que cerrara la boca. Fue una época dolorosa y muchas veces añoraba el hogar de restablecimiento de Brøynes, donde gobernaba la bondadosa enfermera Gunn. Le escribí diciendo que había acabado en un sitio extremadamente cercano al infierno, pero ella se limitó a responderme diciendo que no exagerara tantísimo y que por lo demás le pusiera buena voluntad. Además, mi buen amigo Kjell Bjarne no tardaría en seguirme. Mandaba saludos de su parte.

¿Exagerar? ¿Ponerle buena voluntad, cuando Frank desdeñaba mis ideales y pisoteaba mi sentido estético? ¿Era yo el que iba a vivir en aquel piso, o era él? Cómo decidiera pintar las habitaciones de su propio chalet, sería asunto suyo; pero en decencia debería ser asunto mío decidir el aspecto que iba a tener mi propia casa. Yo quería pintar todas las paredes del piso de naranja, y sanseacabó. Compré pintura naranja por todo el presupuesto. Y no me dio tiempo ni a abrir la primera lata antes de que apareciera Frank y confiscara todo el pastel. Blanco, opinaba él, y cambió hasta el último litro delante de mis narices. Y encima tuve que ayudarlo a cargar con las latas y permanecer junto a él en la tienda, mientras Frank y el tendero, un tipo insoportable por otro lado, se dedicaban a hacer chistes sobre mi elección del color. Si me aventuraba a dar la más mínima lección de pensamiento democrático, se reía en mi cara y decía que eso hacía siglos que estaba pasado de moda. Aquí era él quien mandaba. Además el piso no era en absoluto mío, sino más bien del Ayuntamiento de Oslo, y al parecer él tenía allí algo que decir.

Ese tipo de cosas me dolía. Me gustaba pensar en el piso como mío. Como nuestro. Mío y de Kjell Bjarne. Kjell Bjarne me escribía desde Brøynes preguntando cómo iban los arreglos y yo le respondía que iban mal, que un cierto Frank se entrometía en todo. Nuestra idea de montar unos jardines colgantes en el salón, podíamos irlos olvidando. Frank no quiso ni oír hablar del asunto.

Los pasos de Frank en las escaleras. Era el único hombre que yo hubiera conocido que subía consecuentemente corriendo toda escalera. Cuanto más larga y empinada fuera la escalera, tanto mejor. Frank corría. Luego la archiconocida contraseña: tres golpes cortos y uno largo. La contraseña secreta del grupo de resistencia. Hice un gesto con la cabeza a Kjell Bjarne y se apresuró a acudir al recibidor para abrir. Les oí hablar entre ellos y darse palmadas en la espalda y, entonces, se me hicieron agua los ojos. ¡Que esto me hubiera sido concedido! Un sabroso compañerismo sin sentimentalismo. Me sequé rápidamente con un paño de cocina y entré en el salón.

A Frank ni se le había entrecortado la respiración. Está tan en forma como un guepardo. Se dejó caer en el sofá y se puso a mesarse sus grisáceos bigotes.

—¿Va todo bien, Elling?

Le aseguré que la vida prácticamente había alcanzado un equilibrio perfecto. Lo de que echaba de menos el calor y el goce de la infancia, no lo mencioné. Él no estaba en condiciones de entenderlo. Ciertas cosas han de mantenerse bajo llave, incluso para los amigos íntimos del Ayuntamiento de Oslo.

—Muy bien —dijo—. Y encima esto está impoluto, mejor que mi propia casa, por lo que puedo ver.

Dejó que la mirada vagara por la habitación.

Sí, lo estaba. Impoluta. Mi estancia en Brøynes me había enseñado un truco o dos, en lo que respecta a mantener la limpieza a mi alrededor. Lo cierto es que

concedía mucha importancia a que todo estuviera en orden. Si se era lo suficientemente activo con la bayeta y el agua caliente, el bienestar se podía incrementar varios grados.

—¿Qué tal le va a Janne? —dijo Kjell Bjarne hurgándose las narices.

—Bien, creo —dijo Frank—. Está en Mallorca. Solo una semana o así, el viernes está de vuelta.

—¿Sola? —dijo Kjell Bjarne.

—Sí, ya sabes que yo no puedo cogerme días libres. Yo tengo que correr por ahí controlando que los tipos como vosotros dos no os desmadréis. La semana pasada, un chalado de Bjølsen intentó abrirse paso a través de la pared, hasta la casa del vecino.

—¡Nosotros no somos así! —dijo Kjell Bjarne.

—¿Qué habéis estado haciendo desde la última vez que nos vimos? —dijo Frank, como si no hubiera oído lo que había dicho Kjell Bjarne—. ¿Habéis salido a echarle un vistazo a la realidad, u os habéis quedado aquí mirando las musarañas?

—Si yo estuviera con una churri, no la dejaría viajar sola al extranjero —dijo Kjell Bjarne—. Te aseguro que se las iba a tener que ver conmigo.

—¿De qué estás hablando tú, cacho rinoceronte? ¿Quién dice que me haya preguntado a mí? Lo que yo quería saber era si Elling y tú habíais salido a ventilaros desde la última vez. Eso es lo que quiero saber.

Tan chulo, tan chulo de boquilla. Pero ahora ya lo conocía. Me di cuenta de que quería dejar el tema ese de Janne lo más rápidamente posible. Kjell Bjarne tenía razón. La salud de una pareja de hecho no permitía que una de las partes se fuera de vacaciones sin ni siquiera preguntarle a la otra. Eso no estaba bien. Ahora estaba ahí haciéndose el chulo, mientras hacía lo que podía por disimular su propia desesperación. Sentí verdadera lástima por él. Cualquier idiota se podía imaginar el tipo de tentaciones a las que Janne se expondría en Mallorca. Yo mismo había estado en el sur, y sabía de lo que hablaba. Los viajes organizados baratos no se habían inventado para salvaguardar la monogamia, eso estaba claro. Frenético ajeteo de la mañana a la noche. Me obligué a borrar la imagen de Janne con el equipo de fútbol local.

—¿Quieres una Coca-Cola? —dijo Kjell Bjarne.

—¡Por Dios, no tenéis remedio! ¡Sí, quiero una Coca-Cola! ¿Habéis hecho algo durante los últimos quince días?

Me estaban entrando muchísimas ganas de mentir. Lo cierto es que sabía perfectamente lo que quería oír. Quería recibir informes sobre una vasta actividad de carácter extrovertido. Soñaba con un día a día en el que Kjell Bjarne y yo nos dedicáramos a recorrer la ciudad como semigamberros, mientras trabajábamos contactos sociales a diestro y siniestro. Nuevos amigos en cadena. Seguridad en nosotros mismos en los bares y cafés. Dos criaturas vencedoras que noquearan su entorno con implacable encanto.

Pero nosotros no habíamos sido creados así. Kjell Bjarne y yo simplemente no

éramos así. Éramos un poco aprensivos. Los ruidos fuertes de los lugares de alterne nos asustaban. Y puesto que no teníamos claro quiénes eran nuestros vecinos, preferíamos que no nos vieran por las escaleras. Nos sentíamos más seguros en nuestra propia casa. ¿Qué tenía de malo?

—Yo bajo cada dos por tres al supermercado, al REMA 1000, para agenciarnos comida —dijo Kjell Bjarne colocando ante Frank una botella de litro y medio de Coca-Cola y un vaso—. Con el tipo de la caja registradora estoy empezando a saludarme un poquitín. P Jonnson, se llama. Unos veinte años, diría yo.

Frank aplaudió con desánimo y desenroscó el tapón de la botella de Coca-Cola: —¿Tú no podrías sentarte, Elling? No te quedes ahí mirándome. Me pones nervioso.

Me senté y me esforcé por no mirarle directamente.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Tú también te has dado una vuelta por el REMA 1000?

Le explique que eso del supermercado era el departamento de Kjell Bjarne. Y que era la primera vez que oía hablar una palabra sobre P Jonnson.

Frank se bebió el vaso de Coca-Cola de un trago y eructó: —Esto no funciona, chicos. ¡No tenéis ni un ápice de espíritu emprendedor!

—¿Y qué es lo que quieres que hagamos? —dije, notaba que un justificado enojo hacía que me temblara la voz—. ¿Quieres que asaltemos a la gente por la calle y la obliguemos a venir a casa con nosotros?

Frank apartó el vaso y se levantó:

—Nos vamos al cine —dijo.

Fuimos a ver *A troche y moche*. Una película bastante boba, en mi opinión. Trataba de una pareja joven que no conseguía tener hijos, había algún problema con el semen de él. Pero niños querían a toda costa, y los iban a tener. A la larga el asunto se fue convirtiendo en una obsesión para los dos. Al final no se les ocurrió nada mejor que acordar que ella saliera sola de bares para aparearse con el primer idiota que apareciera. Y cuando el idiota apareció en la forma de un antipático lírico, yo por mi parte había tenido bastante. El resto de la película no era más que celos y complicaciones, como era de esperar. ¡Y la gente se moría de risa! No sé yo, la verdad. Me considero un urbanita moderno, con todo lo que ello conlleva de actitudes liberales y ánimo abierto, pero me niego a aplaudir la disolución de las normas. Lo que más me fastidiaba de aquella película era que acababa donde en realidad debería haber comenzado. Acababa cuando la pareja se veía, no con uno, sino con tres niños. Trillizos. Toda una trilogía, inscrita en la matriz de aquella mujer por un lírico mediocre al que ni siquiera conocía. Y su marido, aquel a quien en realidad amaba, se quedaba sentado con una sonrisa bobalicona. A él le daba todo igual, se suponía. Desde luego que se había puesto celoso cuando su mujer andaba como loca

intentando extraerle al poeta el mayor número posible de células de semen activas. Pero ahora que los niños habían llegado al mundo, todo estaba en perfecto orden. ¡Qué chorrada! No hacía falta ser precisamente un experto en la psique del Hombre para entender que aquel único coito, aquel apareamiento consciente, sería usado en contra de aquella mujer mientras siguiera con vida. Cada vez que nuestro hombre sintiera que la vida iba en su contra, saldría con la historia del perro semental escritor de poemas. Ella, por su parte, aseguraría a toda costa que no había sacado nada de aquel coito, que ni siquiera había tenido un orgasmo y que, a decir verdad, la pilula del poeta había sido algo escasa. Apenas la había notado, y estuvo mirando fijamente el techo durante toda la sesión, además de que no le permitió besarla.

Todo para nada, por supuesto. Ni la mentira más piadosa ni los más lastimosos lloriqueos podrían cambiar el hecho de que los tres niños no eran el resultado del amor recíproco de los dos personajes principales. Al acabar la película, vemos una familia nuclear artificial. Una imagen falsa. Ni más ni menos.

—¡La mejor película que he visto en la vida! —sentenció Kjell Bjarne, cuando salimos.

A Kjell Bjarne siempre le pasaba lo mismo. Cada vez que íbamos al cine con Frank, veía la mejor película de su vida. Especialmente convincente resultaba cuando había vislumbrado un cuerpo de mujer desnudo. Entonces le temblaba la voz. Como ahora. En un corte de unos dos segundos habíamos sido testigos de que Anneke von der Lippe mostrara su blanca popa. En mi opinión la escena había sido algo corta como para elevar la película sobre el barrizal que realmente le correspondía.

—Divertida —dijo Frank—. ¿No es verdad, Elling?

No era verdad. Le expliqué tanto a Frank como a Kjell Bjarne lo que pensaba de los tiempos en los que vivíamos. Y de la falta de capacidad de las productoras de cine noruegas para asumir un papel corrector en la evolución de la sociedad. A mi entender, los trabajadores culturales de este país tenían ciertas responsabilidades.

—¡Por Dios, hombre! —dijo Frank—. ¡Pero si no era más que una comedia!

Kjell Bjarne se echó a reír: —¿No te has enterado de que era de risa, o qué?

—¡Me he enterado de que no era de risa! —lo atajé—. Y tú no te has enterado de nada en absoluto.

—¡Y tú qué sabes! —dijo Kjell Bjarne—. Yo entiendo exactamente lo que me parece.

—Estupendo —dijo Frank—. Está muy bien que la cultura genere implicación.

Yo no dije nada. La misma charlatanería superficial cada santa vez que íbamos al cine. Kjell Bjarne había visto la mejor película del mundo y, junto con Frank, hacía oídos sordos a mis objeciones.

—Nunca nada es lo suficientemente bueno para ti —dijo Kjell Bjarne—. Siempre está to' mal.

Yo no respondí. No tenía el menor sentido censurar a Kjell Bjarne cuando se ponía así.

—No son más que las nueve —dijo Frank—. Os invito a una *pizza*.

Yo hubiera preferido ir a casa a hojear unas revistas de divulgación científica que me había agenciado, pero me daba cuenta de que hubiera sido descortés por mi parte decir algo así. Además: ¿qué había más natural que pasarse por una pizzería con dos viejos compañeros después de ir al cine? Resultaba correcto, en algún sentido. Un pedazo de pan italiano crujiente, mientras la conversación fluía sin esfuerzo.

—¡Mega! —dijo Kjell Bjarne.

Desde que estaba en Oslo se había dado prisa en adoptar una jerga juvenil que no le sentaba nada bien. Era como si a Kåre Willoch le hubiera dado por ponerse vulgar.

Fuimos a Pepes Pizza y pedimos una grande con jamón y *pepperoni*, tras hacer una votación. Dos contra uno. Era lo normal. Yo prefería atún. Curioso, por cierto, la rapidez con la que te acostumbras a que te avasallen una vez que te echas amigos. Al principio me oponía con uñas y dientes, y defendía los derechos de la minoría. Ahora notaba con cada vez mayor frecuencia que una suave resignación me diluía la adrenalina. Nos llevábamos bien. Nos conocíamos de cabo a rabo. Cuando tres hombres adultos van por la ciudad como nosotros habíamos cogido por costumbre hacer dos veces al mes, el tono con frecuencia se vuelve un poco burdo. Eso lo había aprendido. Y la verdad es que me gustaba.

Cuando la humeante *pizza* llegó a la mesa, Frank dijo: —Bueno, antes de que se me olvide... He estado investigando lo que me preguntasteis la última vez. No hay ningún problema con que os hagáis con un gato.

Kjell Bjarne y yo nos miramos.

Era una casa adosada de dos pisos completamente normal, paredes de madera pintadas de marrón. Me sudaban las manos y el corazón me latía pesadamente en el pecho. Nunca antes había contactado con una persona completamente desconocida. Al mirar de reojo a Kjell Bjarne, me di cuenta de que tampoco él tenía mucha experiencia en cosas así. Daba la impresión de que tenía buenas ganas de restregarse las sienes con los nudillos, pero no lo hizo. Con la mano derecha sostenía la jaula de gatos gris, la izquierda la tenía hundida en el bolsillo del abrigo.

—Bueno, bueno —dijo—. ¡Ya no nos podemos echar atrás, compi!

La palabra «compi» me animó como de costumbre. Esa palabra me crecía. Y en un abrir y cerrar de ojos, dije vamos, viejo amigo, o algo así, y me dirigí hacia la corta escalera. Me responsabilicé. Actué. Al presionar el timbre con el dedo índice, algo se me derrumbó por dentro. Durante un instante de vértigo caí en la cuenta de que había vuelto a nacer a mediados de la vida, de que el hombre que en aquellos momentos apretaba con fuerza el timbre, que no pensaba rendirse hasta que abrieran, incluso, no era la misma persona que vivió una existencia parapetada junto a su madre durante treinta y cuatro años. El hombre de pie ante aquella escalera tenía una actitud considerablemente más beligerante ante la realidad. Ahora, por ejemplo, había decidido hacerse cargo de un gato. ¡Y gato iba a haber! Primero el intenso estudio de las páginas de anuncios breves del periódico, justamente esta actividad le recordaba a los viejos tiempos, la lectura milímetro a milímetro de *El Periódico Obrero* en el dormitorio, la avidez de la mirada que impedía que se le escapara una coma. Se regalan crías de gato de ocho semanas de edad. El teléfono. La ruptura definitiva con un viejo yo. Sí, su nombre era tal y tal. Con la boca seca pero la voz segura. ¿Era correcto que en este número regalaban crías de gato?

—¡Virgen María purísima! —La pequeña mujer me miraba con ojos desorbitados desde la puerta.

Solté el timbre.

—Buenos días —dijo Kjell Bjarne—. Veníamos a buscar un gatito. Fue mi compi quien te llamó ayer por la tarde.

La agarré de la mano y me presenté.

Ella se echó a reír: —¿Fuiste tú quien dijo tantas cosas raras? Adelante.

¿Raras? ¿Era raro que escogiera proporcionarle cierta información sobre mi vida cuando iba a hacerme cargo de una vida inocente que ella tenía a su cuidado? ¿Acaso no quería saber quién era yo y qué intenciones tenía? Por lo que tenía entendido, eso de hacerse cargo de un animal estaba vinculado con la responsabilidad. Lo mismo pasaba, naturalmente, con quien iba a regalar un animal. No le das un animal a una persona en la que no confías plenamente. Por eso me había esforzado en dejar claro que yo no era uno de esos psicópatas que tienen una boa constrictor hambrienta bajo

la cama. Le había explicado que lo que ahora estaba a punto de cumplirse era uno de mis mayores deseos. Había anhelado el afecto de un animal desde que era un chiquillo, pero me habían entorpecido las ridículas reglas de un bloque de vecinos al este de la ciudad. Ahora vivía con un buen amigo en las proximidades de Majorstuen, rodeado de humanistas con pantalones bombachos que veían con otros ojos las relaciones entre el hombre y los animales. Bastantes de ellos tenían caniches o perros de caza.

—Querréis una taza de café, ¿no? —dijo la mujer—. ¿Y un trocito de tarta?

—¡Sí, por favor! —dijo Kjell Bjarne, aún con la jaula de gatos en la mano.

Pasteles. Café. ¡Yo quería ver a mi gato!

Entonces los vi. Estaban por todas partes. Nunca había visto tantos gatos reunidos al mismo tiempo. Uno grande y con rayas amarillas me miraba fijamente desde encima de la nevera. Cuatro grandes estaban recostados sobre el armario de la cocina. En medio de la mesa había un siamés capaz no solo de ver a través de mí, sino también de cualquier otro tipo de materia. Y entre las piernas de la mujer, que entretanto nos había contado que se llamaba Dagny Rimstad, correteaban maullando cuatro animales medio crecidos. Sus rosas cachetes del culo centelleaban entre su oscuro pelaje.

—Sentaos —dijo Dagny Rimstad—. ¿Alguno de los dos ha tenido ya gato?

A esa pregunta no nos quedó más remedio que responder que no. Pero añadí que a pesar de eso estábamos bien preparados. Habíamos ido a la biblioteca a sacar todos los libros que tenían sobre cuidado de gatos.

—Olvidaos de todo eso —dijo Dagny—. Lo más importante es mantener el baño limpio. El resto no es más que sentido común —sacó una fuente con media tarta de almendras y nos sirvió café de un termo—. En realidad no bebo café, me pone nerviosa, pero ahora me ha parecido que debía pegarle unos sorbos por cortesía —el siamés me miraba con desconfianza, pero me olisqueó el dedo índice con curiosidad cuando se lo acerqué.

—¿Dónde está nuestro gato? —dijo Kjell Bjarne, con la boca llena de tarta de almendras.

—¿Estáis seguros de que solo queréis uno? —dijo ella—. Es más fácil tener dos. Así se hacen compañía mientras vosotros estáis en el trabajo.

Yo iba a contestar, pero Kjell Bjarne se me adelantó.

—Nosotros no tenemos curro, ninguno de los dos.

Le lancé una mirada de advertencia y dije que por supuesto que consideraríamos la posibilidad de llevarnos dos. Con o sin trabajo, teníamos mucho que hacer. Muchísimo, de hecho. No parábamos quietos, así que iban a tener que ser dos. Por el baño no debía preocuparse, estaba listo en la entrada de casa. Una cosa estupenda, de plástico color nata. Con techo.

Ella asintió con la cabeza, satisfecha, y salió de la habitación. Poco después estaba de vuelta con una gran caja de cartón. De dentro salían gemidos de cosas que

se arrastraban, y tras ella venía una gata blanca y negra, era la madre.

Los gatitos eran blancos y negros, igual que la madre. Formaban una gran pila, de tal manera que era casi imposible saber cuántos había.

—Seis crías —dijo, como si me hubiera leído los pensamientos.

Los fue sacando uno a uno y dejándolos en el suelo, donde la madre inmediatamente se ponía a limpiarlos.

Kjell Bjarne se reía y los señalaba: —¡Nos llevamos a ese de los bigotes, Elling! ¡Fíjate qué monada!

Pues sí. Un tipejo curioso, el pequeñín. Cara blanca, con un bigotito a lo Hitler atravesado bajo el hocico rosa. Pero por otro lado se daba la circunstancia de que yo no estaba allí de cachondeo. Además llevaba demasiado tiempo esperando aquel día. Durante treinta y cinco años había soñado con el momento en que iría a buscar a mi propio gato, o a cualquier otra mascota de sangre caliente, y por fin había llegado el momento. Y, desde luego, mi prioridad no eran las rarezas de pigmento. No estaba buscando un gato que consiguiera hacer reír a la gente, sino un animal de la familia de Felix que me pudiera mirar enigmáticamente a los ojos cuando me despertara por las mañanas. Un gato cuya mirada hiciera que mis pensamientos revolotearan automáticamente en torno a las preguntas esenciales de esta vida. ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos?

Entonces Dagny Rimstad empezó a darnos una pequeña conferencia. Expuso su teoría de que lo que más nos compensaba era llevarnos dos gatitos, esta vez con más peso y autoridad que antes. Luego nos desaconsejó que nos lleváramos dos de sexo distinto, por razones que no le cabía duda que entendíamos. Y a pesar de ser ella misma mujer, no nos iba a ocultar que dos gatas hembras suponían más trabajo que dos machos. Los machos, como era bien sabido, no se podían quedar preñados, y una castración era una nimiedad en comparación con la esterilización de una hembra.

Nosotros asentíamos y decíamos bienbien. Kjell Bjarne cogió con dos dedos el gatillo de los bigotes a lo Hitler y le dejó revolcarse por la enorme palma de su mano:

—Pues entonces van a tener que ser chicos *boys*, señora Rimstad —dijo—. ¿O es que esta de aquí es una señorita, quizá?

—No, ese es un chico —dijo la señora Rimstad, estudiándolo detenidamente desde detrás.

—No nos estarás engañando —se reía Kjell Bjarne—. ¡Aquí no se ve un pimiento!

Para decir la verdad: me turbé. La señora Rimstad se puso a señalar y a dar explicaciones y Kjell Bjarne la escuchaba con interés. Para determinar el sexo de gatitos tan pequeños, no tenían más de ocho semanas, había que partir de la posición relativa de dos agujeros. En los machos los agujeros estaban más pegados que en las hembras, y así. Por Dios, no se trataba más que de animales, de dos animalitos pequeñitos, incluso, pero me resultaba infinitamente perturbador recibir tanta información genital de una mujer a la que no conocía. Simple y llanamente no estaba

acostumbrado a esas cosas. Por eso me dejé caer con cuidado de rodillas y les dediqué toda mi atención a las otras cinco madejas y a la madre, que era algo reservada. Y apenas me había puesto a murmurar cariñosamente a la pequeña familia, un pequeño personajuelo rompió con la comunidad y se puso a mamar de mi dedo. ¡Qué barbaridad!

—Tienes que coger a ese —dijo la señora Rimstad—. Ese es el más activo de todos. Acaba de elegirte.

¿Elegirme? ¿Elegir a Elling? ¡Me daban ganas de berrear de felicidad! ¡Muy pocos habían sido, tanto entre personas como animales, los que habían hecho tal elección a lo largo de los años! Con cuidado me coloqué al gato en el regazo. Intenté volverle a dar el dedo para que lo masticara, pero el animalillo se acurrucó formando un ovillito y se quedó dormido como un tronco en mi regazo. ¡Simple y llanamente se desmayó! Podía ver cómo su corazoncito trabajaba bajo su pelaje blanco y negro.

—Eso es completamente normal —explicó la señora Rimstad al ver mi mirada interrogativa—. Se quedan dormidos incluso mientras están jugando. Recargan las pilas durante unos minutos, y luego vuelven a ponerse como locos.

Bueno. Completamente normal no me parecía a mí echarse a dormir en el regazo de un completo desconocido. Estábamos hablando de confianza ciega. Los animales entienden más cosas de las que nos imaginamos. Saben perfectamente quién tiene buenas intenciones con ellos, por ejemplo. Como ella misma había dicho: yo era el elegido. El preferido, por decirlo así.

Kjell Bjarne colocó su gato sobre la mesa, y este se dedicó a husmear las migas del pastel con patas vacilantes:

—¡Pimentón! —dijo.

Nos quedamos mirándolo.

—¡Se va a llamar *Pimentón*!

Vaya, vaya, pensé, cabe la posibilidad de que pueda hacerte entrar en razón cuando nos quedemos los dos a solas. Me costaba imaginarme un nombre más estúpido.

Creo que me atrevo a afirmar que hasta cierto punto llamamos positivamente la atención en el metro de camino al centro. Los gatitos, que se habían despedido de la madre con llamativa ligereza, maullaban y se quejaban a causa de todos los sonidos nuevos y extraños. Y Kjell Bjarne y yo hicimos lo que pudimos para consolarlos en lo que nos fue posible. Kjell Bjarne iba sentado con la jaula en el regazo y yo me inclinaba hacia delante y les hablaba dulcemente, al mismo tiempo que introducía el dedo entre las rejas como un chupete de mentira. Y durante todo el viaje la gente se fue acercando para echarles un vistazo de cerca a las dos criaturas. Jóvenes y viejos. Los gemidos de los pequeñuelos derretían inmediatamente el frente de hielo de indiferencia que con tanta facilidad surge cuando dos o más noruegos se reúnen en

una habitación colectiva cerrada. Una anciana se puso a contarles historias de su infancia a dos niños. Venía del campo, según decía. Y allí habían tenido muchos animales diferentes. Los dos pequeños chulitos dejaron de meterse el uno con el otro y, con los ojos abiertos de par en par, escucharon las explicaciones de la mujer sobre el ganado y los cabritillos, y sobre el gato mágico que les robaba leche del pajar. Un oficinista vestido impecablemente se inclinó sobre ellos y constató competentemente que se trataba de dos ejemplares del Gato de Bosque Noruego. Una raza muy reconocida, según nos dio la impresión. Al apearse se despidió llevándose dos dedos al ala del sombrero. Y pensé para mis adentros, Dios sabe que por enésima vez: qué poco se precisa. Qué poco se precisa para que se derrumben los muros que inconscientemente hemos erigido a nuestro alrededor. Sobre ese tipo de construcciones, por cierto, la verdad es que yo sabía bastante. Toda mi vida había vivido tras una fachada, sin que me desafiara nadie aparte de una madre poco emprendedora. Solo en el último par de años, tras la desaparición de mi madre y el colapso que inevitablemente siguió, había yo empezado a hablar a través del enfoscado del muro. Incluso eso de ir en el metro con el dedo índice metido en una jaula de gatos me hubiera resultado completamente imposible hasta pocos meses antes. No me hubiera atrevido a llamar tanto la atención. De ninguna manera. Ahora le guiñaba el ojo a la vieja pastora de Smøla y les daba acceso a los dos chiquillos con sus miradas de curiosidad. Pensaba para mí, esto os viene bien. Os viene bien ver vidas vivas. En un mundo donde los niños pensaban que los pollos nacían envasados al vacío y que la merluza salía de las manos de Dios en envases de cartón de Frionor, resultaba liberador, en fin, simple y llanamente edificante, mostrar dos vidas vivitas y coleando como estas.

—¡Uno de ellos tiene bigote! —señaló el más pequeño de los niños, mientras se sorbía los verdes mocos por el torpedero derecho.

—Ese es el *Pimentón* —dijo Kjell Bjarne.

—¿Y el otro cómo se llama?

—Na de na —dije.

—¿Na de na?

—Sí, na de na.

—Pues esa es precisamente la pinta que tiene —bromeó el mayor de ellos—. Como casi na de na. ¡Como un enorme cero!

En determinadas ocasiones desearía volver a aquellos buenos tiempos en los que los castigos corporales se consideraban algo natural. Y obviamente no estoy hablando de la enferma violencia contra niños indefensos. Ni en mis más salvajes fantasías se me ocurriría liarme con el cinturón sobre la estirpe en crecimiento, o con la punta del zapato. Pero a pesar de todo no descartaba que un bofetón pudiera tener un carácter educativo en un caso como este. Un sopapo podía resultar muy indicado cuando se trataba de ajustar el curso de un niño que se dirigía hacia parajes salvajes, eso lo sabía por mi propia infancia. Consideraba un gran problema el que muchos adultos

simplemente permitieran que todo valiera en lo que respecta a la evolución de los niños. En el bloque en que me crié yo, regía la responsabilidad colectiva. Pasáramos por donde pasáramos nosotros los chicos, salían a orientarnos madres y tías ajenas. La señora Lydersen no cobraba un duro por abrir la ventana de la cocina y lanzar una salva verbal en caso de ver a algún niño masticando un condón usado, o comiendo del barrizal. A la señora Larsen le daba igual que fueran sus propios hijos u otros cualesquiera cuando intervenía para evitar el estrangulamiento en los tendederos sobre el césped. Tampoco a mi madre se le caían los anillos a la hora de participar en el coro colectivo de regañina que tenía como objetivo convertir en «personas» a los pequeñajos que andábamos por ahí con nuestros triciclos. Todo el día era un continuo establecimiento de límites, con frecuencia hasta el aburrimiento, hay que admitirlo, pero por lo que podía observar, los niños hoy en día sufrían de que a nadie le importaba ya lo que se trajeran entre manos. Era como si valiera todo. Aquí teníamos, por ejemplo, a una joven madre que hojeaba perezosamente el periódico mientras sus retoños se dedicaban a maltratar al gato de un desconocido, y ni siquiera se le movían los párpados. Una tontería, por supuesto, tampoco es que yo sea un completo histérico, pero al mismo tiempo infinitamente típico de nuestro tiempo. Ni mi gato ni yo salíamos perjudicados por esta tontería, pero me dolía que quien en el futuro iba a tener que pagar la factura por ser tan deslenguado era precisamente el propio niño. La más ínfima reprimenda por mi parte en estos momentos y seguro que algún sociólogo tiraba del freno de emergencia y llamaba a la policía y a la prensa sensacionalista. Por suerte intervino la vieja campesina y atrajo la atención de los pequeños gamberros contándoles que ella se llamaba Ovidia, cosa que naturalmente desencadenó muestras de desprecio y gritos de burla. Mientras, la madre leía la sección deportiva y estaba abstraída de este mundo. Así fue la cosa.

Nos bajamos en Majorstuen y nos apresuramos a volver a nuestro nido de solteros en la calle Kirkeveien. El segundo mejor barrio de la ciudad. ¡No estaba mal! Ciertamente era un bloque construido en la década de los cincuenta, pero a pesar de todo... Teníamos un balcón y un patio trasero con encanto. En lo que respecta a nuestros nuevos compañeros de piso, tras discutirlo largo y tendido, habíamos llegado a la conclusión de que iban a tener que ser unos gatos de interior. Es cierto: el patio trasero era pintoresco y estaba provisto tanto de árboles como de flores, pero naturalmente no cabía la posibilidad de construir una escalera de gatos desde allí abajo hasta la tercera planta donde vivíamos nosotros. Además no podíamos descartar que vivieran por allí otros gatos, de un calibre temiblemente burdo. Sobre todo nos habíamos fijado en uno. Un macho blanco con la oreja derecha desgarrada. Lo llamábamos *Killer*. Un auténtico pirata que conseguía incluso abrir los contenedores de basura. No se expone a dos diminutos ovillos a algo así, a no ser que sea absolutamente necesario. Por primera vez en mi vida tenía la responsabilidad de una

vida que no fuera la mía, y pensaba jugar mis cartas con mucho cuidado. Cómo andaba Kjell Bjarne de responsabilidad no lo sabía, puesto que de lo concerniente a su pasado no quería contar gran cosa, aparte de que odiaba a su madre y a su padre.

Avanzamos dando los pasos de dos en dos. De la jaula no salía ni un sonido y como es natural empecé a temer que la muerte se hubiera llevado a los dos pequeñuelos tras tan desgarrador viaje. En uno de los libros de la biblioteca había leído que el transporte podía ser algo bastante traumático para determinados gatos. Abrí la puerta con mano temblorosa y nos abalanzamos hacia el interior del recibidor.

Pues sí. Seguían con vida. No había por qué preocuparse. El *Pimentón*, ya estaba asumiendo que iba a seguir llamándose el *Pimentón*, salió contoneándose de la jaula y soltó una cascada de orín sobre la alfombrilla de la puerta. Kjell Bjarne lo levantó cogiéndolo por la piel de la nuca y lo colocó cuidadosamente sobre la arena blanca del baño de gatos y el animal se quedó de pie mirando sorprendido a su alrededor, antes de ponerse a pegar patadas con las patas traseras.

Mi gato se mantenía en completa calma. Ni rastro de la iniciativa de la que había hablado la señora Rimstad, simple y llanamente se quedó sentado al fondo de la jaula mirándome con incredulidad. Y en ese mismo instante, comprendí que nosotros dos íbamos a ser buenos amigos. Porque así era exactamente como había sido yo la mayor parte de mi vida, escéptico ante todo lo nuevo. Ciertamente el mundo se abría ahora a mí, o yo me abría al mundo, pero iba lentamente, no se trataba de correr al encuentro del mundo, más bien era cosa de avanzar paso a paso, arrastrando los pies, como quizá lo expresara alguien. Pero había movimiento. Sin duda, había movimiento.

Fue una de las noches más agradables que recuerdo haber tenido nunca. La criatura salió al cabo de una hora y se dedicó a perseguir a su hermano corriendo por el piso. ¡Estos chicos estaban en plena forma! Cual monos trepaban por las cortinas, se balanceaban por los respaldos de las sillas y taladraban con sus cabezas todo lo que tuviera un hueco. Kjell Bjarne les había comprado toda una montaña de las más suculentas latas de comida para gatos, y comían y deponían que daba gusto. Kjell Bjarne y yo dimos la espalda a la televisión y nos sentamos a comentar sus diversas ocurrencias, risueños y con los ojos abiertos de par en par. Al cabo de unas cuantas horas se desmayaron dentro del molde de las tartas bajo la encimera de la cocina. Enroscados el uno en el otro, con las patas abrazadas.

—Bueno —dijo Kjell Bjarne—. La verdad es que parece que se sienten como en casa. Pero tú vas a tener que ponerle un nombre a tu crápula.

—Justamente eso no me corre tanta prisa —dije—. Es mejor pensárselo bien que ponerle una idiotez de nombre cualquiera.

Kjell Bjarne se encogió de hombros: —A mí me es igual.

Se dirigió al baño, plausiblemente para prepararse para ir a la cama. O más bien: para *hacer como si* se preparara para irse a la cama. Lo cierto es que sospechaba que hacía bastantes trampas con ese asunto. En principio el plan era que tuviéramos un

dormitorio cada uno, pero no tardamos en descubrir que nos resultaba un poco triste tras la estrecha convivencia en el centro de restablecimiento de Brøynes. Habíamos llegado a apreciar las conversaciones nocturnas y descubrimos que las palabras fluían con más facilidad entre nosotros una vez que apagábamos las luces y arropábamos nuestros cuerpos con los cálidos edredones. Es curioso, la verdad, cómo se adaptan las personas a las circunstancias. Cuando llegó la orden de que acampáramos en la misma habitación, odiamos tanto la decisión como el uno al otro. Más tarde nos fuimos haciendo, como se dice. Nos hicimos amigos. Una experiencia completamente nueva por lo que a mí respecta.

De todos modos: no tenía sentido negar que a veces Kjell Bjarne olía bastante mal. En Brøynes, Gunn le había mantenido firme, pero ahora se estaba relajando con la higiene personal. Calcetines malolientes, y ropa interior que no cambiaba en varias semanas. En realidad supongo que debería haber hablado con Frank sobre el asunto, pero era como si me resultara demasiado íntimo implicar a un tercero en este asunto precisamente.

Entré en la cocina y me incliné para poder ver los dos pequeños ovillos que dormían el sueño de los justos en el molde para tartas. Oí que Kjell Bjarne había abierto todos los grifos en el baño y, de pronto, fue como si pudiera ver a través de la pared. Desenmascaré su juego, simple y llanamente. Salí resuelto al pasillo, abrí la puerta del baño de un tirón y efectivamente: Kjell Bjarne estaba sentado sobre la taza del inodoro, completamente vestido y leyendo un tebeo del Pato Donald, mientras el grifo de agua caliente vertía agua hirviente en el lavabo. Se sobresaltó y se puso rojo como un tomate. Yo no dije ni palabra. Me limité a asestarle una gélida mirada y un autoritario movimiento de cabeza.

Media hora más tarde fue a acostarse cabizbajo, después de comprobar la situación en el molde para las tartas. Se había puesto unos calzoncillos largos y tenía el pelo mojado. Tomé la decisión de no mencionar el incidente, a no ser que él mismo sacara el tema.

Una vez que también yo hube pasado por el baño y todas las luces estuvieron apagadas, dijo: —No nos va demasiado mal, ¿verdad, Elling? Queli propia y todo. Un gato para cada uno, incluso. Ahora un par de churris y...

—Tú sigue como esta noche —dije—. Sácate la mierda a intervalos regulares, y verás cómo eso se arregla. Como no lo hagas, desde luego que no se va a arreglar.

—¿A qué te refieres?

No me molesté en contestar. Había perdido la cuenta de todas las noches que había empleado en explicarle lo que les gustaba y no les gustaba a las mujeres. Eso de la higiene lo había comentado hasta la saciedad. Seguro que había mujeres que apreciaban el olor a establo, pero había una diferencia entre la suciedad de los animales y la de las personas.

Suspiró: —Me pregunto a qué hora se despertará el *Pimentón* mañana por la mañana.

—Seguro que temprano —opiné yo—. Cuando se trata de gatos, hay que estar preparado para casi cualquier cosa.

Se rio por lo bajo en la oscuridad: —Al verle esa jeta tan curiosa... Ese bigote tan superbobo... Solo podía ser el *Pimentón*.

—No consigo que se me ocurra ningún nombre para el mío —dije.

Era verdad. Le había dado mil vueltas, pero no llegaba a ningún sitio. La situación era ridícula, pero estaba completamente estancada.

—*Mons* sirve perfectamente, ¿no?

—No. Hay doscientos mil gatos macho con ese nombre en este país.

—Tranquilo. Seguro que se te ocurre algo. Lo más importante es que los bichos ya están en casa, ¿no? Joder, Elling, creo que nos lo vamos a pasar como enanos con esos dos tíos.

Eso mismo pensaba yo. Pasamos un buen rato riéndonos mientras nos volvíamos a contar el uno al otro los acontecimientos de la tarde. ¿No se había fijado en la expresión de sorpresa del *Pimentón* cuando mi gato se le cayó encima desde la silla? ¿Me había enterado del torpe combate en el alféizar de la ventana? Al final nos quedamos vacíos y después de un rato Kjell Bjarne dijo: —He estado pensando en una cosa...

—Adelante —dije con generosidad.

—Quizá deberíamos empezar a salir un poco más. Como dice Frank. Quiero decir, no podemos contar con que las churris vengan a casa cuando ni siquiera saben que estamos aquí.

¡Kjell Bjarne y las «churris»! Aunque tenía que admitir que llevaba algo de razón. Pero yo llevaba toda la vida en un aislamiento casi total y era todo menos fácil romper con las viejas costumbres. Solo eso de bajar por la calle Hegdehaugsvei una mañana cualquiera era toda una prueba para mí. Sentía que la gente me dirigía miradas críticas, como si me juzgaran, como si pensarán que por ahí viene el niño de mamá del bloque del prado. Porque yo había sido un niño de su mamá, no tenía sentido negarlo. Tampoco es que hubiera tenido otra opción, por lo que alcanzaba a entender.

—Yo también me asusto de vez en cuando —dijo Kjell Bjarne, como si me hubiera leído los pensamientos—. Pero ¿y si vamos juntos?

—¿A un bar?

—Por ejemplo. O a una cafetería. Las churris van a esos sitios. Nuestra pensión no está nada mal y solo se vive una vez.

Esperemos que sí, pensé yo. La idea de la reencarnación me había torturado con frecuencia. Vida, muerte, vida, muerte, hasta el infinito. En todo caso suponía que a un tipo como yo debía de quedarle una infinidad hasta el Nirvana. Cuando la vida más me había vapuleado, lo cierto es que deseé la muerte. Un sueño profundo y eterno, eso de ser recibido por un arcángel al otro lado debía de ser todo un bajón, que una especie de director espiritual te dijera con una sonrisa algo triste que se temía

que habías vuelto a suspender el examen. ¿Quizá deberíamos probar con una vuelta por Ruanda la próxima vez, Elling? ¿O qué te parece Calcuta? Lugares perfectos en los que criarse para quienes quieren deshacerse de la pantalla materialista que se interpone entre tu alma y la Armonía Total.

—Bueno, ¿entonces qué? —dijo Kjell Bjarne.

—Está bien —el escalofrío de la teoría de la reencarnación me hizo asumir que era importante trabajar activamente en el desarrollo propio.

—Quizá podíamos empezar por ir a cenar ahí al lado, al Larsen —continuó Kjell Bjarne—. El otro día tenían chicha con mojo. Y pudin de pescado con bechamel. Un sitio decente, nada de pijadas.

Me di cuenta de que algo se revolvía en mí. Era mi viejo yo que quería salir a la superficie para decirle a Kjell Bjarne lo que pensaba sobre el derroche y sobre eso de ir a restaurantes a lo grande. Pero mi estancia en Brøynes, y sobre todo la convivencia con Gunn, me habían enseñado a ver las cosas desde un ángulo un poco distinto. Además me había vuelto menos arisco. Y..., en fin, lo reconozco sin más: había empezado a sentir curiosidad por el mundo ahí fuera. Solo que... Que la gente en disciplina libre me asustaba. Durante los nueve largos años que pasé en la escuela tuve experiencias que me calaron muy hondo. Y a pesar de que durante todos aquellos años con mamá le había hecho la compra e incluso había ido solo a sacar mis propios libros de la biblioteca, todo aquello sucedía dentro de los límites de lo seguro. Eran expediciones rápidas y de objetivos claros, con retiradas igualmente rápidas y de objetivos claros, de vuelta al sillón y la radio nacional NRK. Eso de andar a la deriva por lugares públicos siempre me había parecido un completo sinsentido. Aunque esto había ido cambiando lentamente en Brøynes. No es que le encontrara más sentido al sinsentido, desde luego que no, pero había aprendido a apreciar los paseos por el campo sin propósito alguno. Había cogido la costumbre de pasear por los hermosos parajes naturales que rodeaban el hogar de restablecimiento. Y como si eso no fuera suficiente: todos los jueves Kjell Bjarne y yo empezamos a coger el autobús hasta el centro del pueblo. Un té humeante y una tarta de manzana en la cafetería del centro comercial. Charla de hombres y despiadadas caracterizaciones de la gente de las mesas vecinas. Risas y diversión. Pero luego nos separaron, y yo me embarqué en la vida de pionero en Majorstuen, más solo que la una, si obviaba las inoportunas intromisiones de Frank. Volví inmediatamente a mi viejo papel. Me pareció lo más sensato, simple y llanamente. Me volví a convertir en un hombre casero y las masas de gente en las calles me asustaban. ¿Chicha con mojo? ¿Pudin de pescado con bechamel? Sonaba a sitio popular. Tomé la decisión de apostar. Si la cosa se ponía demasiado mal, siempre se podía volver a casa. Corriendo. Peor no era.

Cien años antes de mis tiempos, Edward Munch pintó un cuadro titulado *Tarde en la calle Karl Johan*. Recuerdo que aparecía en alguno de los libros del instituto y que, ya en esos momentos, me causó una profunda impresión. El cuadro muestra una muchedumbre que sube por la acera de la calle Karl Johan en dirección al Palacio Real. La gente tiene la cara pálida, casi un poco verdosa, y los ojos grandes y vacíos. Dan la impresión de haberse levantado recientemente de la tumba. Y por la calle desierta, en dirección contraria a todos los demás, vemos una figura vestida de oscuro. Como con tantos otros cuadros de Munch, al mirarlo me invade una sensación de soledad, casi me duele el estómago. Creo que aquel debió de ser mi primer encuentro con el mundo de Munch y, tal vez precisamente por eso, la imagen me conmocionó especialmente. Hasta entonces creía que los cuadros eran algo que se colgaba en la pared para adornar un poco. Que pudieran hacer algo con uno era una noción absolutamente desconocida para mí. Pero, de un modo extraño, me reconocía en aquel cuadro. Sabía que era yo el que bajaba por la calle, alejándome de los demás, alejándome de la corriente principal. Bajo mi piel había la misma atmósfera, por decirlo así. Naturalmente, en clase se rieron del cuadro. Los bromistas criticaron la elección de colores de Munch y señalaron que no era ese el aspecto que tenía la gente en la realidad. Muchos años más tarde, al leer un artículo sobre Munch en el suplemento cultural de *El Periódico Obrero*, descubrí que los contemporáneos del pintor habían dicho exactamente lo mismo. Estuve a punto de echarme a llorar al leerlo, porque de pronto comprendí lo solo que debió de estar. En el mismo artículo aparecían, además, algunas citas de los diarios del pintor. Una de ellas versaba precisamente sobre el mencionado cuadro, *Tarde en la calle Karl Johan*: Munch escribe que acaba de tener un romance desgraciado. Solo y abandonado baja por la calle, alejándose de la comunidad. Escribe que de pronto todo se volvió muy silencioso a su alrededor, que la realidad se desvaneció de alguna manera, y que las pálidas caras lo miraban fijamente.

Tanto con aquellas palabras, como con el propio cuadro, Munch describía lo que yo no había sido capaz de describir, pero sí había sentido muchas veces en mis propias carnes. El decorado que me rodeaba era distinto, ciertamente, pero mi vivencia de la realidad había sido sugerentemente cercana a la del gran artista. A veces, de camino a la tienda, con el carrito de mamá en una mano y la lista de la compra en la otra, me sobrevenía la sensación de que a mi alrededor se hacía el silencio y de que las caras de quienes caminaban entre los bloques de pisos se deformaban. Se me metía en la cabeza que querían hacerme daño, que de alguna manera iban a por mí. También es verdad que con frecuencia realmente era así, había por ejemplo una pandilla de chicos que solía merodear por el centro comercial, les encantaba obligarme a meter la cabeza en el carro de la compra. Pero también en

otras ocasiones, aunque no me amenazara ningún peligro real, de pronto me descolgaba del contexto y quedaba paralizado por el pánico. A veces, simple y llanamente dudaba de mi propia existencia, o mejor dicho, sentía que me estaba desvaneciendo para mí mismo, que me desintegraba. En tales ocasiones solía intentar dañarme a mí mismo. O tal vez eran más bien los demás quienes lo interpretaban así, incluso mi propia madre era incapaz de comprender que cuando me fustigaba a mí mismo con ramas de serbal, o me pegaba bofetadas en la cara, era para retomar el contacto conmigo mismo. Pero es que yo era incapaz de explicarme de un modo sensato, solo me salían llanto y frases sueltas.

Al día siguiente, de camino al Larsen junto con Kjell Bjarne, volvió a sobrevenirme esa sensación de descolgarme del contexto. Las piernas se marchitaron debajo de mí, me miré sorprendido los pies, que me llevaban lealmente hacia la meta sin mi contribución ni voluntad. Se me taponaron los oídos y la cháchara de Kjell Bjarne la escuchaba en la lejanía. Hablaba de lo de siempre, de mujeres y comida, porque no es que no oyera lo que decía, pero era como si me gritara desde algún desconocido planeta. Al mismo tiempo sentía una especie de seguridad por tenerlo a mi lado, no me invadió el pánico como tantas otras veces. Me dije a mí mismo, aquí voy. Estoy viendo que los pies se me mueven. El corazón me late en el pecho e inspiro el frío aire de febrero. Es una variante algo extraña de la realidad, pero no deja de ser la realidad. Al hombre solitario de la calle, al que se alejaba de la amenazadora multitud, lo acompañaba ahora uno de los apóstoles más sencillos de la vida. Y una vez concebido aquel pensamiento, de pronto entendí que ya no me estaba alejando de nada ni de nadie. Fijé la atención en los cogotes y las espaldas de los abrigos de la gente que caminaba delante de mí por la acera, y me sobrevino una gran paz. A lo lejos vislumbré el cartel de cerveza Ringnes del Larsen y el chillón letrero en el que supuse que estaban apuntados los platos del día. Hacia allí nos dirigíamos y, para mi sorpresa, noté que compartía las expectativas de mi amigo Kjell Bjarne. También yo apostaba por la chicha con mojo y, al igual que él, me decepcionaría que hubieran quitado aquel plato del letrero. Ciertamente me había quedado sin tripa, casi sin sensación alguna de presencia física, pero a pesar de todo tenía hambre. Curioso. Chicha. Denso mojo. Decidí que iba a triturar las patatas en la salsa, como solía hacer de niño. Echar sal, sin consideración alguna hacia los riñones u otras vísceras. Ya estaba soñando con la crujiente chicha frita.

—Me cago en la puta —dijo Kjell Bjarne, y noté que los tapones de los oídos habían desaparecido—. ¡No tienen chicha con mojo!

«Guiso de toro», ponía en el letrero, «55».

La decepción fue profunda. Porque incluso con mi muy restringida experiencia como cliente de un restaurante, me daba cuenta de que eso del guiso de toro podía resultar ser cualquier cosa en un sitio como aquel. Era dudoso que el cocinero tuviera instrucciones de ser especialmente generoso con la carne de toro. Y además ya estaba completamente mentalizado para la chicha con mojo. Lo que más me apetecía era

volverme a casa, pero fue como si oyera la voz de Gunn en la lejanía, recordé las largas conversaciones que habíamos mantenido en la intimidad de Brøynes. «¡Tú te rindes demasiado rápido, Elling!», solía decirme. Y: «Tienes que intentar no recurrir a las exageraciones cada vez que algo se te pone en contra». Al principio, cuando adoptaba ese tono, solía ponerme furioso, por supuesto. A mi juicio, en muchos sentidos había sido capaz de evitar la trampa habitual en la que caen los adultos, había conseguido conservar el sentido innato de la justicia de los niños y, por eso, reaccionaba tan duramente ante fenómenos que otros consideraban bagatelas. Para mí era todo una cuestión de principios. Ceder en los pequeños conflictos cotidianos era la receta segura para un domingo problemático. Le recordaba a Gunn que toda nuestra sociedad del bienestar se fundaba sobre el hecho de que los viejos titanes del Partido Laborista hicieron llegar sus visiones a la vida cotidiana de la gente corriente, y en que nunca cedieron ni un milímetro por muy banal que fuera el conflicto. Error, opinaba ella. La política es el arte de ceder. El Partido Laborista noruego nunca habría llegado tan lejos si no hubiera tenido una mirada despierta para distinguir lo importante de lo que no lo era. Un sacrificio un día podía conducir a una importante victoria otro día. Y cuando luego añadió que era miembro del Partido Laborista de Brøynes, además de edil suplente en el ayuntamiento, tengo que admitir que me dio qué pensar. La verdad es que yo nunca había sido miembro en ningún sitio y evidentemente tenía que tener en consideración la experiencia de la que ella disponía. Además era la primera miembro del Partido Laborista a la que conocía en persona. Esas cosas impresionan. «¡Tú ponle buena voluntad y ya verás cómo todo es mucho más fácil!», solía decir ella para terminar.

Así que eso hice. Le puse buena voluntad. Adopté un tono bravucón, que es cierto que sonaba un poco hueco, pero le dije a Kjell Bjarne que lo más importante era que «saliéramos un poco a alternar con la gente», no lo que hubiera en el menú. En eso era en lo que más había insistido Frank en el tiempo que llevábamos viviendo en la calle Kirkeveien. «Nada de enfurruñarse», decía Frank. «A mí me da igual adónde cojones vayáis, ¡pero daos brillo! Por mí como si empezáis a ir a las reuniones de la parroquia de Pentecostés». ¡Sí, claro! Ya me estaba imaginando a Kjell Bjarne revolcándose por el suelo con un súbito ataque de don de lenguas y curado milagrosamente de su adicción a la comida. Nos habíamos echado unas buenas risas cuando aireé mis ideas en torno a aquel proyecto. Y, por lo general, nos habíamos quedado en casa.

Entramos. Entramos sin más. Kjell Bjarne delante y yo detrás. Un local sencillo. Nada de pijadas, como había sostenido Kjell Bjarne. Un interior marrón y, en las mesas, manteles a cuadros rojos y blancos. El desagradable olor a tabaco que había en el local, escogí ignorarlo. ¡Porque también olía divinamente a comida! Y lo mejor de todo: mi aprensión hacia una habitación repleta de macarras medio borrachos con el subconsciente carcomido por una infancia problemática se puso en evidencia. En dos mesas al fondo del local estaban sentados sendos viejos hojeando el periódico.

Por lo demás estábamos solos. ¡Me puse simple y llanamente altivo! Adopté un gesto de indiferencia y me despojé del abrigo, requisé una mesa junto a la ventana, me pasé la mano por el pelo e intenté bostezar.

Kjell Bjarne se sentó al otro lado de la mesa: —¿Estás cansado?

—¿Cansado? No.

—Pues estás bostezando como una cría de tordo.

Le expliqué que solo me aburría un poco y giré la cabeza buscando al *maître*.

Se trataba de una desenvuelta mujer de cautivadora sonrisa. ¿Que si queríamos algo de beber?

Sí, y que lo digas. Dos Coca-colas.

—¿Tienes chicha con mojo? —dijo Kjell Bjarne.

Creía que no. Nos introdujo en el sistema del lugar y nosotros la escuchamos atentamente. Resultó que operaban con un menú fijo. Nos dio uno a cada uno y allí nos quedamos, con los menús en las manos. Acto seguido nos informó de que, además del menú fijo, había un plato del día. Yo asentí, porque lo había cogido, y señalé con la cabeza el letrero de la calle. ¡Exacto! Hoy la cosa iba de guiso de toro.

—¿Y entonces cuándo volverá a haber chicha con mojo? —quiso saber Kjell Bjarne.

Eso no lo sabía la mujer. Omitió la respuesta. Nos hizo entender que no era ella la que se encargaba de ese asunto, que simple y llanamente no tenía mucho que decir respecto de lo que pasaba en la cocina.

—Esperad un momento —dijo—. La verdad es que lo puedo preguntar.

Se fue a preguntar y Kjell Bjarne y yo nos pusimos a hojear el menú. Y de pronto se me hizo un nudo en la garganta, ¡porque esto era casi como volver a la cocina de mamá! Albóndigas con puré de guisantes. Salchichas y chucrut. ¡Y pescadilla ahumada con zanahorias cocidas! Se lo dije a Kjell Bjarne, que todos aquellos reconfortantes platos noruegos me recordaban a mi infancia, e incluso a mi vida adulta, en realidad, que mi propia madre podría haber compuesto aquel menú.

Kjell Bjarne refunfuñó e inmediatamente intenté suavizar el asunto alabando su olfato para encontrar restaurantes. Me di cuenta de que había hecho el idiota al usar una palabra tabú como «madre», debería haber tenido más tacto.

—Pues entonces van a tener que ser salchichas —dijo, y dejó a un lado el menú—. Con muchísimo chucrut —suspiró satisfecho y miró a la gente que pasaba por la calle. Había empezado a caer aguanieve y la mayoría iba con la vista fija en el asfalto—. Me pregunto adónde irá toda la banda. ¿Has pensado en eso, Elling?

¡Que si había pensado! Llevaba toda mi vida preguntándome adónde se encaminaban los demás, qué tipos de sueños y metas tenían, quiénes eran realmente tras sus máscaras. Por temporadas casi se había convertido en una pequeñísima obsesión. Me podía pasar horas en la ventana del pequeño piso que teníamos mamá y yo, dando rienda suelta a la imaginación. Y mamá, que podía por ejemplo estar preparando la cena en la cocina, se reía de todo el asunto. El psicólogo de Brøynes,

en cambio, me había recomendado que me lo tomara con un poco de calma. Estaba muy bien eso de tener una rica imaginación, opinaba él, pero de vez en cuando las especulaciones también podían acabarte liando un poco. Cuando las fantasías se convertían en realidad, por ejemplo. Y al revés.

—Ahí viene el bueno de Jesper Pedersen —dije, señalando a un hombretón que se afanaba por meter una caja de cartón en el maletero de un coche aparcado—. Seguro que ha vuelto a comprarse un caimán.

—¿Caimán? —Kjell Bjarne miraba la caja con los ojos como platos.

—Los compra pequeños y después los cría —dije—. Y luego, cuando crecen, los mata a golpes. Con esos bichos se hacen bolsos y monederos. Y mucho dinero, por supuesto.

—¡Tontorrón! —dijo Kjell Bjarne.

—No sé yo —dije—. Hay trabajos peores.

—Quiero decir que el tontorrón eres tú —dijo—. Gunn decía que tenías que dejar de hacer eso. ¡No te sienta bien al coco!

—Tú concéntrate en tu propia cabeza —le dije—. Y ya me encargo yo de la mía.

—No sé cómo cojones se te ocurren todas esas cosas. Caimanes, no te fastidia. Si te conozco bien, no habías visto a ese tipo en toda tu vida.

Nuestra desenvuelta amiga volvió. Su pecho se balanceaba perezosamente bajo el jersey y ella nos miraba radiante.

—¡Habéis tenido suerte, chicos! Al cocinero le quedaba chicha del jueves —dejó los vasos de Coca-Cola sobre la mesa.

—¿Quiere eso decir que nos vais a dar chicha con mojo? —dijo Kjell Bjarne.

—Si es lo que queréis.

—¿Y tú cómo te llamas?

Intenté pegarle un puntapié bajo la mesa, pero solo di con la pata.

—Johanne —respondió ella, sin el más mínimo pudor.

—Muchas gracias, Johanne —dijo Kjell Bjarne y ya quería darle la mano, pero ese debía de ser el límite porque ella no se la cogió—. ¿Sabes cuándo fue la última vez que comí chicha con mojo?

—No, no me atrevo ni a adivinarlo.

—Ni yo tampoco. Pero te digo que no fue antes de ayer. Eso te lo prometo.

Ella le guiñó el ojo, o quizá fue a nosotros, y luego se fue por otra cerveza para uno de los viejos del rincón, que había chasqueado los dedos casi inaudiblemente.

—¡Una mujer sin igual! —dijo Kjell Bjarne—. Mañana quiero yo volver aquí.

—Ya me imagino, ya —dije—. Pero ni hablar. No mientras yo sea el ministro de economía. Aunque, por supuesto, estoy de acuerdo en que Johanne es una mujer de excelente calidad.

—¿Una vez por semana, al menos?

Me lo pensé. Sí, eso probablemente podríamos permitirnoslo. Además, la innegable buena racha de la última media hora me había animado. Me gustaba aquel

lugar, me gustaba Johanne, naturalmente, y me gustaba el menú. La idea de acabar teniendo algo tan absurdo como un restaurante habitual me había sido completamente ajena hasta entonces. El pub local, o el restaurante local, el sitio al que se va habitualmente, era algo sobre lo que había leído en las novelas, o visto en las series de televisión inglesas. Pero ahora comprendía que precisamente un sitio así, algo fijo a lo que agarrarse en la oferta de establecimientos públicos, podía ser la mismísima clave para dos jóvenes que se habían propuesto desarrollar unas relaciones sociales más activas con el resto de la gente. Aquel lugar me inspiraba seguridad. Ya habíamos cogido confianza con la reina indiscutible del lugar y, sin duda, podríamos contar con ella en caso de aprieto. Aquel cachondo guiño podría incluso haber sido señal de que nos veía como dos posibles objetos de deseo. Curado en salud, con las advertencias de Gunn aún en mente, decidí no permitir que mis ideas siguieran por ese camino. Me conformé con desvestirnos apresuradamente tanto a ella como a mí, y entreví sus grandes pechos blancos que me recibían acogedoramente, antes de abortar abruptamente todo el asunto. Aquella bobada se iba a acabar. Se lo había prometido a Gunn y a los demás. A partir de ahora iba a atenerme a la realidad, y sanseacabó. Que Kjell Bjarne estuviera soñando con que Johanne se desplegara y se sentara sobre su cara era problema suyo.

—Me pregunto cómo les irá al *Pimentón* y a su compi —dijo, como si me hubiera leído los pensamientos y quisiera zafarse del asunto.

Pero de pronto yo también me lo preguntaba. ¿Habíamos hecho bien en dejarlos solos en casa? Quiero decir, estaban acostumbrados a estar acompañados ahí de donde venían, por la señora Rimstad y todo un ejército de gatos. Al irnos, los habíamos dejado durmiendo en el molde para tartas, después de que hubieran hecho sus necesidades directamente sobre el suelo de la cocina. ¿Pero qué estarían haciendo ahora? ¿Estarían maullando en el recibidor para que acudiéramos Kjell Bjarne y yo? Me lo estaba imaginando. Los vecinos furiosos congregados en las escaleras. El portero que salía corriendo a llamar a la asociación protectora de animales.

Me hice el duro: —Se van a tener que acostumbrar a que andemos por ahí.

—Sí —dijo Kjell Bjarne—. Y además se tienen el uno al otro, como dijo la Rimstad.

—Luego les llevamos la corteza de la chicha —le susurré confabulatoriamente—. Así tienen con qué entretenerse a lo largo de la noche.

—Solo si no están crujientes —dijo Kjell Bjarne—. Como estén crujientes, me las como yo.

—Vale —le dije—. Solo si no están crujientes.

Llegó la comida, servida por nuestra pechugona delicia. Los platos me recordaron a los platillos de un peso, me hicieron pensar en la diosa de la Justicia. ¡Menuda visión! Nos dejamos llevar. Nos deshicimos en elogios y Kjell Bjarne volcó su vaso de puro entusiasmo. Gruesas lonchas de rica chicha, bien doradas en la sartén. Patatas y un denso mojo. Pedimos agua con hielo y nos lanzamos a comer. Johanne se reía y

parecía estárselo pasando en grande con nosotros.

—La mejor comía que he probao nunca —dijo Kjell Bjarne con la boca llena.

En fin. Yo me quedaba con las costillas que hacía mamá en Nochebuena, pero qué más daba. Aquello era un festín para gente corriente, eso estaba claro. Como me había propuesto, me puse a triturar las patatas en el mojo y les eché una buena capa de sal. La chicha era jugosa y sabrosa. Me irritaba un poco que Kjell Bjarne no machacara las patatas en la salsa, como yo, pero qué más daba. Como siempre con la comida, le entraban las prisas. El propio mojo se lo comió a paletadas, a toda prisa con el cuchillo, un arte que yo relacionaba con la generación de mis abuelos y por el que me había dejado fascinar con frecuencia. Yo comía y disfrutaba. Temblaba de bienestar. Llegó el agua con hielo y Johanne nos preguntó si nos estaba gustando. ¡Desde luego! Íbamos a rezar por ella y por el cocinero, le dije en broma. Y me eché unas cordiales risas además de una amiga completamente nueva para mí. Entonces resurgió el viejo del rincón, con sus reseco chasquidos de dedos. Johanne volvió a desaparecer en dirección al grifo de cerveza. Si yo hubiera tenido un mal día, seguramente aquel constante chasquear habría acabado irritándome. Pero tenía un buen día. Un día buenísimo. En casa me esperaba un gato cariñoso y aquí estaba yo, atiborrándome de una comida deliciosa sin refinamientos ni pijadas. Me veía a mí mismo en la figura del viejo, chasqueando para que me trajeran mi plato habitual de los viernes. Cómo me gustaba aquella imagen.

—¡Si Frank nos viera! —dijo Kjell Bjarne mientras envolvía la corteza en la servilleta de papel, había dejado el plato casi limpio—. Digo yo que estaría más o menos contento con nosotros.

Yo también me guardé la corteza y dejé a un lado el plato vacío:

—Solo más o menos —dije sonriendo—. Supongo que hubiera preferido que nos sentáramos en una mesa con unos desconocidos de diferentes nacionalidades.

—Tontorrón —dijo Kjell Bjarne—. Y ahora no me refería a ti.

Tenía que hacer pis. Todo el rato había sentido la presión sobre la vejiga, pero ya no me quedaba más remedio que tomar cartas en el asunto. Me disgustaba infinitamente, porque si hay algo que siempre me ha dado aprensión es eso de frecuentar servicios a los que los demás pueden entrar tranquilamente. Y tampoco podía pedirle a Kjell Bjarne que me acompañara, porque eso podía causar un malentendido. Con las mujeres era distinto. Incluso con mi muy limitada experiencia en establecimientos públicos, no había podido evitar percatarme de que el género femenino disfrutaba de ir junto al baño. ¿Qué harían en realidad tras aquellas puertas cerradas? ¿Se sentarían a hacer caca mientras hablaban de los disgustos que les daban los hombres a través de las finas paredes? ¿O se conformarían con un par chistes picantes mientras se retocaban el maquillaje? No lo sabía, y tampoco iba nunca a averiguarlo. Lo único que estaba claro es que a las mujeres les gustaba ir juntas al servicio y que siempre llevaban sus bolsos consigo, aunque solo fueran a hacer un poquitín de pis. Era incomprensible, pero así era.

Me levanté y apunté hacia el servicio de caballeros en la otra punta de la habitación. Por mucho que me fastidiara, noté que volvía a sobrevenirme la angustiada sensación de enajenación. El estado de ánimo Munch. Al mismo tiempo pensaba que tenía que superar aquello, llevar a cabo esa expedición. A eso se refería Frank cuando hablaba de agrandar, e incluso transgredir, los límites. Si salía de ello con vida, habría añadido una nueva experiencia a todas las que tenía de antes, y saldría enriquecido. Y cuando empecé a mover las piernas, de nuevo casi insensibilizadas, pensé en lo maravillosamente distintas que éramos las personas. Teníamos, por ejemplo, al explorador Erling Kagge, que había esquiado solo hasta el Polo Sur, mientras que yo tenía que darlo todo para ser capaz de cruzar solo aquel restaurante. Y no era el único que tenía problemas con eso, sabía que en la ciudad había miles de personas que no se atrevían ni a ir a la tienda de la esquina sin tomarse una pastillita, o quizá un lingotazo o dos. Había leído en los periódicos que era un problema habitual, no cabía duda de que estaba en buena compañía. Y luego pensé que no estaba claro cuál era realmente la gran hazaña: ¿la del hombre o la mujer aprensivos que desafiaban su miedo y simplemente salían a la calle, o la heroica carrera de Erling Kagge hacia el Polo Sur? ¿Estaba acaso tan claro que él fuera el gran héroe? Quiero decir, al menos a él lo dejaban tranquilo. Aunque claro no estaba. Como tantos otros en este país, un país que había criado a personajes como Nansen y Amundsen, me había dejado fascinar por nuestros nuevos exploradores polares. Había leído los diarios de los viejos exploradores, y había leído el de Kagge. Me impresionó la franqueza de este último y su tratamiento sin prejuicios de temas que por lo demás eran tabú en nuestra sociedad moderna. Porque acaso no era cierto que éramos muchos los que en el fondo nos preguntábamos cómo sería hacer de vientre a cuarenta grados bajo cero, mientras el implacable viento polar te acribillaba la raja del culo con un millón de agujas de hielo. Kagge no solo nos proporcionó una introducción a este delicado tema, sino que nos hizo también partícipes de los preparativos. La minuciosa planificación, donde de hecho tuvo que calcular con total exactitud la cantidad de papel de váter que le haría falta por el camino. A aquellos que como yo tenían un estómago algo nervioso, el simple hecho de que esto se dejara calcular nos resultaba casi inconcebible. Para ahorrar en papel, y por tanto en peso, se había visto obligado a afeitarse el trasero, a fin de disminuir la fricción. Y aquella era la imagen que se me había grabado en la mente: ¡Erling Kagge sentado en cuclillas tras un montón de nieve *afeitándose el trasero con un espejito de mano vibrando en la manopla izquierda!*

En fin. Pensar en las hazañas de otros infundió ánimo a mi propio espíritu. Crucé el local con decisión y como endemoniado, y me sentí afortunado por todo lo que me había ahorrado al elegir una existencia de animal casero. Desde luego tenía la cuenta llena de problemas y barreras, pero al menos no tenía que escatimar el papel higiénico. Si quisiera, podría incluso dejar de afeitarme la cara.

El servicio estaba relativamente asqueroso. Apestaba a orina vieja. Normalmente

me refugio en uno de los servicios que se pueden cerrar, aunque no tenga más recado que deshacerme de lo líquido. Pero en esta ocasión no tenía sentido, puesto que en uno de los servicios ponía «No funciona» y al otro le faltaba la puerta. Alguien, simple y llanamente, se la había llevado. Además el servicio estaba lo suficientemente guarro como para que prefiriera los urinarios. Saqué a mi vieja y buena amiga y estaba a punto de dejar que el chorro cayera sobre la porcelana de color espuma de mar, cuando la puerta se abrió a mis espaldas. Por supuesto, tendría que añadir. Así son las cosas en este mundo. Si se cae una tostada, caerá sobre el lado untado. Llevábamos más de una hora sentados en el restaurante con los dos viejos y ninguno de nosotros había hecho el más mínimo gesto de ir al servicio. Pero era evidente que ya le había llegado también el momento a uno de los otros, de modo que me vi distraído en mi tarea, incluso restringido. Porque así fue siempre: las cañerías se me taponan de inmediato cuando alguien me mira mientras achico aguas. A no ser que ya esté metido en faena, eso sí, pero en ese momento no lo estaba. El extraño había llegado en medio de los preparativos.

Era el viejo de los dedos chasqueantes. Un enano jorobado, lo miré por el rabillo del ojo mientras intentaba ignorarlo para poder empezar. Pero no. Ni una gota. Se colocó a mi lado, más cerca de lo estrictamente necesario, en mi opinión, y también él se sacó la cañería. Cómo odiaba yo aquellas situaciones. Él tampoco soltaba ni gota, y ahora estábamos ahí de pie como dos tontorrones, con nuestros órganos sexuales en la mano. Hacíamos como si nada, y estábamos muy, muy turbados. ¿Por qué no se habría esperado un minuto o dos?

Pasaron los segundos. La situación era cada vez más embarazosa. Por otro lado, tampoco podía guardarme la culebra, tenía miedo de que eso acabara mal, porque estaba realmente tan apurado que me temía que se me reventara la vejiga. Simple y llanamente no comprendía cómo mi psique conseguía retener el líquido. Porque que este bloqueo tuviera causas psíquicas estaba fuera de toda duda. Me percaté de que el viejo, al contrario que yo, se servía del agarre de mano izquierda, y de que sujetaba el pene desde arriba. Muchos hombres prefieren este agarre, ya me había percatado de ello. Allá ellos. Aunque a mí me parece más natural agarrar el aparato con la mano derecha, tal y como yo, en tanto que diestro, manejaría una manguera. De pronto elevó la mano derecha y, mientras sacudía inquietantemente el bajo vientre, chasqueó con fuerza dos dedos amarillos de nicotina. ¡Y se puso a mear como una catarata! Si fue la visión de su descomunal desagüe, o simplemente la sorpresa del chasquido, en todo caso no tardé en seguirlo. ¡Menudo tipo! Regía sobre su propio cuerpo exactamente del mismo modo en que ordenaba a Johanne que le trajera otra cerveza. Me lo imaginé en la tienda, me lo imaginé en el banco e imaginé cómo se hacía entender chasqueando los dedos. ¿Sería mudo?

—Bueno, bueno —dijo, y sacudió la última gota—. Eso ha sido todo por hoy.

Cuando un par de minutos más tarde volví a entrar, ya no estaba. Johanne había recogido su vaso de cerveza vacío, era como si nunca hubiera estado allí. Entretanto

Kjell Bjarne había pedido un café y había cogido el periódico del día anterior. Lo hojeaba arbitrariamente mientras murmuraba entre dientes y estaba distante. Crisis en el psiquiátrico. Violada en el servicio. El ministro de economía en un aprieto. De pronto se me ocurrió una idea, me levanté bruscamente y me dirigí con paso decidido al pasillo del servicio, donde había visto un teléfono. Marqué implacable el teléfono de Frank. Y lo tuve al aparato tras un solo pitido, como si me hubiera estado esperando en su despacho.

—¿Sí?

¿Era Frank?

—Hola, Elling.

No me gustaba ese tono un poco desganado del que se servía, como si fuera natural que lo llamara, pues no lo era. Lo llamaba muy rara vez. Y solo cuando él me lo pedía previamente. Me estaban entrando ganas de colgar, como en los viejos tiempos, pero debió de darse cuenta, porque de pronto se puso a charlotear sobre Kjell Bjarne y sobre mí, y sobre nuestras vidas. ¿Qué habíamos estado haciendo desde la última vez?

Desde la última vez que qué, no me quedó más remedio que preguntarle.

—¿Desde la última vez que nos vimos, idiota! ¿Habéis conseguido un gato o ha sido demasiado difícil?

¿Difícil? Me tuve que reír. Para eso no había más que estudiar un poco el periódico. Hacer una llamada telefónica. Lanzarse al metro y llamar a una puerta desconocida:

—Cogimos dos, ya que estábamos —le expliqué—. Llegamos a la conclusión de que era lo mejor, la señora Rimstad también lo pensaba. Por cierto, nos entendimos muy bien. Nos agasajó con café y pasteles, y no sé qué más.

—Ya ves. No es tan peligroso soltarse como tú crees. Así que sí, eh. Dos gatos. Debéis de tener el salón muy animado, me imagino.

Sonreí triunfalmente. Lo tenía exactamente donde quería. Le expliqué que la verdad era que no tenía la menor idea de cómo estaría el salón. ¡Hacía horas que ni Kjell Bjarne ni yo estábamos allí!

En la otra punta se hizo de pronto el silencio. Luego: —¿Y qué estáis haciendo ahora, Elling?

Me tembló un poco la voz cuando le expliqué que Kjell Bjarne y yo estábamos en nuestro restaurante habitual. En el Larsen. Que normalmente estábamos en el Larsen a esta hora del día:

—Acabamos de tomarnos un bocado —dije para acabar, y meforcé a bostezar—. Los viernes sirven aquí chicha con mojo y a Kjell Bjarne, como te podrás imaginar, no hay quien lo pare. Y además también es un poco triste para Johanne estar aquí todo el día sola con los viejos.

—¿Johanne?

—La encargada —dije, y me puse a describirla con todo lujo de detalles, sin

perder de vista la barra, por si apareciera por ahí.

—¡No está nada mal! —dijo Frank.

—¡La verdad es que no! —le dije entusiasmado.

Y colgué el teléfono. Quería dejarlo así. Sumido en la extrañeza.

Cuando salimos a la calle, después de pagar y agradecer cordialmente sus servicios, me sentía tan seguro y contento que le propuse a Kjell Bjarne dar un pequeño paseo. Una vueltecilla, como se suele decir, para subrayar convenientemente aquel cambio, nuestra nueva existencia como jóvenes con libertad de movimiento. Estábamos en nuestro mejor momento y nos movíamos por donde nos viniera en gana. Kjell Bjarne no mostró mucho entusiasmo por la idea, pero me siguió a regañadientes cuando yo simplemente eché a andar. Pasamos el Colosseum y bajamos en dirección al parque de Frogner, y me vi silbando una vieja melodía de Roger Whittaker, una de mis favoritas en mis años de juventud. Mientras que el resto de los chicos de la clase flipaba con los Beatles y los Rolling Stones, yo me quedaba con Cliff y Roger. A Cliff —que declaró ante la prensa mundial haberse acostado con una mujer en una única ocasión, pero que luego añadió que se arrepentía y que rogaba a Dios que lo perdonara— la verdad es que no lo entendía. Tal vez fuera simplemente su somera reserva lo que me fascinaba, eso de que no se derrochara a sí mismo, sino que muy al contrario se atreviera a enfrentarse al descabellado circo del rock que crearon los sesenta. A mi juicio era un hombre de mucha entereza. Totalmente abstemio y no fumador, no vacilaba a la hora de pisar una pista repleta de drogas y mujeres dispuestas. Era un hombre que entregaba su mercancía, su propia voz y sus marchosas melodías, y luego se retiraba con un refresco a la habitación de su hotel. Ese tipo de cosas inspiran respeto. ¡Aunque la estrella era Roger Whittaker! Bueno, «estrella»... Sería más correcto decir que a su considerable edad, en comparación con la mía, simbolizaba cierta seguridad en mi existencia. En la vida de una persona, la pubertad y la juventud son años duros, desgarradores y confusos, y entonces como ahora, durante largos periodos de tiempo la Inquietud era mi leal compañera. Y cuando llegaba la Inquietud, ¡te aseguro que poner un disco de los Rolling Stones no era de gran ayuda! Pero con Roger era otra cosa. Cuando la reconfortante voz de Roger me alcanzaba desde el radiocasete, con frecuencia conseguía calmarme, y cuando silbaba, los ojos se me llenaban de lágrimas, a la vez que un escalofrío me recorría la columna vertebral. Y mientras que mis compañeros de clase solo muy de vez en cuando veían a sus ídolos en la pantalla de televisión, mamá y yo podíamos recostarnos cada dos por tres en sendos rincones del sofá para disfrutar de nuestro artista favorito. Porque aquello sucedía en la edad de oro, en la década de los setenta, y Roger Whittaker iba de gira de programa en programa. Siempre impecablemente vestido con una chaqueta de *tweed* y pantalones de pana. Siempre con la barba bien recortada y las uñas limpias. Incluso mamá, que normalmente no soportaba la barba, tenía que admitir que la de Roger resultaba aseada y elegante. Y era verdad. Era la barba más aseada y elegante que te pudieras imaginar. Cuando cantaba sus plácidas baladas yo solía ponerme a fantasear, a soñar con que aquel hombre de la pantalla era

mi propio padre, que era mi padre quien nos obsequiaba con su guitarra mientras las mujeres suspiraban por él. También mamá tenía debilidad por él, no lo ocultaba. Es cierto que la idea de que por las noches, después de acostarse, tal vez siguiera sintiendo esa debilidad, no me entusiasmaba demasiado, pero me contenía y nunca dije nada. Además, como ya he dicho, la entendía perfectamente, aunque el aspecto sexual de la admiración brillara por su ausencia en lo que a mí respecta.

—¿Y qué se nos ha perdido a nosotros por aquí? —dijo Kjell Bjarne, cuando entramos en el parque de Frogner.

—Bueno, siempre podemos echarles un vistazo a las mujeres desnudas —dije.

—¿Mujeres desnudas? —Miró aturdido a su alrededor en la penumbra, y su mirada vagó por las praderas parcialmente cubiertas de nieve—. ¡No me hagas reír!

—Impregnarnos de algo de cultura —proseguí yo, notando que una misteriosa sonrisa se me dibujaba en los labios.

—¡Que le den por culo a la cultura! —dijo Kjell Bjarne—. ¡Quiero volver a casa con el *Pimentón*!

Pero en ese mismo momento las esculturas de Vigeland surgieron de la penumbra y comprendí, para mi moderado asombro, que Kjell Bjarne nunca había estado en el parque Vigeland. Es probable que ni siquiera hubiera oído hablar nunca de él. Sabía que lo sacaron del colegio normal para meterlo en uno de educación especial, donde debieron de dedicar la mayor parte del tiempo a meterles a palos el alfabeto y las pequeñas tablas de multiplicar. Pero ¿y en casa? ¿En la linde del bosque donde había crecido? No es que me hubiera contado gran cosa, pero había sacado la impresión de que las conversaciones en torno a los carajillos muy rara vez versaban sobre el arte y la cultura.

Ahora estaba con la boca abierta:

—¡Joder! —dijo, cuando por fin se sobrepuso, se reía a carcajadas—. ¡No me lo puedo de creer! ¡No me lo puedo de creer, joder!

—Claro, porque no es verdad —le dije enigmáticamente—. Pero es bastante impresionante, ¿no?

Le hablé un poco sobre Gustav Vigeland y sus excelentes ayudantes, pero fue en vano, porque él se dirigía ya hacia una mujer gigante que estaba a cuatro patas. Se colocó detrás de ella y deslizó las manos sobre sus enormes y congelados cachetes del culo.

—Yo creía que estas cosas estaban prohibidas, ¿Elling? En medio del parque y to.

Le proporcioné unas nociones básicas sobre la legislación en aquel ámbito:

—Lo único que está prohibido son los penes erectos —dije—. Y como ves, Vigeland no cruza la línea.

Señalé a un coloso que jugaba con un montón de críos. Su pilila parecía un caracolillo que se hubiera echado a dormir bajo su tripa.

—Me cago en la puta —dijo—. ¡Pero si es que hay cientos de esculturas! Imagínate que... Joder, Elling, imagínate que...

Desde luego. La idea se me había pasado por la mente, no lo voy a negar. De pequeño mi madre me traía de vez en cuando, al ir o al volver de la piedra pulida del cementerio de Vestre Gravlund donde estaba enterrado mi padre. Había fantaseado con la idea de que aquellas colosales mujeres despertaran a la vida, de que resurgieran en carne y hueso y permitieran a los jóvenes jugar alocadamente con ellas. Me veía a mí mismo tambaleándome por las verdes praderas, rodeado de risueñas montañas de carne rosa, mientras los hombres, sus maridos, continuaban con su triste existencia en granito gris.

—¡Así es como me gustan a mí! —dijo Kjell Bjarne—. ¡De buenas carnes!

—Hace un par de minutos dijiste «que le den por culo a la cultura» —dije, imitando su voz—. Y ahora estás ahí sonriendo como un bobo con un culo en la mano.

—¿Y dices que esto es cultura?

—De primera clase —le aseguré.

Empecé a caminar en dirección a la entrada principal y Kjell Bjarne me siguió vacilante mientras murmuraba algo para sí mismo y palpaba el arte.

Una vez llegamos a casa y conseguimos entrar en el portal, pasó algo que nos asustó. Al menos me asustó a mí. Alguien respiraba agónicamente en las escaleras. Alguien que hablaba inconexamente y emitía ruidos gargajeantes. Una mujer. Me paré en seco en el primer escalón y me agarré al brazo de Kjell Bjarne. Afortunadamente estábamos ya tan acompasados que las palabras resultaban cada vez más superfluas. Simple y llanamente con la mirada, le pregunté por lo que pensaba del asunto. ¿Deberíamos salir otra vez y volver mejor al cabo de una hora o dos? Personalmente me inclinaba por esta última solución. Por otro lado: podía tratarse de una mujer en apuros, una preciosidad a la que el marcapasos le estuviera dando problemas.

Kjell Bjarne estaba raro. A pesar de nuestra buena amistad, no era capaz de interpretar la expresión de su cara. Inspiraba el aire profundamente y le vibraban las fosas nasales.

—Huele a priva —dijo—. Priva barata.

—¿Priva? —susurré.

—Aguardiente, hombre, que no te enteras. Destilao en casa.

Un terrible estruendo resonó en las escaleras y al poco oímos una coronilla que golpeaba contra los escalones. Contamos hasta cuatro golpes.

Kjell Bjarne cerró los ojos y tomó aire unas cuantas veces: —Está bien, Elling. Como sea quien yo creo, vas a tener que atizarme en el coco con algo duro. ¡Porque si no va a haber un asesinato!

Y con un rugido se desprendió de mí y se abalanzó escaleras arriba. Exactamente como Frank.

Pero, no, la madre de Kjell Bjarne no se había presentado de visita. Por suerte,

habría que decir, puesto que no tenía nada a mano apto para dejar K.O. a Kjell Bjarne.

No era más que Reidun Nordsletten. Pues sí. De cómo se llamaba la mujer, naturalmente, no teníamos la menor idea en el momento en que estábamos en las escaleras con dificultades respiratorias, pero era Reidun Nordsletten, sin duda. Estaba tirada con la cabeza hacia abajo y las piernas apuntando al siguiente descansillo, y agitaba los brazos en el aire. Su larga cabellera castaña flotaba por los mugrientos escalones, mientras ella se esforzaba por enfocar su verde mirada. Era una mujer grande y rellena con una pequeña nariz de patata, de la que en aquellos momentos salían dos regueros de sangre. Estaba tan borracha que literalmente no se mantenía en pie. Cada vez que abría su boquilla y maullaba al aire sin sentido, nos azotaba la peste del aguardiente.

Mamá siempre decía que no había nada más vulgar que una mujer borracha. Consideraba a las mujeres que andaban dando traspiés en público como una especie de clase aparte. Y yo siempre estuve completamente de acuerdo. En realidad estábamos en contra de todos los tipos de borracheras, pero las mujeres borrachas eran el cero absoluto. Quiero decir que de alguna manera nos habíamos acostumbrado a los hombres que subían arrastrándose por las escaleras los fines de semana, alternando amenazas con ruegos, y que escupían a su alrededor con dientes marrones. Había acabado siendo algo rutinario que apareciera la policía con sus sirenas azules y sus pastores alemanes para llevarse a los malogrados hombres de familia, después de que estos dispararan algún que otro perdigón desde el balcón. Con frecuencia aquellos hombres tenían también la costumbre de anunciar su inminente suicidio, antes de que los esposaran y se los llevaran. Al día siguiente estaban de vuelta, con la mirada huidiza y la cabeza gacha, y sus esposas no se quitaban las gafas de sol ni dentro del centro comercial. También acabamos más o menos acostumbrados a la lastimosa panda de padres divorciados que bebían aguardiente junto a la boca del metro. Pero las raras veces en que una mujer regresaba tambaleándose... No era propio, como solía decir mamá. No era nada propio. Por supuesto que tampoco era propio que los hombres se arrojaran al fondo del cubo, pero a pesar de todo, de alguna manera era diferente. Quiero decir, los hombres, hombres son. Resulta que nacemos con una vida sentimental tullida, y nos cuesta enormes esfuerzos hacernos entender. Cuando los hombres beben y pierden la cabeza, por lo general se debe a la desesperación que les provoca lo muchísimo que se tarda en encontrar las palabras adecuadas. Esa es al menos mi teoría. Creo que muchos hombres beben para conseguir una especie de intuición femenina, una comprensión inmediata del estado de las cosas. Pero luego todo se complica cuando pretenden comunicarle al mundo en torno sus experiencias. La nueva lucidez que les proporciona el alcohol se enmaraña en una red de celos y sospechas. El punto de partida es perfectamente comprensible, pero acaba mal. Aunque a pesar de todo: las mujeres caen más bajo que ellos, porque siempre operan solas en su desesperación. Yo al menos no he visto pandas de mujeres

borrachuzas. La mera idea de tener que abrirse paso entre unas seis o siete señoras, de en torno a sesenta años y que apesten a alcohol, al bajar las escaleras hacia el metro, es absurda. Así no son las cosas en la realidad.

Pero cuando en aquellos momentos me vi contemplando el desvalido estado de Reidun Nordsletten, noté para mi sorpresa que me avergonzaba. Me avergonzaba de mis propias actitudes. Y me sorprendía. Porque si hay algo de lo que nunca me he avergonzado en esta vida es de mis propias actitudes. Es cierto que alguna vez las he revisado un poco, pero nunca me he avergonzado de una sola de ellas. Pero aquel ser humano necesitaba ayuda, y el destino nos había enviado a Kjell Bjarne y a mí. No era este el momento de ponerse a teorizar sobre la decadencia femenina.

Conseguimos colocarla en la dirección correcta y la dejamos sentada en el suelo. Ella nos miraba aturdida, y no dejaba de balar, era imposible entender una sola palabra.

—Exacto —dijo Kjell Bjarne—. Vamos paso a paso. ¿Dónde es que vives?

Ella volvió a agitar los brazos, como si nos quisiera indicar que ella, al igual que la liebre, tenía una casa en cada arbusto.

—¿Escaleras arriba o escaleras abajo? —continuó Kjell Bjarne—. ¿Escaleras arriba o escaleras abajo?

Insistió una y otra vez con aquella frase hasta que por fin ella emitió un «arriba» que sonó a sapo.

—Está bien.

En un abrir y cerrar de ojos se la había echado a la espalda y lo vi de pie, con la mujer correctamente agarrada como lo haría un bombero. Debió de notar mi sorpresa porque sonrió forzosamente y dijo: —En esto me han entrenao bien, Elling. ¡Tú coge el bolso!

Y acto seguido empezó a subir las empinadas escaleras hacia el siguiente piso. Miré a mi alrededor y, efectivamente, pegado a la puerta de nuestra propia casa había un bolso de cuero marrón. Lo recogí con cuidado y subí corriendo detrás de Kjell Bjarne. Amedrentado, no lo voy a negar. La situación podía interpretarse mal. Si en ese momento pasaba por ahí alguno de los habitantes de la casa, no sería raro que le diera por pensar en dirección a agresión a una mujer indefensa.

—¡Abre el bolso! —dijo Kjell Bjarne con la respiración entrecortada—. Averigua cómo se llama. Miró las placas con los nombres fijadas en las puertas a izquierda y derecha.

Hubiera preferido negarme, pero a Kjell Bjarne le había pasado algo, había adquirido una firmeza en su modo de ser que nunca antes había visto, y simple y llanamente no me atrevía a oponerme a esta nueva autoridad suya. La cabeza de la mujer caía ahora por encima de su hombro, había cerrado los ojos y parecía fuera de este mundo. Abrí el bolso con manos temblorosas. Nunca en toda mi vida había abierto el bolso de una mujer, ni siquiera el de mi propia madre, y me sentí como un cohibido criminal. Un *voyeur* de la peor calaña. Lo primero que vi fue una cajetilla de

cigarrillos mentolados y un único condón rosa envuelto en suave plástico. Inmediatamente me puse colorado. Con cuidado aparté sus vicios, y me vi con una tarjeta VISA en la mano. Una de esas cositas de plástico duro que el banco nos había negado a Kjell Bjarne y a mí. Reidun Nordsletten, ponía en la tarjeta. Y en la parte de atrás, una despierta joven me sonreía desde una fotografía *amateur*.

Esclarecí la identidad de la mujer lo mejor que pude, pero noté que me temblaba la voz.

—¡Encuentra la llave de una puta vez, joder! —dijo Kjell Bjarne, altanero—. ¡Es la puerta de la izquierda!

No había quien le parara. Rebusqué entre artículos de maquillaje y tampones sueltos, y me sentía cada vez más incómodo. Al final encontré el llavero en un pequeño bolsillo lateral. Llamamos a la puerta y recé a Dios para que alguien nos abriera, para que pudiéramos entregar la mercancía sin más dramatismos, pero no pasó nada.

—Abre —opinó Kjell Bjarne.

—No podemos hacer eso —dije.

—¿Te parecería mejor dejarla aquí en el descansillo, o qué? —dijo con irritación—. ¡Que abras la puerta!

Hice como me decía y lo seguí vacilante hacia el interior de aquel hogar ajeno. En mi inquieto espíritu me imaginé lo que podía estar a punto de suceder, en caso de que tuviera un marido o un novio, o quizá una madre, que simplemente estuviera durmiendo. No cabía duda de que nos caería una buena bronca, por no decir una paliza, ¿no era incluso posible que nos denunciaran a la Policía? Porque esto tenía que ser ilegal, aunque no hubiéramos forzado la puerta, ¿no? Me entraron náuseas de puro miedo. Por lo que yo sabía, no había cometido un delito en toda mi vida, y ahora resultaba que iba a acabar en galeras porque un tremendo acontecimiento había conducido a otro. Había querido salir a cenar chicha con mojo en un restaurante popular junto con mi amigo y compañero de piso, luego había querido introducirlo en los tesoros culturales de Oslo y al final me veía ahí ante el salón de una persona completamente desconocida. Un lugar bastante acogedor, por cierto, lo noté a través de la neblina de malestar. La distribución básica parecía idéntica a la nuestra, pero lo había amueblado de modo distinto. Mientras que Kjell Bjarne y yo habíamos apostado por una línea austera con pocos muebles y objetos, Reidun Nordsletten había ido en dirección opuesta. El apartamento casi parecía un almacén de muebles, donde los colores básicos eran el rosa y el rojo oscuro. Las paredes estaban cubiertas con pósters y cuadros de niños llorando o ciervos rugiendo, y había además un número indeterminado de estantes con muñecas y otros adornos. Y era manifiesto que, al igual que Ronald Bye, coleccionaba búhos en todas las variantes: había versiones diminutas en porcelana, búhos forjados en metal y en plástico, búhos de cuero y enormes búhos reales en tela, con los ojos bordados y el pico de fieltro marrón. Sobre el televisor había un pequeño autillo americano con eléctricos ojos

amarillos que guiñaba incesantemente y tal vez proviniera de Hong Kong.

Kjell Bjarne soltó a Reidun Nordsletten sobre un diván y enderezó la espalda. Se quedó tumbada de costado, con la cabeza vuelta hacia nosotros y roncando levemente. Entonces la vimos. Vimos su tripa, porque el jersey se le había subido y su suave piel blanca relucía hacia nosotros en la penumbra de la habitación. Era una tripa grande y redonda, y la naturaleza siguió en mí su curso y tuve una fuerte erección. Durante un breve y feo instante me vi a mí mismo en el papel del abusador, vi cómo el abusador se aprovechaba de la situación, le vi arrodillarse y recorrer con la lengua el ombligo hundido. Como he dicho, fue un breve instante, es cierto que mantuve la erección, pero la imagen del abusador la ahuyenté a latigazos hasta las más pestilentes cloacas del subconsciente.

Le eché un vistazo a Kjell Bjarne. Tragaba saliva y los centelleantes ojos del búho le coloreaban la cara de amarillo, gris, amarillo, gris. Era un hombre fuerte, pero Reidun Nordsletten era una mujer pesada, el sudor le cubría la frente.

—Mierda —dijo calladamente—. ¡Pero si está preñá!

Inmediatamente mi órgano sexual se consumió. Sí, se derrumbó, como a la orden de comando. Me dejé caer en el sofá y Kjell Bjarne siguió mi ejemplo. Nos quedamos sentados el uno al lado del otro, con la vista clavada en la tripa de Reidun Nordsletten.

—No puede ser verdad —susurré—. Seguro que no es más que grasa.

—Grasa también tiene —dijo—. Pero detrás de la grasa flota un astronauta. Eso está más claro que el agua.

Tenía razón. Ahora lo veía yo también. Y me encogí en el mismo momento en que lo reconocí. ¿Porque qué tipo de humillante miseria era aquella? ¿Acaso el mundo no era lo suficientemente difícil y doloroso, como para que te bombearan veneno a través de las venas de tu propia madre ya antes de que te hubieras abierto paso hacia la dura luz y los fuertes ruidos?

¿Astronauta?, pensé. Por una vez, Kjell Bjarne había producido una bella metáfora. Recuerdo las imágenes de televisión de mi propia infancia. Los astronautas americanos que andaban bailando por el espacio, el colosal universo, cómo flotaban en el espacio ingrávido a la luz azulada de la luna, con movimientos forzados y algo cómicos, siempre atados a la nave espacial por medio de cables y mangueras, un cordón umbilical que los unía con la mismísima vida. Aquellas imágenes causaron una fuerte impresión en mis sentimientos. Había quien veía la grandeza de las nuevas tecnologías, yo veía lo conmovedoras que resultaban. Y ya en aquellos momentos se me había ocurrido la metáfora a la que ahora hacía referencia Kjell Bjarne, pero que seguramente no veía con claridad: porque había visto el feto, el ser humano nuevo, que flotaba dentro de la tripa de mamá, había visto las fotografías en color en las revistas científicas y, al parecer, los pequeñuelos ya sabían chuparse el dedo en este estadio. Había recortado y archivado aquellas fotografías, como tantas otras cosas que veía en las revistas y en los periódicos, y cuando alguna vez las sacaba, siempre me

invadía la misma maravillada admiración. Porque donde los defensores del aborto veían una bola de gelatina, casi una «cosa» un poco desagradable que se podía eliminar sin mayores contemplaciones, yo veía todo un ser humano, algo tan descabellado como un nuevo individuo surgido de la pura nada. Por medio de los trajines nocturnos de papá y mamá, de las contenidas risas bajo el edredón de una habitación oscurecida por el invierno, o tal vez con sonoros chillidos de placer entre olorosos matojos y arbustos, tenía lugar la mágica concepción. ¡Porque era mágica! Las células del semen cabalgando resueltas en esperma en dirección al expectante óvulo, un óvulo que en comparación con él era tan grande como un planeta. Y entonces: el elegido entra en la suave ciruela del óvulo. *¡El elegido!* El ganador. ¡Cuántas veces no me había consolado yo con aquella certeza cada vez que la vida se me ponía en contra! La certeza de que yo, en el fondo, a pesar de las pérdidas que la vida iba ingresando en una cuenta cada vez más grande, era un ganador. Un triunfador. En despiadada competición con millones de otras células, había sido precisamente el renacuajo Elling el que había cruzado primero la meta y el que, por tanto, podía elevar la copa de la vida y formar parte del mundo humano. Pero iba más allá, más allá de mí mismo y mis propios intereses. En nuestro edificio vivía un chico de mi misma edad que había nacido sordo, ciego y débil de mente. Era difícil imaginarse un destino más terrible, pero al verlo en verano sentado en el césped agitando su gran cabeza, pensaba que aquello era el resultado directo de que hubiera ganado su propia carrera. ¡Había vencido a potenciales catedráticos de Física, deportistas, artistas e intelectuales! Y al fin y al cabo: ¿quién podía saber qué tipo de imágenes abstractas se cruzaban por su mirada interior?

—Espero que no haya daño al crío —dijo Kjell Bjarne—. Se ha caído de bruceas y de culo por las escaleras.

Y con eso puse punto final a mi rato de filosofía. Tenía toda la razón. Inmediatamente empecé a preocuparme. ¿Qué íbamos a hacer? En caso de que el tropezón en las escaleras desencadenara un aborto, ¿qué hacíamos? ¿Podíamos abandonarla en esos momentos y esperar lo mejor? ¿Deberíamos llamar a un médico? A esto último me resistía porque se iba a montar un terrible jaleo, aunque por otro lado, el plan que teníamos Kjell Bjarne y yo consistía en que «nos responsabilizáramos», como decía Frank, en que no saliéramos huyendo ante los problemas y los desafíos, como lamentablemente habíamos tendido a hacer hasta aquel momento de nuestras vidas. ¡Y si ya estaba en marcha un parto prematuro! Me imaginaba la terrible escena: Kjell Bjarne y yo remangándonos para recibir a un nuevo ciudadano del mundo. Habría sido muy típico de nosotros que tuviéramos que ver el sexo desnudo de una mujer por primera vez con el carácter completamente opuesto a todos los demás hombres. No con el deseo vibrando en cada miembro de nuestro cuerpo, sino desquiciados de ignorancia y angustia ante la posibilidad de que algo saliera mal. Tuve que ponerme firme para no dejarme llevar completamente por mis fantasías, que forzarme a introducir cierta austeridad en la confusión. Cuando la

encontramos estaba tumbada de espaldas y no cabía duda de que era su cabeza lo que habíamos oído retumbar contra los escalones, y desde luego no su suave barriga. Respiraba suave y regularmente.

—Ya sé lo que vamos a hacer —susurré—. Nos bajamos a casa. Y dentro de unas horas la llamamos, para saber si va todo bien.

Señalé el teléfono, que estaba sobre una mesita junto con una patrulla de búhos de porcelana.

Kjell Bjarne negó con la cabeza: —Tú te bajas a darles de comer a los chicos. Y yo me quedo hasta que se despierte.

—No puedes hacer eso —le espeté—. ¡La vas a matar del susto!

Me estaba imaginando a Reidun Nordsletten despertándose de su intoxicación alcohólica y viendo a un hombre completamente desconocido sentado en el sofá mirándola. Un gigante desesperado con calva incipiente, ¡pero con el torso de la mano cubierto de robustos pelos oscuros! Lo que Kjell Bjarne no sabía, y naturalmente yo no pensaba contarle nunca, era que, a pesar de su carácter por lo general suave, tenía un aspecto considerablemente brutal.

—Yo nunca he asustao a nadie más que a mí —dijo Kjell Bjarne.

Me levanté. Noté que temblaba: —Como no bajas inmediatamente conmigo, voy a llamar a Frank.

Él se encogió de hombros: —Por mí puedes llamar al presidente de los Estados Unidos, que yo me quedo aquí.

Me aturullé tanto que sobre todo me entraron ganas de llorar, de tirar la toalla. Con lo bien que nos lo habíamos pasado esa tarde. La visita al Larsen había sido un éxito indiscutible. Nuestro posterior paseo cultural también. ¡Y ahora esto! Por pura humanidad nos habíamos visto entrando en una casa ajena, estábamos envueltos en una situación sin salida. Y Kjell Bjarne se negaba a salir de ahí. Me temía que aquello acabara convirtiéndose en un asunto de la policía, un auténtico ajuste de cuentas. Tenía miedo de que nuestro hogar se destruyera. Con eso nos amenazaba Frank cuando éramos desobedientes.

Pero no quedaba más remedio que irse. Salir de allí. Ni diez *bulldozers* salvajes podían mover a Kjell Bjarne cuando decidía ponerse tan tozudo como en esos momentos. Lo abandoné sin una sola palabra de despedida.

Y a medio camino por las escaleras, le vi el plumero. Durante una milésima de segundo vi toda la situación perfectamente clara en su banal tristeza: ¡Kjell Bjarne tenía la intención de promocionarse a sí mismo como el Hombre Sobre El Caballo Blanco! El caballero en su reluciente armadura, el amigo de todas las vírgenes embarazadas. Comprendí que en esos momentos lo estaba apostando todo a una sola carta: si todo se iba al garete, si lo echaban y lo denunciaban a la policía, lo afrontaría como pudiera, pero si, por el contrario, aquella mujer que estaba como una cuba se daba cuenta de que se trataba de un auténtico héroe de andar por casa, cabía la posibilidad de que todo evolucionara en una dirección bastante diferente y más

ventajosa. Nunca había considerado a Kjell Bjarne exactamente listo, pero no me quedaba más remedio que reconocer que mi amigo tenía una cara que hasta entonces se me había escapado, que tras aquella forma tan sencilla de expresarse, se ocultaban avanzados cálculos y la capacidad de aprovecharse de las situaciones. Pero en fin. Que hiciera lo que quisiera. Yo, desde luego, no pensaba intervenir en su juego, a no ser que acudiera a mí arrastrándose en busca de simpatía una vez que el proyecto hubiera acabado en la cuneta. Porque en ese caso le mostraría una de mis caras más frías. Y si el asunto, contra todo pronóstico, se desarrollara en la dirección con la que, en aquellos momentos, sin duda soñaba el pequeño cerdo, tendría que pensármelo muy bien antes de intervenir en la situación. No descartaba en absoluto que Kjell Bjarne fuera a tener que elegir entre mi amistad y el amor de una mujer desconocida. Puede que al comienzo yo sea algo lento, incluso reservado, pero una vez que apuesto por algo, por ejemplo por una relación de amistad, entonces lo hago de todo corazón. Y naturalmente esperaba todo un corazón de vuelta.

Pero por mucho que se nos hubiera liado aquella tarde la realidad, lo olvidé todo una vez que entré en nuestro propio apartamento. ¡Me celebraron como a un dios retornado! Sin duda los dos pequeñuelos habían oído mis adorados pasos en las escaleras y habían acudido a la entrada para recibirme con los maullidos de sus frágiles voces. Cerré la puerta de una patada y me dejé caer hacia ellos, me permití hablarles bobamente y mostré todo mi cariño a aquellas dos pequeñas vidas. Ellos se subieron encima de mí maullando y el *Pimentón* se puso sin más a mordisquearme la nariz con sus pequeños dientes afilados. Loco de alegría rebusqué en el bolsillo de mi chaqueta hasta encontrar la servilleta con las cortezas de la chicha, y ellos esperaron vibrando de entusiasmo sobre mi pecho mientras los desenvolvía. Y cuando les di una corteza a cada uno, se las llevaron inmediatamente a rastras hacia el salón, mientras hacían conmovedores intentos de gruñir y chulearse. Por mi parte, me quedé tumbado boca arriba, con serios problemas para respirar por pura alegría y agradecimiento. Con un comité de bienvenida como este instalado en casa, no veía tanto peligro en eso de salir. Fuera a donde fuera, al Larsen, a la tienda, o simplemente a dar una vuelta por las calles, en todo momento sabría que los dos hermanitos estaban en casa esperando a que papá volviera. Nunca los iba a defraudar. Nunca iba a retornar de mis expediciones con las manos vacías.

Fue una noche extraña. Mejor dicho: fue la noche más extraña de toda mi vida. Porque no estoy acostumbrado a pasar toda la noche en vela. Se me impusieron los pensamientos más insólitos. Al principio estaba preocupado, como es comprensible. Sentado en el sillón, me intranquilizaba que el insensato comportamiento de Kjell Bjarne tal vez pusiera en peligro la segura existencia que estábamos construyendo, que Frank y los demás del ayuntamiento dijeran que hasta ahí habíamos llegado. Os dimos todas las oportunidades, pero vosotros las desaprovechasteis, pisoteasteis nuestras manos tendidas. Lo que más me preocupaba era que el marido de la mujer embarazada, o quizá su amante o su pareja de hecho, entrara allí arriba con sus propias llaves. Si ocurriera, daba por supuesto que la catástrofe sería un hecho indiscutible, porque aunque los tiempos fueran difíciles, y la moral actual chapucera, presuponía que aún no se había convertido en *norma* que las mujeres de este país educaran solas a sus hijos. Suponía que tendría un hombre. Lo que en todo caso estaba claro era que pocos meses antes había albergado una profunda confianza hacia una persona del sexo opuesto, le había dejado entrar en el templo del alma que es el cuerpo humano, y en su interior había dado misa con él. Los chicos se retiraron pronto sobre un jersey que Kjell Bjarne había dejado tirado cerca de la estufa y yo me quedé sentado, esperando oír las pisadas en las escaleras, o tal vez malas señales en el piso de arriba. Gritos y chillidos, golpes regulares con un objeto redondo. No me atrevía a encender el televisor. Permanecí en el sillón, más callado que un muerto, dejándome llevar libremente por el miedo, tan libremente que al final tuve que correr al servicio para vaciar las tripas. Lo curioso es que me sentó bastante bien. Y a medida que el cansancio se cernía sobre mí y me iba adormeciendo los sentidos, entré en un estado cercano a la indiferencia. Era demasiado tarde para llamar a Frank, simple y llanamente no había nada que pudiera hacer a no ser que removiera cielo y tierra. Y hasta ahí no quería llegar, claro. Además, acabé llegando a la conclusión de que ya había pasado el suficiente miedo en mi vida. Más que suficiente. Y que el miedo nunca me había traído nada bueno. Al mirar a los dos gatitos que habían vuelto a acurrucarse formando una bolita, con la total y absoluta confianza en que la existencia los trataría bien, me avergoncé de mi propia inquietud. Unos pocos años, pensé, es lo que tenemos en esta tierra. Luego morimos. Cuanto más nos resistimos, mayor es el dolor. Durante toda mi vida me habían fascinado y admirado las personas que realmente se atrevían a dejarse llevar, que se dejaban conducir por la propia vida, de aventura en aventura. Y me había quedado dolorosamente claro que yo no era una de ellas. Ahora notaba, para mi fría sorpresa, que me estaba relajando. Eran ya más de las dos. Conque sí, eh, chico, ¿estás ahí sentado sonriendo en medio de la noche? Porque lo cierto es que estaba ahí sentado sonriendo. Pues sí, sonreía. Una parte de mi cerebro aún se imaginaba la pesada sombra de Kjell Bjarne cerniéndose sobre

Reidun Nordsletten en el apartamento sobre mi cabeza, pero en la otra mitad, el miedo y la responsabilidad se estaban desintegrando. Me dije a mí mismo que ya había sido lo suficientemente responsable en mi vida, que ya estaba bien. En mi fantasía me metía en un gran Dodge y aceleraba. Ante mí se extendía una especie de continente norteamericano mental, repleto de posibilidades y sorpresas. Avanzaba a gran velocidad por la autopista de mi propio espíritu, haciendo caso omiso de los límites de velocidad o las advertencias sobre las condiciones del tiempo o la conducción. Nunca en mi vida he probado las drogas, pero me imaginaba que aquel estado medio onírico debía de parecerse a aquello a lo que se aferraban los desdichados drogadictos. Imágenes parpadeantes y una magnífica sensación de libertad. ¡Cuántas películas americanas no habría visto yo en las que los protagonistas rompían con la pobreza y la desesperación, con matrimonios destrozados y trabajos opresores, y se desembarazaban de todo para adentrarse en su propio futuro con el pie puesto en el acelerador! Más y más adelante, hacia rubias arbitrarias por el camino, anónimas habitaciones de hotel en adormecidas ciudades del medio oeste. Pues bien, me encontraba en mi propio sillón en una vivienda social en la calle Kirkeveien, Oslo, pero me pertenecía la misma *sensación* de la que disponían aquellos aventureros. Por una vez no se trataba de fantasear, sino de dar rienda suelta a los demonios propios. Apenas unos minutos antes había estado apesadumbrado de miedo tanto ante el presente como ante lo que pudiera deparar el futuro, pero en aquellos momentos casi se podía decir que daba la bienvenida a la confrontación y al reto. Unos pocos años, volví a pensar. Ya has vivido más de la mitad de tu vida. Quizá te queden apenas unos días, ¿así que qué te puede pasar? Quiero decir, ¿*pasarte de verdad*? ¿El desahucio por penetrar ilegalmente en el apartamento de un vecino? Pues bien, ¿y qué? Lo cierto es que ya me habían echado una vez de un apartamento sin que eso me quitara la vida. Me sacó la policía, y me metieron en un furgón que esperaba a la puerta, mientras los vecinos se apelotonaban y hablaban atropelladamente. No recuerdo gran cosa de ese episodio en concreto, solo algunos deslavazados fragmentos de una acción, pero Eriksen, el asistente social, me contó más tarde que no había carecido por completo de estilo. Que caminé con la cabeza bien erguida y le mostré los dientes al mundo, antes de desmayarme. Y ahora, medio dormido en la penumbra de nuestro salón, comprendí que aquella era la parte de mi personalidad que debía desenterrar. Simple y llanamente me iba a proponer convertirme en un payaso. Bueno, lo cierto es que ya me sentía como un payaso, como un oscuro macarra. No un brutal tontorrón cualquiera, naturalmente, no uno de esos tipos que agarran una escopeta de perdigones ni nada por el estilo. No, más bien una naturaleza libre e intrépida, uno de esos hombres a los que se les puede ocurrir garabatear un poema sin rima en la factura del restaurante, para que la camarera tenga algo a lo que darle vueltas, antes de salir dando tumbos para consagrarse a beber de nuevo de la vida, a absorber el viento y el sol, el danzante polen y la leve lluvia de verano. Llevaba toda la vida siendo un capullo a punto de abrirse, ¡pero ya estaba

bien! Al parecer algún poeta dijo algo sobre lo doloroso que resulta que revienten los capullos, pero no me lo creía. O más bien: sabía que las cosas no eran así, sabía que lo doloroso era seguir siendo capullo. Desplegarse, en cambio... Me incorporé bruscamente en el sillón. De pronto estaba completamente despierto y lúcido. Me levanté y me acerqué a la ventana. Era como si tuviera los sentidos más abiertos que de costumbre, como si la propia habitación en la que me encontraba, el piso, la calle ahí fuera adquirieran contornos nuevos y más perfilados. Un coche pasó deslizándose en dirección al parque de Frogner. El sonido de las cubiertas contra la nieve helada me crepitaba en los oídos. ¿Qué era lo que acababa de pensar? Volví a evocar aquella imagen de mí mismo, la imagen que mostraba a un Elling que espontáneamente garabateaba un poema, una pequeña muestra de genio, en la factura de un restaurante. Y en ese momento las palabras vinieron a mí. Sí, casi lo expresaría con esa contundencia, las palabras vinieron a mí. *La encontramos en la escalera. / El pelo. / Una negra ala de cuervo que el viento azotaba / contra el sucio suelo de linóleo. La tendimos en la cama / y vimos que los ángeles ya la habían fecundado.*

Me mareé. Me dirigí tambaleante a la cocina y garabateé el poema sobre una vieja lista de la compra. Después me quedé parado, temblando, y entonces llegaron las lágrimas. Un llanto benigno y apacible. Había cometido poesía. Desazonado, me puse a dar vueltas por el salón, mientras leía una y otra vez el poema a media voz. Y cada vez me quedaba más claro que era genial, un puro regalo de Dios. ¿Habría otros allí de donde venía? Casi no me atrevía a albergar esa esperanza. Es cierto que de tanto en tanto había soñado con ser escritor, en mis fantasías me había visto como una especie de cacique de la poesía del siglo pasado, pero sobre todo me había atraído eso de *ser* escritor. Aunque aparte de algunas anotaciones personales sueltas, y una serie de audaces cartas al director, nunca había llegado muy lejos con la pluma. La poesía nunca me había interesado ostensiblemente, pero la cosa era que ahora había venido a mí. El aliento de algo que era yo mismo, pero al mismo tiempo mayor que yo. Una consecuencia del milagro humano. Lo que nadie es capaz de describir, lo que quizá no debe ser descrito. Me preparé una tetera y volví al sillón. Los gatos seguían dormidos sobre el jersey de Kjell Bjarne y yo me quedé sentado contemplando mis manos, que sostenían la taza, mis pies en las viejas zapatillas, el marco de la ventana con la begonia de invierno muerta. Todo seguía como antes, pero aun así... En aquella habitación acababa de tener lugar una revolución. Veía toda mi vida, todas mis dificultades, todo el dolor, bajo una luz completamente nueva y distinta. Llevaba casi cuarenta años deambulando por esta tierra, ¡sin entender que lo que era era poeta! ¿Acaso era de extrañar que por el camino hubieran surgido algunos malentendidos, cuando la poesía, mi propia lengua, había permanecido ignorada en mi interior? Cerré los ojos y comencé a pescar en mi interior en busca de más frases buenas, pero no encontré nada. Debí de quedarme dormido, porque lo siguiente que recuerdo es ver a Kjell Bjarne ante mí, bostezando como un hipopótamo, mientras se rascaba la espalda. Yo estaba cansado, casi al borde del desmayo, pero aun así no

pude reprimir mi curiosidad. Exigí un informe.

¡Y fui total y absolutamente ignorado! Se comportaba como si estuviera solo con los gatos. Se puso a cuatro patas, ¡y restregó la nariz contra la tripa del *Pimentón*!

Volví al asalto y le pedí que me contara lo que había pasado.

Él se levantó y empezó a desvestirse, arrojaba las prendas a su alrededor: —¿Por qué no te has ido a la piltra?

—¡Porque me he quedado a esperarte! —le atajé—. Para poder acudir en tu ayuda rápidamente en caso de que pasara algo.

Antes o después escogería anunciarle mi poesía, pero estaba claro que no era este el momento adecuado.

Me miró con cara de bobo. Sí, bobo de verdad: —¿Pasar? ¿A qué te refieres?

Le pregunté si no se le había pasado por la cabeza ni por un instante que pudieran surgir dificultades en caso de que apareciera el novio de la mujer y encontrara a un hombre desconocido en el piso.

No. Me dio la impresión de que no había pensado en nada en absoluto, que se había limitado a quedarse sentado en la oscuridad mirando fijamente.

—En fin —dije—. Al menos me alegro de que hayas vuelto antes de que se despertara.

—¿A qué te refieres? ¡Se ha despertao que no veas!

Se quitó los pantalones a patadas y fue a la cocina.

—¿Sin pedir auxilio? —le grité—. Se tiene que haber muerto del susto al encontrar a un orangután desconocido en su propia casa.

Bebió leche directamente del cartón y se secó la boca con el peludo dorso de la mano: —Se lo dije a la cara. Que la encontré en las escaleras. Que me daba miedo que se ahogara en su propia pota si se ponía a potar.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Algo tiene que haber dicho, carajo —estaba diciendo tacos—. Y además fuimos *nosotros* los que la encontramos en las escaleras, no tú.

—Ha dicho que no solía beber gran cosa. Que por eso se había puesto tan mal.

—¿Y no se ha enfadado porque hayamos abierto la puerta de su casa?

—De eso no ha dicho na, la verdad.

Volví a sumergirme en mí mismo. Esa mujer tenía que ser tonta del haba. ¿Acaso no leía los periódicos? ¿No escuchaba la radio, no veía la televisión? El último verano habíamos tenido una fea serie de violaciones en la ciudad. Un joven desequilibrado de Sunnmøre se dedicó a colarse por las ventanas abiertas del dormitorio de mujeres solteras. A cinco mujeres había tomado por la fuerza antes de que lo cogiera la policía. También las asustaba con las peores amenazas. La más mayor de sus víctimas tenía casi noventa años. ¡Era casi increíble! ¡Y resulta que Reidun Nordsletten se ponía a dormir la mona y no se sorprendía lo más mínimo de encontrar a Kjell Bjarne en la habitación cuando se despertaba!

—¡No me lo puedo creer! —dije—. ¡No me puedo creer que no te cayera ni una reprimenda!

—Tú cree lo que te dé la gana. Yo me voy a acostar. Mañana le voy a arreglar unas cosas. O más tarde, hoy.

—¿Arreglar qué? —Le seguí.

—Ocúpate de tus propios asuntos —me dijo borde.

Se fue a su rincón detrás del armario y se tiró en la cama. Veía sus ojos en la penumbra. Estaba tumbado mirando fijamente el techo. Estaba tumbado mirando fijamente hacia Reidun Nordsletten.

Pero no me iba a rendir tan fácilmente:

—¿Arreglar qué? —repetí.

—Na. Arreglarle un grifo.

—¡Ya veo! —le dije con tanta suspicacia como pude—. Así que Reidun Nordsletten se despierta y encuentra a un desconocido en su cuarto, ¡y lo primero que se le pasa por la cabeza es pedirle al intruso que vuelva más tarde para arreglarle un grifo!

—Ella no ha dicho na del grifo. Pero es que no paraba de gotear. Me estaba sacando de quicio.

—¡Estupendo! Y te habrás traído también sus llaves, ¿no? ¿Para que te puedas dedicar a tus hazañas esté o no esté ella en casa?

No respondió. Se volvió hacia la pared e hizo como si no oyera.

—¡Estás enamorado! —le chillé brutalmente—. Y yo le he prometido a Frank que le avisaría inmediatamente si perdías el control.

Fui corriendo a la cocina y rompí una taza. Rompí otra. Levanté la caja del pan y la sacudí hasta que las migas de pan salieron disparadas.

Entonces apareció. Sentí cómo su enorme mano derecha me retorció lentamente la oreja derecha, hasta que me vi encogido suplicando piedad. No dijo ni una palabra, sino que me llevó derecho al dormitorio y no me soltó la oreja hasta que estuve bajo el edredón con la ropa puesta.

Después me desvestí en silencio sin levantarme. La oreja me ardía.

Pues sí, las cosas transcurrieron como yo había previsto. Una vez que Kjell Bjarne hubo hincado los dientes en lo que consideraba una relación incipiente, quedó claro que no tenía la menor intención de soltarla de buenas a primeras. Esa misma tarde puso patas arriba su caja de herramientas para encontrar una goma nueva con la que arreglar la junta del grifo de Reidun Nordsletten. Y cuando por fin la encontró y se vio con ella en la mano, su mirada adquirió un aire soñador, como si estuviera contemplando un pequeño anillo dorado y no una estúpida arandela de goma. Sin que me dijera una sola palabra, en fin, sin que me dirigiera ni una mísera mirada, comprendí que me mataría si se me ocurría amenazarle con Frank. Hay cosas que se comprenden en un plano meramente intuitivo. Pero cuando, sin más ni más, salió disparado en el mismo momento en que escuchamos unos vacilantes pasos sobre nuestras cabezas, me quedé sentado maravillándome. Porque nunca antes le había visto así. Habíamos estado de acuerdo en que el mundo resultaba amenazador. Por eso nos habíamos aferrado el uno al otro, tanto en el centro de restablecimiento de Brøynes como más tarde en Oslo. Ahora nos estaba pasando algo a ambos, y a mi juicio iba todo un poco rápido. Pero aun así: estaba sentado en casa propia con un gato en el regazo y un poema en el bolsillo, y supongo que en realidad no tenía de qué quejarme. Sobre mi cabeza oía los pasos ligeros de Reidun Nordsletten ahora acompañados por los pesados de Kjell Bjarne. Podía incluso oír cómo las pisadas se desplazaban del salón a la cocina. Intenté imaginármelos. Durante mi entera vida se me había dado muy bien imaginarme todo tipo de cosas, pero en este caso algo se me escapaba. Era como si no fuera capaz de atrapar la imagen de Kjell Bjarne y Reidun Nordsletten allí arriba en la cocina. ¿De qué hablarían? ¿Sería Kjell Bjarne tan parco en palabras como solía serlo conmigo, o se habría vuelto de pronto brillante e ingenioso ahora que una mujer le prestaba oídos? ¿Le prestaba algo más que solo oídos? ¿Habría ya algo entre ellos? No. Al fin y al cabo lo habría notado. Tampoco había que pasarse.

Cuando regresó silbando y con la caja de herramientas bajo el brazo, de pronto me vi muy atareado con el periódico. Si se había creído que iba a estar esperándolo ansioso con un montón de preguntas en la punta de la lengua, ya podía sentarse a esperar. No tenía la menor intención siquiera de hablarle. Me limité a dirigirle una mirada algo indolente y volví a zambullirme en mi artículo. ¡Habrase visto! ¡El Partido Demócrata Cristiano quería bajar los impuestos a la importación de coches! Iba a hacer más frío, ponía en otro sitio. Muy bien. Cada minuto que pasa te vuelve más sabio.

¿Y ahora qué? Pasó un cuarto de hora. Pasó media hora. Cada dos por tres le echaba un ojo a mi reloj de pulsera, pero Kjell Bjarne no soltaba prenda. Sentado a la mesa de la cocina, se le veía muy atareado con algo en su caja de herramientas. Está

bien, pensé. Exacto. Con el tiempo lo iba conociendo. Estaba esperando que le pidiera un informe, para darle el gusto de decirme que me ocupara de mis propios asuntos. Pues muy bien. Si había algún asunto del que se me diera bien ocuparme, en fin, para el que estuviera simple y llanamente especialmente dotado, eran mis propios asuntos. Por mí se podía quedar ahí sentado con su miserable saber sobre lo que se había dicho y hecho en el piso de Reidun Nordsletten.

Cuando esa noche nos fuimos a acostar, no habíamos intercambiado una sola palabra sobre el asunto. Solo alguna que otra frase suelta sobre la corteza del *foie-gras*.

Siguió una serie de días en la que reinó una especie de armonía. Kjell Bjarne volvió a salir de su cascarón y parecía más ligero, más despierto, que en mucho tiempo. Y aunque Reidun Nordsletten estuviera hasta cierto punto presente como una especie de *poltergeist*, puesto que constantemente la escuchábamos en el apartamento sobre nuestras cabezas, no hablábamos de ella ni de lo que había sucedido. En absoluto. Los dos poníamos buena voluntad y evitábamos el tema tanto como podíamos. Habíamos tenido un conflicto y habíamos trabajado para superarlo. Todo había transcurrido según la receta que nos había dado Frank. «Saca la mierda y sigue adelante», como solía decir. Es cierto que cada dos por tres, cuando sonaban ruidos arriba, pillaba a Kjell Bjarne petrificado y con la cabeza ladeada, pero no era tan mezquino como para mencionarlo. Al fin y al cabo no tenía nada en contra de Reidun Nordsletten. Al contrario. De hecho fui yo quien tomó la iniciativa para la pequeña operación de rescate que habíamos llevado a cabo. Lo que no me gustaba era que hubiera inquietud en la existencia. No quería que las cosas nos arrastraran demasiado deprisa, justo ahora que era evidente que nos encaminábamos hacia una nueva primavera de nuestras vidas.

El segundo dormitorio del piso, que llevaba vacío desde que Kjell Bjarne se mudó al mío, nos había supuesto un verdadero quebradero de cabeza. Tan pronto no sabíamos qué hacer con él ninguno de los dos, como acabábamos riñendo porque ambos teníamos opiniones muy contundentes sobre lo que había que hacer precisamente con aquel espacio libre. Todo un problema de lujo, naturalmente. Había gente más que suficiente bajo los puentes de esta ciudad, y nosotros regañábamos por los metros cuadrados que nos sobraban. En ese momento llegamos a un acuerdo, sin sacar en realidad el tema. No recuerdo siquiera quién dijo la primera palabra, pero una cosa llevó a la otra, y antes de decir esta boca es mía, por expresarme un poco torpemente, habíamos acordado que la habitación libre sería una mezcla de biblioteca y taller de carpintería. Llevaba mucho tiempo barajando la idea de tener una biblioteca propia, pero Kjell Bjarne se opuso al proyecto con el argumento de que a él no le gustaba leer más que las revistas de hombres, aparte de que, de hecho, yo no tenía más libros de los que cabían en una vieja caja de vino. Yo argumenté que

llevaba mucho tiempo soñando con hacerme con una buena colección de libros. Me he pasado la vida ocupándome de diferentes proyectos, y el coleccionar libros, tal vez casuales y baratos, comprados en las librerías de segunda mano y en los mercadillos, me parecía muy tentador. Naturalmente podía colocar una estantería o dos en el salón, pero la idea de poderle decir a Kjell Bjarne: «Si me necesitas, estoy en la biblioteca» me resultaba muy atractiva. Estaba al límite, me daba perfecta cuenta, la frase era muy cercana a la clase alta inglesa, pero me gustaba. No lo voy a negar. Al menos me parecía que la idea de Kjell Bjarne de colocar ahí su soñado torno de carpintero era directamente una idiotez. Estábamos ahorrando para un reproductor de vídeo y aún nos quedaba muchísimo para llegar. Además un torno de carpintero implicaba ruido y polvo. Así que acordamos que si él se conformaba con un banco de carpintería para sus chapucillas, yo me conformaría con cubrir de libros la mitad de las paredes de la habitación. Podíamos incluso organizarlo como en el dormitorio, con una especie de pared medianera. Una pared de libros, por ejemplo. Así tendríamos un rinconcillo íntimo cada uno, ya me estaba emocionando con la idea de empezar a buscar un sillón orejero en los mercadillos de segunda mano. Estaba claro que disponía de un nuevo proyecto. Y fue estando en la habitación libre, haciendo planes y mediciones, cuando de pronto llamaron a la puerta.

Digámoslo así: No era habitual que alguien llamara a nuestra puerta. A nosotros solo venía a vernos Frank y él siempre llamaba antes de pasarse. Con otras palabras, teníamos motivos suficientes para estar recelosos. Estaba a punto de proponer que simplemente ignorásemos la llamada, cuando volvió a sonar, insistente e impacientemente. Kjell Bjarne refunfuñó y se puso en movimiento.

Ya lo he dicho antes: Kjell Bjarne no tenía la menor intención de soltar la presa de buenas a primeras. Sus antenas no eran precisamente de las más perceptivas, pero aun así debió de intuir que era el dedo de Reidun Nordsletten el que estaba presionando el timbre en el descansillo. Por mi parte decidí no darme a conocer. Me aposté en la rendija de la puerta y escuché. El profundo gruñido de Kjell Bjarne y, casi inaudible, la voz clara de una mujer. Escuchaba con las manos detrás de las orejas y la boca abierta, pero era incapaz de captar las palabras. Luego la puerta de entrada se cerró de un portazo y me quedé solo. Kjell Bjarne había dejado el piso, simple y llanamente, sin dedicarme ni media palabra de despedida.

El buen humor del que había estado, naturalmente, se estropeó. Hecho añicos y disperso a los cuatro vientos. Corrí hacia la ventana de la cocina para ver si salían del edificio, pero en el patio trasero no se veía un alma. Me quedé un rato cavilando sobre el poder que tiene la mujer sobre el hombre. No hacen más que quejarse de la falta de influencia y de los malos salarios, pero, desgraciadamente, la verdad es que la mujer tiene al hombre en su bolsillo. Por lo que podía entender, prácticamente estábamos hablando de un poder absoluto, fundado sobre la simple vida sexual del hombre. En el caso de Kjell Bjarne, naturalmente, la cosa era especialmente sencilla, puesto que él acataba su propia vida pulsional al modo de un robot dirigido por

impulsos eléctricos. Si Reidun Nordsletten era calculadora, y no tenía ninguna razón para pensar que no lo fuera, se aprovecharía de la credulidad de Kjell Bjarne del modo más grotesco. Y no habría nada que yo, su mejor amigo en esta vida, pudiera hacer. La más mínima insinuación por mi parte sobre el cálculo femenino sería recibida con hostilidad, de eso estaba completamente convencido.

¿Dónde se habrían metido? No salían al patio, y de arriba no llegaba ni un ruido. Salí de puntillas al recibidor y apoyé la oreja en la puerta. Silencio allí también. Silencio absoluto. Por alguna razón se me metió en la cabeza que tenía que contener la respiración y, cuando al final reventé, escuché sonidos en las escaleras. Risas y gritos. Venían de abajo y pasaron de largo por el descansillo ante la puerta de nuestro piso. Siguiéron escaleras arriba. De nuevo era imposible entender las palabras, aunque hubiera jurado que Kjell Bjarne mencionaba mi nombre. Elling, dijo. Envuelto en algún tipo de salsa y acompañado por risas. Bien, se la guardé, como se suele decir. Me lo anoté en la oreja. Muy al contrario de lo que hubiera esperado, ni me alteré ni me deprimí. Sin saberlo, me había proporcionado una carta, que en cualquier momento podría usar contra él en futuras peleas. ¿A qué se refería con falta de juego limpio? ¿Era él quien me exigía honestidad y compañerismo? ¿Él, que hablaba mal de su único amigo a sus espaldas para obtener un momento de favor de una mujer embarazada con problemas de alcoholismo?

Justo después bajó corriendo las escaleras y yo me retiré apresuradamente al salón donde me puse a hacer unas rápidas flexiones de rodillas, con las manos detrás de la nuca.

—He tenido que ayudar a Reidun con un saco de leña de abedul que tenía en el sótano —dijo sin que yo le preguntara.

Glasnost, muy bien. Una nueva apertura. Kjell Bjarne se disponía a informarme sobre los enredos del amor sin que yo le presionara. Lo ignoré. Seguí haciendo flexiones.

Estampó la cabeza contra la pared: —¡Nos ha invitado a comer mañana!

—¡Un momento! —dije—. Antes de que te mates a golpes. ¿Nos ha invitado a comer mañana?

—Sí. Ha dicho que te podía llevar.

—¡Te lo agradezco infinitamente! —dije, ni siquiera hice ademán de mitigar la amargura que sazonaba las palabras—. Pero nunca he tenido la costumbre de dejar que «me lleven» a ningún sitio. Además mañana estoy ocupado.

—¿Ocupado?

—Sí, voy a una reunión.

Soltó una brutal y repugnante carcajada: —¡Y pretendes que me lo crea!

—No pretendo que te creas nada de nada —dije—. Puedes saludarla de mi parte.

—¿De qué tipo de reunión estás hablando?

Le expliqué que estrictamente eso no le incumbía. Del mismo modo que no me incumbía a mí que se dejara explotar por la primera que pasara.

Negó con la cabeza: —¿Quieres que nos echemos una partida de parchís a ver si te pones de mejor humor?

—No —le dije—. Yo voy a ver la tele.

Y agarré el mando a distancia.

Así pasó aquella noche. Un horroroso programa detrás de otro.

No había quien negara el hecho de que me había creado a mí mismo un problema nada insignificante. Había mentido y dicho que iba a una reunión. Yo que no había ido a una reunión en toda mi vida. La verdad es que no era tan raro que Kjell Bjarne se hubiera reído en mis narices. Para decir la verdad, yo hice exactamente lo mismo a la mañana siguiente. Me reí en mis narices con ayuda del espejo del baño. Me burlé de mi propia mendacidad. Lo cierto es que no tenía que ir a ninguna reunión, eso estaba claro. Pero no me quedaba más remedio que emprender alguna cosa por mi cuenta. Con solo pensarlo el miedo aparecía sigilosamente. Sentía cosquilleos debajo de las uñas. En el mejor de los casos iba a tener que pasar unas horas deambulando por las calles, convertido en un objetivo itinerante para la violencia ciega. A juzgar por los periódicos, las condiciones de la capital del país se habían vuelto tan grotescas, que solo eso de moverse por el espacio público, en sí mismo, se había convertido en un juego de riesgo. Había gente ahí fuera que tenía por *hobby* mutilar a transeúntes arbitrarios. Te dejaban ciego con la mayor naturalidad, y disfrutaban pegándote patadas en la cara mientras estabas en el suelo. En las colas del taxi o ante los kioscos de la ciudad, se habían dado verdaderas ejecuciones. Individuos con una infancia difícil sacaban una pistola cargada sin mediar palabra y disparaban al prójimo en toda la cara. A esta locura era a la que ahora iba a tener que entregarme por mi cuenta. Aun así: la mera idea de la alternativa era insoportable. Tenía completamente claro que no era bienvenido en el piso de arriba, que Reidun Nordsletten se había sentido obligada a invitarme. Y yo no fuerzo a nadie. Es una cuestión de principios. Los dos tórtolos iban a poder arrullarse en paz.

Kjell Bjarne me dejó a mi aire. No hizo el menor esfuerzo por que cambiara de opinión. Eso me dolió. Me parecía que lo correcto hubiera sido que ejerciera cierta presión sobre mí, para que pudiera usar un par de réplicas que había estado macerando durante la noche. Pero no. Ni una palabra. Se pasaba todo el día escuchando la radio, mientras, o bien ordenaba su caja de herramientas, o bien comía tostadas con mermelada de frambuesa. En cierto sentido tenía la impresión de que había sacado poco a cambio de mi mentira, puesto que ni siquiera acudía a mí para obtener detalles de la reunión de la que le había hablado. Pero así era él. Egocéntrico

hasta rozar lo enfermizo. En su mente debía de estar ya bien metido en los pantalones de Reidun Nordsletten. Con la boca llena de guiso.

Inspeccioné *El Periódico Obrero* a la caza de alguna reunión o evento, algo que pudiera ser adecuado para mí. Un lugar seguro al que acudir, un sitio en el que se pudiera matar el rato una hora o dos, en la última fila, sin ser obligado a participar activamente. Del cine ni hablar. Al cine yo iba exclusivamente con Frank y Kjell Bjarne. Con un amortiguador a cada lado, por decirlo así. Pasar hora y media al lado de un completo desconocido nunca ha ido conmigo. Quiero decir, estás ahí sentado, y de pronto tienes una descarada mano sobre el muslo. O en algún otro sitio. El anonimato que proporciona la oscuridad hace que algunos crucen la línea.

¿Conciertos de rock? *Niet. Rien.* Ni Cliff ni Roger podrían tentarme para que me metiera en un local donde el nivel del ruido estuviera muy por encima del nivel del dolor y los más modernos de entre los modernos de los habitantes de Oslo se pasearan con sus negras vestimentas. Consumo de cerveza y de narcóticos prohibidos. Conversaciones en sol menor.

Pero entonces mi mirada recayó sobre un pequeño anuncio anónimo al final de la página. Lectura de poemas, ponía. Haakon Willum y Cecilie Kornes leen sus propias poesías. En el Café Nordraak.

Me alegré mucho. ¡Me puse tan furiosamente contento...! Porque aquello realmente me apetecía. Mi propio poema permanecía aún crepitante en mi bolsillo, todavía nadie se había enterado, pero la ciudad tenía un nuevo poeta. Aquella era mi oportunidad para conocer a otras personas del mismo gremio. Naturalmente no me daría a conocer, nadie debía saberlo aún, lo cierto es que consideraba el anonimato como un presupuesto para seguir trabajando. Sería el hombre callado de la última fila. Aquel a quien nadie conocía. Aquel que no pertenecía a ningún ambiente, aquel que simplemente aparecía, escuchaba y seguía su camino. ¿Quién podía ser? ¿Escribiría él mismo? ¿Por qué se limitaba a sonreír condescendentemente durante el obligado debate tras la propia lectura? ¿Por qué era el único que no tenía preguntas que formularles a los escritores? Sin duda, algunas mujeres sentirían curiosidad. Estaba convencido de que el público de una lectura de poemas era del tipo sensible, se trataba de gente que, al igual que yo, percibía los detalles del gran telar. Almas sensibles, reunidas en un foro donde la violencia arbitraria y los ataques verbales resultaban casi impensables. Todos y cada uno de ellos habrían acudido para escuchar, para meditar sobre las palabras de un par de poetas de los que yo, por mi parte, no había oído nunca hablar, pero que seguramente tenían algo que decir.

La lectura era a las ocho y, puesto que yo no era de esos que aparecen en el último momento, empecé a prepararme sobre las seis. Me temía lo peor, lo admito sin contemplaciones, pero me dije a mí mismo que esto lo iba a conseguir y punto. Si salía bien, como la comida en el Larsen, habría ganado mucho. Me imaginaba la sonrisa de aprobación de Frank si pudiera contarle que me había dejado caer por una velada de poesía en Nordraak. Sobre mi propio poema, aún en el bolsillo, callaría por

ahora.

Cuando me puse el abrigo, mi mirada recayó sobre las polvorientas gafas de sol de Kjell Bjarne, que estaban en el estante bajo el espejo. Me las puse y me gustó lo que vi. La impresión algo misteriosa que ya producía de antes se veía reforzada. Es cierto que era de noche, que en el aire había nieve y humedad, pero era igual. Las gafas de sol me imprimían carácter. Además generaban una distancia entre mí mismo y el mundo en torno que suponía que me haría falta. Me envalentonaba, al mismo tiempo que me protegía. Si me dejaba crecer el pelo durante un par de meses, y me lo alborotaba un poco, me parecería a Bob Dylan.

Tras tres horas de minucioso repaso de su caja de herramientas, Kjell Bjarne se había puesto a ver la televisión. Veía entusiasmado un documental de naturaleza donde se contaban la vida y milagros de la nutria con todo lujo de detalles.

—Yo ya me voy —dije.

—Esas gafas de sol son mías —dijo él—. Además estamos en pleno invierno.

—No puedes ponerte las gafas de sol para ir a cenar con Reidun Nordsletten — dije.

—¿Y tú adónde vas?

—Me voy a pasar un rato por el Café Nordraak —dije, y tuve bastante éxito a la hora de conseguir que el nombre sonara familiar—. Esta noche celebran una importante reunión sobre la lírica moderna noruega.

—Tú estás como una cabra —dijo—. Eso está claro.

—Adiós —dije, y me di la vuelta.

—Elling —salió detrás de mí al recibidor—. ¿Crees que...? Bueno, ¿te lo has pensao bien esto?

No me lo había pensado bien, claro, así que no supe qué contestar. Además se me estaba formando un nudo en la garganta por la preocupación que irradiaba. Se quedó parado, jugueteando con sus dedos de morcilla antes de proseguir: —Yo puedo pasar de la comida esa, ¿sabes? Si quieres que te acompañe.

Había que conocer al hombre para saber qué tipo de sacrificio me estaba proponiendo. Las lágrimas presionaban y me alegré de que las gafas de sol se interpusieran entre él y yo. Negué con la cabeza y le agarré la mano. Hacía mucho tiempo que no estábamos tan cerca el uno del otro y sentí un intenso y franco deseo de que pasara una noche agradable con Reidun Nordsletten. Me desembaracé de él, abrí la puerta y bajé las escaleras corriendo.

Fuera hacía un frío de perros y el aguanieve, que llevaba cayendo la mayor parte del día, había sido ahora sustituido por la suave caída de la nieve. Las calles y las aceras estaban ya cubiertas de una capa blanca y los buzones, las cabinas de teléfono y los coches aparcados estaban ataviados con graciosos sombreros. Por un momento me quedé parado ante nuestra casa mirando hacia el cielo. Los copos de nieve venían danzando hacia mí a través del aire y algunos aterrizaban en las gafas de sol de Kjell Bjarne. Por alguna razón esto me puso de buen humor. Esto y la certeza de que, a

pesar de las refriegas diarias, tenía un amigo para toda la vida en el gran torpón que estaba allá arriba en el apartamento. Empecé a caminar en dirección a la calle Hegdehaugsveien y, para mi sorpresa, noté que no quedaba ni rastro de mis viejos enemigos el Mareo y la Inquietud. Caminaba con pies ligeros y las manos resguardadas en la profundidad de los bolsillos del abrigo. Me movía con gran naturalidad por el espacio colectivo e inspiraba ávidamente el aire frío.

Con esto no quiero decir que me resultara fácil «entrar» cuando llegué al edificio amarillo que albergaba el Café Nordraak. Era un edificio antiguo y soberbio situado a la sombra del gran Hotel SAS y, de pronto, viví la situación como amenazante. Entré en el patio trasero, donde sabía que estaba la entrada, había leído en algún sitio que en verano ponían allí una terraza. Desde las ventanas caía una suave luz sobre el patio cubierto de nieve, pero a pesar de esto mi inquietud se incrementó, porque tras los cristales se percibían sombras de personas, de una masa humana, y me llegaba el ruido de las risas y la charla. Mi corazón empezó a latir como pesadas campanadas del Día del Juicio; por dentro notaba la reverberación contra los tímpanos. Aun así, no entraba en cuestión rendirse. Noté cómo crecía en mí una deliciosa rebeldía, una cualidad de la que siempre he estado bien servido, pero que probablemente ha resultado más bien negativa en relación con mi participación social. Había usado la rebeldía como un escudo, como una protección contra la intromisión desafortunada en mi esfera privada. Ahora le di la vuelta a todo el asunto y actué hacia fuera. ¡Quería e iba a entrar! Aunque me costara la vida, iba a tomar parte en aquella velada poética. Tres veces solté todos los miedos e inhibiciones que tenía y me abalancé con paso firme hacia la puerta cerrada. Y tres veces me volví, estando ya muy cerca de la meta, y me dejé arrastrar de vuelta al vagabundeo por el patio. La gente iba y venía, pero nadie parecía fijarse en mí. Quizá fue ese el desencadenante, el hecho de que fuera claramente registrado, pero en realidad no visto. No era más que una sombra en el patio, una figura anónima sobre la que nadie podía saber nada, que tal vez a la mayoría le resultaba incluso indiferente. Me pareció que esa perspectiva me proporcionaba cierta libertad, que sacaba de mí un sobrante de coraje. El hecho es que, al cabo de aproximadamente un cuarto de hora, apreté los dientes, crucé el asfalto helado y, de un tirón, abrí la puerta.

Y estaba dentro. Dentro de una comunidad sin compromiso con otras personas, personas para mí desconocidas. No había ninguna razón para creer que tuvieran ningún tipo de intenciones hacia mí, ni buenas ni malas. Yo no era más que el hombre de las gafas de sol. Un hombre sin nombre, pero con un buen abrigo de invierno, nieve en el pelo y un poema secreto en el bolsillo.

El local no estaba en absoluto tan lleno como me había temido. Por ahora la asistencia era casi agradable. El núcleo duro se había apelotonado delante, junto al micrófono, probablemente eran los clientes habituales, y los amigos y conocidos de los dos líricos del día. Las copas de vino y las doradas botellas de cerveza relumbraban. Fui a la barra y pedí una Fanta. Por un momento me sentí bastante

ridículo por las gafas de sol, pero el joven al otro lado de la barra me sirvió lo que le había pedido y cobró el dinero, sin hacer el más mínimo gesto. Sin decir una sola palabra, fue como si dejara sentado que aquel era el lugar adecuado para gente con un perfil y características peculiares. De pronto me entraron ganas de recostarme perezosamente contra la barra y hurgarme indiferentemente los dientes con el meñique. ¡Y lo hice! Me encontraba allí y formaba parte del lugar, irradiando una misteriosa paz interior. De vez en cuando le pegaba un sorbito al vaso que descuidadamente había dejado junto a mí sobre la barra, y la naranjada era de mi gusto. Refrescante y dulce al mismo tiempo. Ya era uno más, uno más de los que estaban como en casa en el Café Nordraak. Cada vez que sonaba la puerta y entraba gente nueva, quién sabe si tras pasar peores apuros que los míos, se encontraban con la misma visión: una figura relajada en la barra. Un tipo sin afeitar con un desgastado abrigo de invierno. ¿El vaso de refresco? Supuse que sacarían sus propias conclusiones. Que se trataba de un tipo que había hecho ya tantas rondas por las pistas de luz de la ciudad, que el hígado simple y llanamente se negaba a seguir. Ahora restaban los refrescos o la muerte, y la muerte ya la había saboreado. Observé más atentamente a la gente a mi alrededor. Una agrupación heterogénea. Dos despampanantes rubias bromeaban con un gran hombre con la cabeza afeitada. Su cuero cabelludo brillaba a la luz de las lámparas. Llevaba gafas de pasta gruesa y, cada vez que bebía de la cerveza, mostraba sus grandes empastes. La línea de sus dientes parecía haber atrapado una descarga de metralla. Y a pesar de todo: popular entre las mujeres. ¿Era tal vez el poeta de la velada quien tenía ante mí? ¿Haakon Willum en persona? Al menos resultaba evidente que las mujeres de aquellos círculos no se guiaban por la belleza externa, sino que, al contrario, hurgaban tras la fachada de un hombre para desenterrar las cualidades que allí hubiera. En un ambiente más pequeñoburgués, el hombre no hubiera tenido la más mínima oportunidad, al menos no una oportunidad claramente doble como aquella. La idea de que tal vez yo pudiera maniobrar hasta llegar a una posición parecida, si realmente le daba brío a mis poemas, hizo que una cálida corriente de esperanza recorriera las raíces de mi corazón. Un jovencuelo con cazadora de cuero negro se estaba fumando un puro mientras conversaba con una mujer mayor. Me gustaba la mezcla de los sexos y las diferentes generaciones. Y tomé nota del puro. De joven había fumado un poco los fines de semana y, aunque ahora no cupiera duda de que había que contarme entre los no-fumadores, no podía negar el hecho de que olía bastante bien, de que resultaba relativamente recio. El puro proporcionaba al joven un toque de condescendiente elegancia. Era como si saboreara sus propias palabras antes de soltarlas por la boca, livianamente envueltas en humo gris azulado. Me imaginé a mí mismo encendiendo un estilizado y largo puro la siguiente vez que Frank viniera con sus sugerencias. Echándole un par de indiferentes aros de humo en la cara antes de carraspear y rechazarlas de plano. Se siente. El entrenamiento social había pasado total y completamente a mis manos. Consideraría la cuestión. Al fin y al cabo no era

imprescindible inhalar.

Constantemente entraba gente por la puerta. La propia sala empezaba a estar considerablemente llena. Para mi sorpresa, me di cuenta de que, aun así, el pánico no hacía aparición. Decidí simple y llanamente quedarme donde estaba. En el bar. Podría oír la lectura igual de bien y evitaría tenerme que sentar en medio del hormiguero. Si me trasladaba medio metro más arriba en la barra, podría incluso ver a Haakon Willum y Cecilie Kornes a través de la puerta abierta. Además se me pasó por la cabeza una frase considerablemente buena, una frase que podría soltarle más tarde a Kjell Bjarne, quizá también a otros, en caso de que acabara hablando con ellos. «Me quedé en el bar», diría, y que luego pensarán lo que quisieran.

Pulsaron el micrófono y la voz algo forzada de una mujer pidió atención. Yo me deslicé hacia mi puesto y, al menos, le di la mía. Se trataba de una mujer de unos cincuenta años, no tenía pechos, pero sí un flamante cuello rojo y una mirada huidiza. ¡Pobre mujer! Se puso a darnos a todos la bienvenida antes de lanzarse a una larga loa sobre los méritos y cualidades de Haakon Willum y Cecilie Kornes. Su entusiasmo no parecía tener límites, cosa que me puso inmediatamente en guardia. Todo aquel alarde me resultaba completamente imprecendente. Premios. Montones de libros. Traducciones al ruso y al mongol. Si no fuera por el hecho de que, en general, los líricos no tienen un duro, hubiera creído que aquellos dos sinvergüenzas la habían pagado previamente. La verdad es que empezaba a tener una disposición de enemistad hacia ellos. Me resultaba imposible creer que tuvieran algo que aportar si previamente, por decirlo así, había que lustrar su poesía con superlativos. Todo el evento apestaba. Olía a mafia de la cultura, a la dominación exclusiva del parnaso. Había leído cosas parecidas en los periódicos. Vibrantes e indignados artículos de escritores que trabajaban duro, pero no llegaban a ningún sitio porque provenían de algún lugar recóndito como Finnmark o porque eran mujeres, o porque por alguna razón u otra no encontraban hueco en la ridícula luz de los tabloides. Y ya antes de que Cecilie Kornes, entre ensordecedores aplausos, subiera al podio, me había decidido. Había elegido bando. Quería ser el hombre de los incomprendidos. Nunca dejaría que me compraran, ni que fanfarroneara sobre mí una bibliotecaria neurótica, o lo que sea que fuera. Buscaría a mis nuevos amigos en los rincones oscuros, desde donde se destilaban las implacables teorías conspiratorias. Es más, ni siquiera publicaría libros, decidí. No pensaba ir con la cabeza gacha de editorial en editorial, para enfrentarme a los sabiondos que, apoltronados sobre sus sabrosos sueldos, se dedicaban a esparcir las migajas a su alrededor. Mis poemas, porque en ese momento entendí que vendrían más, aparecerían tallados en las puertas de los servicios o garabateados con rotuladores en las barandillas de las escaleras, alcanzarían a su público donde este menos se lo esperara. Breves y ágiles impactos contra la gris *tristesse* de la vida cotidiana. Granadas de palabras profundamente meditadas que reventarían el muro de superficialidad que nos rodeaba a todos y nos quitaba la misma chispa de la vida. Estaba temblando de agitación. Pensaba comprarme una

caja de puros baratos ya de camino a casa.

Pero volviendo a Cecilie Kornes, que en esos momentos inclinaba la cabeza en agradecimiento a los aplausos, desde luego no era a mí a quien daba las gracias, pensé, porque mis manos se habían mantenido todo el rato en elocuente inactividad. Por decirlo sin pelos en la lengua: Cecilie Kornes era una anoréxica bulímica. Una joven en el cuerpo de un niño pequeño. Todo el asunto resultaba trágico. Sentía una intensa lástima por ella. Me la imaginé vomitando a escondidas y escribiendo después poemas sobre sus miserias. Y no andaba muy desencaminado, por lo que fui viendo. Su libro del año se llamaba *El retortijón del cólico*, título que, al menos en mí, provocaba ciertas asociaciones, por muy incomprensible que resultara por lo demás. Primero nos contó algo sobre el modo en que la obra había llegado a ser, se había tratado de un proceso doloroso que ocupó varios años de su vida. De hecho no se había acabado de soltar hasta que cayó enferma de malaria en algún lugar de Indochina. Fueron la vida sencilla y el buen humor de los habitantes del pueblo los que abrieron sus estancias secretas. En sus sueños febriles había visto la persecución de estatus del mundo occidental bajo una nueva luz, una luz dura y fría, casi azul. Entonces carraspeó y le dio una oportunidad al silencio, antes de lanzarse a recitar con una voz aguda y desagradable. Imaginé cómo debieron de enredársele las cuerdas vocales con las tripas retorcidas por la malaria, las mismas que en ese momento la desgarraban por dentro. Me hizo pensar en un insecto acosado por el viento, daba la impresión de que en cualquier momento podía ser arrancada de allí, desvanecerse ante nuestros ojos. ¡Y los poemas! ¡Alucinaciones enfermizas! Frases inconexas que parecían tirar en direcciones contrarias, un buque agujereado del que salía agua a chorros por cada grieta mientras las tablas del fondo se curvaban por la presión. Cecilie Kornes, simple y llanamente, carecía de talento. Era un cero neurótico que necesitaba ayuda. Me quedó dolorosamente claro que nunca recibiría esa ayuda ni de la editorial Gyldendal ni del Café Nordraak. Necesitaba tratamiento psiquiátrico, y a toda prisa. Lo cierto es que urgía. Si no me equivocaba demasiado, era cosa de vida o muerte.

Pero la gente aplaudía. La malcriaban haciéndola creer que tal vez fuera de lo mejorcito que había visto la nación en el frente literario en el último par de décadas. ¡Ni una sola de sus poesías tenía ni pies ni cabeza! ¡Me estaba mareando! Habíamos sido testigos de un desgraciado historial clínico, ¡y yo era el único que me había dado cuenta! La mujer se iría de aquel lugar y emprendería el camino a casa creyendo haber hecho algo grande, gracias a una congregación ciega y sorda que había malinterpretado completamente eso de la cortesía. Lo que necesitaba Cecilie Kornes no eran aplausos y solemne aprobación, lo que necesitaba era un público que, con amabilidad y firmeza, le quitara su libro de poemas y la acunara lentamente hasta dormirla, cada vez que quisiera decir algo sobre las personas naturales de Indochina o las duras condiciones de Occidente. Alguien que la sostuviera y le acariciara amablemente la cabeza, cada vez que la atacara su necesidad de declamar una nueva

dosis de chorradas. Un público callado y receptivo que pudiera liberarla de su cólico y devolverle la fe en sí misma como persona media, totalmente carente de fastidiosos talentos y visiones poéticas. Cecilie Kornes había acabado en un estante equivocado en esta vida. Debería haber sido jardinera. Debería haberse dedicado a comer zanahorias frescas mientras el sol y el aire le acariciaban la cara. Debería haber tenido un hijo o dos, para que no le quedara tanto tiempo para pensar en sus pútridos intestinos.

Pero si la actuación de Cecilie Kornes fue dura de tragar, en fin, abiertamente embarazosa, resultó hasta inteligente en comparación con lo que tenía que ofrecer Haakon Willum. Mi suposición de que el lírico masculino de la noche sería el hombre con gafas de pasta y peinado a lo Yul Brynner resultó ser errónea. Bajo otra cuota de violentos aplausos, saltó a la tarima un mariquilla con pantalones de cuero rojo. Y con las manos alzadas, una de ellas sostenía un ejemplar arrugado de su poemario, ¡empezó a agitar las caderas para el público! Lanzaba contra nosotros su entrepierna vestida de cuero y se dedicó a chillar al auditorio al modo del *rock & roll*. Quería saber qué tal estábamos, si nos sentíamos bien. Y ante aquella estúpida e inoportuna pregunta, ¡a algunos individuos les pareció correcto corear un «sí»! ¡Era increíble! Afortunadamente estaba tan ansioso por empezar que no perdió el tiempo con historias introductorias sobre sus sufrimientos, eso hay que concedérselo. Con un dramático gesto del brazo derecho, acalló el entusiasmo de la sala y se inclinó sobre el micrófono de un modo que solo podría caracterizarse como pornográfico. Algunos se rieron, pero yo me limité a girarme y mirar hacia otro lado. Aquello era muy cutre, realmente vulgar. Y mientras Willum daba rienda suelta a su terrenal poesía, cuyo principal contenido era un repaso por lo que técnicamente pueden conseguir hacerse mutuamente dos hombres en el plano sexual, me quedé en la barra estudiando mi vaso de Fanta. Aún tenía en mente las alabanzas de la bibliotecaria, y toda la situación me pareció desmoralizadora. La bibliotecaria había hablado de la «forma refrescante y directa» de Willum. En fin. Naturalmente resultaba relativamente directo cuando describía cómo ensartaba todo el antebrazo por el recto de un «rubio elfo de Patmos». ¿Pero era aquello refrescante? ¿Era poesía? ¿Qué era lo que quería en realidad? ¿Quería provocarnos? Por Dios, no vivíamos a mediados del siglo XIX. Aunque el sexo no me interesara demasiado, al menos no las desviaciones sexuales, ya había conseguido enterarme de alguna que otra cosa. En una de las revistas guarras de Kjell Bjarne incluso había leído algo sobre un club de Nueva York donde el servicio especial consistía en que un hombre, con la cabeza rapada y embadurnada con diversos aceites, consiguiera introducir la cabeza entera en el ano de otro hombre. Y en aquel momento pensé: En fin, en este mundo se avanza. La fotografía del hombre sin cabeza, con dos tubos de plástico engarzados a las fosas nasales para darle aire, se imprimió en mí como una imagen de nuestros tiempos. En algún momento de nuestro remoto pasado nos alzamos vacilantes sobre las dos piernas y agarramos el látigo. La caza del futuro, la realización de la raza humana, podía

comenzar y, al parecer, en aquellos momentos, afortunadamente, habíamos alcanzado ya la meta. Habíamos inventado las bombas nucleares, habíamos aterrizado en la luna y, por fin, habíamos aprendido a introducir la cabeza por el agujero del culo de nuestro prójimo. Nuestras perspectivas eran excelentes.

La gente chillaba de risa. Aquella era poesía para el pueblo. Los estudiantes de magisterio heterosexuales fueron los que más alto berrearón, para dejar claro que no eran nada remilgados. Pero en una pausa teatral, en la que Haakon Willum contuvo la respiración para acentuar un punto diabólico, escuché un sonido que me resultaba familiar. El ruido de un pulgar contra un dedo corazón. Un chasquido de dedos. Y antes de que aquellas liberadas carcajadas volvieran a desencadenarse en una descontrolada eyaculación, me giré completamente y tuve al viejo del Larsen en las pupilas. Estaba como yo, en la barra, y se bebía una botella de cerveza.

Y entonces me saludó con la cabeza, como si fuéramos viejos conocidos. Me cogió tan desprevenido que le devolví el saludo. Nada más hacerlo, afloró en mí un buen sentimiento, porque ciertamente éramos desconocidos el uno para el otro, pero estábamos unidos por los secretos lazos existentes entre hombres que frecuentan el mismo bar. Bien es verdad que no había estado en el Larsen más que una única vez, pero debía de haberle causado cierta impresión, porque me había reconocido, y lo había hecho a pesar de las gafas de sol. Aquello me alegró. Estaba empezando a reunir unas cartas considerablemente buenas que sacar cuando Frank decidiera meter las narices en mis asuntos la próxima vez. Y tampoco es que quedara mucho. Era cuestión de días.

Se inclinó hacia mí y me dijo con confianza:

—Mucha medicina interna hoy, ¿no? —Se me escapó una risa corta y perruna—. Pero es curioso —continuó—, la digestión tiene su importancia. Eso se aprende al entrar en años.

Me puse serio. Algunos espectadores de colorados mofletes se habían girado hacia mí, no me había reído al ritmo de la mayoría. Tenía ganas de decirle algo al viejo, algo amable, preferiblemente inteligente, pero me bloqueé por dentro. Tenía la sensación de que se trataba de un momento importante, un regalo que no debía ser destruido por alguna majadería que pudiera escapárseme en aquellos momentos. Tenía miedo de destrozar algo que pudiera cambiar mi futuro, porque de vez en cuando me ocurre que creo en el destino, que creo en un sentido subyacente a todo lo que ocurre. Una persona entra navegando en tu bahía privada, perfecto, pero es que una persona abarca todo un universo. Siendo así, no es en absoluto indiferente cómo la hayas conocido. Se trata de encauzarla hacia tu propia playa de un modo cuidadoso.

Pasó un rato sin que ninguno de los dos dijera nada. Y lo más importante de todo: sin que el silencio resultara embarazoso. Me lo pensé mejor, bien podía conciliarme con la breve y contundente risa que había soltado antes. Aquello había expresado mejor que muchas palabras cómo juzgaba yo la situación.

Haakon Willum finalizó con la escenificación de una felación y prácticamente fue derribado por los aplausos. Bajó de la tarima tambaleándose y se dirigió hacia la copa de vino tinto. La atmósfera estaba cargada y supuse que la mayoría se avergonzaba de los sosos quehaceres heterosexuales que practicaba en sus propios dormitorios.

El hombre mayor volvió a chasquear los dedos. Esta vez fue una pequeña serie.

Iba a tener que decir algo. Lo vi claro. Simple y llanamente había llegado el momento:

—Bueno —dije—. Bueno, bueno.

—Shh —dijo él—. Los poetas están al llegar. Después de los payasos siempre vienen los poetas.

Esa era profunda, me pareció a mí, aunque no estaba del todo seguro de lo que había querido decir. Aposté a lo grande y dije que aquello había supuesto una gran decepción para mí, que en el fondo lo encontraba enojoso, al mismo tiempo vacié el vaso y me dispuse a irme en caso de que no estuviera de acuerdo conmigo.

Él chasqueó los dedos y se bebió también lo suyo:

—Ven —dijo—. Vamos a buscarnos un planeta mejor.

Nunca dejo de asombrarme a mí mismo. Tengo la impresión de que todo el rato aparecen cosas nuevas. Si alguien me hubiera dicho que iba a irme con un desconocido en plena noche, me habría reído desdeñosamente, o quizá me habría puesto furioso. Pero en aquel momento lo hice, me fui por la puerta con el viejo.

Se abotonó el abrigo y se levantó el cuello:

—Alfons —dijo—. Alfons Jørgensen. ¡Mis padres estaban como una chota!

Y sin darme ni cuenta, me vi con su mano derecha en la mía.

Le di mi propio nombre.

Él asintió:

—Nos vamos a tomar algo en el Broker. Yo invito —me miró de reojo con gesto astuto—. Pero una cosa: No le vamos a decir a nadie que nos hemos conocido aquí.

Y nos echamos a reír. ¡Aullamos de risa en el patio trasero del Café Nordraak!

Subiendo por la calle Hegdehaugsveien empecé a caer en la cuenta de que a lo mejor había encontrado la gallina de los huevos de oro, de que tal vez había encontrado un amigo, yo solito. A medida que íbamos dejando un metro tras otro a nuestras espaldas sin decir ni una palabra, empecé a tener la sensación de que había encontrado una persona a la que inconscientemente llevaba buscando toda la vida. Una persona con mucho más tiempo de navegación que yo, una persona que quizá pudiera aconsejarme en caso de apuro. Toda mi vida había sido un chico sin padre, con la carencia que eso siempre había supuesto. En aquel momento vislumbré una posible abertura. Y lo que me hizo albergar precisamente aquella esperanza, lo que me dio fe en que precisamente en aquel encuentro había chicha, en realidad, fue la calidad del silencio que había entre nosotros. De vez en cuando chasqueaba los dedos, es cierto que tenía esta curiosa costumbre, y de vez en cuando yo carraspeaba; pero por lo demás nos dejábamos en paz el uno al otro. Caminábamos en un

entrañable silencio y la nieve nueva crepitaba bajo nuestros zapatos de invierno. Los coches pasaban deslizándose por la calle.

¿El Broker? El nombre no me decía nada, pero cuando llegamos al local de la calle Bogstadveien, comprendí que debía de haber pasado muchas veces por aquel bar sin percatarme de su presencia. Cosa que en realidad debía de ser bastante natural. La verdad es que mi interés por los lugares de alterne era de fecha muy reciente. Hasta hacía bien poco me había posicionado muy negativamente hacia ese tipo de «tugurios», y en lo que concierne al alcohol, aún mantenía mi antigua postura. Yo no bebía, y punto. Pero cuando se trataba de cafés y lugares públicos, indudablemente estaba en la onda. Frank tenía razón. La gente se conocía en lugares como aquel, era allí donde surgían las nuevas relaciones. De hecho entré en el local con una prueba viviente de ello, Alfons Jørgensen, mi posible nuevo amigo.

Había bastante gente en el lugar, pero como ninguno de los dos fumábamos, teníamos un montón de mesas entre las que elegir en la sección de no-fumadores, porque allí no había nadie. Sentí tal alivio que decidí posponer el proyecto de los puros. Al parecer, mientras me mantuviera alejado del tabaco, podría contar con estar tranquilo en lugares como aquel. Evidentemente resultaba algo paradójico que quizá así no contactara con nadie, pero qué íbamos a hacer. También había algo llamado «salir con buenos amigos».

—¿Vas mucho al Nordraak? —preguntó Alfons Jørgensen, al tiempo que chasqueaba los dedos para captar la atención del camarero.

Se lo dije sin ambages, que hasta entonces había llevado una vida muy tranquila y que rara vez salía a ningún sitio. En Brøynes había aprendido bastante sobre las desventajas de comenzar una amistad con mentiras y exageraciones. A Kjell Bjarne le había soltado un montón de faroles que después tuve que pagar bien caro, aunque sobre eso hablaré en otra ocasión.

Alfons Jørgensen asintió, y tuve la impresión de que había captado la situación. Pero por si tal impresión fuera errónea, añadí un par de frases sobre mi madre, a quien se había llevado la muerte un par de años antes, y sobre mi padre, que perdió la vida en un accidente de trabajo mientras aún me encontraba en la fase fetal. Así me habían ido las cosas a mí. Se podría imaginar. Ahora quedábamos Kjell Bjarne y yo, en una vivienda social en la calle Kirkeveien. La existencia de Frank me la salté elegantemente, aunque sí mencioné a los gatos, faltaría más.

Vino el camarero. Alfons Jørgensen me miró con curiosidad cuando pedí una Fanta, pero afortunadamente no hizo comentario alguno. Él se lanzó a media botella de vino tinto. Pero aunque no hubiera comentado mis hábitos respecto a la bebida, me pareció correcto añadir un par de frases medio dichas sobre que había dejado atrás eso del alcohol.

—Eso está bien —dijo—. Yo de joven bebía demasiado. Espero que no te incomode que me tome un par de copitas.

¡En absoluto! Le aseguré que lo tenía bajo control. Había acabado con la bebida,

y no se hablaba más. Era completamente impensable que pudiera tener una recaída después de tantos años. ¡Quien ha pasado por un *delirium* no lo olvida tan fácilmente! No quería, no, no quería, pero sin darme cuenta me vi metido hasta el cuello en una larga disertación sobre cómo pasaba las horas tirado en el diván de mi madre pimplando aguardiente a pelo. Llegué a arrancarle la alianza del dedo para arrojarla al suelo, e incluso intenté vender su cuerpo a mis malos amigos. Así habíamos estado yo y mis cosas. Me avergonzaba, pero ¿quién podía cambiar el pasado?

¿Me habría pasado? No. Se limitó a asentir sabiamente y luego dijo: —¡Mira hacia arriba!

Miré hacia arriba.

—Es uno de los techos más hermosos de todo Oslo. Todo el local está bajo la protección del Anticuario General.

Pues sí. Era un techo hermoso. La verdad es que era el techo más hermoso que había visto nunca. Cristales verdes con preciosos dibujos. Es cierto que no entendía del todo qué tendría que ver aquel techo con mis supuestos excesos, pero aun así, el techo era exquisito. Mientras permaneciéramos en el bar, en cierto sentido también nosotros estábamos bajo la protección del Anticuario General. Una sensación curiosa.

—En el mundo falta belleza —prosiguió—. Por eso son tantos los que recurren al alcohol. Y a todo tipo de drogas y pastillas de la felicidad.

Justo. Ahí estaba la relación. Elegante. Casi demasiado elegante. ¿Sería homosexual? ¿Acaso no era así como hablaban los homosexuales? Meforcé a abandonar aquella idea, porque en lo concerniente a mi aprensión hacia los homosexuales, había sido fuertemente reprendido en el centro de curas de Brøynes. Se acabaron las chorradas, solían decir, de lo contrario no entraba en cuestión lo de la vivienda social en Oslo, ni solo ni con Kjell Bjarne. Todo lo que oliera a ideas forzadas, por no hablar de acciones forzadas, tenía que desaparecer. El psicólogo se permitió incluso sonreír falsamente cuando me preguntó por qué estaba tan obsesionado con eso de los homosexuales. Indirectamente había insinuado que, tras mi sana fachada, se ocultaba una pequeña desviación. Naturalmente yo me había puesto hecho una furia, pero él no se apeó del burro. Corta el rollo.

Nos trajeron las bebidas. Fanta para mí y vino tinto para Alfons Jørgensen. Chasqueó la lengua al probar el primer trago y asintió amablemente al camarero. Un entendido, supuse, un entendido en arquitectura y buenos vinos. Un hombre de mundo.

—Hoy ha estado horrible aquello —dijo, una vez que se hubo ido el camarero—. Peor que de costumbre. No me cabe en la cabeza que la vulgaridad tenga que ocupar el sitio de honor.

Corrí el riesgo y dije que eso debía de ser cosa de los tiempos, a mí me parecía percibir tendencias de disolución en la vida cotidiana. Le hice un resumen de la última película que había visto con Frank y Kjell Bjarne, aquella en la que Anneke von der Lippe había mostrado su blanco trasero durante el acto de apareamiento con

un estúpido poeta. Era lo mismo. Uno de los papeles principales era el de un poeta superficial. Empecé a emocionarme, porque me pareció descubrir un modelo en todo aquello. Los poetas, aquellos que supuestamente debían tomarle el pulso a la sociedad, corregir su curso, por decirlo así, habían huido de sus responsabilidades.

Con aquel comentario acerté, se vería después, porque nos llevó a una entrañable conversación. Las palabras fluían entre nosotros como leche densa y templada. Estábamos completamente de acuerdo en casi todo. Los periódicos eran cada vez más malos y más caros. La radio y la televisión enfocaban cada vez más sobre las noticias de famosos y lo superficial. Retornamos al Café Nordraak y despedizamos a los dos poetas. Alfons Jørgensen con palabras algo más cautas que yo, pero aun así. Era un caballero mayor y seguramente no estaba tan acostumbrado como yo a las propuestas de soluciones radicales. Aunque, en fin, tampoco lo dije completamente en serio cuando defendí que habría que obligarlos a comerse sus propias lenguas.

¿Que qué poetas noruegos apreciaba yo más? No pude responder. Como empezara a soltar mentiras en ese momento, podía verme a diez mil leguas de distancia sin comerlo ni beberlo, por eso se lo dije sin ambages. Que no tenía ni idea de poesía, que era un novato, que por eso me habían decepcionado tan terriblemente Haakon Willum y Cecilie Kornes. Me habían robado la ilusión de algo que fuera bello y limpio, lo habían hundido todo en la mierda.

Bueno, opinaba él, había unos cuantos que eran buenos, también en este país, incluso entre los jóvenes. Mencionó unos nombres que nunca antes había escuchado. Mi propio poema me abrasaba en el bolsillo, pero me contuve. Era imprescindible que mi anonimato fuera absoluto en el proyecto poético que lentamente se iba gestando en mi cerebro.

El tiempo pasó volando. Durante toda mi vida había tenido grandes problemas para comunicarme con personas desconocidas, pero con Alfons Jørgensen era distinto. Tuve la impresión de que sabía perfectamente lo que era la soledad, bueno, él mismo lo decía abiertamente. Era viudo desde hacía más de veinte años.

Eran ya más de las once. Empecé a preocuparme porque Kjell Bjarne empezara a preocuparse. Creo que Alfons Jørgensen interpretó mis rápidas ojeadas al reloj como señal de lo que eran, al menos chasqueó los dedos para que acudiera el camarero. Había sido una noche agradable, pero tocaba a su fin. Pagó también lo mío, como había prometido, y yo se lo agradecí cordialmente. Dijo que había sido un placer para él, que pasaba mucho tiempo solo y estaba ya harto de dirigirse a su propio reflejo en el vaso, como él lo expresó. Estupendamente dicho. Había mucha *tristesse* en aquella frase. Sentí ganas de hacer algo por él, de darle algo, un pequeño obsequio, pero en los bolsillos no llevaba más que algo de calderilla y las llaves del piso. Mi número de teléfono, pensé. ¡Algo es algo!

Le di a Alfons Jørgensen mi número de teléfono.

Era la primera vez en mi vida que invitaba a alguien a entrar en mi esfera privada.

Kjell Bjarne al fin y al cabo me había sido impuesto. Frank había entrado

caminando y se había hecho su sitio.

Me quedé quieto ante el Broker viéndole desaparecer calle abajo en dirección a Hjelmsgate, donde vivía. Una espalda encorvada bajo las estrellas.

Había recorrido un buen trecho hacia una nueva poesía.

De camino a casa compré un perrito caliente. Para los niños.

Cuando llegué, Kjell Bjarne se estaba cepillando los dientes en la cocina. Una mala costumbre que había cogido últimamente, no sé por qué. En más de una ocasión le había reñido por los pegajosos grumos de pasta de dientes que dejaba en el fregadero, pero era un hombre difícil de cambiar. No me entraba en la cabeza que no fuera mucho más natural hacerse cargo del aseo de los dientes en el cuarto de baño, donde de hecho se guardaban los cepillos y la pasta dentífrica.

Pero no era aquel el momento para reproches domésticos. Les tiré la salchicha a los gatos, me despojé del abrigo y me dejé caer en el sofá.

—Se habían cagao fuera del baño —me informó Kjell Bjarne, con la boca llena de espuma.

Le quité importancia, los niños niños son. Incluso los animales tienen derecho a ser niños. Yo era un poeta secreto que se revolcaba entre cuestiones existenciales, ya me había ocupado de suficientes trivialidades en mi vida. Mezquino, había sido, un remilgado. Ya no lo era más. Se acabó. A partir de ahora Kjell Bjarne tendría que orbitar solo en la pequeña burguesía.

Me recosté en el sofá, con la cabeza en el cojín y las manos cruzadas tras la nuca.

—Estás demasiado preocupado por lo escatológico —dije, y en ese momento pensé en los poemas de Haakon Willum—. Cuéntame mejor lo que te ha pasado esta noche.

Se enjuagó y vació el vaso:

—Una mujer sabrosa. Eso seguro —se dirigió al baño arrastrando los tirantes por detrás.

—¿Qué tipo de resumen es ese para toda una noche con una joven? —le grité; me entraron muchas ganas de desafiar su maldita parquedad de palabras—. ¡Vamos, hombre! —Seguí bromeando—. ¡Un informe completo! ¿Qué habéis comido? ¿Qué tipo de vinos tenía que ofrecer? ¿Te ha contado algo sobre su novio?

—¡No tiene novio! —me espetó en respuesta—. Y como ese cabrón aparezca por aquí, ¡te aseguro que va a verse en un aprieto!

Me reí a carcajadas. ¡Aquella era la alegre locura de los solteros! Ya habíamos encontrado el tono para la noche.

—¿Ah, sí? Así que está embarazada, pero no tiene novio. Y como venga por aquí, va a tener que vérselas contigo. ¿No te parece que suena todo un poco tonto?

Regresó al salón. Se había quitado la camiseta interior, era la hora del orangután. Su peludo número de músculos podía entrar en escena. Cerró el puño derecho e hizo

fuerza: —Español de mierda. La dejó embarazada y se largó.

¡Qué indignante! Tuve que forzarme para no reír. Pero es que aquella cantinela ya la había oído antes en diversos y pegajosos contextos. Notaba que el cínico que hay en mí estaba a punto de tomar el poder. El poeta *beat* se estaba haciendo cargo. Aún no me había quitado las gafas, y me arrepentí amargamente de no haberme acordado de pasar por el Seven-Eleven a por unos puros.

Kjell Bjarne se sentó y se dedicó a mirarse con sorpresa los músculos del antebrazo, que se hinchaban o se derrumbaban, todo en función de si los tensaba o los relajaba. Al final los agitó y me miró de reojo: —¿Os habéis puesto de acuerdo sobre los poemas?

—¿De acuerdo sobre los poemas?

—¿No ibais a hablar de poesía?

—Luego. Primero te toca a ti.

La mirada se le puso distante y una gran sonrisa se extendió por su cara. Comprendí que estaba reponiendo toda la velada en su enorme y lento cerebro: —No, no sé...

—¡Vamos, hombre! —le animé; en esto me habían entrenado tanto Gunn como Frank (Hazle mella, no permitas que se dedique a cavilar)—. ¿Qué habéis comido?

—Gallina. Con unas cosas de limón. Y arroz.

—Pollo —le corregí—. Con salsa de limón y acompañado por un delicioso arroz.

—¡Era gallina! —me dijo amenazador.

—Está bien. ¿Y la conversación fluyó ligera como un juego?

—¿A qué te refieres?

—¿Habréis hablado, no? ¿No os habréis pasado todo el rato con la boca llena de gallina? ¿La interrogaste acerca del padre de la criatura, o te contó por propia iniciativa cómo la había engañado?

—Yo no le he preguntado nada. Limpia el Hospital Central. Lo conoció allí, ha dicho.

—Estupendo —dije—. Y tú le has hablado de tu querida familia, si no me equivoco.

No respondió.

—¿Le has contado que odias a tu madre?

—No me acuerdo.

—¿Postre?

—Flan o algo así. Estaba que te cagas.

—¿Lo mejor que has probado en tu vida, quizá?

Me miró con desconfianza y pensé que sería mejor no sobrepasarme. Pero aun así no pude contenerme, había algo que tenía que aclarar. Me lo debía, de hecho.

—¿Recuerdas la primera noche después de que llegaras a la ciudad? —dije—. ¿La noche en la que Frank decía que teníamos que aprender a ponerles palabras a nuestros sentimientos? ¿Que teníamos que contarnos las cosas? —La mirada se le puso huidiza—. ¿Lo recuerdas?

—No me enteré de mucho.

—Sí, hombre, claro que te enteraste. ¡Y ahora quisiera saber qué nombre les pondrías a los sentimientos que tienes hacia Reidun Nordsletten!

En ese momento tuvo que restregarse un poco las sienes con los nudillos. No cabía esperar otra cosa, supongo. Cerró los ojos y se restregó y se restregó.

—Basta ya —dije, cuando no hizo ademán de parar—. Retiro la pregunta.

Paró. Se quedó mirando al vacío: —Ha dicho que... Ha dicho que yo le gustaba.

Silbé elocuentemente: —¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, ¿y tú qué le has dicho?

—Na, creo. No sabía qué decir —me miró desvalido—. ¿Tendría que haber dicho algo?

—No lo sé —dije—. No estoy del todo seguro. Por una vez quizá acertaras al quedarte callado. Quizá sea eso lo que le guste de ti. Que eres exactamente quien eres.

Bonita frase, en realidad. Para mis adentros, no pude sino alabarme a mí mismo. Pero es que Kjell Bjarne se había ganado muy decididamente mi apoyo, no había olvidado en absoluto el gesto que había tenido conmigo esa misma tarde, eso de ofrecerse a cancelar su cita por mí. Aquello me había marcado profundamente. Tomé la decisión de hacer todo lo que estuviera en mi mano por que surgiera una relación entre Kjell Bjarne y Reidun Nordsletten. Sí, realmente pensaba darlo todo, aunque discretamente, eso sí, trabajaría entre bastidores. Ante todo se trataba de infundirle valor. Acelerar a este hombre tan increíblemente lento.

—¿Quizá has acordado una nueva cita? —dije cautamente.

—¿A qué te refieres? Pero si vive ahí arriba —hizo un gesto con la cabeza en dirección al techo.

Me levanté y me quité las gafas: —Tienes que apostar, Kjell Bjarne. No puedes dejar esto a la buena de Dios.

Me miró con cara de incompreensión.

—Ha sido muy amable por su parte el invitarte a cenar —dije—. Pero ahora te toca a ti.

Kjell Bjarne asintió con la cabeza: —Claro que puedo apañarle una comía.

—¡Sácala a cenar! —le dije con arrojo—. Pronto vamos a cobrar la pensión.

—Bueno. ¿Al Larsen, quizá?

—No —dije—. Es demasiado masculino. Demasiado rudo. El Larsen es un sitio para hombretones recios y para echarse pulsos.

—¿Echarse pulsos?

—Olvídalo. ¿Por qué no la invitas al Peppes Pizza? ¡Sí, el Peppes es el sitio adecuado! Hay velas en las mesas. Y eso de comer juntos va a resultar muy íntimo. Por decirlo así, ¡podéis intimar a base de comer!

Empecé a imaginarme cómo sus manos se rozarían casualmente sobre el último

pedazo de jamón con queso fundido. Medio queriendo, medio distraídamente.

—Está bien. ¿Pero nosotros vamos a ir al Larsen el viernes?

—Garantizado —dije—. Y en caso de que nos lo podamos permitir, tal vez podamos redondearlo con un trago en el Broker.

—¿Y eso qué es?

Bueno, un lugar de alterne por el que había empezado a pasarme.

—¿Y había churris en la cosa esa de poesía? —quiso saber.

—Un montón —dije—. Pero tú atente a Reidun Nordsletten. Te puedo asegurar que el ambiente que he empezado a frecuentar no es lo tuyo. En realidad tampoco es lo mío, pero al fin y al cabo yo tengo que estar un poco al día de lo que sucede en el frente poético.

Le hice un breve resumen de la horrenda actuación de los dos poetas.

Negó con la cabeza: —¿Y tú tienes que ir a escuchar cosas así?

—Por desgracia —dije—, tengo que mantenerme informado.

No había pensado hacerlo, pero aun así solté la bomba: —¡Es que he empezado a escribir poemas!

—¡Jolín! ¡A ver!

—No. Aún no. Y no se lo vayas a decir a nadie. ¡Sobre todo no a Frank!

—¿Y de qué van?

Negué con la cabeza: —Es inútil, Kjell Bjarne. Cuando sea el momento, te los recitaré. Pero no antes.

—¿No escribirás sobre mí?

—¿Sobre hombres con pelos en la espalda, quieres decir? No, te lo aseguro. Ese tipo de poesía se la dejo a Haakon Willum.

—¿Al gilipollas de los poemas de culos?

—Relájate —dije—. Ni siquiera sabe que existes.

Se rio para sus adentros.

—¡Antes de que se me olvide! Si llama un tipo preguntando por mí, probablemente sea Alfons Jørgensen.

Me fui apresuradamente para ir al baño y me dispuse a asearme para la noche.

Aquel año la primavera llegó de pronto. Ya a principios de marzo la temperatura ascendió considerablemente; los días empezaron a ser largos y muy soleados, la nieve derretida se escurría de los tejados y en las alcantarillas de la ciudad el agua resonaba alegremente. Nunca había sentido nada especial hacia la primavera, siempre había sido la época oscura del año la que me había quedado más cerca del corazón. Pero noté que también esto estaba cambiando. Puesto que cada vez con más frecuencia, y cada vez más osadamente, iba soltando amarras de todo lo viejo, era capaz de ver el simbolismo inherente a que la ciudad y la naturaleza a mi alrededor se despojaban de las raídas pieles del invierno. Con la poesía avanzaba así así, y tampoco me presionaba en ningún sentido, quedaba agradecido cuando de vez en cuando entraba alguna que otra frase buena. No tenía prisa. Daba largos paseos, a veces solo, a veces con Kjell Bjarne. Los viernes íbamos a cenar al Larsen y, cada vez que íbamos, esperaba encontrarme con Alfons Jørgensen, pero el hombre no aparecía. Otra cosa que me tenía preocupado era la parálisis total de Kjell Bjarne a la hora de actuar respecto a la relación con Reidun Nordsletten. Pasaba las noches siguiendo sus pasos con la cabeza ladeada y una misteriosa sonrisa en la boca, pero cada vez que le insinuaba la posibilidad de tomar la más mínima iniciativa, se encerraba en sí mismo. Mejor dicho: se encerraba en el «taller», como él lo llamaba, donde estaba haciendo unas estanterías que sirvieran de pared divisoria. La situación se estaba cerrando completamente después de su prometedor arranque. Cuando echaba la vista atrás y recordaba el tremendo vigor que demostró el día que encontramos a Reidun tirada en las escaleras, en el fondo le entendía cada vez menos.

Entonces llegó un sábado, a finales del mes. Kjell Bjarne había ido a hacer la compra para el fin de semana y yo estaba relajándome con unos solitarios, mientras escuchaba «La plaza de los críticos» en el canal público NRK de la radio. Resulta que, de vez en cuando, en ese programa hacían trizas los libros hasta que corría la sangre y muchas veces me provocaba unas buenas risas. Me metía en el papel del crítico. Iban a decirse unas palabras sobre el nuevo poemario de Haakon Willum...

En ese momento llamaron a la puerta. Pegué un respingo y se me cayó la baraja de cartas, porque no me acostumbraba a aquello. Los ruidos fuertes y repentinos me aterrorizan. Me hacen pensar en la muerte súbita. El corazón que se para en el pecho. El interruptor de la vida que se desconecta. Y tampoco resulta demasiado agradable pensar en quién puede encontrarse al otro lado de la puerta cerrada.

Aun así me levanté, porque me daba cuenta, claro, de que también aquello, aquello de abrirle desenfadadamente la puerta de uno a Lo Desconocido, formaba parte de Los Nuevos Tiempos. Con mano dura había ido doblegando fobias y aversiones, había entablado amistad con el teléfono y las peligrosas calles, y ahora le tocaba el turno a la Puerta. Al cruzar el recibidor pensé que de hecho no estaría de

más llevar a cabo un mínimo programa de entrenamiento. Iba a pedirles a Frank y a Kjell Bjarne que empezaran a llamar a la puerta sin previo aviso, a cualquier hora del día o de la noche. Tal vez pudiera acostumbrarme también a aquello. Agarré las gafas de sol del estante del espejo, me las coloqué y abrí.

Reidun Nordsletten. Era Reidun Nordsletten. Su cara parecía pálida a través de los oscuros cristales. Casi azulada. Sus pechos se elevaban y hundían bajo la blusa, debía de haber bajado las escaleras a toda prisa.

—¿Tú eres el que es Elling?

Su pequeña nariz de patata se le movía graciosamente al hablar, era como si pegara pequeños brincos, y me entraron unas ganas irrefrenables de agarrarla un poco entre el índice y el pulgar. Tan solo para comprobar la consistencia. La verdad es que tenía la sensación de que debía de ser un poco esponjosa, como el pene.

—Yo soy el que se *llama* Elling —la corregí.

—¿Podría hablar un poquito contigo? ¿Podría pasar un momentito?

¡La cosa se ponía peor! Noté que me empezaban a sudar las manos:

—Kjell Bjarne está en la tienda —dije.

—Ya lo sé —dijo con ardor—. Lo he visto irse.

¡Ay, Dios mío!, pensé. ¡No puede ser verdad! Estoy metido en una película francesa en la que nadie lleva la dirección. Un miserable drama a tres bandas. Se había vinculado a Kjell Bjarne para poder acercarse a mí. De pronto comprendía por qué me había mencionado de pasada cuando invitó a Kjell Bjarne a cenar. Con cautela, naturalmente, era crucial no despertar sospechas. Y como no acudí, como elegí la velada poética y Kjell Bjarne se presentó solo, mi ausencia había incrementado su deseo. Y después: silencio. La parálisis de Kjell Bjarne. Y ella ya no aguantaba más. El ciego instinto la había sacado de su nido y la había obligado a bajar. Las fantasías se estaban apoderando de su pequeña cabeza. Me imaginaba con otras mujeres. Se imaginaba a otras mujeres acurrucándose en el regazo al que ella creía pertenecer. El niño estaba a punto de llegar, necesitaba seguridad, calor y cuidados.

Aun así: no me iba a quedar más remedio que decepcionarla. No es que no pudiera acabar amando a aquella mujer, a pesar de que la primera impresión había sido regular, pero traicionar a Kjell Bjarne, actuar a espaldas de mi buen amigo, ni hablar, de ninguna manera. Aunque acabara pasando toda la vida en un doloroso celibato, mi postura en esta cuestión era inamovible. Bajo ninguna circunstancia me dejaría presionar para entrar en una relación fundada sobre la infidelidad y la traición a Kjell Bjarne. Por un lado estaba el aspecto moral de la cuestión, por el otro el hecho de que Kjell Bjarne me mataría a palos el día en que fuera descubierto el sucio amor entre Reidun Nordsletten y yo. Y no es que no estuviera acostumbrado a manejarme con los secretos más indecorosos. Yo mismo tenía secretos tan feos, secretos tan secretos, que me quitaría la vida en caso de que salieran a la luz. Pero Reidun Nordsletten era mujer, con todas las cualidades innatas que eso implica en relación

con la apertura y la necesidad de hablar. Y además ni siquiera la conocía, apenas me imaginaba quién era.

Así que no, no iba a dejarla entrar en mi hogar. Mejor una confrontación desde el primer momento que tener que aclarar las cosas con ella una vez se sintiera ya a sus anchas. Por otro lado, lo último que quería era provocar un numerito sobre mi propio felpudo, así que rechacé su solicitud con amabilidad y firmeza, al mismo tiempo que me aseguré de concederle una cálida sonrisa de despedida.

—¡Por favor! —dijo, cuando yo iba a cerrar la puerta—. Tengo que hablarte de Kjell Bjarne. Al fin y al cabo tú eres quien mejor le conoce.

¿Y ahora qué? ¿Solo quería hablarme de Kjell Bjarne? Era injusto por mi parte, me daba cuenta, pero tuve la aguda y dolorosa sensación de que me había tomado el pelo. Noté que mi labio inferior empezaba a temblar, cosa que me pasa de vez en cuando en situaciones de tensión. No tenía ganas de hablar con ella de Kjell Bjarne, pero al mismo tiempo no puedo negar que estaba empezando a sentir cierta curiosidad, y de que se me podía considerar un experto en el tema Kjell Bjarne no cabía duda. Podría escribir de corrido una tesina sobre él. ¿Pero qué tipo de información sobre aquel hombre algo duro de mollera podía resultar interesante para una joven embarazada? Fueron las perspectivas de obtener una respuesta a esta pregunta las que, finalmente, me llevaron a dejarla pasar. Desde luego no me sentía en absoluto seguro con la situación, de hecho me mareaba cada vez que pensaba en lo que podría suceder si Kjell Bjarne volvía a casa y malinterpretaba la situación, pero no vi otra salida.

Se paró bruscamente en medio del salón y miró a su alrededor, como si le asombrara la masculina austeridad de la habitación. Las paredes blancas y desnudas. Las plantas muertas. Pensé que su piso debía de tener más o menos este aspecto antes de que se mudara con toda su colección de abalorios, con su ejército de búhos y naves vikingas de estaño.

En ese momento descubrió a los gatitos acurrucados en un rincón del sofá e inmediatamente cayó de rodillas, como es natural.

—¡Ay, Dios mío! —dijo con voz de niña—. ¡Qué monada! ¿Cómo se llaman?

—*Pimentón* —dije—. Y *Elmer*.

En fin, bauticé a mi gato en ese mismo instante, sin pensármelo dos veces. Durante un segundo había vislumbrado la cabeza redonda de mi personaje favorito de dibujos animados, el constantemente martirizado Elmer Gruñón. Solía solidarizarme con él en su eterna lucha contra todos los Pato Lucas y los descarados conejos del mundo. Ya de niño había comprendido intuitivamente que la huerta de Elmer, castigada por los desvergonzados saqueos perpetrados por Bugs Bunny, había de ser considerada como un símbolo de la esfera privada y la identidad del hombre. Había comprendido que Elmer Gruñón luchaba en realidad por su vida, y no por algún que otro manojito de zanahorias. Conocía perfectamente esa lucha por el patio del colegio.

Obligué a aquellas viejas y desagradables imágenes a desaparecer. No tiene

sentido regodearse en el pasado cuando el presente te requiere como anfitrión. La invité a sentarse, junto a *Pimentón* y *Elmer* si quería, y le pregunté si tal vez le apetecía un vaso de leche.

¿Leche?

Sí, leche. Leche fresca, noruega. Le hice entrever que tenía conocimiento de su estado y añadí que se estaba desarrollando un nuevo esqueleto. ¿Acaso no le vendría bien un poco de calcio?

—¿Te lo ha contado Kjell Bjarne? ¿Que estoy embarazada?

Afortunadamente no parecía enojada, simplemente tenía curiosidad al modo femenino.

—Me lo insinuó —dije—. Ha sido extremadamente discreto. No dijo una sola palabra sobre el cabrón del español.

—Pues sí, gracias —dijo—. La verdad es que tengo un poco de sed.

Salí a la cocina y serví un gran vaso:

—Espero que entiendas que no puedo proporcionarte sin más toda la información que tengo sobre Kjell Bjarne —le grité.

—¿Y por qué no?

Le di el vaso y ella le pegó un buen trago.

—Porque la amistad entre dos hombres requiere silencio sobre ciertos asuntos —la instruí.

De esto no entendió ni palabra, se lo vi en la cara, cada vez estaba más convencido de que estos dos encajaban. Como mano al guante, por decirlo así.

—Es que me parece que es muy raro —dijo, y se rio por lo bajo.

—En realidad yo utilizaría más bien la palabra inglesa *rare* —dije brillantemente—. Poco común.

Me miró con ingenuidad, le había salido un encantador bigotito de leche: —Eso que has dicho es muy bonito, me parece a mí. Sí que lo es, es poco común. A mí lo que me parece es que es muy mono. ¿Y cómo os conocisteis vosotros?

Me apoyé sobre el marco de la puerta. No quería sentarme, ni siquiera en el sillón al otro lado de la mesa, me pareció que la situación se tornaría demasiado íntima. Ese tipo de cosas podía lanzar señales erróneas:

—Los dos estuvimos sometidos a mucha presión —dije—. Durante un periodo, el trabajo simple y llanamente nos superó. Cada uno por su lado aceptamos la invitación a recrearnos en un entorno campestre. Una especie de hotel de alta montaña, por decirlo así.

—Suenan muy emocionante —dijo—. Lo que es yo, no me puedo permitir alojarme en un hotel.

—Se hace aburrido al poco tiempo —le aseguré—. Al cabo de medio año tienes el bufet más que explorado y empiezas a echar de menos tu propia nevera, y tu propia cama.

—¿Y qué fue lo que te... agotó?

—En aquella época estaba consagrado a un agotador proyecto de archivo —le dije, cosa que era verdad.

Aún recordaba las pilas de periódicos, el olor a pegamento, las tijeras sobre la mesa, las diecinueve carpetas con recortes de Gro Harlem Brundtland, la presidenta del Gobierno. Otros tiempos. Otra vida.

—¿Y Kjell Bjarne?

Negué con la cabeza, le expliqué que tendría que preguntárselo a él:

—Cuando nos conocimos, los dos estábamos decididos a apostar por un nuevo futuro —continué—. No le damos mucha importancia a lo que fue. Hemos dejado atrás un año muy duro, pero ya parece que los campos se están animando.

—¿Los campos?

—Sí, como en la canción.

—Ah.

Me gustaba. No había inventado ni la pólvora ni ninguna otra cosa, pero desde luego tampoco te hacía creer lo contrario. Las condiciones eran sencillas y sobraba espacio entre las buenas ocurrencias. Al barbero de Sevilla le habría resultado extremadamente sencillo el juego.

—No sé —dijo—. Pero es que es tan callado. No dice nada.

—Tiene una naturaleza reflexiva —le dije con generosidad.

No vi razón para profundizar en las reflexiones de Kjell Bjarne. Si le hubiera dicho las cosas tal y como eran, esto es, que Kjell Bjarne reflexionaba mayormente sobre cómo meterse en la cama con alguna mujer dispuesta, además de cómo exterminar a su propia familia sin acabar en la cárcel, tenía miedo de espantarla. Además se habría hecho una imagen parcial del hombre, al fin y al cabo Kjell Bjarne era un tipo de tremendas cualidades.

Inspiró profundamente y se lanzó: —¿Crees que yo le gusto?

—No —le dije con indiferencia. Me acerqué a la ventana y disfruté de su aturdimiento, dejé que pasaran unos segundos antes de darme la vuelta y señalarla con un vibrante dedo índice—. *¡Creo que Kjell Bjarne te ama, Reidun Nordsletten!*

Se puso como un tomate, casi morada, diría yo. Movía las manos por los cálidos pelajes de los gatos y tragaba saliva una y otra vez.

Ahora tenía yo el control. Y lo disfrutaba, lo admito sin más. Al mismo tiempo aquel sonrojo suyo me resultaba increíblemente atractivo. Hasta ahora me había considerado a mí mismo, en este ámbito de cosas, casi como el último mohicano. Un representante de una raza humana en extinción. Los vestigios de un tiempo en que la timidez y la decencia no eran consideradas negativas.

—¿Te ha dicho algo? —Se miraba fijamente los pies.

—Digámoslo así —dije—. Se pasa las noches escuchando tus pasos —y en mi cabeza añadí: con una sonrisa cursilona en la boca.

—¿Pero no dice nada?

—No. No dice nada —le expliqué lo profundas que eran las aguas calmas, pero

no tuve la impresión de que entendiera nada de aquella metáfora, y quizá fuera mejor así, puesto que las aguas poco profundas también podían ser tranquilas—. Es muy torpe —le dije, para simplificar un poco—. Es muy torpe y muy bueno —me pareció que tenía suficientes pruebas como para decir algo así.

De pronto me sentía muy seguro, muy seguro de mí mismo. Me encontraba ante una persona que era más insegura que yo, no había creído que eso fuera posible. ¿Cómo podía haberse producido la fecundación? ¿Acaso estábamos hablando de una verdadera violación? Era una idea dolorosa. Me imaginaba a aquel asqueroso español atiborrándola de licores y acercándose a ella, antes de agarrarla brutalmente por el cuello y de sacar su hinchado miembro. Asqueroso, era. Repugnante. Esperaba que apareciera una noche por las escaleras, para que Kjell Bjarne tuviera oportunidad de hacerle la cara puré sobre el sucio suelo de linóleo. No es que me gustara demasiado la violencia, pero si se montaba ese *show*, procuraría contribuir con gritos de aliento.

—No sé qué hacer —dijo, me miró con ojos suplicantes—. ¿Crees que debería hacer algo?

—Creo que deberías confiar en mí —dije—. Deja que piense sobre el asunto.

¿Pero qué era lo que estaba diciendo? Dios santo, ¿en qué me estaba metiendo? Quiero decir, una cosa es cruzar los límites y otra muy distinta es volar tu propia vida por los aires. Me estaba arriesgando. Me estaba metiendo en la parte más íntima de la vida sentimental de dos personas, en un campo de minas de ternura y deseo. Nunca en mi vida le había pedido a nadie que confiara en mí.

—Ya encontraré una solución —seguí predicando, y ahora era como si algo o alguien hablara por mi boca, mi propia voz me sonaba completamente desconocida, era como si las palabras arrastraran consigo un eco metálico.

—Gracias —dijo—. Es muy amable por tu parte. Sabía que eras un buen tipo. Te lo he visto enseñada.

Bueno, tampoco es que fuera la primera en sacar esa conclusión. También mi madre había insinuado que irradiaba cierta armonía y bondad, sobre todo después de observarme dormido. Estaba convencida de que la esencia más íntima de la gente se mostraba en la máscara que generaba el sueño. ¿Y por qué no? Aunque lo cierto era que mis buenas intenciones también estaban empezando a abrirse paso estando yo despierto, por el día. Porque mis intenciones eran buenas, casi nobles. Sin egoísmos, me ponía al servicio del amor, no tenía nada que cosechar personalmente, más bien al contrario. Si tenía éxito en mi alcahuetería, corría incluso el riesgo de perder a mi mejor amigo, de que decidiera pasar más tiempo con Reidun y bajara el rango de nuestra íntima amistad. Mi falta de egoísmo podría simple y llanamente conducirme a una nueva soledad. Al fin y al cabo Alfons Jørgensen no había llamado, así que tampoco tenía ninguna carta en la manga. Y en lo que se refiere a Frank, el Ayuntamiento de Oslo le pagaba para que se implicara en mi vida. Había aprendido a aceptar aquella relación, pero nunca podría tratarse de una auténtica amistad.

—Creo que lo mejor sería que te fueras ya —dije—. Kjell Bjarne va a volver en

cualquier momento, y puede entender mal la situación.

—Ay, qué mono —dijo—. ¿Es que es celoso?

—Al menos no hay que desafiárselo demasiado en ese plano —opiné yo.

Dejó el vaso de leche vacío y se levantó: —¿Quizá podríamos hacer algo juntos? ¿Los tres?

—Sí, quizá —dije, estaba empezando a inquietarme, la agradable seguridad me estaba abandonando, esperaba el ruido de las llaves de Kjell Bjarne en cualquier momento—. Como he dicho: Pensaré sobre el asunto.

Me dio las gracias, ¡y un beso en la mejilla! ¡Dos carnosos labios presionaron mis barbas!

Con una bruma ante los ojos la vi salir al recibidor. El sonido de la puerta al abrirse y cerrarse.

Pasados apenas un minuto o dos, Kjell Bjarne estaba de vuelta. Por alguna razón u otra me sentía culpable, como si Reidun Nordsletten y yo hubiéramos enlazado nuestros cuerpos desnudos. Me acomodé en el sofá junto con los dos gatos dormidos y me puse a jugar con el vaso de leche vacío, no había tenido tiempo de recogerlo. Hacía poco que los ligeros dedos de una mujer embarazada habían acariciado su suave superficie. Ahora me tocaba a mí.

—Tenían la carne picada de oferta —dijo Kjell Bjarne—. Así que este fin de semana nos tocan albóndigas. He comprado dos kilos.

Se dirigió a la cocina con sus bolsas de plástico, arrastrando los pies y aún con el abrigo y las botas puestas. Yo solía reñirle por andar con botas dentro de casa, pero en ese momento callé. En cambio, lo elogí por su iniciativa en la sección de productos congelados del REMA 1000. Dos kilos de carne picada, debían de salir al menos cuatrocientas albóndigas, si se preparaban al modo habitual.

—¿Quizá hayas comprado también una patata o dos? —pregunté.

Estaba llenando la nevera: —Puré de patata marca Toro, y compota de ciruelas claudias de postre, para lubricar el sistema. Últimamente he tenido problemas pa cagar.

Exacto. Estaba cada vez más seguro de que su silencio ante Reidun Nordsletten había servido a la causa. Un informe sobre el estado de su aparato digestivo seguramente no hubiera contribuido a generar confianza en la incipiente relación entre un hombre y una mujer. Y el que me lo hubiera contado a mí, y no a ella, era total y absolutamente casual, eso estaba claro. No decía gran cosa, es cierto, pero lo que decía, se lo decía a cualquiera.

—Bueno, bueno —dije—. Estaba aquí sentado relajándome con un vaso de leche.

Me pareció que debía decir algo, explicar por qué estaba jugueteando con el vaso vacío. No me respondió, estaba de pie, leyendo miope el texto del paquete de puré en sobre.

—Ya me encargo yo de eso —dije con generosidad—. Si tú te encargas de las

albóndigas, yo preparo el puré de patata —había intentado explicarle cien veces la diferencia entre litro y decilitro, pero sin éxito alguno.

—Está bien —arrojó el paquete a un lado y puso la carne picada a descongelar en una cacerola con agua caliente.

—Me temo que te di un mal consejo —dije—. En relación con Reidun Nordsletten.

—¿Qué consejo?

—Tú propusiste llevarla al Larsen y a mí el ambiente me pareció demasiado masculino. Pero la verdad es que ya no estoy tan seguro.

Estaba inmóvil, mirando la pared y con los brazos colgando a ambos lados del tronco. El agua se escurría de sus manos directamente sobre el suelo: —¿Quieres decir que deberíamos llevarla al Larsen de todos modos?

—No está claro que sea tan mala idea —dije.

—¿Y tú te vendrías?

—Por supuesto. Solo si tú quieres, claro.

Cerró los ojos y se puso a hiperventilar.

—Cálmate —dije—. Si lo prefieres, me puedo ir a escuchar lírica de culos.

—He estado pensando y pensando —dijo, aún sin abrir los ojos—. Pero es que no sé de qué hablar con ella. Esa es la cuestión.

Lanzó el puño derecho al armario haciendo que resonaran los vasos y los cubiertos.

—Ya lo he entendido —dije.

Media hora más tarde sonó el teléfono. Yo estaba ordenando el cajón de la ropa interior de la cómoda, así que fue Kjell Bjarne quien lo cogió. Le escuché prodigarse con monosílabos, antes de dejar el auricular.

—¡Es para ti!

—¿Frank? —le susurré.

Negó con la cabeza y volvió a entrar a la cocina: —Un tipo. Alf no sé qué.

¡Era Alfons Jørgensen! Y en cuanto escuché su voz por el teléfono comprendí que le pasaba algo. Respiraba con dificultad y daba la impresión de que estaba muy lejos. Quería saber si me interrumpía, si en esos momentos estaba muy ocupado. En realidad lo estaba, estaba ordenando mi cajón, pero algo me contuvo. Mentí y le dije que me estaba muriendo de aburrimiento.

Siguió una larga pausa de esas que recordaba tan bien de los viejos tiempos y luego dijo: —Bueno, era por si me podías ayudar un poco. No tengo ni idea de qué hacer. Al parecer me he caído. No me preguntes cómo ha pasado, porque no recuerdo nada. Me siento como si me hubieran dado una paliza. Estoy aquí sentado en el suelo y no consigo levantarme.

—¡Quédate donde estás! —dije—. ¡Ya estoy en camino!

—Bueno, solo que... La puerta está cerrada, claro. Quizá pueda arrastrarme... Para poder darte la llave a través de la ranura para el correo.

—¿Te has roto algo?

—No estoy del todo seguro. Casi tengo la impresión de que sí. Tengo el tobillo derecho azul, casi negro. No quisiera ser una molestia, pero...

Lo interrumpí. Le expliqué para qué estaban los amigos y colgué el teléfono.

Dos minutos más tarde Kjell Bjarne y yo estábamos en camino. El Nuevo Equipo de Urgencias del barrio. Mujeres embarazadas. Ancianos. Llamen día y noche, acudimos inmediatamente.

—¿Y quién es el tipo ese? —preguntó Kjell Bjarne mientras se abotonaba la parka.

—Alguien a quien conozco —dije—. De vez en cuando nos tomamos un trago juntos.

En las escaleras había un olor amargo a col cocida y meada de gato. Y por añadidura estaba oscuro, me alegré de que Kjell Bjarne se hubiera ofrecido a acompañarme. Teníamos una situación que solucionar, en el peor de los casos tendríamos que llamar tanto a la policía como a la ambulancia y, por ahora, no estaba preparado para manejar solo ese tipo de cosas.

Encontramos su nombre sobre una de las puertas de la segunda planta. Curioso. Una especie de paralelo invertido de la situación que habíamos vivido hacía apenas unos días. Esta vez el paciente estaba encerrado y desvalido en su propio piso.

Me puse en cuclillas y abrí la ranura del correo con el dedo índice.

—¿Jørgensen?

Utilicé su apellido por respeto a la dificultad de la situación y porque de hecho tampoco sabía lo que prefería él. En todo caso me resultaba antinatural llamarle Alfons, por mucho que él me hubiera llamado Elling.

Oía su respiración en la oscuridad. Se arrastraba por el suelo.

—Sí, ya estoy aquí, Elling. ¡Habrás visto semejante estupidez! Espera un momento, que te voy a dar la llave.

Un segundo después había una brillante Trio-Wing sobre el felpudo. La cogí y abrí la puerta.

Alfons Jørgensen estaba sentado en el suelo del recibidor. A sus espaldas había un largo y oscuro pasillo. Kjell Bjarne encendió la luz e inmediatamente la desazón se hizo menos acuciante.

—Tienes que ir al médico —dije cuando me sobrepuse.

—¡Eso! —dijo Kjell Bjarne.

—Sí, creo que voy a tener que ir —dijo Alfons Jørgensen—. Pero antes de nada, la verdad es que tengo que ir al servicio.

—Yo te ayudo —dijo Kjell Bjarne—. Tú dime dónde está el baño.

Y en un periquete, había cogido a Alfons Jørgensen en sus fuertes brazos, con mucho cuidado, como si el viejo fuera un niño enfermo. Se lo llevó pasillo abajo y entraron en la habitación que señaló Jørgensen. Y pensé: Ya está cargando otra vez. Kjell Bjarne carga. Cargó conmigo en su momento, después de un desagradable derrumbamiento en el que conseguí incluso destrozar un traje nuevo. Hacía pocos días había cargado con Reidun Nordsletten con movimientos rutinarios y naturales, que me hicieron comprender que así era como había cargado con su odiada madre. Y ahora cargaba con Alfons Jørgensen. Así eran las cosas. Kjell Bjarne cargaba con la gente a la que conocía. Extraño.

Entonces vi todos los libros. Había libros por todas partes. A ambos lados del pasillo las estanterías iban del suelo hasta el techo, y en ningún sitio había espacio suficiente entre los lomos de los libros como para meter un solo dedo. Los estantes estaban, simple y llanamente, repletos. Nunca había visto tantos libros reunidos en ningún sitio, aparte de en la biblioteca. Bajé por el estrecho pasillo dejando correr la mano por los empaldecidos y desgastados lomos de los libros. A través de una fina capa de polvo, entreveía títulos y nombres de escritores de los que nunca había oído hablar. Me encontraba en otro mundo. Me encontraba en el mundo de Alfons Jørgensen. Llegué al umbral del salón: una habitación grande y oscura con las cortinas echadas. También allí los libros iban desde el suelo hasta el techo. Había miles de ellos. Una vieja escalera de madera permitía acceder a los estantes superiores, vi que tenía dos ganchos en la punta para engancharse al borde del estante. Alfons Jørgensen vivía en una biblioteca. Mi propio sueño de tener un rincón de lectura empaldecía en comparación con aquello. Deambulé asombrado por la gran estancia en penumbra.

Llegó Kjell Bjarne. Lo escuché detrás de mí.

—¡Jolín! ¡Me cago en la puta! —Se quedó mirando los estantes repletos.

—¿Cómo le va? —dije.

—Está en el váter —dijo Kjell Bjarne.

—Vamos a tener que llevarle a urgencias —dije.

La mera idea hacía que me estremeciera, porque este era un reto que superaba con creces mis experiencias previas.

—Cuando haya acabado en el váter, cogemos y lo sentamos en la silla —dijo Kjell Bjarne—. Y ya que llame él mismo.

¡Alivio! Al fin y al cabo tenía dos brazos sanos y una cabeza que funcionaba perfectamente. No había pensado en eso. ¿Pero por qué no había llamado directamente a urgencias en vez de marcar mi número de teléfono? Amistad, pensé. A Alfons le había resultado simple y llanamente más natural llamar primero a su buen amigo Elling. Para consultar el problema con él. La idea me reconfortó. Contaban con uno.

En Urgencias se negaron a mandar una ambulancia mientras no hubiera riesgo de muerte y Alfons Jørgensen tuviera a alguien para ayudarlo. Al final cogimos los tres un taxi. El taxista estaba completamente de acuerdo conmigo en que el sistema del estado del bienestar se estaba derrumbando. ¿Cuántas coronas habría metido Jørgensen en las arcas comunes a lo largo de su vida? Bastantes, suponía yo. «Coge un taxi», me habían dicho desde la otra punta del teléfono. Kjell Bjarne había bajado al viejo por las escaleras y lo había tenido en brazos hasta que llegó el taxi. Una vez en Urgencias propiné una violenta reprimenda a varios miembros del personal. Soy un hombre discreto, pero la injusticia me saca de mis casillas. Incluso amenacé con acudir al diario *VG*, aunque en ese momento Alfons Jørgensen me pidió que me moderara. Me dio la impresión de que aquel periódico no le merecía muy buena opinión.

Pero hay que ser justos: en medio de tantas miserias, y de mi justificado enfado, el destino nos sonrió. La pierna no estaba rota. Se trataba de un esguince serio, tan serio que el pie derecho de Alfons Jørgensen recordaba ante todo a una pelota morada. Le pusieron una venda y le prestaron unas muletas para que pudiera llegar solo al servicio, y luego nos enviaron de vuelta a la desnuda realidad. La sala de espera estaba llena de las consecuencias de la violencia cotidiana. Una mujer lloraba con la cara entre las manos, la sangre goteaba sobre el suelo. Un chico joven hiperventilaba mientras el color de su cara alternaba entre rojo y gris ceniza. Me estremecí. Miré hacia otro lado. Me alegré de haberme librado de mi vieja costumbre de meterme con la imaginación en la vida de otras personas. En los viejos tiempos me hubiera imaginado a aquella mujer volviendo a casa con su marido tras una larga noche de infidelidad, para enfrentarse a un par de puños apretados. Me hubiera martirizado a mí mismo con la apoplejía del chico. Habría pensado que se iba a quedar paralítico de un lado y que perdería la mayor parte de su capacidad de habla, de modo que todo el mundo pensaría que era retrasado. Me habría quedado en casa babeando y farfullando durante mucho tiempo.

Una vez en casa de Alfons Jørgensen conseguimos acomodarlo en un sillón, con el pie dañado sobre un taburete. Corrí las cortinas y la luz de primavera entró a raudales descubriendo un par de toneladas de polvo que había por todas partes, como un fino polvo grisáceo.

Pero Kjell Bjarne no veía esas cosas:

—La voy a palmar —dijo—. Como no coma algo pronto, la palmo.

—Llevas razón —dijo Alfons Jørgensen—. No he comido nada desde ayer, y aquí no hay ni un mendrugo.

—Me voy a casa a por la carne picada —dijo Kjell Bjarne—. Y hacemos la comía aquí. A la vuelta puedo hacer la compra.

Buena idea. Jørgensen le dio doscientas coronas a Kjell Bjarne y este salió

pitando. Cuando bajó corriendo las escaleras sonó como si se derrumbara un techo.

—Qué energías —dijo Jørgensen—. Es brutal.

Yo asentí: —¿De dónde narices has sacado tantos libros?

Se recostó en la silla y estudió las paredes a su alrededor, como si acabara de reparar en las estanterías repletas: —Llegaron volando. ¡Sírrete libremente! Te presto lo que quieras. Y tampoco estoy muy pendiente de la devolución. Me voy a morir pronto. Me he propuesto releer todo lo de Hamsun, y doy por finalizada toda la mierda.

Le hablé de mi rinconcillo de lectura, donde tenía planes de realizar un viejo sueño. Mi propia biblioteca. Con sillón orejero y lámpara de mesa. Hasta le enseñé un viejo recorte de periódico que llevaba en el monedero. Chimenea falsa. Trescientas sesenta y nueve coronas. Carbón incandescente eléctrico de robusto plástico. Una solución de emergencia, naturalmente, pero aun así. Me parecía claro que el bienestar debía de incrementarse un par de grados. ¿Qué pensaba él?

Sacudió la cabeza: —Es una pena que no puedas instalar una chimenea de verdad, porque aquí hay leña más que suficiente. Pero como ya he dicho: Sírrete.

No sabía qué decir. Estaba completamente abrumado, y no del todo asombrado, por el tono poco respetuoso que utilizaba hacia la literatura. Nos quedamos sentados en silencio hasta que Kjell Bjarne llegó con las bolsas repletas y se puso manos a la obra en la cocina. Al poco rato empezó a oler agradablemente a cebolla frita y albóndigas, y yo me encargué de mi parte del trabajo, mi especialidad, por decirlo así, puré de patata de sobre con una pizca de nuez moscada. Importante lo de la pizca. ¡Las íes precisan sus puntos!

Comimos. Kjell Bjarne había hecho una montaña entera de albóndigas y los tres comimos hasta reventar. De pronto Alfons estaba inaccesible, su actitud era casi de rechazo, cosa que me puso nervioso y me hizo sacar una alocada historia de Brøynes tras otra. Y de hecho no le quedó más remedio que maravillarse cuando conté lo de aquella vez que Kjell Bjarne se dejó tentar para encargarse un «paquete sorpresa» por correo. Cuatrocientas coronas le había costado. Dos paletas para tartas de plástico y una calculadora de bolsillo de las que te compras por diecinueve cincuenta. Además de algunos otros trastos, que ni siquiera entendimos qué eran. ¡Puedo asegurar que la empresa mantuvo su palabra! Kjell Bjarne estaba tan «sorprendido» que estuvo a punto de destrozar todo Brøynes.

—¡No soporto a la gente que miente! —dijo—. ¡Cojo y pego!

Se metió una albóndiga entera en la boca, era la séptima.

—En fin. En realidad nadie te había prometido nada —dije.

—En la revista salía la foto de una caña de pescar, un transistor de radio y CD —objetó él, con la boca llena de comida—. Y un abrelatas eléctrico.

—¿Y para qué querías un abrelatas eléctrico en Brøynes? —le dije en broma—. Si nos servían comida todos los días. No vi ni una lata de conserva en todo el año que pasé allí.

—Quería ver cómo es una cosa de esas por dentro —nos explicó, y engulló otra carga de puré de patatas.

—Es bastante manitas —le expliqué a Alfons Jørgensen—. *Muy* manitas, en realidad. Cuando ves esas dos manazas, no parecería que se pudieran usar para mucho más que para matar a la gente a palos.

Kjell Bjarne se rio calladamente y miró a Alfons Jørgensen con confianza.

—Allá arriba desmontó las piezas del reloj de pared de la sala de estar —continuó—. No quedó más que una pila de piezas de cobre esparcidas por el suelo, pero, lo creas o no, consiguió volverlas a montar.

—Dios santo —dijo Jørgensen—. ¿Y conseguiste que funcionara?

—No —dijo Kjell Bjarne—. Pero tampoco funcionaba antes de que lo desmontara.

—¿Y los motores de coches? —dijo Jørgensen—. ¿Qué tal se te dan?

—¿Qué tipo de motor de coche?

—No, no me preguntes. Pero es de ocho cilindros. Un viejo Buick. Modelo del 52.

Kjell Bjarne se estaba levantando de la silla: —¿Dónde lo tienes?

—Siéntate —dijo Jørgensen—. Está en el garaje, en el patio trasero. Pero allí no hay luz. Vuelve un día de estos y te doy la llave. Hace años que no uso el coche, pero si consigues ponerlo en marcha, tendría su gracia hacer una excursión ahora que viene la primavera. ¿O qué os parece, chicos?

Kjell Bjarne no respondió. Estaba ahí sentado con la sonrisa más grande que había visto en toda mi vida.

Y yo también sonreí y callé, porque me lo estaba imaginando todo. No sabía nada de coches, pero incluso yo entendía lo suficiente como para saber que un Buick de 1952 tenía que ser todo un tesoro. Yo quería ir delante, quería bajar la ventanilla y contemplar el cambiante paisaje a través de las gafas de sol de Kjell Bjarne. ¡Quería ser el pequeño poeta *beat*, en camino hacia nuevas aventuras, junto con los locos de mis amigos! Veía con toda claridad cómo cerrábamos las puertas de un portazo y nos adentrábamos en bares de carretera y gasolineras. El anciano y ligeramente desilusionado sabedor de literatura. El joven poeta. Y Kjell Bjarne, como representante de la fuerza bruta de la naturaleza.

—Ese carro voy a conseguir yo que se mueva —dijo, y se levantó para ir a buscar la crema de ciruelas—. ¡Aunque tenga que reconstruirlo desde el principio!

Kjell Bjarne llegó a Oslo a mediados de enero, una noche de lluvia y aguanieve, con un gélido viento que entraba del fiordo. Había cogido el tren en Brøynes él solo y, sobre las ocho y media de la noche, Frank se presentó en la estación central de Oslo para recibirlo. Con anterioridad a este acontecimiento se había librado una larga batalla. Durante más de medio año luchamos para convencer a diversos mandatarios de que nosotros dos íbamos juntos, de que lo único lógico era que compartiéramos una vivienda social, en vez de vivir cada uno por su cuenta. Gunn nos apoyó y eso nos alentó cada vez que las cosas se ponían negras. El caso dio tantas vueltas por la burocracia, que casi me mareo al recordarlo. Y tampoco es que entendiera gran cosa de lo que sucedía a mi alrededor, era como luchar contra un monstruo invisible. Pero Kjell Bjarne y yo nos habíamos encontrado de un modo natural, nos habíamos acostumbrado a apreciar nuestras conversaciones nocturnas y en cierto sentido llevábamos juntos la carga, una carga que de hecho abarcaba algo tan valioso como nuestras vidas. Tras dejar sentado que no había la más mínima traza de homosexualidad en la relación, aposté a lo grande. De hecho éramos tan heterosexuales que era como para volverse locos. Lo que es yo, estaba profundamente enamorado de Gunn, pero para mi gran dolor estaba casada y se negaba a separarse de su marido. Y no es que no tuviera ganas, pero no se atrevió a pegar el salto hacia mi regazo. Kjell Bjarne perseguía a cualquier mujer, le bastaba que tuviera las aberturas habituales en su cuerpo, además de dos protuberancias que con un poco de buena voluntad pudieran tildarse de pechos. Le conté más mentiras que un trilerero sobre mis historias de mujeres. Le había dibujado una imagen de mí mismo que era una mezcla de marinero hiperviril con bandido motero desesperado. En realidad no había ido siquiera de paquete en una Vespa y mi entrepierna estaba tan intocada por mano de mujer como sea posible. A la mar no me había echado nunca, aparte de un par de viajes de compras a Dinamarca, a los que me apuntaba encantado. Pero aun así: noche tras noche me prodigaba en historias sobre mujeres que me perseguían por doquier, un montón de materia jadeante a la que, casi por cortesía, me veía obligado a atender con cierta frecuencia. Y Kjell Bjarne me escuchaba con la boca abierta y ojos desorbitados, y creía cada palabra que le decía. Con el tiempo, aquellas trolas nocturnas se convirtieron casi en una obsesión para mí, y tampoco veía nada malo en aquel juego. Kjell Bjarne, que no solo era tan virgen como lo era yo, sino que además no tenía la más mínima imaginación, realmente me suplicaba que le diera detalles y me explayara en todos los colores. De hecho creo que le hacía feliz cuando me lo llevaba a un burdel de Nueva Orleans donde las negras quedaban tan impresionadas por mis habilidades acrobáticas que olvidaban cobrarme. El relato sobre una sesión de sexo oral sobre una gran motocicleta, que atravesaba el centro de Drammen a ciento cincuenta kilómetros por hora, se lo contaba constantemente en

diferentes versiones.

Pero luego resultó que Kjell Bjarne se chivó. No fue con mala intención, de eso estoy completamente seguro, pero en todo caso acabó mencionándole a Gunn aquellos supuestos sucesos. Y entonces sí que se enfadó, de hecho se puso furiosa. Sostenía que podía vincular aquellas «sucias fantasías» con ciertos «desmanes mentales» que le había llevado meses quitarme. Una exageración, naturalmente, pero en fin. Me dije a mí mismo que así eran las mujeres. Exageraban. Los desmanes mentales de los que hablaba no tenían más motivación que el sano interés por las personas que me rodeaban. Me interesaba quiénes eran, de dónde venían y adónde iban en sus cortas vidas terrenales. Pero sobre esto callaba. Mi estancia en Brøynes me había enseñado a callar y, en todo caso, no tenía ningún sentido discutir con Gunn cuando se ponía así. Los hombres y las mujeres tienen conceptos diferentes de cosas como la lógica o el sano entendimiento común. Al menos esa es la experiencia que he tenido yo.

—Estas tonterías se van a acabar inmediatamente —me dijo—. Y no entra en cuestión que vosotros dos os mudéis a un piso juntos hasta que le pidas disculpas a Kjell Bjarne y le cuentes que te has inventado todas esas guarradas.

¡Puedo asegurar que aquello me dolió!

Me negué. Me tiré al suelo y me negué. ¡Nunca en la vida!

Pero por una vez ella no entró en razón. Era aquella una cuestión con la que estaba muy comprometida. Se dirigió inmediatamente a la sala de estar, donde Kjell Bjarne se había acomodado frente al aparato de televisión, y lo trajo a rastras al despacho.

—¡Siéntate, Kjell Bjarne! —dijo—. Elling tiene algo que contarte.

Oí cómo se sentaba en algún lugar a mis espaldas. Yo seguía tumbado sin moverme, mirando los pies de Gunn, unos preciosos piecitos, introducidos en dos sandalias blancas.

—¡Venga! —dijo, estampando un pie contra el suelo—. Levántate y empieza.

Por descontado que no tenía la menor intención de levantarme, quería quedarme tumbado el resto de mi vida, tal vez, reptar un poco por los rincones, pero no levantarme.

—¿Qué es lo que te pasa? —dijo Kjell Bjarne—. ¿Te duele la barriga?

—Le duele la conciencia —dijo Gunn—. Porque resulta que te ha mentado.

—¿Mentó? ¿A qué te refieres?

—Todo eso que me has contado hoy después de la reunión matutina —dijo Gunn, implacable.

Se hizo el silencio durante un momento. Luego Kjell Bjarne carraspeó y dijo: —¿Es que al final no has sido marinero, Elling?

—No mucho —dije.

—Nada en absoluto —dijo Gunn—. Y tampoco ha sido nunca miembro de los Bandidos.

Un incómodo silencio se posó sobre la habitación. No tenía la menor idea de cómo iba a reaccionar Kjell Bjarne ante aquellas confesiones.

—¿Y las churris? —dijo finalmente, con la voz oxidada.

—¡Me las inventé porque necesitaba un amigo! —grité.

—Qué chorrada —dijo Gunn—. Te las inventaste porque eres un auténtico cerdo. Ahora le vas a pedir perdón a Kjell Bjarne y vamos a correr un tupido velo sobre este asunto.

—Lo siento —susurré.

—No pasa na —dijo Kjell Bjarne.

Cuando aquella noche nos acostamos, permanecimos un buen rato sin decir nada, solo sonaban el tictac del despertador en la mesilla entre nosotros y el viento en las copas de los árboles en el exterior. Pasó más de media hora antes de que finalmente rompiera el silencio.

—Las churris esas de Borneo... —comenzó con cuidado, como si tuviera miedo de que quizá me hubiera dormido.

—¡Me lo inventé todo! —dije ahogado.

—Y a mí qué más me da —dijo Kjell Bjarne.

Y entonces le conté una vez más lo de las mujeres de Borneo. No me he sentido tan aliviado en toda mi vida.

La noche que iba a llegar Kjell Bjarne, Frank y yo nos apostamos en el andén, junto a la puerta de salida, para buscarlo. Frank me había ayudado a dejarlo todo listo en el piso. Una cama comprada al Ejército de Salvación, ropa de cama nueva, estaba todo en orden. Un armario. Habíamos hecho un guiso entre los dos, no había más que calentarlo cuando llegáramos a casa. El andén estaba abarrotado de gente, así que no nos atrevíamos a movernos, por si Kjell Bjarne se nos escapaba. Le había tenido mucho miedo a este viaje, yo lo sabía, y no me atrevía ni a pensar en lo que podía pasar si se quedaba solo dando vueltas por aquella enorme estación. Ni siquiera me gustaba pensar en mí mismo en tal situación.

Entonces lo vi. Muy abajo entre las masas de gente. Le sacaba una cabeza a todo el mundo, se me había olvidado lo grande que era. Abrigo y gorro, como tenía por costumbre.

Frank carraspeó: —No me digas nada, Elling. ¡Déjame adivinar!

Pues sí. Frank dio en el blanco. A los pocos segundos estrechaba la mano de Kjell Bjarne.

—¡Bienvenido al pueblo! —le dije en broma.

Dejó vagar la mirada por el edificio de los giros postales: —En fin, supongo que aquí también se puede estar.

—¿Has tenido buen viaje? —tanteó Frank, quería ser amable y llevar una de las bolsas de viaje de Kjell Bjarne, pero este negó con la cabeza y empezó a andar.

—Todo el camino ha sido de noche. En el cristal no veía más que mi cara de tonto. ¿Hay por aquí algún puesto de perritos calientes?

—¡Frank y yo hemos preparado cincuenta litros de guiso de carne en casa! —dije.

—Muy bien. Pero antes me tengo que tomar una salchicha, o la palmo aquí mismo.

Y así fue. Tres perritos calientes completos. Frank pagó. O quizá fue el Ayuntamiento de Oslo.

Una vez en casa le enseñé el piso, mientras Frank hacía como si no estuviera presente. El cuarto de baño recién renovado. La cocina. Su habitación que daba a la entrada.

Se sentó en la cama para probarla: —¿Voy a dormir yo aquí?

—Sí —dije—. ¿Está bien, no?

—¿Y tú?

Le enseñé mi cuarto. La cama. El armario. La foto de mamá en la pared. Asintió con la cabeza, pero aquella noche no dijo ni una palabra más, al menos hasta que se fue Frank. Ni siquiera respondía cuando se le hablaba. Comió una tonelada, pero no dijo ni «adiós» cuando Frank se estaba preparando para irse.

Frank me llamó discretamente con la mano desde la entrada y, mientras se ponía la chaqueta, susurró: —¡Si surge algún problema, me llamas *inmediatamente!*

Se lo prometí. Cuando volví al salón, Kjell Bjarne se estaba restregando las sienes con los nudillos:

—¡Venga, vamos! —le dije.

Me miró con tristeza.

Abrí los brazos desvalido: —Yo no puedo cargar solo con tu cama.

Luego trasladamos todas sus cosas a mi cuarto y pusimos el armario atravesado entre las dos camas.

Durante los primeros tiempos estuvimos sobre todo a nuestro aire, a pesar de la lata constante que nos daba Frank para que fuéramos más sociales. Veíamos la televisión y jugábamos al teléfono guarro. O simplemente nos quedábamos sentados escuchando todos los ruidos nuevos. El gorgoteo de inodoros desconocidos. Pasos en las escaleras. Alguna que otra ruidosa riña. Es cierto que Kjell Bjarne iba casi todos los días a comprar comida, al fin y al cabo estaba especialmente motivado para ello, pero no se me escapaban las gotas de sudor que traía en la frente al volver. Tenía su coste. Las expediciones a Prix y a REMA 1000 tenían su precio. Alguna vez volvía con las manos vacías y completamente desesperado, la cola de la caja había sido demasiado larga, y yo le consolaba y le entendía, porque resulta que a mí me pasa lo mismo, de vez en cuando. Si la cola de la caja es muy larga, empiezan a sudarme las

manos y, de pronto, tengo que vomitar e ir al baño, aunque no esté en absoluto mareado y, como quien dice, acabe de salir del servicio. Es curioso, pero así soy.

Pero cada dos jueves Frank venía de visita. Lleno a reventar de buenas ideas y normas constructivas. Ya podía ir acostumbrándome a ir también a hacer la compra. Ya era hora de que empezara a conocer el barrio. ¡En marcha! ¡Me *obligó* a bajar al kiosco a comprar una bolsa de cacahuets para mí y Kjell Bjarne!

Pero a la combinación película /pizza le fuimos cogiendo poco a poco el gusto. Cuando Frank venía con nosotros resultaba todo muy natural, era innegable, a pesar de que nuestra enemistad hacia él era al principio enorme.

Pero fue una invitación a cenar lo que hizo que se derritiera el hielo entre nosotros. Cordero. En casa de Frank. Privado. Fue también entonces cuando tuve ocasión de echarle un vistazo al despacho de Frank y ver el teléfono sobre el escritorio. A decir verdad, fue en ese mismo instante cuando La Nueva Seguridad entró en mi vida, al menos el germen de la que luego iría creciendo en mí y me convertiría en un poeta *underground*, equilibrado y descontento, con cierto círculo de amigos.

Frank no nos lo puso fácil. Vivía en algún lugar allá por Asker, difícil de encontrar, no lo ocultaba, pero se negó en redondo a venir a buscarnos a Kirkeveien, ni siquiera quería oír hablar de ir a buscarnos a la estación de Asker. No quedaba más remedio que resolver el acertijo y, si nos atascábamos, ya podíamos ir preguntándole a alguien. Nos hizo entender que si no éramos capaces de llegar a su chalet antes de las doce, íbamos a tener que reconsiderar nuestra recién adquirida libertad en Kirkeveien. Me dio la impresión de que era simple y llanamente una cuestión de confianza en relación con el Ayuntamiento de Oslo. Si salíamos derrotados de esta partida, podría empezarse a hablar de una poco honrosa retirada al centro de curas de Brøynes.

¡Sudamos la gota gorda! Primero nos obligamos el uno al otro a ir a una librería a comprar un mapa de Oslo y sus alrededores. Nos pasamos dos días estudiando los sinuosos caminos de Asker y la ubicación de la calle en cuestión en relación a la estación de tren. Y todo el rato me imaginaba a Frank sentado en algún lugar de aquel laberinto, acariciándose los bigotes. Más tarde, después de haber señalado una posible ruta con bolígrafo rojo, hubo que estudiar los horarios de los trenes. No entendíamos ni una palabra de todo aquello, pero luego se me ocurrió que en realidad nos podíamos montar en el primer tren que pasara en dirección al sur, sería muy raro que no pararan todos en Asker. Podíamos incluso cubrimos las espaldas preguntando en la ventanilla cuando compráramos los billetes.

En realidad fue todo mejor de lo esperado. Una vez sentados en el tren de cercanías hacia Asker, llegamos a la conclusión de que lo peor era *empezar*. Frank tenía razón. Teníamos demasiada poca iniciativa. Los billetes los había comprado yo en la estación del Teatro Nacional, fue todo como la seda, y la conversación entre el hombre de la ventanilla y yo fluyó sin ningún problema. ¿Queríamos los billetes solo

de ida o de ida y vuelta? Insistí mucho en que tenían que ser solo de ida. Le expliqué que Frank había prometido llevarnos a casa en coche y que no había ninguna razón para dudar de sus palabras y, ya puestos, le expliqué que Frank trabajaba en el Ayuntamiento de Oslo. Le dejé claro que tenía contactos a alto nivel en el sistema, y que por tanto era mejor que no viniera alardeando. Todo en tono de broma, naturalmente, estaba más contento que unas castañuelas. ¿Y cómo andaban los conocimientos de los empleados de la compañía de ferrocarriles NSB respecto a los caminos entre los chalets de Asker? Me dije a mí mismo que igualmente podía preguntarle a aquel caballero que a cualquier otra persona. El hombre podía ser de Asker, qué sabía yo. ¿Asker? Acababa de toparme con mi infancia. De hecho toda mi familia venía de Asker, desde la época de los vikingos vivíamos nosotros en Asker. Pero, no, casi me dio la impresión de que nunca había estado en Asker. De que no tenía la menor idea de dónde estaba siquiera, y eso, naturalmente, me puso un poco escéptico. Volví a sacar mi billete y lo estudié atentamente. Lo cierto es que al final tuvo que pedirme que me apartara. Había más gente que quería comprar billetes. ¿Y, además, no tenía yo que coger un tren? Un bromista.

Eran las tres y media y la naturaleza y la cultura iban pasando al otro lado de las ventanillas del vagón. Fuimos con mucho tiempo, aunque Frank nos había asegurado que vivía a un cuarto de hora de la estación. Nunca se sabe. Una vez que te pierdes, cuatro horas pasan volando, y yo había puesto mi honra en llegar puntuales. Es cierto que Kjell Bjarne opinaba que coger el tren de las tres y media era muy pronto, dado que el viaje a Asker no duraba más de media hora, pero no me molesté siquiera en responderle. Los conocimientos que tenía Kjell Bjarne sobre turismo y planificación sensata simplemente no merecían ni un comentario. No dejé de moverme en todo el viaje, con el billete en la mano. Era como si no consiguiera relajarme, a pesar de que ponía Asker tanto en el billete como en el tren. Necesité la confirmación del revisor antes de poderme recostar y disfrutar del viaje, porque resulta que en este país muchos nombres de lugares se repiten. Vik, por ejemplo. O Vangen. Sabía de dos Håøyer. A medida que el tren iba acelerando y nos alejaba más y más de la ciudad y su relativa seguridad, estaba cada vez más convencido de que algo iba mal, de que íbamos de camino a Asker, allá por Jæren, o a Asker en Telemark. Estaba rodeado de gente con caretas cerradas tras sus periódicos sensacionalistas o las cubiertas de sus libros, y no me atrevía a pedirles confirmación de que aquel era el tren hacia Asker, el *Asker correcto*. ¡Y el revisor no venía! Quiero decir, paga uno un dineral por un billete, ¡y luego el revisor ni se molesta en aparecer! Kjell Bjarne, que hasta entonces había permanecido sentado frente a mí mirándose los pies, debió de notar mi inquietud, porque de pronto me preguntó por qué no paraba de abofetearme a mí mismo. Le expliqué de qué se trataba, que necesitaba una confirmación y que daba la impresión de que el revisor se había olvidado de nosotros.

En ese momento intervino un chico joven que iba sentado junto a Kjell Bjarne. Creía podernos explicar que el vagón en el que íbamos sentados estaba reservado

para gente con abono mensual, una regla de la que yo ni siquiera había oído hablar. Le enseñé mi billete. ¿Pretendía decirme que no era válido? Pero no, tampoco era eso lo que pretendía decirme, era solo que en aquel vagón no iba a tener lugar ninguna revisión de billetes. Si venía algún revisor, en todo caso sería para comprobar que la gente llevaba un abono mensual válido.

—¡Sí, pero es que nosotros *no llevamos* un abono mensual válido! —le grité.

—Cálmate —dijo, casi nunca había controles y además teníamos billete, no teníamos más que explicar la situación, en caso de que fuera necesario.

Eso a mí no me bastaba. Me levanté para ir a otro vagón y Kjell Bjarne me siguió. Cuando grité, la gente se había fijado en nosotros. Ahora nos miraban fijamente. Dejaban a un lado los libros y los periódicos, y nos miraban fijamente. ¡Mirad lo que queráis!, pensé. ¡Hasta la vista! ¡Y entonces resultó que la puerta del siguiente vagón estaba cerrada! Ahí estábamos. Atravesé corriendo todo el vagón para probar la puerta del otro extremo, pero naturalmente también estaba cerrada. Simple y llanamente estábamos metidos en una trampa que había planeado algún burócrata miserable. Probablemente para merecerse la indemnización de cuatro millones de coronas que podía exigir en caso de que no hiciera bien su trabajo y hubiera que despedirlo.

El resto del viaje fue una pesadilla. Cuando llegamos a la estación de Asker, salí tambaleándome con Kjell Bjarne pisándome los talones. El billete, con el que había estado jugueteando durante todo el viaje, no era más que un borrón húmedo, casi ilegible. No tenía nada de hambre y no quería ir a visitar a nadie, quería que me dejaran en paz. Durante toda mi vida mi único deseo había sido que me dejaran tranquilo, pero este deseo parecía enfurecer a casi todos los demás. Estaba tan ofuscado que temblaba.

Para Kjell Bjarne era distinto. Él ya había dejado todo el suceso atrás y ahora quería un perrito caliente. Así de sencillo. Con tal de tener comida, el resto del mundo podía ir a su aire. Me pillé a mí mismo deseando que la naturaleza me hubiera dotado también a mí de un modo tan simple. ¿Cuántas noches en vela no me hubiera ahorrado, si hubiera sido bendecido con un talante algo más sencillo? ¡Incontables! Me podía pasar días y noches enteros formulando mordaces frases, palabras que debería haber dicho en esta o aquella situación, en la que se hubiera cometido alguna injusticia para conmigo. No servía de nada, naturalmente, pero no podía evitarlo. En esos momentos noté que de nuevo estaba empezando a pasar dentro de mí, me imaginé a mí mismo en la oficina del jefe de estación, haciendo una implacable crítica a esa regla de los vagones sin revisores. Le mostraba mi billete. ¡Mire esto! Podría volver a hacer el viaje, si quisiera. ¿Acaso era de extrañar que la compañía de ferrocarriles NSB tuviera problemas económicos?

Kjell Bjarne no cejó hasta que tuvo su perrito caliente. Yo me encargué de pagar y de paso compré un paquete de caramelos de eucalipto para mí. Frank nos había contado que vivía con una cierta Janne y quería conocerla con el aliento fresco. En

virtud de su posición de novia de Frank, lo cierto es que era inalcanzable, pero aun así prefería concederme cierta ventaja respecto a Kjell Bjarne. Él la iba a conocer como una bomba de cebolla cruda y mostaza, yo como un soplo fresco de alguna fábrica de caramelos situada en zona campestre.

Resultó que era ridículamente fácil encontrar el camino. Todo había parecido tan difícil en el mapa, pero por una vez la realidad se mostró como un mero chiste. Todo el trabajo previo había sido simple y llanamente inútil.

Bueno, ¿y ahora qué? Estábamos ahí leyendo «Janne y Frank» en una placa de cerámica y eran las cuatro y veinte. Teníamos una cita a las ocho. Kjell Bjarne era de la opinión de que daba igual y, antes de que me diera tiempo a impedirlo, llamó a la puerta. A conciencia, durante un buen rato. Cero respuesta, afortunadamente. Simple y llanamente no había nadie en casa. Un alivio, en realidad, aunque me imaginaba un largo y frío rato de espera. Nos sentamos en las escaleras y yo me dediqué a comer caramelos de eucalipto. Kjell Bjarne sacaba la mano constantemente, pero yo miraba hacia otro lado. Él se había comido ya una salchicha y los caramelos eran míos. Al cabo de un rato empezaron a entrarme náuseas, pero era igual. El aliento fresco sería preservado. De hecho jugueteaba con la idea de susurrarle alguna que otra cosa a Janne en el oído, en caso de que se ofreciera la ocasión, y quería que mi aliento se imprimiera en sus oídos como la helada. Sería recordado como el hombre del eucalipto.

¡No llegaron hasta las siete menos cuarto! Yo estaba mareado y me sentía mal, además de tener la boca bastante irritada. De hecho habían empezado a sangrarme las encías. Kjell Bjarne se había dedicado a dar vueltas alrededor de la casa adosada para mantener el calor. En la ventana de la cocina de los vecinos, se había reunido toda una pequeña familia que tomaba el tiempo de sus rondas. Los niños lo animaban y lo saludaban con sus pequeñas manos, pero Kjell Bjarne estaba profundamente sumido en sí mismo y no se dio cuenta de nada.

Frank y Janne entraron en el patio con el coche y lo aparcaron junto a los cubos de basura. Frank fue el primero en bajarse y su mirada vagó confusa entre mí y la espalda de Kjell Bjarne, que en esos momentos estaba atravesando el seto del vecino. Los hijos del vecino no paraban de saludar con la mano.

—¡Por Dios! —dijo Frank—. ¿Cuándo habéis llegado? ¡Elling! ¡Pero si estás como una estatua de mármol!

¡Efectivamente! Así era exactamente como me sentía. Aunque su frase fue algo tosca, todo hay que decirlo. Quise levantarme de las escaleras heladas, salir a su encuentro, por decirlo así, pero las piernas me fallaron. Caí hacia delante en la nieve, al mismo tiempo que vomitaba. Un rayo verde, el signo de exclamación de la vergüenza. Tiré la toalla y me giré de costado en la nieve. Por centésima vez había hecho el ridículo. Me había pasado dos horas sentado pensando en cómo iba a transcurrir el encuentro con la Janne de Frank, había querido conocerla con una sonrisa algo irónica y, tal vez, con un par de ácidos comentarios sobre el creciente

bigote de Frank. Establecer una especie de alianza jocosa entre nosotros. Me había imaginado que comprendería inmediatamente mis insinuaciones, que se crearía una complicidad entre nosotros y que le tomaríamos amigablemente el pelo a su pareja. Y ahora resultaba que estaba ahí tirado, como una fuente de mármol caída.

—¡Joder, Frank! ¡Pero si es pura bilis!

Tampoco su voz era como me la había imaginado. Era alta y rasposa. El meloso arrullo que había imaginado ya podía irlo olvidando.

—¡Tranquila! —dijo Frank—. ¡Abre la puerta!

Luego me condujo adentro, mientras Janne esperaba fuera para interceptar a Kjell Bjarne.

Suena poco plausible, pero la verdad es que fue una velada muy agradable. Ya de camino al servicio pude percibir el delicioso aroma de la pierna de cordero que se estaba haciendo a fuego lento en el horno. A los pocos minutos estaba metido en una bañera ajena, con el agua caliente llegándome hasta la barbilla. Oí cómo Janne le cantaba las cuarenta a Frank en el recibidor por no haber querido ir a buscarnos a Oslo, y a Kjell Bjarne riéndose cordialmente tras ellos. Ella estaba simplemente de nuestra parte. Su demencial voz resultaba ahora más adecuada. Una vez recuperado el calor, me levanté y me unté la cavidad de la boca con la pasta dentífrica de Frank y Janne. Luego me vestí y salí para mitigar el conflicto. Al fin y al cabo nosotros también teníamos culpa. Podíamos habernos negado, habernos quedado en casa.

¡La pierna de cordero estaba maravillosa! Nunca me habían servido nada parecido. Incluso la paella que comí en un viaje organizado a Benidorm palideció en comparación con aquello. Carne de cordero rosa, tan tierna que se podría masticar con las encías desnudas. Rellena de ajo y untada de una gruesa capa de romero. Patatas rebozadas y salsa. Lo cierto es que me alegré de haber vaciado la tripa de caramelos y otras cosas, así pude atiborrarme. Tanto Janne como Frank intentaban conversar con Kjell Bjarne, pero este no soltó prenda hasta que el hueso quedó amarillento sobre la bandeja, despojado hasta de la última fibra de carne.

—¡Menuda comida! —dije regurgitando ajo; estaba tan lleno que tuve que desabrocharme el último botón del pantalón.

—Lo mejor que he comío en toa mi vida —dijo Kjell Bjarne.

Me percaté de que lanzaba una mirada en dirección a la cocina, por si había allí fuera otra pierna asándose lentamente. ¿Estaba encendido el horno?

Janne estaba encantada, se lo veía, era la maestra cocinera: —¿Un expreso, chicos?

Aceptamos los dos. Con tanta comida en la barriga, había que neutralizar el tanino de alguna manera.

—¡Frank!

—¡Que sí, que sí, que ya voy! —Frank se comportaba a propósito como un perro maltratado y se fue a la cocina arrastrando los pies.

—En realidad tiene un corazón de oro —dijo Janne—. Pero tenéis que meterlo en

vereda si os parece que se pone demasiado mandón.

—Decidió de qué color teníamos que pintar el salón —dijo Kjell Bjarne.

—Ya lo oí —dijo—. Aunque el naranja oscuro puede resultar bastante sombrío a la larga.

—Corramos un tupido velo sobre eso —dije con generosidad, no quería obligarla a entrar en un conflicto de lealtades con su pareja y, aunque no tenía pensado olvidar nada en absoluto, este no era el momento.

—Y además dice que es culpa nuestra que no conozcamos a ninguna churri —insistió Kjell Bjarne.

—Bueno, ahora ya me conocéis a mí —dijo Janne—. Quizá no sea gran cosa, pero es una especie de comienzo, ¿no?

—¿Y a qué te dedicas cuando no estás con Frank? —Kjell Bjarne se estaba recuperando tras su largo silencio.

—Trabajo en la oficina de asuntos sociales de Bærum, soy la que se niega a firmar los cheques —sonrió.

¡Por supuesto!, pensé. Frank y Janne se habían conocido en la escuela de Trabajo Social. En algún momento de los setenta, supuse, puesto que eran bastante más mayores que Kjell Bjarne y yo. Me los podía imaginar. Chal violeta y zapatos anatómicos. Frank con pantalones de campana y patillas. Empecé a reírme en voz alta. No pude evitarlo. ¡Frank estaba superridículo!

Entonces los demás, como es natural, quisieron saber de qué me estaba riendo tan jovialmente. Incluso Frank se asomó a la puerta y se quedó de pie sonriendo con inseguridad.

Se lo dije sin ambages, tal y como era. Les conté que me había dado una vueltecilla por la escuela de Trabajo Social y que me había encontrado a Frank, con patillas.

—¡Tontorrón! —dijo Frank, y retrocedió hacia la cafetera expreso.

Pero Janne se rio por lo bajo y dijo que sí, que así había sido. ¿No era extraño que lo que estaba de moda un año, más tarde pudiera resultar completamente ridículo? ¡Y entonces señaló mi jersey a rayas! En fin, siempre se me ha dado bien encajar una broma. Pero no pude evitar comentar el hecho de que ciertas prendas eran realmente atemporales en su sencilla elegancia. Otras prendas, como los pantalones de poliéster, por ejemplo, sobreviven en virtud de lo mucho que resisten. Bueno, bueno. No se habló más de ese asunto, aunque Frank me recomendó que dejara esta última prenda en el armario en caso de que tuviera una cita con el sexo opuesto.

—No te enteras —dijo Janne—. La verdad es que esas cosas antiguas vuelven a estar en la onda en ciertos ambientes de moda. Cazadoras de cuero falso y camisas de nailon. Camisetas interiores y toda la historia. Cuanto más jodido, mejor. Lo llaman *nerd*.

—¡El mundo está loco! —dijo Frank, y nos puso delante un expreso a cada uno, además de un cuenquito de helado variado con salsa de frutas encima.

¿*Nerd*?, pensé yo. ¿Era yo un *nerd*? La idea me gustaba. Llegué a la conclusión de que posiblemente andaba por ahí siendo un *nerd* a la moda y ni siquiera lo sabía.

—¡Esta salsa está estupenda! —dijo Kjell Bjarne.

—Sí, la verdad es que estoy un poco orgullosa de ella —dijo Janne—. Es zumo de bayas de saúco de nuestro propio jardín.

Kjell Bjarne asintió: —¿Y tienes muchas botellas de estas?

—*Kjell Bjarne* —le grité.

Pero Janne se limitó a reírse y dijo que Kjell Bjarne, por supuesto, se llevaría a casa una botella de zumo de bayas de saúco. ¡Faltaría más!

Más tarde jugamos al parchís durante alrededor de dos horas y escuchamos los grandes éxitos de ABBA. Una noche «mega», como lo expresó Kjell Bjarne en el coche de camino a casa.

Pero muy mega no estuvo la cosa después de que nos despidiéramos de Frank, cuando íbamos a entrar en casa. Kjell Bjarne se resbaló sobre el hielo y me arrastró a mí en la caída. La botella acabó bajo nosotros y, antes de darnos cuenta, nos encontrábamos en el suelo entre zumos y cristales rotos. Los dos teníamos las manos llenas de pequeños cortes que sangraban con bastante fuerza y, después de que Kjell Bjarne me hubiera puesto en pie, nos dimos cuenta de que habíamos acabado mezclando nuestra sangre sin pensar en ello. Ahora éramos hermanos de sangre, simple y llanamente. La idea del SIDA nos asustó terriblemente durante la primera hora, pero después de habernos puesto unas tiritas y de tranquilizarnos un poco, llegamos a la conclusión de que las probabilidades eran mínimas. Alguna ventaja tenía que tener quien vive en un celibato involuntario. Aun así me tuvo un poco preocupado los primeros días tras el incidente, eso de saber que una parte de los líquidos corporales de Kjell Bjarne recorría ahora mis venas. Había en ello algo terriblemente íntimo, casi sexual, pero a medida que fueron pasando los días, me fui tranquilizando. Me había convertido en parte de él. El propio destino lo había querido así. Ahora éramos hermanos de sangre.

Tallé el poema sobre la tripa de Reidun en la puerta nueva del servicio de caballeros del Larsen. Me subí las gafas de sol setenteras de Kjell Bjarne a la frente y trabajé concentrado con la navaja de bolsillo que me regaló mi madre para la confirmación. Llevaba tres días sin afeitarme y, cuando de tanto en tanto tenía que parar para descansar, me rascaba las barbas con la mano derecha. Cada día me gustaba más a mí mismo. Me gustaba lo que me traía entre manos. Aquella misma mañana había estado haciendo de Celestino y ahora blandía mi navaja con una barba de tres días, el pelo alborotado y las gafas de sol en la frente. Tallé mi poesía profundamente en la blanca superficie del aglomerado. Llevaba unos días dándole vueltas a la conversación que habíamos mantenido en casa de Frank y Janne unos meses antes, y había sacado unos pantalones de poliéster del armario y comprado unos calcetines amarillo limón yo solito. Llevaba una camisa de nailon verde oscura en la que me había abrochado hasta el último botón del cuello. Era quien fui antes de todo lo malo. Volvía a ser el chico de mamá, pero al mismo tiempo era una versión nueva, una versión nueva y más peligrosa del chico de mamá. Me había convertido en Elling, el poeta *nerd*. El artista *underground* cuyo rostro nadie conocía.

En fin, aún no había pasado de aquel único poema. El poema sobre la fecundación de Reidun Nordsletten en manos del ángel. Pero así era el arte. Pegaso no agitaba la cola todos los días y muy rara vez echaba a volar. Yo tenía tiempo de sobra, podía esperar. Cada dos por tres apuntaba frases sueltas y las guardaba en el cajón de la mesilla. Algún día podría unirlas para formar verdaderas perlititas, de eso estaba convencido. Sobre el poema que estaba tallando en la puerta del servicio se podía decir, además, que probablemente estaba ya en boca de muchos en aquella parte de la ciudad. Lo había copiado varios cientos de veces en notas que había repartido por todas partes en Majorstuen: en las guías telefónicas de las cabinas, envueltas en el rollo de papel de los servicios públicos, a modo de sorpresa, pero ante todo había apostado por los supermercados, Prix y REMA 1000. A medida que me fue abandonando la angustia, fui siguiendo las instrucciones de Frank y había empezado a hacerme cargo de mi parte de las compras. Reencontré al chico alegre y confiado que iba a hacer la compra para su madre. Pero ahora, eso sí, armado con poesía recién escrita. Eso de meter las notas entre los productos de los estantes de los supermercados se había convertido en un deporte para mí. Así que iba por ahí, como una especie de ladrón invertido, enriqueciendo la vida de mis conciudadanos. Una mujer agotada llega tambaleándose sobre sus doloridas piernas. Ha perdido a su marido y sus hijos han dejado de llamarla. Tiene dolores de espalda y hace mucho que tuvo que extirparse el útero, además de uno de los pulmones. Y ahí, entre dos envases de salchichón al vacío, encuentra un poema escrito a mano. Un pequeño rayo de luz en el gris oscuro de la vida cotidiana. ¿Y qué decir del laborioso magnate

industrial que se ha pasado un momentito por la tienda para llevarse una langosta congelada? También él se lleva un pedazo de poesía para el camino, adherido por el hielo al envase de plástico. La siguiente vez que la prensa amarilla lo llame para preguntarle lo que tiene sobre la mesilla, ya no necesitará contar alguna historieta sobre Hamsun o Ibsen. Podrá decirlo sin ambages, que sobre su mesilla hay un vaso de agua y, junto al agua, una poesía que ha llegado a sus manos de modo extraño, un poema que lee cada noche antes de echarse a dormir; de hecho la lectura se ha convertido en una especie de ritual para él, más o menos como la oración cuando era niño. ¿Y quién ha escrito el poema? Es un enigma. Un cierto «E». La verdad es que la historia de un poema adherido por el hielo a la langosta del congelador del supermercado parece hecha a medida para la prensa amarilla. Cada vez con más frecuencia fantaseaba sobre pegar el gran salto, a saber, introducir clandestinamente un poema, o diez, en un envase cerrado, por ejemplo en un sobre de sopa, pero hasta entonces me había fallado el coraje. Al mismo tiempo era dolorosamente consciente de que era precisamente con un acto así como podría conseguir un público verdaderamente grande, en fin, lo que podría volverme famoso en todo el reino de un día para otro. Veía claramente los titulares de la primera página del diario VG. Y la furiosa búsqueda de «E» en la sección de producción de las fábricas de sopas Toro. ¿Cuántos poemarios vendería un lírico medio en Noruega? No lo sabía, pero suponía que en torno a cuarenta, a no ser que el poeta en cuestión se hubiera deshecho de todos sus amigos antes de la publicación. Mi público era ya bastante mayor que eso. Y lo cierto es que lo único que limitaba hasta dónde podía llegar era mi propia imaginación. Podía coger el tranvía y conquistar otros barrios. Podía coger el tren, pongamos que a Holmestrand, y llegar a boca de todos con solo dedicarle un par de horas a hacer la ronda de la compra. Me sentía muy libre y tan contento, mientras tallaba. El futuro me producía emoción y curiosidad. Tenía días más negros que el carbón, naturalmente, días en que volvía a surgir todo el barrizal en mi interior, días en que permanecía en cama por miedo a la luz y a los ruidos. Pero me decía a mí mismo que eso mismo les pasaba a todos los artistas, que el talento habita en almas sensibles. Me iba considerablemente mejor desde que había comprendido que el Miedo al Mundo es, en realidad, el Precio del Talento.

Lo más importante era que volvía a tener un proyecto entre manos, pensaba para mí. Siempre había sido un hombre de proyectos y la ociosidad era mi peor enemigo. En los años de juventud había coleccionado todo tipo de cosas, desde sellos hasta etiquetas de latas de conserva, chapas de refrescos y papel de naranjas. De adulto se había despertado en mí el interés por la política y la psicología, lo que me había llevado a coleccionar todo lo que tenía que ver con la primera ministra de la nación, Gro Harlem Brundtland, fotografías en los periódicos y entrevistas. Además de un archivo —creo que me atrevo a decirlo— nada insignificante sobre lo que hacían y dejaban de hacer los vecinos, sobre sus vicios y virtudes. Llegué a conocerlos mejor de lo que me conocía a mí mismo, dado que había tenido ocasión de valorarlos desde

mi punto de vista neutral tras las cortinas de mi cuarto de infancia. Durante, y a causa de, mi estancia forzada en el centro de restablecimiento de Brøynes, había sido despojado de aquel material. Durante más de dos años había tenido que escuchar que aquellos proyectos no me hacían bien. Coleccionar sellos, ¡sí!, Gro Harlem Brundtland y otros vecinos más o menos desquiciados, ¡no, no y no! Y yo me había doblegado. Me había doblegado a ellos porque sabía cómo se manifestaba el poder. Me dediqué a ver la televisión y a dar paseos, siempre con la certeza interior de que llegaría el bello día en que volvería a ser mi turno. Y aquella noche, aquella maravillosa noche en la que el poema había venido a mí, supe que volvía a la carga. Había empezado a llevar una especie de diario poético. Anotaba todo lo que hacía en la amable guerra de guerrillas que había emprendido. No colocaba ni un solo poema en ningún sitio, sin anotar minuciosamente el acontecimiento en mis archivos aquella misma noche.

Acabé de tallar y barrí concienzudamente el serrín del suelo. Lo eché al inodoro y tiré de la cadena. Luego salí y me lavé las manos.

Miré el reloj. Las tres y cuarto. Todo estaba perfectamente calculado. Habíamos sincronizado nuestros relojes y, a no ser que la hubiera atropellado el tranvía o se hubiera echado atrás, Reidun estaría ya en su sitio. Había pensado detenidamente sobre el asunto y llegado a la conclusión de que a Kjell Bjarne le resultaría más fácil relacionarse con ella si tenía la sensación de que era cosa del azar. ¡Y no porque últimamente hubiera dado la más mínima muestra de iniciativa, desde luego que no! Era evidente que había olvidado o reprimido mi consejo de invitar a Reidun Nordsletten a cenar con nosotros al Larsen. Sabía que aquella semana Reidun tenía turno de noche y la llamé sobre las diez, en cuanto Kjell Bjarne salió por pan y leche. ¿Acaso aún le sucedía que sentía una cierta atracción hacia Kjell Bjarne? Sí, tenía que admitir que sí. Le expuse mi plan en toda su sencillez. A las tres y cinco me levantaría de la mesa e iría al servicio. Me mantendría allí hasta que fueran y cuarto. Entretanto ella tendría que atacar y hacer como si estuviera supersorprendida. Me pareció que lo mejor sería que yo estuviera en el servicio cuando llegara, para que Kjell Bjarne se entrenara un poco en eso de estar a solas con ella. En todo caso se vería obligado a darle los buenos días de un modo u otro, y yo tenía una labor que hacer. Le había pedido que no encargaran la comida hasta que yo volviera, para que pudiéramos comer juntos.

Estuve a punto de hacer una cabriola cuando, al entrar en el comedor, vi que ella estaba en su sitio. Se había arreglado, incluso. Jersey de angora rosa y pantalones escoceses a cuadros. Su cazadora de plumas azul claro estaba colgada del respaldo de la silla. Estaba sentada, fumando nerviosamente un cigarrillo, mientras con la otra mano jugueteaba un poco con el menú. Miraba a Kjell Bjarne sin pestañear. Kjell Bjarne miraba fijamente sus manos. Hostias, pensé. Pues sí, solté tacos por dentro. De alguna manera u otra iba a tener que cargarme esa irresolución suya. ¿Era este el hombre que iba por ahí afirmando que estaba dispuesto a vender su alma al diablo por

un solo pelo de «chichi»? Desde luego no daba esa impresión. Parecía un leñador homosexual al que alguien hubiera forzado a ir a un prostíbulo.

—Pero bueno —dije en voz alta y falsa, mientras me deslizaba juvenilmente sobre la silla—. Mira quién está aquí —le acerqué el cenicero por encima de la mesa.

Ella sonrió con inseguridad y arqueó ligeramente las cejas. Supongo que quería que me controlara un poco, que no sobreactuara.

—¡Pero Kjell Bjarne! —dije—. Si está aquí Reidun Nordsletten. Ha llegado mientras tú estabas ahí perdiendo el tiempo.

—Anda, no seas desagradable, Elling —dijo Reidun echándose a reír.

Kjell Bjarne también sonrió un poco.

—Comamos algo —dije jovialmente—. Los chicos invitamos. Sí, no va a servir de nada que protestes.

Tampoco es que protestara, empecé a preguntarme si tendría alguna carencia en lo que se refiere a la cortesía normal. Al menos podía haber protestado un poco. Pero en fin. Este era su día. Yo mismo lo había planeado todo.

Kjell Bjarne carraspeó y dijo: —Habrás que pedir guiso de cordero con repollo, pienso yo.

—¡Ay, sí! —dijo Reidun Nordsletten—. ¡Eso mismo quiero yo!

Por mi parte pedí pescadilla ahumada con zanahorias. Y no es que no me apeteciera el guiso, pero quería distanciarme de su elección. Quería que compartieran algo.

—¿Cómo le va al crío? —preguntó de pronto Kjell Bjarne; llegó incluso a mirarla de medio lado durante unos segundos.

No había esperado de él tan refrescante iniciativa. Más o menos había contado con que tendría que ser yo quien se encargara de la conversación.

—Fenomenal —dijo Reidun—. Calculan que nacerá a principios de junio —estaba literalmente rebosante, rebosante de vida nueva, y sonreía de oreja a oreja porque Kjell Bjarne se aventuraba a pisar el hielo—. Una época estupenda para llegar al mundo.

Kjell Bjarne asintió pesadamente: —¿Y el maldito español? ¿Has sabido algo de él?

Ella negó con la cabeza: —Y tampoco quiero saber nada de él. Ni siquiera creo que esté en Noruega.

—No tienes más que llamarnos, si viene a molestarte —dije osadamente—. ¿Verdad, Kjell Bjarne?

—¡Que lo intente! —murmuró Kjell Bjarne; sonaba como si tuviera el intenso deseo de que el español lo intentara.

Reidun se rio por lo bajo: —¡Sí, tú si que te habrías ocupado de él!

Él carraspeó: —Las chicas decentes no crecen en los árboles. Así que no se jode a las pocas que hay. ¡Ese tipo tiene que ser bobo!

Estaba actuando como un virtuoso. Soltaba una frase detrás de otra. ¡Y qué

frases! Pero si aquello era una verdadera declaración de amor. Casi empecé a sentir que estaba de más. Reidun se rio y dio las gracias por el *complido*, y era toda alegría y contento. Su pequeña nariz de patata vibraba de entusiasmo. Al mismo tiempo yo era consciente de mi propia genialidad, claro. Fui yo quien propuse que nos llamara si aparecía el padre de la criatura con desagradables exigencias y proposiciones. De ese modo había posibilitado que Kjell Bjarne adoptara el papel de protector, y ese papel le gustaba mucho, yo lo sabía. La verdad es que era una pena, una verdadera pena, que aquel español no anduviera detrás de Reidun como un moscón. Solo en una situación así podría Kjell Bjarne mostrar los sentimientos que tenía hacia ella y que tanto le costaba expresar con palabras, no tendría más que propinar al tipo una buena tunda de palos. De otro modo no se me ocurría cómo provocar una situación en la que la vida o el honor de Reidun Nordsletten se vieran amenazados. La verdad es que no tenía la sensación de que Kjell Bjarne fuera a tener mucha competencia por los favores de Reidun.

Llegó la comida, Kjell Bjarne volvió a encerrarse en sí mismo. Fuimos Reidun y yo quienes continuamos con la conversación. Ella era de Bøler, nos contó. Y aunque no entró en detalles sobre la vida que había llevado hasta entonces, no resultaba difícil entender que el camino hasta aquella mesa había sido empinado y sinuoso. Lo del paso por la escuela había sido toda una pesadilla, por lo que pude entender, ni siquiera había acabado octavo, lo decía sin ambages.

—¡Cuéntaselo a ese de ahí! —dije, y le di a Kjell Bjarne un amigable golpe en el costado.

—Colegio especial —dijo, con la boca llena de comida—. Pensaban que era idiota.

—¡No aprendió a leer hasta que se hizo con su primera revista porno! —dije, en el mismo tono de confianza, ese tono que queda tan bien entre amigos—. En ese momento se dio cuenta de que no le quedaba más remedio.

Y luego les solté una arenga sobre lo poco que se cuidaba la motivación en los tiempos en que fuimos nosotros al colegio. Así que pasamos un rato declarando nuestro profundo odio a la sociedad. Cada uno a su modo, los tres habíamos destacado frente a la persona media y, cada uno a su modo, habíamos probado el sabor del látigo. Pero cuando Reidun Nordsletten vino prácticamente a insinuar que todo había sido culpa del Partido Laborista, puse freno. Preferiría que me dejara a mí los análisis políticos, y ella lo hizo. Señalé que no eran los propios fundamentos de la socialdemocracia los que fallaban, sino más bien algunos maderos podridos del edificio. *¡Y los maderos podridos fueron introducidos clandestinamente por algunos trabajadores pagados por la KGB y la CIA!* Pero de esto no entendió una sola palabra, como dijo ella misma, así que lo dejé estar.

—¡Este guiso estaba estupendo! —dijo Kjell Bjarne apartando el plato, mientras se secaba la boca con el dorso de la mano.

—¡Riquísimo! —dijo Reidun—. Pero las raciones son enormes. No puedo más

que con la mitad.

—¡Trae para acá! —dijo Kjell Bjarne, ella le pasó el resto de la comida y Kjell Bjarne volvió a ponerse manos a la obra.

—Kjell Bjarne es capaz de comer ilimitadamente —le expliqué—. Una vez en Brøynes se tomó cuatro porciones de asado de cerdo. Con sus patatas y su chucrut y todo. Ese día estaba de guardia un sustituto, que no había oído hablar de la dieta que seguía Kjell Bjarne.

Kjell Bjarne se rio para sus adentros: —Con tal de ir a cagar de vez en cuando, va todo sobre ruedas.

Reidun se rio por lo bajo: —¡Eres *horrible*, Kjell Bjarne!

Él la miró con sincera sorpresa en la mirada: —¿Horrible?

—No, hombre, solo que...

—Solo que no se habla de esas cosas cuando hay señoras presentes —le dije severamente—. Y por lo demás tampoco, la verdad.

—Está bien —dejó a un lado su segundo plato—. Pero ahora voy a tener que ir al baño —sonrió—. ¡Aunque solo voy a lavarme las manos, claro!

¡*Kjell Bjarne bromeando!* Lo cierto es que hasta entonces nunca le había visto hacer algo así. Reidun Nordsletten y yo nos echamos unas liberadoras risas.

—¡El del fondo está cerrado! —grité tras él, con la esperanza de que descubriera el poema anónimo y tal vez lo comentara al volver.

—¡Es tan mono! —dijo Reidun cuando Kjell Bjarne ya no podía oírla, su mirada estaba fija en sus altas espaldas.

—Escucha —dije, atiborrando la voz de confianza—. Esto va estupendamente. Pero ahora Kjell Bjarne y yo tenemos una cita. Creo que nos deberías acompañar.

—No sé. ¿Qué tipo de cita?

Le hablé de Alfons Jørgensen y de su pie destrozado. Y del Buick, al que Kjell Bjarne había prometido echarle un vistazo. Le había llamado ese mismo día y prometido que iríamos.

—Por Dios —dijo—. Pobre hombre. ¿Y nosotros aquí poniéndonos las botas en vez de preparar la comida en su casa? ¡Hombres!

—Tiene la nevera llena de albóndigas, de la última vez que estuvimos allí —dije—. Creo que va a tener albóndigas hasta cerca de San Juan. Además no hubiera resultado natural llevarte a casa de Alfons antes de que nos encontráramos «casualmente» aquí. Ahora es lo natural —le sonreí con complicidad.

—¡Qué pillo eres, Elling!

Bueno, sí, supongo que lo era. Durante toda mi vida había disfrutado poniendo cosas en escena, haciendo que las cosas ocurrieran, como ahora. Preferiblemente sin tener que participar yo mismo en los acontecimientos. Ya de niño había sido un pícaro demonio en este ámbito de cosas. Desde mi posición fija en las afueras del grupo de compañeros del patio del colegio, había convertido en un deporte eso de sugerir a los demás ideas que luego tomaban por suyas. Nunca animé a nadie a hacer

algo malo. Siempre se trataba de un «imagínate que...». Imagínate que alguien pegara el cajón de la mesa de Pettersen con pegamento. Imagínate que alguien izara la bicicleta del director al mástil de la bandera. Imagínate. Que alguien. Siempre había alguien que lo acababa haciendo y nunca había nadie que se acordara de quién había sido la idea. A mí no me miraban. No eran conscientes del origen de la voz anónima. La verdad es que solo se acordaban de mí cada vez que se les metía en la cabeza que había llegado la hora de limpiar el urinario, usando como escoba mi cabeza de pelo corto. Un par de veces al mes, o así.

De eso hacía mucho tiempo. Era otro juego. En estos momentos el juego se llamaba «Poeta anónimo al servicio del amor». En realidad estaba más que sorprendido de que no me hubieran atacado por lo de los celos cuando empezó aquello entre Kjell Bjarne y Reidun. No porque en ningún momento hubiera visto a Reidun Nordsletten como una mujer atractiva, sino porque era probable que Kjell Bjarne estuviera a punto de implicarse en algo de lo que yo, desgraciadamente, tendría que contar con estar excluido durante mucho, mucho, tiempo. Pero no. Me mantuve leal a mi hermano de sangre, a pesar de que todos mis esfuerzos, de hecho, podían conducirme a una nueva soledad. Sí, la verdad es que cuando pensaba en ello, me conmovía bastante mi propia iniciativa. Y es que no tenía sentido negarlo: yo había sido una persona egoísta. Uno se vuelve egoísta al crecer sin amigos y con una familia que se reduce a una madre más bien pasiva. Quiero decir, ¿cómo va a aprender uno a pensar en los demás, cuando los demás solo existen como una especie de bruma al otro lado de las ventanas del salón? Medio irreales. No. En semejantes circunstancias, no queda más remedio que sostener largos monólogos ante el espejo.

—A veces eres tan raro... —dijo Reidun—. Es como si desaparecieras en tu propio mundo.

—Sí —dije—. ¿Tienes la menor de idea de qué hago yo aquí?

Ella se rio.

—¿Dónde se habrá metido tu novio, por cierto? —continuó—. ¿Crees que se habrá quedado encerrado?

—¡No digas tonterías, Elling! ¡No bromees con eso!

—Nunca he hablado más en serio que ahora —dije—. Me doy perfecta cuenta de la tensión pasional que hay entre vosotros. Lo cierto es que resulta bastante insoportable estar presente. No entiendo por qué no os limitáis a lanzaros el uno sobre el otro.

—¡Tampoco es tan fácil, ya sabes! Al menos no para él. Y yo estoy embarazada y todo.

—¿Y todo?

—Quiero decir que quizá no sea demasiado romántico.

La miré severamente: —¿Te has llevado la impresión de que Kjell Bjarne es del tipo romántico?

—Quizá no. Bueno, sí, a lo mejor en el fondo. No a todo el mundo se le dan tan

bien los discursos como a ti, ¿no? ¡A mí, al menos, me parece riquísimo!

Callé. Simple y llanamente no sabía qué decir.

—¿Oye?

—Sí.

—¿Ha estado con muchas chicas y cosas así, o qué?

Se me escapó una risa breve y sobresaltada, pero me controlé enseguida. Pensé responder que lo suyo habían sido más bien «cosas así», pero preferí darle largas: muchas lo que se dice muchas... Eso dependía de lo que se quisiera decir con eso.

—Yo he estado con tres —dijo—. Pero la verdad es que no me apetecía mucho ninguna de las veces. Simplemente salió así. No fue gran cosa.

Ahora tenía que conseguir pararle los pies. Simple y llanamente no quería saber una palabra sobre aquella intimidad que de pronto mostraba. Si estaba empeñada en hablar de esas cosas, que lo hiciera con Kjell Bjarne. ¿Y qué era lo que estaba diciendo, por cierto? ¿Que simplemente salió así? ¡Me lo estaba imaginando! Reidun Nordsletten inclinada sobre la fregona en el Hospital Central. El miembro masculino erecto que de pronto salía como de la nada y se deslizaba en su interior allí donde estaba más suave. ¡Qué chorrada! O te violan, o te entregas voluntariamente. Así son las cosas.

Por suerte Kjell Bjarne volvió en ese momento, así que me libré de ponerla en su sitio. Intenté leer en su cara si había leído mi poema, pero no tenía expresión. Como era de esperar, tendré que decir.

Encontramos a Alfons Jørgensen en mucho mejor estado del que le habíamos dejado. La hinchazón del pie había bajado y cojeaba por el piso con un práctico bastoncillo que había rescatado del caos. Saludó galantemente a Reidun Nordsletten, sí, incluso le besó la mano, haciendo que Reidun se sonrojara de un modo que le sentaba muy bien y dirigiera una discreta mirada a Kjell Bjarne. Aunque lo cierto es que Kjell Bjarne estaba de espaldas, revolviendo en su caja de herramientas; habíamos pasado por casa a buscarla de camino hacia allá. Silbaba la melodía de *El puente sobre el río Kwai* y, en suma, parecía encontrarse en su salsa.

—Bueno, hay que decir que hacía una eternidad que no pasaba por aquí una mujer —dijo Alfons Jørgensen.

—Ya lo veo —dijo Reidun pasando el dedo índice por el borde de una de las estanterías.

—Bueno, ya casi tengo la edad del polvo, así que... ¡Pero sentaos! ¿Querréis una taza de café, no?

—No —dijo Kjell Bjarne—. ¡Ahora le toca al coche!

—¡Sí, por supuesto! —dijo Alfons Jørgensen guiñándome el ojo—. Ahora mismo te busco la llave del garaje. Y del coche, naturalmente. Pero creo que Elling va a tener que acompañarte abajo. El garaje es demasiado estrecho como para que trabajes

dentro, vais a tener que empujar el coche para sacarlo al patio.

—Qué idea más mala —dijo Kjell Bjarne—. No va a hacer más que estorbarme. No, será mejor que Elling se quede aquí.

Estaba alardeando y, encima, a mi costa. Si hubiera pasado algo así un año antes, lo hubiera puesto en su sitio, pero ahora dejé estar todo el asunto. Además no tenía ninguna gana de empujar un coche. Me pillé a mí mismo deseando que se forzara más allá de la capacidad de resistencia del cuerpo, que se le dislocara una de las vértebras de la columna, para que aprendiera algo de humildad.

—¡Yo bajo con él! —dijo Reidun—. Primero preparo el café y luego bajo —se metió con familiaridad en la cocina de Alfons Jørgensen.

—¡Para mí té, por favor! —dije.

Kjell Bjarne farfulló algo y salió por la puerta con la caja de herramientas bajo el brazo.

—Hay un mono de trabajo colgado ahí abajo —le gritó Alfons Jørgensen—. ¡Póntelo para no destrozarte la ropa!

—No se ha enterado —dije.

—No —dijo Reidun—. Pero yo sí. ¿Eres consciente de que a tus platos sucios les está saliendo mohó, Jørgensen?

—¡No los toques!

—Los friego en un momento, mientras el agua se pone a hervir.

Él se dejó caer en su sillón: —Bueno, está bien. ¡Pero dejaos ya de la bobada esa de Jørgensen! ¡Los dos! Llamadme Alfons. O Alf. La mayoría de la gente que me conoce me llama simplemente Alf.

—A mí Alfons me parece más elegante —dijo Reidun—. Además hay mucha menos gente que se llama así. Tiene algo de «sudeño».

—Sureño —la corregí.

—¡Es igual, hombre! Estoy segura de que has entendido a lo que me refería.

—No es indiferente cómo se relaciona uno con el lenguaje —dije—. Si nos descuidamos demasiado, se muere todo el idioma.

—Bueno, tal vez habría sido ventajoso —dijo Alfons—. Por cierto, te he sacado unos libros —se levantó y se dirigió cojeando a una habitación aledaña.

Yo me acerqué a la ventana y miré al patio. Y efectivamente, Kjell Bjarne había conseguido maniobrar con aquella enorme masa de coche hasta sacarlo al patio y ahora estaba liado con la tapa del motor. Una suave luz de tarde caía oblicuamente sobre el patio, haciendo que le relumbrara la calva que tenía en medio del cogote. Hacía un par de minutos estaba furioso con él, pero ahora desaparecía el último vestigio de enfado. Sí, aquella imagen sencilla y sumamente cotidiana conmovía algo en mí. Un hombre con calva incipiente, que se inclina sobre el capó de un coche. Tiene que ser la sangre, pensé, tiene que ser la sangre que hemos mezclado. Y todas aquellas largas conversaciones nocturnas en la habitación compartida de Brøynes. Los dos pertenecemos ya a la vida del otro y nadie puede hacer nada contra eso. Ni

siquiera la incipiente relación entre él y Reidun podría hacer tambalear el hecho de que teníamos algo en común. Algo que no se podía destruir.

La oí abrir la ventana de la cocina y a los pocos segundos su voz retumbaba en todo el patio.

—¡Ponte el mono de trabajo, Kjell Bjarne, anda, para no arruinarte el jersey!

Él enderezó la espalda y se quedó mirándola sorprendido. Luego sonrió y alzó una mano, antes de dirigirse al garaje.

En fin, pensé. Así serán las cosas. Lo que estoy viendo es un destello del futuro. Ahí estaba, en el salón de mi amigo Alfons Jørgensen, popularmente conocido como Alf. En la cocina trajinaba Reidun Nordsletten, y había aroma a café recién hecho y detergente. Abajo en el patio Kjell Bjarne estaba arreglando un coche. Si conseguía que arrancara, tal vez podríamos irnos de excursión los cuatro, como había insinuado Alfons. Sería más correcto decir los cinco, por cierto. Era importante no olvidarse del pequeño astronauta.

¡Recórcholis!, pensé. ¡Recórcholis! A Alfons y a mí nos dieron una taza a cada uno, café y té, y Reidun se llevó la cafetera y dos tazas al patio.

—¿Kjell Bjarne es el padre de la criatura? —dijo Alfons cuando nos quedamos solos.

—¡No, desde luego que no! —le aseguré.

Le expliqué la situación y le hablé sobre el sinvergüenza del español y la pequeña ayuda con la que estaba contribuyendo yo a su relación.

—Muy noble por tu parte —dijo mordaz—. Pero creo que ya puedes dejarlos a su aire.

—Sí —dije—. Tengo la impresión de que sí.

Todo el que haya intentado abrir una sopa de sobre, sin estropear el propio sobre, habrá constatado lo mismo que yo. Es imposible. Había comprado diez sobres de sopa de guisantes Toro, pero fui rompiendo una bolsa detrás de otra. Intenté abrirlas con vapor, con resultados negativos. Ataqué con cuchillas de afeitar y precisión quirúrgica, con el único resultado de un corte en el dedo y otro sobre estropeado. Estuvimos comiendo sopa de guisantes con trozos de salchichas durante días y Kjell Bjarne empezó a preguntarse si habíamos vuelto a reventar los presupuestos. En ese momento tiré la toalla. Era de gran importancia que Kjell Bjarne no se oliera mi proyecto lírico, porque no se podía confiar en su silencio. Ciertamente era un hombre de pocas palabras, qué digo, un maestro de los monosílabos, pero aun así se le daba mal guardar un secreto si tenía alguien a quien revelárselo. Y ahora lo tenía, porque Reidun Nordsletten supo ganárselo aquella tarde en el patio trasero de Alfons. Lo fue suavizando con café recién hecho, mientras Kjell Bjarne se henchía, señalaba el motor y explicaba esto y aquello. Sinceramente, hasta entonces yo no tenía la menor idea de que entendía de motores de coche estropeados, pero resultó que había tenido un tractor y un Bedford destrozado allá en la granja de Maridalen de donde venía. Ni una palabra me había dicho a mí sobre eso, naturalmente. Cada vez que, en el curso de nuestras muchas conversaciones nocturnas, empezábamos a hablar de la prehistoria de Kjell Bjarne, se hacía el silencio en su parte de la habitación. A sus padres habría que ejecutarlos sin ley ni sentencia. Eso era todo lo que tenía que decir sobre sus propios orígenes.

Al principio me chocó un poco, no diré otra cosa; de hecho me puse también un poco distante con Reidun Nordsletten. A mi juicio la cosa iba algo rápido. Ya al día siguiente andaba por ahí con gesto de sabiondo, sabía algo sobre Kjell Bjarne a lo que yo no tenía acceso. Y me lo hizo entender por medio de insinuaciones y frases medio dichas. Palabras como «Maridalen» y «Bedford» flotaban en el ambiente. Había sido iniciada.

Pero me sacudí mi malestar. Me dije a mí mismo que ellos tendrían lo suyo, pero que yo desde luego tenía lo mío. Tenía mi poema y una pila de libros que había colocado en perfecto orden en mi nueva estantería. Aún no había conseguido un buen sillón, quería esperar hasta encontrar el *adecuado*, pero había colocado un taburete de cocina en mi rincón y la verdad es que estaba la mar de a gusto. Lo de la chimenea artificial lo iba a dejar para cuando empezaran las tormentas de otoño, a fin de conseguir el bienestar óptimo. Así que me sentaba allí, recto y erguido, y leía a Olaf Bull y Herman Wildenvey. Es cierto que ellos trabajaron una parte algo distinta del jardín de la poesía que la mía, aunque algunos de sus poemas no estaban nada mal. Pero Jan Erik Vold no me gustaba. Hacía demasiados aspavientos para mi gusto. Lo cierto es que en el fondo me parecía un verdadero bobo, pero ahí choqué con la

resistencia de Alfons. En fin. Sobre gustos no hay nada escrito, como se suele decir. Aunque lo cierto es que una noche me fui de su casa por el enfado que me había cogido tras una desgarradora discusión sobre uno de los libros de Nils Kvilekvål, pero no tardé en llamarle para pedir disculpas, después de hablarlo con Frank.

Pero con lo de las sopas de sobre tuve que rendirme. Era simple y llanamente imposible introducir un poema entre los guisantes desecados, sin que el cliente viera que alguien había estado manipulando el sobre. Las latas de conserva también quedaban descartadas, no llegué a intentarlo. En fin, supuso una derrota. Aunque tenía claro que no era tan fácil conseguir un titular de portada en el VG. Al menos no bastaba con esparcir las notas tal y como había hecho yo hasta entonces.

Pero entonces se me ocurrió una idea. No era tan buena para los titulares líricos como la idea de las sopas de sobre y las latas de conserva, pero al menos era realizable. Bajé al Prix y compré un paquete doble de chucrut. Dos bolsas separadas de chucrut, empaquetadas en una misma caja de cartón. Kjell Bjarne estaba en casa, así que introduje el paquete clandestinamente en mi rincón de lectura, donde me consagré a la minuciosa labor de abrirlo con una cuchilla de afeitar. Era más difícil de lo que había pensado, pero comprendí inmediatamente que estaba dentro de los límites de lo posible.

Cuando estaba casi a medias, Kjell Bjarne entró sin contemplaciones, como casi era de esperar. Apenas tuve tiempo de meterme la cuchilla de afeitar bajo el muslo derecho.

—¡Caramba! —dijo.

—¿De qué se trata? —dije—. ¿No ves que estoy ocupado?

—¿Estás aquí leyendo un paquete de chucrut? —Su mirada vagaba confusa del paquete de chucrut a los libros de la estantería y de vuelta al chucrut.

—Pues sí, eso hago.

—¿Y por qué?

Ahora tenía que mitigar la situación, en caso contrario la imagen de mí con el paquete de chucrut en la mano se fijaría demasiado bien en su memoria. Si encontraba mi comportamiento demasiado raro podía llegar a contárselo a Alfons y a Reidun, y luego ellos lo recordarían el día que salieran los titulares en los medios. Eso a su vez derribaría los propios fundamentos del proyecto, además de ponerme en ridículo. Por eso lo distraje con unas mentiras, casi diría que piadosas, sobre que a partir de entonces tenía pensado tomarme más en serio eso de las sustancias aditivas en la comida. Se iba a acabar eso de meternos cualquier cosa para el cuerpo sin comprobar siquiera lo que realmente contenía la comida. ¿Qué pensaba él, por ejemplo, del E211? ¿Era consciente de que prácticamente todos los días se tragaba enormes cantidades de hidratos de carbono?

—¡Lo más importante es que sepa bien! —opinó él—. Me bajo a casa de Alfons.

Afortunadamente. El paquete de chucrut había salido de su mente, se lo veía en la cara: —¿Crees que alguna vez conseguirás que el coche ese vuelva a andar?

—Hombre. Pero nos hacen falta unas piezas. Alfons ha dicho que iba a poner un anuncio en el periódico para conseguirlas. ¿Te vienes?

—Iré un poco más tarde —dije—. ¿Y qué pasa con Reidun?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Vas a ir con ella? —le dije con paciencia.

—Ya está allí. Quería hacerle la comía, ha dicho.

Muy bien, sí. Esto se estaba poniendo bastante familiar. ¿Pero por qué no, en realidad? Verdaderamente habíamos pasado el suficiente tiempo cada uno en su rincón. Kjell Bjarne y yo con llamadas eróticas y mando a distancia. Reidun con un niño en la tripa y la casa hasta arriba de búhos muertos. Alfons en su biblioteca, esa biblioteca que ya no tenía gran interés para él. Además, pensé, porque ya me estaba imaginando a Reidun en la cocina de Alfons, al niño le puede venir bien un abuelo. Porque resultaba que el abuelo de Reidun se había quitado la vida, me lo había dicho sin ambages. Se había colgado de un peral a las afueras de Copenhague, aunque nadie sabía qué hacía allí.

—¿Kjell Bjarne?

—¿Sí?

—Nosotros dos *ya* hemos comido, ¿verdad?

—Que sí —dijo algo avergonzado, evidentemente había desenmascarado su plan.

—¡Pues come otra vez! —le dije con voz vibrante—. ¡Y tómate una porción extra a mi salud! ¡Esto no es Brøynes!

Se le iluminó la cara, sí, la verdad es que se puso sinceramente contento: —¿Y no le vas a decir nada a Frank?

—Por supuesto que no. He decidido disminuir el contacto con él a un plano meramente comercial. ¡A nosotros no nos faltan amigos! ¡Pero, Kjell Bjarne, prométeme que vas a tener un poco de cuidado con los hidratos de carbono! ¿Lo prometes?

Asintió con la cabeza: —Le preguntaré a Alfons.

—No —dije—. No se lo vas a preguntar. La verdad es que ahora te estaba tomando un poco el pelo.

Hizo como si lo hubiera cogido y se forzó a echar una risotada: —¡Vale, compi! ¡*See you later*, cocodrilo!

Media hora más tarde había alcanzado la meta. Había conseguido abrir el paquete con la cuchilla de afeitar, sin hacerle ni un solo rasguño al cartón, había cortado la cola. Saqué cuidadosamente una de las bolsas de chucrut y le pegué el poema con celo. Luego volví a cerrar el paquete escrupulosamente con la cola de carpintero de Kjell Bjarne. Quedó perfecto. Era imposible ver que alguien lo hubiera manipulado. «Abrió un paquete de chucrut. ¡Encontró un poema!». Ya me estaba imaginando los titulares. Tal vez no me dieran toda la primera página, pero no me cabía duda de que

el director sacrificaría espacio de las columnas para este singular fenómeno. Suponiendo, obviamente, que la persona que comprara el paquete tuviera la suficiente fantasía como para contactar con el periódico. Era perfectamente consciente de que el consumidor constituía el eslabón débil. En todo caso no tenía intención de dejarlo tras aquel único paquete. Las posibilidades de la fama repentina y anónima aumentaban con cada uno de los paquetes que consiguiera reintroducir clandestinamente en el supermercado. Precisamente esa parte del proyecto, la reintroducción clandestina, era la que me daba más quebraderos de cabeza, pero de alguna manera conseguiría persuadirme a mí mismo. Además tomé la decisión de mantenerme fiel al chucrut. Diversas compotas y gachas estaban empaquetadas del mismo modo, pero mi marca sería el chucrut. Eso les daría a los medios algo más en lo que pensar; el hecho de que mi poesía estuviera ligada a un único producto. (El poeta del chucrut vuelve a la carga). Con un poco de suerte, la prensa contactaría con un par de expertos en psiquiatría que informarían mínimamente a los lectores sobre el abismo psicológico en el que se encontraba aquel insólito poeta. ¿Por qué solo arremetía contra el chucrut? Algo de la infancia, probablemente. Una madre dominante. Alcoholismo y problemas en el hogar. El chucrut, repollo amargo, posiblemente podía verse como símbolo del amargado ambiente que había regido en la infancia del poeta en cuestión. ¿Que quién era el poeta? Probablemente un hombre joven, confuso y sin amigos. Me desternillaba de risa yo solo. Pensaba en mis amigos. En Kjell Bjarne, Reidun y Alfons Jørgensen. Y en los dos gatitos que gateaban a mi alrededor a todas horas del día y de la noche. También pensé en mi madre. Mi buena mamá difunta, que me había dado todo lo que estaba en su mano. Uno de aquellos días iría a atender su tumba.

Escondí el paquete de chucrut en el fondo de mi armario y me preparé para irme. *Elmer y Pimentón* estaban sentados el uno al lado del otro en el recibidor y me miraban con sorpresa. Siempre hacían eso cuando iba a salir. Parecían completamente asombrados. ¡¿Vas a salir *ahora*?! ¿Y por qué, si se puede saber, no te quedas en casa? Sí, aquellas miradas tuyas tan interrogativas e inocentes casi me hacían daño. A veces me sentía como un granuja cuando los dejaba así. Decidí hablar con Kjell Bjarne sobre el asunto. Tendría que ser posible ventilarnos de una forma controlada, ¿no?

De camino hacia Hjelmgate paré en una tienda de tabacos y compré un paquete de diez puros de Bellman Light. Cigarros suaves, pero con carácter, como dijo el hombre tras el mostrador. Me recomendó que los encendiera con cerillas y que no inhalara. Fue como si comprendiera que hacía más de veinte años que no fumaba.

Aun así, todavía tenía pensado mantenerme entre las filas de los no-fumadores. Relajarse de vez en cuando con un puro no era lo mismo que entregarse a la infernal dominación de la nicotina. Todo con moderación, como se suele decir. Me encendí uno por el camino y, para mi sorpresa, noté que la cavidad bucal recibía sin protestas el bienoliente humo. Era como si no existieran todos aquellos años que separaban mi

mínima experimentación con los cigarrillos mentolados del presente. Todo resultaba perfectamente natural y ni una sola persona se sonrió al verme. Supongo que simplemente pensarían: Mira, ahí viene un hombre con un puro en la boca. Asunto suyo. A nosotros no nos incumbe.

Mi entrada fue todo un éxito, creo que me atrevo a decirlo así. Alfons y Reidun estaban sentados junto a la mesita del jardín y Kjell Bjarne estaba inclinado sobre el Buick. Evidentemente el puro, hasta cierto punto, llamó la atención de quienes me conocían como no-fumador, pero yo me limité a soltar el humo e hice como si nada. Pues resultaba que de vez en cuando me fumaba un puro. La verdad es que siempre lo había hecho. No era como para montar un número, más bien al contrario.

—En Brøynes nunca fumabas —dijo Kjell Bjarne—. Ni siquiera en Nochebuena.

—Eso es porque sé tener consideración con los demás —dije—. Me fumo uno al aire libre de vez en cuando. Un puro bueno, eso sí. Tampoco hay que acabar por mal camino.

Kjell Bjarne dejó a un lado la llave inglesa. Tenía un aspecto bastante cómico con el mono de trabajo de Alfons. Le quedaba un par de tallas pequeño, por decirlo con suavidad. Le tiraba de la entrepierna y las piernas acababan en medio de su pantorrilla:

—¡Alfons dice que cuando acabe de arreglar el carro podemos ir a pasar unos días a su cabaña! —dijo.

—¿Unos días a su cabaña? —dije.

No sabía muy bien qué opinar. A mis oídos sonaba un poco amedrentador, pero al mismo tiempo me tentaba. Reunirse ante la chimenea todas las noches, tras largos días al aire libre. Parchís y sopa de sobre. Cagadas de ratón en el armario y agua del pozo.

—Tengo una casa cerca de la playa, en Nevlunghavn —dijo Alfons—. Hace siglos que no voy. Los últimos años he alquilado la casa. Pero he pensado que si hace bueno en Semana Santa... En fin, Kjell Bjarne y tú tendréis que hablar antes con el tal Frank, claro, pero ¿si a él no le importa? —Me miró inquisitivamente.

—¡Esto a Frank no le incumbe! —dije.

—Ya, ya, pero aun así...

—Ya hablaré yo con él —dijo Kjell Bjarne—. Elling enseguida se pone a discutir. El jueves se pasará por casa. Suele estar de buenas después del cine.

—¡No se te ocurra inmiscuirte en esto! —le atajé—. Ya es hora de poner en su sitio a ese hombre y de ese asunto voy a tener que encargarme yo. ¡Porque resulta que no soy de esos que se arrastran ante los empleados municipales!

Alfons no dijo nada, pero chasqueó dos veces los dedos.

—¡Seguro que no da problemas! —opinó Reidun, conteniendo la risa—. Y si los da, nos vamos Alfons y yo solos. ¿A que sí, Alfons?

Kjell Bjarne empezó a restregarse las sienes con sus mugrientos nudillos y Alfons salió inmediatamente en su ayuda y dijo que no, que aquí éramos todos para uno y

uno para todos.

Yo me ofusqué. Sí, desde luego que me ofusqué. Con toda la razón. Me dediqué a deambular inquieto por el patio, con un puro apagado en la boca, mientras me imaginaba la soberbia cara de Frank. ¿Excursión a la playa? ¡Desde luego que no! No era para eso para lo que nos desembolsaban una paga todos los meses. Llegué a la conclusión de que diría que no, solo por divertirse. Por puro y mero sadismo. Me embarqué en un furioso diálogo imaginario y acabó saliéndome espuma por la boca. ¡Yo me iba de excursión, aunque me costara tanto el hogar como la pensión! ¡No había ido a pasar unos días a la playa en toda mi vida, y ya estaba bien! Le pegué una patada al tendedero. Boxeaba en el aire cada vez que su autocomplaciente rostro se asomaba ante mis ojos interiores.

De pronto Alfons estaba ahí: —¡Ya está bien, Elling!

Sí, ya estaba bien. ¡Más que bien! Escupí el puro mojado y empecé a llorar. ¡Me quería ir de excursión, como todo el mundo! ¿Acaso era demandar demasiado?

—Lo vamos a dejar por hoy, Kjell Bjarne —dijo Alfons—. Vamos a subir todos a mi casa. Está empezando a refrescar.

Y era verdad. De pronto descubrí que había refrescado muchísimo. Me temblaba todo el cuerpo y una vez en casa de Alfons tuve que acurrucarme bajo una manta en el diván. Reidun hizo más té y me acarició el pelo sin que Kjell Bjarne lo viera. Yo me quedé tumbado sin moverme, con los ojos cerrados y escuchando cómo me latía aceleradamente el corazón.

Las fosas nasales de Frank vibraban. Me había percatado de ello, de que sus fosas nasales vibraban cuando cavilaba sobre algo. Le temblaban las aletas de la nariz. De las propias fosas nasales asomaban las puntitas de unos negros pelos, que se fundían con su descuidado bigote. En algunas ocasiones había sentido el deseo casi irreprimible de meterle un dedo por sus peludas cavidades, pero en aquellos momentos tal idea despertaba mi rechazo. Me resultaba desagradable, casi asqueroso. Una fina hebra de queso fundido colgaba de una de las comisuras de sus labios y se mezclaba con sus barbas. Masticaba *pizza* y cavilaba.

—¿Entonces qué? —dijo Kjell Bjarne, cogiéndose la porción más grande que había en la mesa.

Le pegué un puntapié en la pierna. Este era mi departamento. Tenía preparado un terrible rapapolvo con el que arremetería contra Frank en caso de que no nos permitiera ir de excursión con Reidun y Alfons. Si rechazaba nuestra petición, cosa que seguramente haría, al menos me daría el gusto de acribillarle con los peores improperios que se pudieran encontrar en la lengua noruega. Había pasado media noche en vela preparándome. Me había arengado a mí mismo, hablando tan alto que Kjell Bjarne había acabado despertándose. ¡Vamos, hombre!, pensé. ¡Asquerosa lagartija!

—Por supuesto que podéis iros de excursión —dijo Frank—. Pero antes tengo que tener una pequeña charla con ese tal Alfons... ¿Cómo era que se llamaba?

—Alfons Jørgensen —dijo Kjell Bjarne.

Casi me trago el suelo, como se suele decir. Y tras casi tragarme el suelo, me sentí más aliviado que un globo meteorológico. Y sin darme ni cuenta, me levanté ¡y empecé a bailar claqué! Tiquetitac, tiquetitac. Daba vueltas y más vueltas, al mismo tiempo que chasqueaba los dedos, exactamente como Alfons tenía por costumbre. Alcé el brazo derecho por encima de la cabeza y chasquéé los dedos. Naturalmente la gente empezó a mirarnos, pero al que le importaba un pepino era a mí. En mi imaginación iba ya sentado en el asiento del copiloto del gran coche americano de Alfons, inalcanzable y misterioso tras mis gafas de sol. Avanzábamos a endemoniada velocidad por las carreteras de la región de Vestfold; me embargó una repentina y poderosa ebriedad de libertad, al tiempo que escuché el sonido de cadenas mentales que se quebraban.

Frank me indicó que volviera a sentarme: —¿Alfons Jørgensen?

—Nosotros solo le llamamos Alfons —dijo Kjell Bjarne—. O Alf. Que es lo que le gusta a él.

Frank me miró:

—No está nada mal. No me dijiste una palabra de que era Alfons Jørgensen con quien te habías peleado la noche que llamaste —se echó a reír—. ¡Menudo eres tú!

Te atreves a discutir sobre literatura con Jørgensen.

—No le gustaba el libro de Kvilekvål —dijo—. Pero a mí sí. Además, ya hemos dejado atrás ese asunto. Hice como me dijiste: lo llamé y le pedí perdón.

—¡Que sí, hombre, relájate!

—¿Ha hecho algo malo? —dijo Kjell Bjarne—. ¿Por qué lo conoces?

—No, por Dios. Solo que es bastante conocido. Al menos lo era.

—¿A qué te refieres con conocido? —dijo Kjell Bjarne—. ¿Ha salío en la tele?

Frank se encogió de hombros con indiferencia. Le gustaba alardear de que apenas veía la televisión. Aún tenía un viejo televisor en blanco y negro en el salón del sótano:

—Alfons Jørgensen publicó dos poemarios a mediados de los sesenta —dijo—. Era bastante prometedor. Por esa época yo estaba estudiando Historia de la Literatura y él estaba muy considerado en la facultad. Luego vino el silencio. Dos poemarios y se acabó —volvió a encogerse de hombros.

Estaba completamente anonadado por la noticia que me acababan de dar. ¡Era amigo íntimo de un lírico! Y no un lírico cualquiera, sino un lírico que había conseguido que toda la panda de críticos amargados de la Universidad de Oslo lo considerara prometedor. ¡Era increíble! ¿Y por qué no nos habría dicho nunca ni una sola palabra sobre eso? Al menos a mí. Una información así sería completamente inútil para Reidun y Kjell Bjarne, como echarles perlas a los cerdos, pero ¿por qué no me había iniciado a mí en el secreto? Llegué rápidamente a la conclusión de que aquí debía de ocultarse algún tipo de tragedia. Era verdad que yo también había callado sobre mi poesía, ¡pero eso era otra cosa! Todo mi proyecto se basaba en el anonimato, en eso de que nadie supiera quién se ocultaba tras la desnuda firma «E». Alfons Jørgensen había hecho lo que yo había escogido no hacer, había publicado poemarios bajo su propio nombre, probablemente para una de las grandes editoriales. ¿Por qué lo había dejado tan bruscamente? Una cosa estaba clara: no iba a ser yo quien le planteara la pregunta de por qué había dejado la pluma. Para mí era Alfons Jørgensen, amigo y bienhechor. Mi intención era elevarme muy por encima de su estatus de cuasifamoso entre los universitarios de mediana edad como Frank. Así se lo dije al propio Frank. Les *prohibí* a él y a Kjell Bjarne que ni siquiera mencionaran esos dos poemarios, con la justificación de que tras este asunto podía ocultarse algo doloroso y difícil que ninguno de nosotros tenía derecho a tocar. Y pasó lo insólito: Frank asintió con la cabeza y se mostró de acuerdo. No había pensado que fuera a vivir algo parecido en el curso de una sencilla vida aquí en la tierra.

—¿Y Reidun, qué? —le dijo a Kjell Bjarne.

Kjell Bjarne se retorció y me dirigió una mirada de inseguridad. ¡Pero no! Esto iba a tener que hacerlo solo.

—¿Es tu novia?

—¡No es asunto tuyo!

—¡Que no, cálmate, hombre! Solo te estoy preguntando.

Kjell Bjarne miró hacia otro lado.

—Te lo pregunto porque la verdad es que pienso que os va cojonudamente bien. Hace poco más de un mes os pasabais el día en el piso jugando con el mando a distancia. Y ahora estáis muy bien, ¿no? ¡Sois amigos de Alfons Jørgensen! Y Kjell Bjarne con churri... Ya lista y embarazada, incluso —me guiñó un ojo y yo le devolví cálidamente el guiño; ahora estábamos a gusto, nos teníamos cogido el truco, un truco bueno y entrañable—. ¿Por qué coño no le has contado nunca a nadie que sabías arreglar coches, Kjell Bjarne?

—¡Porque nunca nadie me lo ha preguntao!

Frank asintió con la cabeza. Estaba satisfecho con la respuesta. Era una respuesta que podía introducir en cualquier conferencia que diera sobre temas de salud y trabajo social.

Saqué mis Bellman Light y expulsé el humo hacia él por encima de la mesa. No me había afeitado y estaba lo justo de inalcanzable. Frank se había rendido y había dejado de intentar que me quitara las gafas de sol dentro. Había aceptado que ahí tocaba hueso, y que yo lo tenía como todo el mundo.

Llevaba mucho tiempo preparándome. Me había hecho fuerte. A causa de las circunstancias, un impredecible colapso, no pude estar presente cuando colocaron la urna de mi madre al lado de la de mi padre. Simplemente me encontraba en el centro de curas de Brøyenes. En contra de mi voluntad. Y cuando volví a Oslo... El cementerio de Vestre Gravlund estaba cubierto de hielo y nieve, y además supongo que estaba un poquitín avergonzado. Había pasado más de un año en Brøyenes, y en el fondo de mi corazón debía de saber que Gunn me habría acompañado a la tumba si se lo hubiera pedido. Pero era como si la partida de mi madre, y todo lo que me la recordaba, se hubieran convertido en un nudo dentro de mí. El dolor que sentía en relación con aquello estaba moleestamente relacionado con los desesperados días de soledad en el viejo bloque de vecinos. Más o menos lo había reprimido todo.

Pero ahora empezaba a sentirme maduro. Y un día que de todos modos Kjell Bjarne y yo habíamos quedado con Reidun y Alfons para dar una vueltecilla por el parque de Frogner, ¡tomé la decisión! Iría con ellos, pero en un momento dado les pediría que comprendieran que me tenía que retirar, mejor dicho, que me tenía que pasar por el cementerio al lado del parque. Porque resultaba que tenía un recado que hacer. Había allí alguien esperándome. Simple y llanamente tenían que disculparme durante media horita.

Hacía un día de perlas. Aún faltaban unos días para Semana Santa, pero hacía sol y calor. Me moría de gusto solo de pensar en el maravilloso viaje que íbamos a hacer a Nevlunghavn, en caso de que el tiempo siguiera así. Alfons estaba prácticamente restituido. Caminaba por el verde con el abrigo abierto y el sombrero deslizado sobre la nuca. Reidun se había puesto ropa ligera y por primera vez vimos lo grande que estaba. Caminaba vacilante, tan redonda como un planeta. Kjell Bjarne y yo habíamos comprado una correa de gato cada uno, pero los intentos de entrenamiento

que habíamos llevado a cabo en casa fueron, en general, un fracaso. Llegamos a la conclusión de que los gatos no estaban hechos para ir con correa. Lo mejor era desengancharla y llevarla a rastras. Entonces los gatos la seguían fielmente. Naturalmente resultaba ridículo ver a dos hombres adultos arrastrando sendas correas tras de sí, pero nos elevamos por encima de eso. En una floristería había comprado un bonito ramo de narcisos de Semana Santa. Extremadamente adecuado, por cierto, porque el amarillo había sido el color favorito de mi madre. Expliqué a mis amigos cómo andaba la cosa, ya en el mismo momento en que comentaron las flores. Tenía una tumba a la que acudir. La había tenido descuidada, pero había llegado el momento de ir. Lo entendían perfectamente, dijeron. Esto es, lo dijeron Alfons y Reidun. Kjell Bjarne dijo que le hubiera gustado tener una tumba materna a la que acudir. «Así habría sabido dónde ir cada vez que quisiera mear». Naturalmente no se pudo contener.

Me metí la correa en un bolsillo y a *Elmer* en el otro. Se había puesto ya tan grande que podía ir en el bolsillo asomando la cabeza hacia afuera. Estaba claro que aquello le gustaba, porque se mantenía completamente quieto mientras yo estuviera en movimiento. Acordamos reunirnos en el Monolito media hora más tarde.

Al principio no pude encontrar la tumba. Hacía años que no visitaba la tumba de mi padre y entretanto habían enterrado unos cuantos cientos de urnas por ahí. Las chatas piedras estaban esparcidas por todas partes entre la hierba, y me empecé a desesperar. Y a avergonzarse también, ¿porque qué tipo de persona es la que no sabe ni dónde están enterrados sus propios padres? Un canalla ignorante, me parecía a mí. Me puse a corretear entre las filas de piedras talladas, pero me pareció demasiado irrespetuoso, además *Elmer* se puso a protestar. No le gustaba que lo llevaran por ahí corriendo, prefería un paso más pausado. Estaba acalorado y sudoroso, y al borde del llanto, cuando por fin me pude poner en cuclillas junto a la superficie gris azulada en la que estaban tallados los queridos nombres de mi madre y de mi padre. Me saqué a *Elmer* del bolsillo y dejé que olisqueara mientras yo colocaba las flores.

Bueno, pensé. Ahí yacéis vosotros y aquí me tenéis a mí. A vuestro chico. He traído unas flores y un gatito. Por ahí abajo, en el parque, andan mis tres amigos charlando sobre Dios sabe qué. Sobre el viejo coche de Alfons, quizá. Porque resulta que un día de estos vamos a hacer una pequeña excursión. Frank nos ha dado luz verde. Y mientras estaba sentado en cuclillas, charlando un poco con aquella piedra, fue como si oyera la risueña voz de mi madre. Porque lo cierto es que sabía exactamente cómo habría reaccionado si siguiera con vida y hubiera podido ver que había empezado a rodearme de animales y amigos. Nada en el mundo la habría alegrado más, porque ella misma solía intentar motivarme para que estableciera alianzas con otras personas. Los Scouts, ¿no te gustaría eso? ¡No, muchas gracias! ¡Chicos que se masturban juntos y se ayudan a saltar por encima de los agujeros en el hielo! Monitores pedófilos y sacos de dormir empapados. Hacer absurdos nudos en cuerdas. Es cierto que un par de veranos me mandó a campamentos cristianos, pero

fue como si no le sacara ningún partido. Resultaba que en medio de aquella camaradería me sentía más solo que en mi cuarto de casa. Era como si atravesara, como si desenmascarara, a los alegres chicos que se dedicaban a perseguirse corriendo los unos a los otros. No estaban alegres. Eran como yo, almas solitarias encerradas en cuerpos de carne y hueso, vísceras y comida a medio digerir. Podían jugar al voleibol y hablar del Cristo crucificado tanto como quisieran, pero no habían entendido que ellos también iban a morir. Cada vez que se miraban al espejo, se creían realmente la imagen que veían, de eso no me cabía duda. Yo no estaba hecho de esa manera. Yo podía sentarme en clase y ver cómo se pudría y descomponía el profesor. Sus palabras con frecuencia se convertían en sonidos sin sentido, sin ninguna relación. ¿Elling? ¿Mi propio nombre? ¿Nombre? Me podían estar gritando aquel ridículo código de letras, pero si yo estaba del humor adecuado, y con frecuencia lo estaba, no veía más que labios y lenguas en movimiento, de vez en cuando una húmeda campanilla en la roja oscuridad. Me quedaba encerrado en lo que me era propio.

Me tumbé. Acariciaba la hierba con cuidado y charlaba con mamá. Me resultaba más natural contactar con ella; al fin y al cabo a mi padre nunca lo había conocido. Le hablé un poco sobre Kjell Bjarne, sobre todas sus peculiaridades y sobre la fobia paterna que sufría. No debió de tenerlo muy fácil hasta que me conoció a mí. Pero ahora podía contarle a mi madre que lo había metido en vereda, en fin, que incluso lo había apañado para que se echara novia. Reidun Nordsletten se llamaba la novia, y pronto sería madre. Nariz de patata, bien es cierto, pero un corazón de oro. Lavaba la vajilla en el Hospital Central, para que los pacientes pudieran comer con platos limpios y beber sus zumos en vasos relumbrantes. Una hacendosa hormiga en un gran sistema. ¿Que qué hacía yo? Bueno, más bien poco. Ante todo administraba a Kjell Bjarne, controlaba su pensión y procuraba que de vez en cuando se cambiara la ropa interior y los calcetines. Bueno, por lo demás estaba la poesía. Mis poemas, o más bien, mi poema. Los paquetes de chucrut que había que volver a llevar discretamente a las tiendas. Como siempre, me traía muchas cosas entre manos. Aún tendría que pasar un tiempo hasta que pudiera dedicarme al amor y a la prolongación de la familia. Si es que el amor me era concedido en absoluto, sobre ese asunto era difícil hacer predicciones. A uno le tocan dos y a otro no le toca ninguno, como dijo Øverland.

Me acurruqué sobre la hierba y dejé volar los pensamientos mientras entretenía a *Elmer* con un largo hierbajo. Se me debió de ir el santo al cielo, porque de pronto estaban ahí, formando un semicírculo a mi alrededor. Kjell Bjarne, Alfons y Reidun. Parecían preocupados y dijeron que llevaban casi una hora buscándome. ¿Era posible? Me pareció que tenía que decir algo sensato, así que dije que *Elmer* y yo habíamos tenido una experiencia cercana a la muerte y que habíamos perdido la noción del tiempo. Habíamos visto a mi madre en una fuerte luz al fondo de un largo túnel. Y también habíamos oído música clásica celestial. Había sido muy hermoso.

Me había llenado de una armonía que las palabras no podían describir. Después de aquello nunca volvería a tener miedo de enfrentarme a la muerte.

—¡Chorradas! —dijo Kjell Bjarne.

—No seas tan insensible, hombre, Kjell Bjarne —dijo Reidun—. Eso lo he leído yo en las revistas. ¿Lo dices en serio, Elling? ¿Has visto a tu madre al fondo del túnel ese?

—Lo puedes apuntar, si quieres —dije levantándome, tenía una pierna del pantalón empapada y me sacudí tierra y hierba seca—. Te aseguro que reconozco a mi propia madre.

—¡Qué chulada! —dijo Reidun—. Hay quien ve también a Jesucristo.

Alfons chasqueó los dedos dos veces: —¡Vámonos!

Aquella noche Kjell Bjarne consiguió poner en marcha el coche. De pronto sonó el sonido pesado de un motor de coche en el patio trasero de Alfons. Ocho cilindros que trabajaban con precisión americana. Miré aturdido a Alfons, que cerró los ojos y sonrió. Reidun acudió corriendo desde la cocina, con un gran signo de interrogación en la cara.

Nos acercamos los tres a la ventana. En el patio, el relumbrante Buick estaba en marcha. Azules gases de escape llenaban la noche de primavera.

En el pequeño césped junto al tendedero, Kjell Bjarne hacía el pino. Firme como una montaña. Durante largo tiempo.

Por una vez, salió todo exactamente tal como lo había imaginado. El Jueves Santo amaneció soleado y caluroso, y Kjell Bjarne, Reidun y yo nos presentamos en casa de Alfons un poco antes de las diez, como estaba acordado. Kjell Bjarne con una mochila a la espalda y otra a la tripa, además de las dos maletas de Reidun con ropa y comida. Yo con la jaula de *Elmer* y el *Pimentón*, mientras que Alfons ya estaba liado haciendo su propia maleta. Dos días antes habíamos hecho la prueba de fuego con una excursioncita al valle de Maridalen y todo había funcionado a la perfección, al margen de ciertos problemas con el radiador. Yo no sabía ni siquiera para qué se necesitaba un radiador en un coche, pero me dio la impresión de que todo iba a salir bien. Por si acaso, Kjell Bjarne insistió en llevar puesto el mono de trabajo durante todo el viaje, por si resultara necesario hacer algún arreglo por el camino. Innecesario, naturalmente, pero Alfons y yo lo apoyamos, puesto que nosotros los hombres comprendíamos que precisamente aquellas vestimentas tenían algo que ver con la nueva identidad de Kjell Bjarne. Ahora se había convertido en el hombre que arreglaba las cosas. El mismísimo jefe del cuerpo técnico. Llevaba las mangas remangadas hasta la mitad del antebrazo y había evitado abrocharse los botones superiores, de modo que luciera la negra alfombra de su pecho. Reidun se rindió, como quien dice, sin presentar batalla.

Lo único que no se ajustó del todo a mis fantasías fue que me colocaron en el asiento trasero, con Reidun y los niños. Yo me había imaginado en el asiento delantero con Alfons, agitando perezosamente el brazo derecho a través de la ventanilla, eventualmente con la mano descansando sobre el listón del techo. No cabe duda de que mi antiguo yo hubiera montado un número por aquello, pero ahora estaba provisto de un ego más tolerante y me lo tomé todo con deportividad. Además era indudable que los argumentos de Kjell Bjarne tenían cierto peso, sostenía que en tanto que mecánico tenía que estar allí donde se movían las cosas. Supongo que, en sentido estricto, también se había ganado aquel lugar de honor, puesto que era su incansable trabajo lo que había posibilitado el propio viaje. Por eso no me enfurruñé más de lo estrictamente necesario y me acomodé en el asiento de atrás. ¡Y doy fe de que había espacio más que de sobra! ¡Una auténtica pista de baile! Reidun y yo casi podíamos estirar completamente las piernas e, incluso con la jaula de los gatos entre nosotros, cabían allí tres o cuatro traseros. Gente generosa, estos americanos. Preocupados por las familias. Aquel coche estaba construido para un padre y una madre, unos cuantos hijos más o menos planificados, el tío Henry y la tía Sally, y los sobrinos y sobrinas. Alfons aceleró el motor, metió la primera marcha con un movimiento suave, cruzamos la verja y nos deslizamos hacia la calle. La primavera mañana presentaba un color verde azulado al otro lado de los cristales de las gafas de sol.

—¡Ahora lo dejamos todo atrás! —dijo Alfons—. ¡Ya solo quedamos nosotros y el camino!

Un par de frases perfectas, a mi juicio. Casi americanas. Los demás asentimos con la cabeza y no podíamos estar más de acuerdo, y Kjell Bjarne puso una de sus cintas de Johnny Cash. Salimos de Oslo tronando al son de «Man in Black» y de «Folsom Prison», y todo iba «mejor que mega», como dijo Kjell Bjarne. Ya antes de haber pasado Sandvika, la carretera E18 había pasado a ser la ruta 66 y por mi cerebro se precipitaban secuencias de poemas subversivos. Pasamos por delante de unos campos recién arados y yo luchaba por las condiciones de vida de los campesinos. La ciudad de Drammen: el infierno de la gran urbe, donde la gente se derrumba bajo la sombra de las chimeneas de las fábricas y los bares apestosos. Luego seguimos en dirección a Vestfold, donde la pobreza y la miseria habían forzado a los jóvenes a embarcarse hacia aguas polares en busca de la ballena y la fortuna. Pensé en todos los navegantes de guerra. Pensé en los torpedeos del canal de la Mancha, en la añoranza del hogar en los marrones pubs de la zona portuaria de Liverpool. En las prostitutas, con una noche de consuelo a la venta y su propia tragedia palpitando entre sus húmedos muslos. Mi poesía pertenecía a los hombres y las mujeres llanos, a los pequeños piojos que se arrastraban por el caos, a quienes carecían de horizontes, pero tenían sueños y visiones de futuro. Aquel viaje en coche me proporcionó una inspiración casi ilimitada. Sonreía de medio lado para mis adentros al pensar en el cuaderno de producción china que me había comprado el día antes. Esa noche pensaba caminar a lo largo del mar y hacer mis anotaciones, con el viento salado y el lamento eterno de las gaviotas en los oídos. Un Lundell noruego en uno de sus periodos de sobriedad.

A las afueras de Sande nos paró la policía. ¡Pues sí, así fue la cosa! Me puse nerviosísimo, porque en cierto sentido todavía me encontraba en algún lugar del Medio Oeste y allí las cosas tienden a desmandarse cuando aparecen el *sheriff* y la policía. Naturalmente éramos totalmente inocentes, pero cualquiera que haya visto un par de películas americanas sabe que eso de ser inocente no supone precisamente una ventaja. Más bien al contrario. Cuanto menos culpable eres, tanto más te martiriza el agente psicópata de la policía local. Desde el principio no te soporta, porque da la casualidad de que no has nacido en el mismo somnoliento pueblo que él. En esta ocasión corríamos el riesgo de recibir una buena tunda de palos, puesto que ninguno de nosotros tenía vínculos con Sande. Al menos que yo supiera.

¡Descuida! El hombre que se aproximaba a nuestro coche era del tipo adecuado, se lo veía en la cara. Seguro de sí mismo y un poco fanfarrón, con el uniforme un tanto irrisorio con el que había sido equipada la policía noruega en los últimos tiempos: gorra de béisbol americano y anchas bandas reflectantes en las perneras de los pantalones, toda la panda parecía llevar pantalones de pescar. Si no me equivocaba, era de esos que lo habían pasado muy mal durante toda su carrera en los *Boy Scouts* y por eso había elegido una profesión donde pudiera esparcir su ciego

odio a los cuatro vientos. Probablemente la posibilidad de torturar a un poeta, metiéndolo un par de días en una celda de castigo, lo satisfaría sexualmente. En el mundo de aquel hombre, los poemas sin rima eran una mierda y Picasso un mal dibujante. Me preparé mentalmente para tenerme que colocar con las piernas separadas y las manos sobre el techo del coche, mientras me toqueteaba todo el cuerpo con su porra de goma. Me repetía una y otra vez mi fecha de nacimiento, por si me preguntara. ¿Estado civil? Debería decir... ¿No podría decir *pareja de hecho*, no?

—En fin —dijo Alfons—. Al menos no íbamos demasiado deprisa —bajó la ventanilla.

Se trataba del carné de conducir y de los papeles del coche. Con suave acento sureño. Por mucho que me aliviara descubrir que el hombre no era en absoluto de Sande, casi me decepcioné un poco. En cierto sentido habría tenido su elegancia que nos detuvieran en aquel mismo instante. ¡Poeta *nerd* arrestado en la E18! La imagen de mí mismo tirado en el polvo, con las manos entrelazadas en la nuca. Si encontraran mi poema en el bolsillo izquierdo de la camisa, corría el riesgo de que me vincularan al caso de los paquetes de chucrut. Dos días antes había reintroducido clandestinamente seis paquetes en el Prix y el REMA 1000, así que ahora no cabía sino aguardar y mantener la esperanza. Supuso casi una decepción que el agente de policía resultara no ser del tipo brutal, sino más bien un entusiasta en lo que se refería a los coches americanos viejos, porque lo cierto es que en aquellos momentos deseé ser descubierto. De pronto sentí enormes deseos de confesar, de poner las cartas sobre la mesa y recibir mi castigo. Y no agacharía la cabeza, al contrario, apechugaría con lo que había hecho, todo aquello era un espectáculo contra la sociedad de consumo, una amable ridiculización de la industria del envasado y todo lo que implicaba la comida precocinada. Ahí sentado, con el corazón acelerado y las manos húmedas, sabía que en mi bolsillo había un poema que podía atornillarme a la historia de la literatura noruega, con tal de que aquel sureño me ordenara salir y me registrara superficialmente. Bajé la ventanilla, saqué la cabeza y lo miré con dureza. Intenté parecer también un poco borracho, para que comprendiera la seriedad potencial del asunto. Pero, no. El tipo no paraba de hablar con Alfons sobre los diversos modelos y el lacado original, y era evidente que no se iba a molestar en comprobar siquiera los frenos. También Kjell Bjarne tomaba parte en la conversación, así que me sentí completamente excluido. No me gustaba aquel policía. Llegué a la conclusión de que nunca me habían gustado los hombres adultos que no dejaban de hablar con vocales blandas, había algo poco varonil en aquellos dialectos de más al sur de Kragerø, algo blando, casi amorfo. Pensé para mis adentros que aquel tipo tenía más o menos las mismas pelotas que las que podía ostentar una medusa. Los dioses sabrían cómo había conseguido entrar en el cuerpo de policía. Tal vez en la escuela de policías tuvieran una cuota especial para invertebrados, para suavizar un poco su imagen violenta. Cosa innecesaria, a mi juicio, mientras el reclutamiento de agentes

femeninos avanzara tan rápidamente como de hecho hacía en nuestros tiempos. Cuando yo era pequeño no se veía una agente mujer por ningún sitio. Ahora estaban por todas partes. No voy a negar que en contadas ocasiones había tenido unas fantasías considerablemente húmedas sobre cómo sería ser esposado por una despampanante rubia de uniforme. Eso sí, en los tiempos en que la policía aún iba por ahí con encantadoras gorritas de marinero y camisas azul claro que tendían a subirse un poco durante los zarandeos del propio arresto. Aunque, la única vez que me arrestaron a mí, desde luego no hubo mucha cabida para el erotismo. Los dos chiquillos con acné, que serían de Toten o por allí, ni siquiera me habían esposado. ¡Se limitaron a decir «acompañanos» y «se acabaron las tonterías»! De ahí me llevaron directamente a Brøynes.

¿Es que no iban a acabar nunca? Pues no. Del coche salieron Alfons y Kjell Bjarne y subieron el capó. Kjell Bjarne gesticulaba con entusiasmo. El policía asentía con entusiasmo y era evidente que estaba en la onda. ¡No me digas! ¿Así que ocho cilindros? ¡Qué barbaridad! No cabía hablar de severo interrogatorio, sino más bien de fervor infantil, rayano en la negligencia. Constituían una comunidad de la que yo, como pasajero del asiento de atrás, estaba excluido. Me he percatado de ello en repetidas ocasiones: no se cuenta del todo con quien va en el asiento trasero. La verdadera conversación en un coche siempre se sostiene en la parte delantera. A los pasajeros del asiento trasero simplemente se los traslada de un sitio a otro y se les proporciona breves resúmenes del debate en torno a la carretera y las condiciones climáticas, la velocidad y la presión del aceite. Como pasajero del asiento trasero se es un viajero de segunda categoría.

Abrí la puerta de un tirón y me uní a la comunidad masculina. Sacudí tentativamente una cosa que asomaba. El teftén estaba suelto, me parecía a mí. ¿El teftén? Kjell Bjarne me pidió que soltara la bobina. Les expliqué alguna cosa sobre la jerga de mi barrio. Donde yo crecí todo el mundo decía simplemente teftén. Eso de la bobina era para los remilgados de los barrios pijos de oeste de Oslo. En ese mismo momento recordé que ahora yo mismo vivía en el oeste de Oslo, pero nadie lo esgrimió contra mí. Se limitaron a pedirme que soltara, pero yo no quise. Me mostré firme en la afirmación de que no podíamos conducir hasta Nevlunghavn con el teftén suelto. Le di las gracias al policía por habernos parado. Aquello podría haber acabado muy mal. En una de mis revistas de divulgación científica había leído un artículo sobre un tipo de Montana al que el teftén le había quitado la visión. El aceite salió a borbotones. Un padre de cuatro hijos menos, y solo porque había ignorado el consejo del mecánico de estirar bien el teftén.

Kjell Bjarne se estaba empezando a enfadar, creo que se dio cuenta de que me estaba echando faroles para entrar en su dominio. Estaba a punto de retorcerme la oreja y meterme a rastras en el coche, así que me retiré un poco y me puse a comprobar la presión de las ruedas. El agente de policía y Alfons se acercaron al coche patrulla y volvieron. Kjell Bjarne y yo recibimos sendas palmaditas en el

hombro del representante de la ley, cuya amabilidad parecía no tener límites. Faltó poco para que nos dieran unos bolígrafos en los que pusiera «Comisaría de Policía de Drammen». ¿Qué le habría contado Alfons? ¿Que Kjell Bjarne y yo éramos hombres con un pasado? ¿Habría mencionado Brøynes? ¡Bueno, pues que hiciera lo que quisiera! Pegué un par de portazos extra al sentarme en mi sitio y, hasta bien pasado Sandefjord, no empecé a responder cuando me hablaban. A las afueras de Larvik los otros tres se comieron un perrito caliente. Ellos sabrán, pensé. Y me quedé en el coche.

Pero me contuve y me sobrepuse, claro. Ahogué las ganas de coger el tren de vuelta a Oslo. Tras mi estancia en Brøynes me había convertido en un verdadero experto en eso de contenerme. Me contenía en la cola del supermercado, me contenía cuando Kjell Bjarne esparcía por ahí sus calcetines malolientes y, en ese momento, me contuve junto con mis tres amigos. Cada vez que la cólera me acechaba, oía el eco de la voz de Gunn e intentaba encontrar algo positivo sobre lo que concentrarme. Así hice. Mientras los demás saboreaban su salchicha junto al kiosco, yo me dediqué a observar la primera mosca de la primavera, que se paseaba ufana por la luna delantera del coche. Y al otro lado de la carretera descubrí un aguzanieves que andaba meneando la cola. Pensé en el largo camino que había dejado atrás, en todos los peligros a los que se había enfrentado aquella pequeña criatura para poder llegar hasta allí, justamente hasta allí, en ese preciso momento, cosa que me produjo cierta alegría. Había sobrevivido a los cazadores de pájaros italianos, al igual que a los terribles vientos de Gibraltar. Y ahora se encontraba ahí, de pie, meneando la cola. Un pequeño trotamundos en gris, blanco y negro. La visión del pájaro me animó y, cuando volvieron los demás, los sorprendí con un aplauso y una desbordante bienvenida.

La cabaña de Alfons Jørgensen era como sacada de un sueño, una fantasía vacacional. Había visto mejores tiempos, y tampoco es que fuera grande, ¡pero qué parajes! Estaba situada al resguardo de dos montes y, por las ventanas del salón y la terraza, tenía vistas hacia el mar. La línea de la playa pasaba a cincuenta metros de distancia y todo el paraíso estaba rodeado de setos y árboles inclinados por el viento.

—¡Qué precioso es esto! —dijo Reidun mientras se daba un masaje en la región lumbar y sacaba tripa.

—No está mal —dijo Alfons—. Con tal de que los inquilinos no hayan usado el mobiliario para hacer fuego, creo que para un par de días no va a estar del todo mal. También podemos coger prestada la barca del vecino, si alguno tiene ganas de probar suerte con la pesca. Tú estarás acostumbrado a los barcos, ¿no, Elling? Siendo tus abuelos de Sandefjord...

Kjell Bjarne se rio de lo lindo mientras descargaba el equipaje del coche.

Lo miré con severidad, pero él evitó mi mirada, naturalmente. ¿Qué se había

creído? ¿Que no estaba acostumbrado a la mar, solo porque le hubiera mentido sobre mi vida de marinero? La verdad era que estaba más que acostumbrado a los barcos. Mi abuelo tenía un pequeño velero de madera en el que nos revolcamos verano tras verano. En ocasiones se introducían grandes olas en el fiordo y rompían contra la borda del barco, de modo que nos pegábamos una buena ducha. Pero quien se sentía más que seguro era yo. A mamá le daba por chillar cuando pasaban cosas así, pero el abuelo y yo nos manteníamos firmes contra las fuerzas de la naturaleza. Le aseguré a Alfons que probablemente podríamos hacer algún que otro guiso de pescado, y añadí que lo mejor sería que Kjell Bjarne se mantuviera en la cocina. Para mi moderada irritación, a Kjell Bjarne le pareció estupendo. No soportaba el agua, dijo. Y puesto que Kjell Bjarne no soportaba el agua, naturalmente Reidun tampoco soportaba el agua. Así de sencillo. Me daba cuenta de que, cada vez con más frecuencia, se comportaban como un viejo matrimonio.

Alfons chasqueó los dedos y sacó las llaves de la cabaña del bolsillo de la chaqueta. En dos viajes metimos el equipaje.

—¡Chimenea! —Yo estaba entusiasmado.

—Sí, vamos a echarle ya unos troncos para que esto se vaya templando —opinó Alfons.

—¿Y yo dónde sobo? —dijo Kjell Bjarne, de pie en medio de la habitación, con una maleta en una mano y el saco de dormir en la otra.

—Los dormitorios están ahí —dijo Alfons—. Junto a la cocina. Acuéstate donde quieras, pero quizá lo mejor sea que nosotros los hombres...

—Yo quiero dormir con Kjell Bjarne —dijo Reidun más contenta que unas castañuelas, y volvió a salir.

—Como quieras —murmuró Alfons distraídamente, mientras arrugaba papeles de periódico y los echaba a la chimenea.

Kjell Bjarne se quedó petrificado en medio de la habitación. La verdad es que realmente creo que en esos momentos la sangre dejó de correr por sus venas. Creo que sufrió muerte cerebral y que el corazón se le paró. Estábamos de pie, sin apartarnos la mirada, mientras Alfons, a quien no habían hecho mella aquellas históricas frases, silbaba y encendía la chimenea. No recuerdo exactamente lo que pensé o sentí en aquellos momentos. Era todo un caos. Ni en mis más salvajes fantasías —que en ocasiones podían llegar a ser bastante salvajes—, me había imaginado la situación que ahora había surgido, que Reidun Nordsletten fuera a proponer, no, exigir, compartir cuarto, tal vez incluso cama, con Kjell Bjarne. El estado de Reidun en sí mismo me había prohibido formular ideas tan rastreras. ¡Iba a dar a luz en unas pocas semanas! ¿Podía estar tan chalada como para planear mantener relaciones con Kjell Bjarne en esas circunstancias? Ese tipo de cosas debía de estar prohibido, suponía yo, ¿no era aquello prácticamente maltrato infantil? ¿Acaso era físicamente recomendable, o incluso *posible*? ¿Iba a tener que pasar por el trago de estar presente en el momento en que Kjell Bjarne se estrenara sexualmente,

separado de él y Reidun únicamente por una pared medianera? ¡No, muchas gracias! Muchísimas gracias, ¡pero para eso prefería pasar la noche en la letrina exterior! Kjell Bjarne consiguió sacudirse la apatía y entró tambaleándose en el dormitorio más cercano a la cocina. Y detrás fui yo. Cerré la puerta tras de mí y lo agarré:

—¡Entenderás que eso es imposible! —le chillé.

—¡Vete a tu cuarto! —dijo, y se zafó de mis brazos—. ¡No pintas na aquí dentro!

—¡Lo que tenéis vosotros dos en la cabeza es enfermizo! —dije—. No es natural.

Sonrió hipócritamente y vi que le temblaron las manos al desatar los cordeles del saco de dormir.

—¡Vas a matar al niño de asfixia! —le susurré—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres convertirte en un homicida solo por un poco de sexo perverso?

—Date una vuelta y pesca un par de lenguados —dijo, y desenrolló el saco sobre la litera—. Pa que la gente tenga algo de vida privada.

—¡No lo vas a hacer! —lo amenacé con el dedo.

Le echó un ojo a su reloj de pulsera y bostezó: —Yo ya estoy agotao, Elling. ¡Esta noche me voy pronto a la piltra!

Estuve a punto de amenazarlo con Frank, pero entonces llegó Reidun con el resto del equipaje y tuve que retirarme. La leña chisporroteaba en la chimenea y Alfons y yo deshicimos las maletas en el otro dormitorio. A través de la pared escuchábamos la risa contenida de Reidun Nordsletten.

Después di un largo paseo por la playa, sin que me saliera ni una sola línea. Las poderosas frases que habían llegado a mí por el camino se habían borrado de mi memoria, y lo único que embestía contra mi consciencia era la imagen de los cuerpos desnudos de Kjell Bjarne y Reidun. Y además me sentía culpable, puesto que era yo quien más o menos los había reunido. Con astucia, había conducido a Kjell Bjarne a los brazos de Reidun, y ahora venían las consecuencias, las fatales consecuencias. No había contado con que el deseo acumulado de Kjell Bjarne lo volvería ciego y loco. No había comprendido que Reidun Nordsletten estaba preparada para enfermas desviaciones en la vida sexual.

Cuando volví, considerablemente mojado por un repentino chaparrón, la comida estaba en la mesa. Salchichas y puré de patatas; auténtico menú de acampada. Hablamos de esto y lo otro, hicimos como si nada, pero, con la posible excepción de Alfons Jørgensen, estábamos todos pensando en lo mismo. En la noche que pronto se cerniría sobre nosotros y en lo que ocurriría entonces. Intenté buscar señas de arrepentimiento en la cara de Reidun, pero estaba verdaderamente crecida, casi un poco maníaca, la verdad. Bromeaba y se reía, y contaba divertidas anécdotas de la limpieza del hospital. Alfons chasqueó los dedos y se rio de corazón cuando nos habló de Freddy, de Togo, que se había hecho experto en bailes regionales tras solo cuatro meses en Noruega. La famosa patada de Hallingdal, donde se tiraba un sombrero mantenido en el aire, la había practicado con un molde de tartas colgado del palo de la escoba. Y naturalmente Kjell Bjarne también se reía, en general se estaba

comportando cual perro que meneaba el rabo, y todo el rato me dirigía precavidas miradas. Personalmente no le veía sentido a divertirse a costa de negros danzantes que destrozan el equipo del mayor hospital de Noruega. Así que mantuve una máscara algo fría, por decirlo así. Y cada vez que Kjell Bjarne me miraba, puedo asegurar que le mantenía la mirada. No cedía ni un milímetro. Si quería perpetrar una acción tan indecente, yo no podía hacer nada. Simple y llanamente no estaba en mis manos impedirselo, como tantas otras cosas. Aunque quería que supiera exactamente lo que opinaba sobre el asunto. Si el niño nacía muerto, o con un pie deformado, que no viniera a llorarme a mí, que no se le pasara por la cabeza.

Fue una noche extraña. El fuego ardía en la chimenea y nosotros jugábamos al Monopoly y bebíamos Coca-Cola. Kjell Bjarne compraba y vendía a diestro y siniestro, y entraba en prisión con una sonrisa. En fin, perdía estrepitosamente, sin ponerse nada amenazador, y eso sí que era toda una novedad. La verdad es que poco a poco me fui calmando. Pensé que Reidun tampoco podía estar tan loca como para realmente darle rienda suelta aquella noche. Era cierto que de vez en cuando se había mostrado irresponsable y que fumaba como un carretero a pesar del embarazo, pero completamente despojada de instinto maternal tampoco podía estar. Al fin y al cabo había decidido seguir adelante con el embarazo, a pesar de que al parecer no le habían faltado buenos consejeros en la oficina de asuntos sociales. Cosa muy distinta era si sabría lo que hacía al invitar a Kjell Bjarne a su cuarto. Ciertamente era más bueno que el pan, pero al fin y al cabo era hombre. Diría más, un hombre que había pasado mucha hambre. A eso se añadía el hecho de que ya de partida sus pulsiones eran anormales. En comparación con Kjell Bjarne, yo, por ejemplo, prácticamente carecía de interés por el sexo. Y al fin y al cabo yo estaba considerablemente interesado, llegados al caso. Alfons chasqueó los dedos y construyó un hotel en Bygdøy Allé. Kjell Bjarne, recién salido de la cárcel, sacó un perfecto cinco y acabó arruinado, con lo que estaba completamente fuera del juego. Es cierto que Reidun, a quien ahora le iba muy bien, quiso prestarle dinero, pero yo me opuse radicalmente y Alfons conmigo. ¡Las reglas son las reglas y sanseacabó! Kjell Bjarne fue a la cocina para engullir los restos de la cena, secundado con entusiasmo por *Elmer* y el *Pimentón*.

Sobre las diez Kjell Bjarne había acabado con las salchichas frías y el puré que quedaban, y se había pasado a las rebanadas de pan con queso gouda. Estaba comiendo de puro y mero nerviosismo, yo lo sabía. Deambulaba inquieto por la cabaña mientras los demás nos dejábamos hipnotizar por las relumbrantes ascuas. Muy bien, pensé con una sonrisa secreta. ¡Ahora veremos, salido rufián, cómo de valiente eres llegados al caso! Es fácil fanfarronear a la luz del día, pero cuando la noche acecha, a veces la realidad se ve de otro color.

A las diez y media Reidun bostezó de tal modo que casi se desgarró. Al poco fue a la cocina para «asearse un poco», como lo expresó ella. Ahora quería acostarse.

—Anda, siéntate —le dije a Kjell Bjarne mientras sacaba un puro—. Te vas a

hacer un agujero en los calcetines.

Hizo como le decía. Se sentó en la silla en la que había estado sentada Reidun y se puso a hojear desazonado una húmeda revista de 1968. El príncipe Harald se comprometía con Sonja Haraldsen.

—Tienes que estar completamente agotado —proseguí—. Si al llegar ya te estabas durmiendo.

La cara de Alfons estaba en sombra, pero vislumbré una pequeña media sonrisa.

—Me he despabilao —dijo Kjell Bjarne distante.

—Siempre puedes llevarte un par de revistas al cuarto —dije—. Por si no pudieras dormir.

No contestó.

—¿O te has traído el número de Semana Santa de Cocktail?

Alfons se reía por lo bajo, pero discretamente.

Kjell Bjarne dejó cuidadosamente la revista sobre la punta de la mesa. De pronto tenía tres años en la cara y nos miraba desvalido a Alfons y a mí: —¡No tengo pensao hacer na malo!

—Por supuesto que no —dijo Alfons—. Tampoco hay nadie que piense eso.

Kjell Bjarne bajó la mirada a sus puños apretados, daba la impresión que estaba considerando la posibilidad de restregarse un poco las sienes, pero luego se frenó:

—Elling lo piensa —susurró.

—¡Qué bobada! —dijo Alfons.

Me puse como un tomate y agradecí infinitamente la luz rojiza de la chimenea:

—¡No aposta! —susurré con intensidad—. Pero es que no se puede... No pueden... ¡Reidun está a punto de dar a luz! —Miré de costado hacia la puerta cerrada de la cocina y oí el agua salpicar al otro lado—. ¡Kjell Bjarne pesa ciento treinta kilos!

La liebre había saltado. Habíamos llegado a la madre del cordero. En cierto sentido me alegraba, así no tenía que lidiar solo con el problema.

—Creo que tú y yo nos vamos a ocuparnos de nuestros propios asuntos —dijo Alfons—. Un hombre y una mujer tienen muchas maneras de pasar un buen rato.

¿Ah, sí?

—¿A qué te refieres? —dijo Kjell Bjarne.

Alfons le quitó importancia. Daba la impresión de que todo el tema le resultaba un poco embarazoso, cosa que realmente era. Al menos un poco:

—Tú tómatelo con calma, Kjell Bjarne —terminó—. Reidun es una mujer que sabe lo que se hace. Basta con que te acuerdes de eso. Lo demás saldrá solo.

¡No pude sino soltar una carcajada! Un berrido de risa:

—¡Saldrá solo! —susurré—. ¿Y quieres que me lo trague?

—¡Tontorrón! —dijo Alfons, pero no parecía muy serio; por suerte Kjell Bjarne no lo pilló.

—Me voy a dar una vuelta —dije levantándome.

Aún tenía la risa en los músculos de la tripa, pero simple y llanamente no podía soportar estar presente cuando Kjell Bjarne se adentrara en la convivencia con una mujer. Era demasiado íntimo para mí. Demasiado directo verle entrar en el dormitorio y cerrar la puerta tras de sí. Suficiente era tener que pasar una larga noche en vela, junto con Alfons, al otro lado de una pared tan, tan fina. Me conocía lo suficiente como para saber qué tipo de pérfidas fantasías acechaban. Salí dando tumbos. Había dejado de llover y el aire de la noche era fresco y salado.

Ya a medio camino de la playa noté que alguien me estaba siguiendo. Por un momento me invadió un gélido miedo, me imaginaba a algún desesperado local de esos que no pueden soportar a la gente de Oslo, porque de esos había en grandes cantidades, yo lo sabía. Pero cuando bruscamente me giré, no vi más que la enorme silueta de Kjell Bjarne un poco más arriba en el sendero. Estaba completamente quieto mirándome fijamente.

—¿Y qué es lo que pasa ahora? —dije.

—Na.

—¡Pues entonces vete a acostar!

Seguí en dirección a la playa, donde las olas bordaban blancos ribetes en arena y gravilla. Un hermoso pensamiento, por cierto, esto de las olas que bordaban ribetes blancos. Una bonita metáfora que introducir en un poema. Con tal de que ahora me dejaran tranquilo, nuevas líneas saldrían casi por sí solas. Me lo notaba.

¡Pero qué va! Kjell Bjarne no se me despegaba. Como un moscón de ciento treinta kilos. Al final me irrité un poco. Me senté sobre una piedra pulida y se lo dije sin ambages, que podía entender sus nervios, pero que yo simplemente no tenía ninguna seguridad que prestarle. Le recordé el desagradable dato que Gunn había sacado a la luz, a saber, que todas mis aventuras de mujeres eran pura y mera fantasía. Puras mentiras. Era tan virgen como lo era él. Total y absolutamente intacto. No tenía ni un solo consejo que darle. No podía contribuir a este asunto más que con mis más sinceros deseos de buena suerte, además de dos dedos cruzados. De todo corazón les deseaba a Reidun y a él un orgasmo sincronizado. Cómo conseguirlo tendrían que averiguarlo ellos solos.

Me sacaba una cabeza en la oscuridad.

—¿Cuándo fue la última vez que te cambiaste de calzoncillos, Elling?

¿Qué era lo que había dicho? ¿Que cuándo me había cambiado por última vez de calzoncillos? Por Dios santo, ¿qué tenía eso que ver con el asunto?

—¿Un par de días, quizá?

—¡Me los cambié esta mañana! —le dije con enfado—. ¡Y lo hago siempre!

—Préstamelos, anda.

Naturalmente al principio me quedé de piedra. Nunca en mi vida me había pasado nada parecido. Al mismo tiempo no era tan tonto como para no comprender con bastante rapidez dónde estaba la madre del cordero. Que Kjell Bjarne era un cerdo ya lo sabía de antes, claro.

—¿Y tú? —dije, forzando la voz a adoptar un tono de inocencia que en realidad no era mío—. ¿Cuándo fue la última vez que te pusiste unos calzoncillos limpios?

—No estoy seguro.

—Las semanas pasan volando, ¿eh? —continué yo.

—¡Sé buen amigo, hombre! —dijo.

—Soy un buen amigo —dije—. ¡Por principios! Pero esa no es la cuestión ahora.

—¿Y cuál es la cuestión entonces?

—La cuestión es que eres un cerdo —dije—. ¡Ese es el fondo de la cuestión!

—Cómo iba a saber yo que Reidun... Que iba a querer...

—Ya —dije—. Admito que una evolución semejante parecía poco plausible. Pero aun así podías haberte puesto un poco más firme, ¿no?

—¡Sé majo, Elling! Son solo un par de días.

—¿Quieres decir que ni siquiera llevas una muda o dos en la mochila?

—¡Ya te he dicho que no podía saber que iba a salir así! —dijo, infeliz—. ¡Yo creía que iba a compartir cuarto contigo!

—Ya —dije—. Así que no había motivos para no oler como un cerdo. ¿Tal vez quieras que te preste también los calcetines?

Pues sí, gracias, los aceptaba encantado.

Me rendí. Simple y llanamente me resigné. Era un cerdo, pero era mi amigo. Pensé que si habíamos mezclado nuestra sangre, no había razón para no prestarle mis calzoncillos, con tal de que yo no tuviera que ponerme los suyos.

—¡Pero no sirve de gran cosa ponerte unos calzoncillos casi limpios si no te lavas antes! —le dije informativamente.

—¿Aquí?

Señalé una piedra chata que estaba medio metida en el agua.

Y mientras Kjell Bjarne, de rodillas, lavaba su miembro en agua salada, me desvestí como un rayo en la oscuridad tras un arbusto. Los calzoncillos de Kjell estaban tan pasados de fecha que acordamos que no quedaba más remedio que enterrarlos en la arena. Dicho y hecho. Luego me lo agradeció cortésmente estrechándome la mano, tal y como le exigí, y se apresuró a retornar al Romanticismo. Yo continué unos cientos de metros, pero tampoco esta vez salió ningún poema. Lo de no llevar calzoncillos me distraía. Como si el fresco viento de la noche jugueteara con mis pelotas. Ese tipo de poemas dejo que lo escriba otros.

Cuando volví, se habían ido todos a acostar. Deambulé por la habitación aguzando el oído, pero no sonaba ni un ruido, solo el viento y el mar. ¿Era realmente posible que los dos tortolitos hubieran acabado tan rápido? Parecía poco probable. ¿Cuánto duraba un coito medio entre un hombre y una mujer? Había leído algo sobre ello en el suplemento dominical del *Dagbladet*, pero de pronto no recordaba una palabra de aquel artículo. Además era igual, puesto que estaba garantizado que el coito del que

aquí se trataba no tenía nada que ver con la media. En caso de que hubiera pasado algo, o de que fuera a pasar a lo largo de la noche, habría que considerarlo excepcional. Total y absolutamente sin parangón. De hecho lo más probable era que mi algo funesta predicción de que aquello no saldría solo se hubiera cumplido. En tal caso, Kjell Bjarne estaría ahora durmiendo como un niño, mientras Reidun se pasaría la noche despierta, insatisfecha y pringada. ¿Qué le habría hecho a Kjell Bjarne? Deseché las feas imágenes y me puse a jugar al Monopoly conmigo mismo.

Acababa de construir un hotel en la calle Prinsengate en el momento en que pasó. Reidun Nordsletten empezó a gimotear. Al principio, como es natural, pensé que era Kjell Bjarne que había provocado un parto prematuro, quiero decir, esa era mi peor pesadilla. Que el niño saliera aquí, en medio del campo. Pero luego la oí reír contenidamente en medio de todo el gimoteo, con lo que en el fondo la cosa quedó bastante clara. Aquello era el libre juego entre los sexos. Intenté imaginarme a Kjell Bjarne como un experto amante, pero era completamente imposible. La imagen se me escapaba ya antes de que mi imaginación consiguiera evocarla. ¿Todavía llevaba puestos mis calzoncillos casi limpios o estarían hechos un gurrño bajo la punta del edredón? ¿Se los habría quitado ella con sus diestras manitas para facilitar la estimulación de su miembro oloroso a agua salada? En fin, desde luego estaba gimoteando. Desde luego no se trataba de sexo oral. Aun así: no quería volver a ver nunca aquellos calzoncillos. ¡No quería ser su propietario! Les había pasado algo, se habían visto en una situación a la que yo, su legal propietario, ni me había acercado. En caso de que Kjell Bjarne me viniera con aquellos calzoncillos, mostraría mi lado más distante. Simple y llanamente le mandarí a la mierda. Quizá no fuera muy objetivo por mi parte, no sé, pero de pronto estaba como obsesionado con la idea de no volver a ver nunca aquellos calzoncillos. ¡Cógelos! ¡Quédatelos! La idea de ponerme unos calzoncillos bajo cuyos elásticos hubieran tanteado los dedos temblorosos de Reidun Nordsletten me repugnaba. Arrojava los dados con dureza y brutalidad y movía el cochecito de plástico amarillo como en un trance. Compré Skarpsno. Compré la Línea Americana de Noruega. Le robé cien coronas al banco y pagué la multa que me correspondía porque mi perro hubiera atacado al chico que traía la leche. Las lágrimas amenazaban y, por si fuera poco, escuché que también Kjell Bjarne se estaba lanzando a emitir fuertes sonidos. Era más bien una especie de ladrido. «Gua, gua». Una y otra vez. ¿Eran realmente tan miserables como para haber esperado hasta que yo volviera, excitándose el uno al otro, para ponerse en serio? Al menos una cosa estaba clara: era ahora cuando estaban poniendo toda la carne en el asador. Y además, ¿qué tipo de sonidos eran aquellos? ¿«Gua»? Incluso los gatitos que estaban revolcándose por la alfombra aguzaban el oído. Los guas sonaban cada vez más seguidos, más fuertes, y entonces, en el mismo momento en que me iba a tapar los oídos y salir corriendo, la noche reventó en el momento en que Kjell Bjarne berreó:

—¡ME CAGO EN LA PUTA!

Y luego se hizo el silencio, casi. Solo sonaban el viento y los tranquilizadores ronquidos de Alfons. Ni una sola risilla. ¿Cómo era capaz de seguir durmiendo imperturbablemente mientras esos dos estaban a punto de derrumbar la casa? Estaba casi convencido de que usaba fuertes somníferos. Simple y llanamente no había otra explicación. Los gatos me miraban con preocupación.

El enfado y la indignación me estaban abandonando. Había llegado el momento del pesar, del doloroso pesar. Casi delirando, daba vueltas y vueltas por el tablero del Monopoly, mientras mis pensamientos volaban en todas las direcciones. Una fase de la vida había llegado a su fin. Comprendí que después de aquello, después del berrido de Kjell Bjarne, la relación entre nosotros sería otra distinta de la que había sido. Se complicaría. Cada vez que la conversación tocara el tema de las mujeres, aquel chillido animal se interpondría entre nosotros y destruiría el bienestar. Él habría estado en un lugar que yo no había pisado, aunque solo hubiera sido con la mano, pero aun así. Él sabría que yo sabía y viceversa. Después de esto, en el fondo, tendría más en común con Frank. En el tiempo en que había compartido dormitorio con él, le había conocido como un callado y discreto masturbador, uno de esos que no agobiaban a los demás con su propia vida sexual. Ahora era gua, gua y me cago en la puta. A todo trapo. Solo el devolverle la mirada al día siguiente iba a ser toda una prueba, si es que conseguía hacerlo. El desayuno podía descartarlo directamente, me iba a resultar demasiado íntimo verlos en acción con los huevos pasados por agua y la mermelada.

Pero, pensé, la vida sigue. Solos llegamos a ella y solos salimos. Y algunos de nosotros tenemos también que pasar solos por ella. Me tumbé en el suelo y hundí la cara en los cálidos abrigos de piel de los chicos. Intenté pensar en mi poema, que tal vez en aquellos precisos instantes estaba siendo descubierto en un paquete de chucrut por un hambriento noctámbulo, pero era como si ya nada me ilusionara. La verdad es que me daba casi todo igual. Estaba tan exhausto psíquicamente que me dormí allí mismo. Suena poco plausible, pero eso fue exactamente lo que pasó. Al día siguiente fui encontrado con vida por un descansado Alfons Jørgensen.

Siguió un día difícil. Lo diré así de fuerte. Estaba rendido, y entumecido por haber dormido en el suelo. Afortunadamente los recién casados durmieron hasta bien entrada la mañana, así que lo del desayuno se solucionó solo. Pero es curioso. Antes o después llega la hora de comer. Alfons y yo habíamos dado un largo paseo, hasta la punta más lejana de Mølen, y al volver, supe que me tenía que sobreponer y enfrentarme a la realidad. Enfrentarme al Nuevo Kjell Bjarne. No tendría sentido venir con la excusa de un nuevo paseo. Tenía las piernas agotadas y además me moría de hambre. El olor a carne frita nos llegaba a través de la ventana de la cocina.

¡Estaba apoltronado en el sofá! ¡Con una enorme sonrisa en la cara! ¡Nunca había visto arrogancia igual! Podía oír a Reidun tarareando una popular melodía dentro de la cocina, mientras freía y cocinaba. Está bien, pensé. Hacen la carrera clásica, y mantienen los viejos roles de sexos. Simulé ordenar los bolsillos de mi abrigo e

ignoré su estúpida expresión. Seguí con lo mío y miré hacia otro lado. En caso de que entonces, o en cualquier otro momento, se le ocurriera mencionar el más mínimo detalle sobre lo que había pasado, pensaba romper con él. Simple y llanamente no querría verlo más. No se me ocurría cosa más vulgar que los hombres que hablan a sus amigos de sus proezas sexuales, entregando así a sus mujeres al espacio público. ¡Completamente soez, era! ¡Repugnante! Siempre he sido de la opinión de que quien tiene la suerte de poderse acercar a una mujer está simplemente de visita, y tiene que comportarse en consonancia. Al menos no anda uno por ahí fanfarroneando de lo que ha hecho. Y desde luego especialmente no si, como Kjell Bjarne, apenas se ha hecho nada. La verdad es que era completamente inconcebible y bastante estúpido que estuviera ahí sentado en el sofá con aquella sonrisa de bendito. *¡Ni siquiera había estado dentro de ella!* Al menos no podía imaginarme que lo hubiera estado. ¡Solo faltaría!

Durante la comida intentó adoptar un tono de compañerismo. No paraba de hablar de todo tipo de tonterías, como si no hubiera ocurrido nada de nada. Quería saber cómo era Mølen, la carne estaba riquísima, etc. En mi opinión, si quería saber cómo era Mølen, pues que fuera a Mølen. Más difícil no era. Al menos no vi ninguna razón para responder. Y si alguno de los que estaban a la mesa iba a cuestionar el carácter sabroso de la comida, que al menos fuera Reidun, que era quien la había preparado, pero ella se mantenía sabiamente callada. Porque la carne estaba bastante salada, la verdad, y lo que es la salsa... En fin. Aunque se sepa que los grumos no son más que harina, no es que resulte más apetitoso por eso. Además me quedé mirando su mano derecha. No podía evitarlo. Parecía tan blanca y tan inocente al usar el tenedor. Resultaba casi increíble que fuera la misma mano que apenas unas horas antes se había colado bajo el elástico de mis calzoncillos, a la busca del miembro de Kjell Bjarne. La verdad es que no era una idea muy agradable. ¿Le habría contado Kjell Bjarne que eran mis calzoncillos los que había estado hurgando? Espero que sí. A mí, al menos, no me importaría, puesto que aquel préstamo no podía ser calificado más que como enteramente generoso.

Más tarde aquel día, Alfons y yo salimos a pescar. Me sentía agradecido por cualquier actividad que me distanciara de los dos tortolitos. Kjell Bjarne miraba constantemente de reojo su reloj, como para asegurarse de que el tiempo realmente avanzaba en dirección a la hora de acostarse.

Hacía una tarde suave y agradable, soleada y apacible. La barquilla estaba dotada de un no sé qué de diez caballos, pero Alfons Jørgensen insistió en remar. Y a mí me daba igual. Yo iba sentado en el último banquillo filosofando sobre la vida, mientras Alfons remaba. No conseguía aclararme sobre por qué estaba participando en aquella extraña representación. Sombras y luces. Extraños sonidos. Gente que iba y venía. En algunos momentos estaba completamente convencido de que todo carecía de sentido, de propósito o dirección. En otros, como en este, agachaba la cabeza con humildad. Veía el patrón del tejido, pero intuía la presencia de una voluntad mayor, intuía que

yo formaba parte del todo, de algo que se extendía más allá de lo mío propio. El celo de Kjell Bjarne me había sometido a una dura prueba. Muy bien. Pero la había superado. Podía añadir una nueva experiencia a todas las anteriores. No había una sola persona en toda la historia de la humanidad que hubiera pasado por exactamente lo mismo por lo que había pasado yo aquella noche. Había sido doloroso, pero al fin y al cabo me había fortalecido. Cabía esperar que la experiencia diera sus frutos en otra vida, porque en esta no veía para qué me podía servir.

—Será mejor que esta noche duermas conmigo —dijo Alfons, cuando nos vimos con sendos sedales colgando—. Hace demasiado frío para dormir en el suelo.

Sacudí la cabeza. Le expliqué que lo más probable es que acabara durmiendo en el coche. Permanecer bajo el mismo techo que Reidun y Kjell Bjarne era impensable.

Me estudió con una mirada extraña, pero no dijo nada más sobre ese asunto. En general era un hombre parco en palabras, pero eso a mí me parecía bien, no me resultaba amenazador en ningún sentido. Disfrutamos del buen tiempo y de la compañía el uno del otro, pero no pescamos nada, eso me fastidiaba. ¡Todos los que pescan por el deporte de hacerlo, los que sostienen que lo de pescar algo es secundario, que en realidad es la excursión y la naturaleza lo que cuenta, son unos miserables mentirosos! ¡Si se sale a pescar es para pescar algo! Si lo del pescado diera igual, se quedaría uno en la playa asando salchichas. Sabía que bajo la barca, bueno, tal vez incluso *justo* debajo de la barca, había kilos y kilos de merluza y carbonero, abadejo y pescadilla, pero no. Los mejillones que llevábamos Alfons Jørgensen y yo no eran lo suficientemente buenos. Simple y llanamente no servían. Al cabo de un cuarto de hora recogí el sedal y dije que quería volver a tierra. A pesar del buen tiempo, no tenía la menor intención de quedarme ahí haciendo el ridículo.

Esa noche Alfons me dio una pequeña píldora azul cuando se acercaba la hora de acostarse. Al principio no quería cogerla. Siempre he sido un chico muy cuidadoso. Había visto lo que podían hacer las drogas con la vida de una persona.

—Solo esta única vez —dijo Alfons—. Y otra mañana por la noche.

Y así fue. Dormí como un leñador y me desperté pesado y contento, sobre la una del día siguiente. Felizmente libre de los ladridos y los ruidosos orgasmos de Kjell Bjarne. Si el drama bíblico de la Semana Santa se hubiera extendido durante más tiempo, de tal modo que la cristiandad tuviera que tomarse vacaciones durante por ejemplo tres o cuatro semanas, creo que hubiera desarrollado una dependencia hacia las pequeñas píldoras azules. Pero de camino a casa, en el coche, tenía la sensación de tenerlo todo bajo control y, además, sentado a mis anchas en el asiento delantero con Alfons Jørgensen. Detrás de nosotros, Kjell Bjarne dormía con la cabeza en el regazo de Reidun. Agotado por la falta de sueño y la inesperada felicidad.

Reidun Nordsletten salía de cuentas el 4 de junio, y de pronto Kjell Bjarne y yo nos vimos involucrados en algo tan cotidiano y absurdo como los preparativos de un parto. Porque efectivamente era eso lo que hacíamos, nos estábamos preparando, lo mejor que podíamos. Por mero y puro impulso, el día que cobramos la pensión, salimos a comprar unos calcetines diminutos y un peto amarillo. Creo que nos sobrevino el instinto de protección masculino. Por las noches, con cierta frecuencia, dejábamos la televisión estar y nos dedicábamos en cambio a hacernos demostraciones el uno al otro de diversas técnicas de respiración. «¡Empuja!», gritaba por ejemplo yo, y Kjell Bjarne empujaba. Aquellas tonterías no tenían ninguna significación práctica para lo que iba a venir, claro, pero creo que lo hacíamos para demostrarnos que nos solidarizábamos con la mujer sobre nuestras cabezas. Sentados en nuestra casa, respirábamos y empujábamos.

Afortunadamente, en cuanto volvimos de Nevlungshavn, la relación entre Kjell Bjarne y Reidun entró en una fase más seria. Dejamos atrás la excursión campestre, por decirlo así. Ya no había nada por lo que reírse ni ladrar. Según interpreté yo, habían puesto ya los cimientos de su relación y, a medida que se acercaba el parto, cada vez les era menos posible palpase por debajo. Es cierto que Kjell Bjarne volvía tarde algunas noches, pero siempre volvía a nuestro dormitorio común cuando sentía que había llegado la hora de irse a la cama. Excitado, naturalmente, pero con la dignidad a buen recaudo. Así lo expresaría yo. Y por suerte: no revelaba ni con una palabra cómo practicaban él y Reidun el sexo. En cierto sentido era un poco decepcionante, naturalmente, pero ante todo suponía un gran alivio para mí no ser introducido en el reino de los detalles de la convivencia entre un hombre y una mujer. No es que no me hiciera mis componendas sobre cómo resolvían prácticamente sus asuntos, pero resultaba liberador que no le confirmaran a uno sus más sucias fantasías. Kjell Bjarne se comportaba cada vez más como el blanco caballero con el que soñó la noche que, con mi apoyo y asistencia, acudió en ayuda de Reidun Nordsletten. A veces estaba simple y llanamente orgulloso de él, cosa que no dejaba de mencionar cada vez que tenía a Frank al teléfono. Si Kjell Bjarne mantenía el rumbo que estaba cogiendo, no descartaba que en algún momento del futuro le esperara un puesto de trabajo protegido. Se lo había ganado sinceramente. Por mi parte, yo no anhelaba el reconocimiento que supone algo así, yo atendía otra llamada, pero comprendía a Kjell Bjarne cuando en los momentos de pesar suspiraba por tener un trabajo al que acudir.

Puesto que éramos un tanto aprensivos por naturaleza, no podíamos evitar estar un poco asustados por lo que le iba a suceder a Reidun. Fueron muchas las noches de poco sueño. Hacíamos lo que podíamos para reconfortarnos el uno al otro, por supuesto, pero no se podía ignorar el hecho de que era un niño muy grande el que

estaba en camino. Para que no nos preocupáramos demasiado, Reidun nos sugirió que por las noches metiéramos el teléfono en el dormitorio. Nos prometió por lo más sagrado que nos avisaría en cuanto empezaran las contracciones, de modo que pudiéramos intervenir. Kjell Bjarne había clavado un enorme cartón sobre la cama, en el que, con rotulador rojo, había apuntado el número de teléfono de la central de taxis. Estábamos preparados.

Fue el 1 de junio. Con otras palabras, tres días antes de tiempo. Eran las once cuando sonó el teléfono. Kjell Bjarne y yo estábamos cansados tras pasar la tarde con Frank hablando sobre nuestras vidas y estábamos a punto de acostarnos. Además nos habíamos peleado, así que el ambiente tampoco estaba muy animado. Se nos había metido en la cabeza que la criatura era un niño y, al llegar a casa, nos habíamos enredado en una discusión sin sentido sobre el nombre de la criatura. Como si fuera asunto nuestro que el pequeñuelo se llamara Glenn-Kenneth o Trygve, como mi padre. Debieron de ser los nervios, que nos jugaron una mala pasada, claro, y cuando le solté que el niño siempre se podía llamar El Bjarne, de modo que quedaran representados tanto el padre español como sus dos tíos, faltó poco para que me hiciera morder el polvo.

Pero en ese momento sonó el teléfono. Nos miramos. Porque a nosotros nadie nos llama a esas horas de la noche. Frank llama a las ocho, como muy tarde, y Alfons nunca después de las diez. Así que solo podía tratarse de una única llamada, a no ser que fuera un error. Kjell Bjarne, que apenas unos segundos antes estaba amenazando y maldiciendo, empezó inmediatamente a dar vueltas de puntillas mientras se restregaba las sienes con los nudillos. Fui yo quien tuvo que coger el teléfono.

¡Y efectivamente! Una Reidun Nordsletten notablemente tranquila nos comunicó que las contracciones venían ya tan seguidas que era hora de dirigirse al hospital. ¿Cómo había dicho? Si las contracciones venían ya tan seguidas, ¡tenía que significar que las contracciones no habían sido tan seguidas hasta ese momento! Durante toda la cena en la pizzería, Kjell Bjarne había llamado a Reidun cada poco tiempo, para saber si había algo nuevo. Además le habíamos dado el número de Peppes Pizza, por si pasara algo, pero no había dicho una sola palabra sobre el asunto. Cuando, mareado de preocupación, le pregunté si se había vuelto completamente loca, ¡se limitó a reírse! Dijo que había tiempo de sobra y que no había querido estropearnos la noche con Frank. ¡Frank! Le grité que nada en este mundo podía estropear una noche con aquel hombre, puesto que la noche, por definición, estaba arruinada ya en el mismo momento en que él hacía aparición. ¿Frank? ¿Creía acaso que era por nuestra propia y libre voluntad que salíamos a cenar *pizza* con aquel mezquino espía municipal que se entrometía en todo lo que hacíamos y decíamos? ¡Nos obligaban! No teníamos elección, si queríamos conservar el piso y los pocos privilegios que estaban asociados a él. ¿Frank? Un miserable izquierdista que se entrometía en la elección de otros de

su *pizza*, ¡y que encima recibía un sueldo del Ayuntamiento de Oslo por hacerlo!

—¡Elling! —me interrumpió—. Llama a un taxi y pídele a Kjell Bjarne que suba. Tengo que empaquetar un par de cosas.

Luego colgó.

No sabía qué creer. La situación estaba fuera de control. Sin pensármelo dos veces, abofeteé a Kjell Bjarne para hacerle volver a la realidad, y funcionó. Me miró con incredulidad, mientras se acariciaba con cuidado la mejilla donde le había dado.

—¡Haz el favor de subir con tu novia! —le chillé.

Sí, chillé. La voz subió inmediatamente a un falsete, como mínimo. Simple y llanamente no regía sobre esa parte de mí mismo. Me imaginaba un parto invertido ya bien avanzado en el piso de arriba. Daba vueltas como un loco por el piso con el teléfono en la mano. ¡Taxi! ¡Era el momento de un taxi!:

—¡*Lárgate!* —repetí, puesto que aún vacilaba, y él se quedó de pie hiperventilando unos segundos y luego salió corriendo.

¡Taxi! ¡Taxi, taxi, taxi! Entré corriendo en el dormitorio y arranqué el cartón con el número de teléfono de la central de taxis.

¡Y me pusieron a la cola! Golpeé el auricular contra el armario ropero. Hoy en día se podía contactar con gente al otro lado del planeta en unos pocos segundos, pero en la central de taxis de Oslo no conseguías acceso. Me entraron unos repentinos deseos de ejercer ciego vandalismo, quería descoyuntar el teléfono, volcar el armario y destrozar las camas a patadas. Afortunadamente para todas las partes, Dios, esa instancia tan voluble, me envió una buena idea antes de que me diera tiempo a empezar. ¡*Alfons!*, resonó dentro de mi cabeza. A un ritmo frenético tecleé su número y sin piedad lo dejé sonar una y otra vez hasta que tuve su voz al aparato. Le expliqué la situación brevemente. El parto estaba en marcha. Había posibilidad de complicaciones. Era cosa de minutos y era imposible hacerse con un taxi. En la central de taxis se habían negado en redondo. ¡Así que ya se podía imaginar el resto! No le oculté que era en este preciso momento cuando nuestra amistad estaba siendo sometida a su definitiva y decisiva prueba.

—Bajad los tres a la calle —dijo Alfons—. En cinco minutos estoy allí con el coche.

¿Cinco minutos? ¿Necesitaba cinco minutos para desplazar el coche quinientos metros? Le solté una reprimenda y le dejé saber lo que pensaba de la gente que fallaba en los momentos cruciales. ¿Acaso había pensado cenar primero? ¿Acabar de ver una película mala en TV-Norge? Estaba empezando a ultrajarlo. Esas ideas humanistas de las que tanto hablaba no eran más que un farol. Una fina capa de barniz con la que cubría el triste hecho de que era un miserable traidor, un hombre total y absolutamente carente de principios, sin entereza alguna. ¡Podía coger su maldito coche e irse directamente a la mierda!

—¡Elling! —dijo—. Ahora vas a hacer lo que te diga. ¡Vas a buscar a Reidun y a Kjell Bjarne y bajáis los tres a la calle!

Luego colgó el teléfono.

Bueno. No había otra cosa que hacer. No veía más salida que apostar todo absolutamente todo a esa única carta. Era una carta mala, pero era la única que tenía.

Reidun opinaba que estábamos histéricos. La única razón por la que no la puse violentamente en su sitio fue la certeza sobre la impredecible psique de la mujer. Había leído que el sangrado mensual con frecuencia las empujaba al extravío emocional, y asumí automáticamente que tampoco un parto debía de resultar demasiado estabilizador. A mí me daba la sensación de que le había subido la fiebre del parto.

Intentó negarse a que Kjell Bjarne la llevara en brazos, pero afortunadamente este ya había vuelto a sus casillas y la atajó en seco. Sin una palabra la cogió en brazos y la bajó por las escaleras como a una niña pequeña. Sin contemplaciones, por decirlo así. Yo por mi parte me hice cargo del bolso con las mudas y las cosas de aseo.

La verdad es que Alfons ya estaba allí. El coche estaba mal aparcado, medio subido a la acera, y el propio conductor en pie, apoyado sobre el capó, esperando. Me encaré con él inmediatamente. ¿Había estado en lo cierto cuando le decía que era posible acudir en nuestra ayuda en menos de cinco minutos o no? Eso lo podíamos discutir en otra ocasión, opinó él, y le abrió la puerta a Reidun.

—¡No te quepa duda! —le grité.

—Calmaos un poco, todos —dijo Reidun—. Hay tiempo de sobra.

—Ya me lo figuraba —dijo Alfons.

¡Muy bien, sí! ¡Así que ya se lo figuraba! Tiempo de sobra o no, esa no era la cuestión. La cuestión era que si yo llamaba diciendo que urgía, lo cierto era que urgía. En esos casos iba a tener que aceptar mi palabra. La alternativa era renunciar a mi amistad. Me metí en el asiento delantero y di un portazo, varias veces.

Cruzamos la ciudad a velocidad de tortuga. Nunca he visto demora y desorden igual. Cada vez que exigía un adelantamiento, o proponía algún atajo, Alfons me pedía simple y llanamente que me callara. Ni corto ni perezoso. Al cabo de un rato Kjell Bjarne empezó a entrometerse. ¡Y se puso de lado de Alfons! En otras palabras, eran tres contra uno, pronto cuatro. Pero la oposición fortalece. Los puse a caldo por no tomarse la situación más en serio. Estaba dispuesto a disculpar a Reidun, al fin y al cabo no estaba en plena posesión de sus facultades, pero me guardé cada uno de los comentarios críticos de los hombres. Almacené cada palabra en mi cerebro.

Cuando por fin llegamos, me quedé simplemente sin habla. ¡No era allí! No había ni un alma. Yo estaba delante cuando Reidun avisó al hospital de nuestra llegada justo antes de salir del piso y, naturalmente, había contado con cierta presencia de personal sanitario en la puerta. ¿Era este el estado social noruego o estábamos en algún sitio de las estepas de Mongolia? A mi entender se trataba de un caso de negligencia médica, de esos sobre los que constantemente se leía en los periódicos sensacionalistas. Te amputaban el pie derecho, en vez del izquierdo que estaba gangrenado. Pacientes de úlcera enviados a casa con el vientre lleno de herramientas.

Y ahora esto. Parturientas abandonadas a su suerte, o a cualquier conocido. Si no hubiera sido por el hecho de que Kjell Bjarne y yo encontramos a Reidun borracha como una cuba en las escaleras aquella vez, el ministro de Sanidad y Asuntos Sociales correría el riesgo de tener una vida o dos sobre su conciencia.

Pasillos. Puertas dobles. El olor a antiséptico de los hospitales. Tras la violenta pelea en el coche y la decepción ante la falta de acogida en el hospital, me adentré en un estado semi-irreal. Las voces zumbaban a mi alrededor, pero no registraba las palabras, solo la melodía del idioma; me quedé de pie tarareando aquella melodía. Indiferente, hasta cierto punto. Con el tiempo he comprendido que aquella reacción también era expresión de alivio. Al fin y al cabo habíamos llegado al hospital y, aunque el médico jefe brillara por su ausencia, alguien tendría que acudir si rompía aguas.

Por hacer tan corta como sea posible una desagradable historia: cuando hubimos liquidado las bobadas formales de papeleo y la cháchara vacía, nos pidieron que nos fuéramos, fue una horrenda mujer. A Alfons, Kjell Bjarne y a mí nos indicaron la salida. Inmediatamente me vi otra vez total y absolutamente presente y exigí mis derechos, me negué a moverme ni un milímetro y señalé que Reidun no tenía familia. Nosotros éramos sus amigos y no teníamos la menor intención de fallarle, a excepción de que personalmente no creía que mi estómago me fuera a permitir estar presente durante el parto. Aquella mujer sostenía que no tenía ningún sentido sentarse a esperar en el pasillo tan pronto y probó con un disco sobre que faltaban muchas horas para que «aquello realmente comenzara». ¡Qué chorrada! Cuando las contracciones llegan cada vez más seguidas es síntoma de que el parto se acerca. Y así, exactamente así, estaba Reidun Nordsletten. Eso le dije a aquella ignorante vestida de blanco. Que no me viniera a mí con faroles baratos. ¡Conocía mis derechos!

¡De patitas en la calle entre imprecaciones! Me decepcionó que fuera precisamente Kjell Bjarne quien me arrastró, puesto que en el fondo era su causa la que estaba defendiendo. Era él quien ahora estaba en el lugar del padre español. Era él quien debería haber demostrado su responsabilidad activa y no haberse quedado callado como una patata. Pero aquello era típico de Kjell Bjarne. Dejaba que mandaran sobre él. Y Alfons agitó el rabo obedientemente ante la autoridad. Cómo habría sido aquel hombre capaz de escribir poemas que despertaron el entusiasmo de los jóvenes estudiantes de los setenta era para mí un misterio. Un misterio mucho mayor que la cuestión de por qué había aparcado la poesía.

Bueno, bueno. La batalla estaba perdida, pero al fin y al cabo Reidun estaba en el hospital. Con muchas dudas acepté volver a casa en el coche. Iba a ser una noche larga, había que ahorrar fuerzas. Aunque no vi ninguna razón para hacer el más mínimo comentario cuando Alfons se puso a bromear sobre mi sincera implicación. Estoy en posesión de una gran dosis de autoironía, pero todo tiene un límite, incluso para mí. Por otro lado sentía un diminuto alivio porque era evidente que no estaba

enfadado conmigo. Durante un tiempo pensaba estar distante con él, pero en el fondo de mí me gustaba la idea de una amistad que aguantara una pelea. Kjell Bjarne iba detrás con la boca cerrada.

Alfons volvió a su casa, era un hombre mayor y, al fin y al cabo, eran más de las doce. Kjell Bjarne y yo nos quedamos en el piso, sin saber qué decir ni hacer. El teléfono se encontraba entre nosotros sobre la mesa y una mujer nos había dado un papel con el número correcto. ¿Pero cuándo podíamos llamar? ¿Y con cuánta frecuencia? Algo en su tono nos había hecho entender que preferían no tener noticias nuestras en toda la noche, que nos veían como dos camorristas y que ni siquiera habíamos dejado embarazada a la mujer a la que habíamos entregado. Si hubiera sido de día, seguramente habríamos podido buscar algún buen consejo en Frank, pero se pondría furioso si le molestábamos a aquellas horas de la noche.

Nuestros nervios fueron empeorando paulatinamente. Yo me imaginaba las escenas más horribles, como que Reidun Nordsletten simple y llanamente reventara. Reventara con estruendo. Veía al niño salir, estrangulado por su propio cordón umbilical, con joroba y dos muñones por pies. ¿Y si salían siameses? Ser gemelo siamés siempre me había parecido una verdadera pesadilla. ¡Solo eso de no poder ir al servicio en paz! ¡Tener que correr el riesgo de que tu propio hermano te emborrache como una cuba! No quería un destino así para nuestro pequeñuelo. Sí, había empezado a pensar en él como nuestro. Un nuevo miembro de la exclusiva tribu que habíamos fundado durante la excursión a Nevlunghavn. Las cosas podían ponerse difíciles cuando chocaban las diferentes personalidades del grupo, pero nos manteníamos unidos cuando hacía falta. Y ahora hacía falta. Simple y llanamente era necesario.

—Nos vamos —dijo Kjell Bjarne.

¿Irnos? ¿Ahora? Nunca en mi vida había salido a esas horas de la noche. Eran las doce y media. Por otro lado: teníamos que mantenernos despiertos hasta que aquello pasara. Frank nos había dado una tarjeta telefónica a cada uno para que pudiéramos llamar al hospital desde las cabinas. Y la violencia ciega podía más o menos descartarla, puesto que iba con Kjell Bjarne. Son muy pocos quienes están tan ciegos como para atacar a un hombre con aspecto de orangután. La idea de Kjell Bjarne no estaba nada mal. Tal y como estaba la situación, nuestro seguro hogar resultaba simplemente agobiante. Los terribles augurios que no podía quitarme de la cabeza se alimentarían constantemente a sí mismos, mientras no recibiéramos otros estímulos que la visión el uno del otro y del estúpido teléfono sobre la mesa.

Era una noche de invierno cálida y bonita. Primero paseamos un poco por el parque de Frogner, mientras probábamos suerte con diversos temas de conversación neutrales. Sin demasiado éxito, tendré que decir. Sin darnos ni cuenta, volvíamos al mismo carril destructivo de malformaciones y muerte. Porque Reidun estaba anormalmente grande, opinaba Kjell Bjarne. Y en eso tenía razón. Era imposible comprender que lo que estaba en camino era un pequeño español. Por otro lado: ¡la

hidrocefalia requiere sitio!

La cosa se ponía cada vez peor. Nos calentábamos el uno al otro. Si no hubiera sido porque estábamos en movimiento y al aire libre, nuestro estado mental habría vuelto a cero, es decir, al sitio donde estaba cuando llegamos a la ciudad.

Al final entendí que había que hacer algo y gesté una idea extremadamente poco ortodoxa. Invité a Kjell Bjarne a tomar una copa de vino.

Al principio creyó que me había vuelto loco, naturalmente. En la práctica ambos podíamos ser considerados casi como abstemios. No bebíamos, y sanseacabó. Lo más fuerte que había visto ingerir a Kjell Bjarne era media botella de cerveza sin alcohol. Yo tenía algo más de experiencia, al fin y al cabo había hecho un viaje organizado a España, junto con mi madre, y con ocasión de ello bebí un par de copas del vino local. Pero entonces fue por una cuestión de cultura y no de borrachera y jaleo. Porque la borrachera y el jaleo nos repugnaban a los dos, tanto a Kjell Bjarne como a mí, por eso nos llevábamos tan bien. Aquella vez en España, sin embargo, me di cuenta de que el poquito de vino que tomé tuvo sobre mí un efecto tranquilizador. En fin, simple y llanamente me relajó. Eso se lo expliqué a Kjell Bjarne.

—Será la excepción que confirme la regla —dije.

—¿A qué te refieres? —dijo, seguía sin estar demasiado entusiasmado con la idea.

—Nosotros no bebemos nunca alcohol —dije—. Por eso hoy nos podemos tomar una copa.

Kjell Bjarne no comprendía aquella lógica. En el fondo yo tampoco, pero intenté explicarle que nos encontrábamos en una situación muy especial, en la que nuestros nervios, por razones evidentes, se habían desequilibrado.

—¿Y privar nos va a ayudar? ¿Tú eres tonto perdido, o qué? Cuando bebe es cuando mi madre se pone completamente histérica.

—Eso es porque bebe todos los días —le expliqué.

—Bueno, está bien. Pero solo una copa. Y como no nos ayude, me voy a cabrear.

Encontramos un pequeño café no muy lejos del Palacio Real. Como de costumbre, nos costó un poco entrar, pero al fin y al cabo éramos dos hombres que conocían el arte de envalentonarse. Sin darnos siquiera cuenta, nos vimos en un rincón, sentados ante una mesa de mármol. Kjell Bjarne miraba a su alrededor con los ojos abiertos de par en par, mientras que yo apostaba por un gesto más introvertido, más cansado de la vida. Porque me había percatado de que muchos de los espectadores del Café Nordraak parecían considerablemente cansados de la vida y en el fondo era un gesto que me gustaba bastante. A veces me entrenaba para hacer precisamente ese gesto, cuando me dedicaba a recortarme las barbas para que parecieran de un par de días. Lo difícil era parecer un poco malhumorado, al mismo tiempo que se emitía la señal de que hasta cierto punto se aceptaba estar presente en la realidad. Como si, tras leer de

todo, ver de todo y escuchar de todo, finalmente no se estuviera del todo mal. Con ciertas reticencias, se podía posponer el suicidio un mes o así. Entretanto se mataba el tiempo con una copa de vino y un puro *light*, en un café en medio de la noche, por qué no. No se esperaba ningún milagro y no se deseaba ninguna salvación.

—Un sitio curioso —dijo Kjell Bjarne.

Sí que lo era. Casi me atrevo a afirmar que las obras de arte que colgaban en las paredes eran originales y que las plantas eran cien por cien auténticas. Los clientes eran como yo, intelectuales. Algún que otro artista y escritor, suponía yo. Estaba a gusto allí.

El camarero se acercó de puntillas. ¡Sí, de verdad! Tripetitrap. Pelo corto, camiseta negra y pantalones de cuero ajustado.

—¿Y aquí qué vais a querer, chicos? —nos sonrió a Kjell Bjarne y a mí, al tiempo que sacaba una pequeña libreta de un mandil corto.

Le pedí dos copas de vino tinto de la mejor marca, al mismo tiempo que le expliqué que teníamos algo que celebrar, para que no creyera que hacíamos aquello todos los días.

—¿Un Bordeaux, quizá?

¡Sí, justo! ¡Eso era exactamente lo que queríamos! Dos copas de Bordeaux.

Retornó contoneándose a la barra.

Kjell Bjarne se inclinó hacia mí: —¿Será marica, tú crees?

—Sí —dije—. Debe de serlo.

Y para que a Kjell Bjarne no se le ocurriera hacer ninguna tontería, le susurré que en los sitios un poco finos era habitual tener camareros homosexuales. Lo mejor era hacer como si nada. Solo los peores paletos de la ciudad montaban jaleo por esas cosas:

—No olvides que es algo completamente natural —concluí, porque eso era lo que decía el psicólogo de Brøynes.

—¡Pues claro que no es natural! —dijo Kjell Bjarne—. ¡Porque, porque entonces no saldrían críos! ¡Nos extinguiríamos!

—Quizá sería lo mejor —bromeé—. Para que por fin hubiera un poco de paz y tranquilidad en este mundo —lo último que quería era debatir aquel asunto con él, porque vi que el camarero estaba volviendo con el vino, así que señalé el teléfono junto a la entrada del servicio—. A propósito de niños, ¡llama al hospital!

—Anda, ¿no podrías llamar tú?

—No —dije—. Esto es un entrenamiento estupendo. Además tú eres el novio, no yo —añadí—. ¿O me equivoco?

Se puso de pie conteniendo la risa.

El vino era estupendo. Casi excelente, diría yo. Un poco ácido, pero en fin, había entendido que así tenía que ser. Tomé un buen sorbito y saqué un puro. No perdía de vista a Kjell Bjarne. De pie, miraba fijamente al camarero y al parecer esperaba que le cogieran el teléfono. Poco después consiguió contactar, le dio la espalda al local y

se tapó la oreja izquierda con la mano.

Al volver, temblaba: —Han dicho que ya ha empezado.

—¿Empezado? —dije—. Pero si empezó hace varias horas. ¡Por eso fuimos al hospital!

—Empezado en serio —dijo, y se bebió toda la copa de vino de un único trago, se secó la boca con el dorso de la mano y se estremeció—. Han dicho que llame en una hora.

Volvió a aflorar el viejo nerviosismo que habíamos conseguido calmar un poco al entrar en el café. ¿Porque acaso no habían dicho que esto podía llevar mucho rato? ¡Y ahora, al cabo de solo un par de horas, todo estaba en marcha! Tenía que haberse caído en el baño. No se me ocurría otra razón. Me entraban náuseas solo de pensarlo, pero al mismo tiempo me alegraba de no haberle contado eso a Kjell Bjarne. No hubiera soportado un mensaje así, lo comprendí instintivamente cuando vi lo fuera de sí que estaba.

—¡No me ha ayudao una mierda! —dijo amenazador, y empezó a buscar al camarero.

—¡Ahora vas a tener que intentar calmarte! —le dije severamente—. Esto es vino y no zumo ni agua. Además el alcohol no surte efecto inmediatamente.

—¡Quiero otra copa!

—Solo si te la bebes superdespacio —dije—. ¿Porque no habrás pensado emborracharte? Porque como te emborraches llamo a Frank, ¡aunque sea a estas horas! Entonces vas derecho a Brøynes y quién sabe con quién tendrías que compartir habitación. ¡No es seguro que tengas tanta suerte como la última vez!

—¡Tú no puedes mandar sobre mí! ¡Y además tienes la copa casi vacía, tú también!

¡Y era verdad! Debía de haber estado muy diligente con los sorbitos desde que Kjell Bjarne habló con el hospital.

—Lo único que quiero decir es que tenemos que tener cuidado —dije—. Ninguno de los dos está acostumbrado a beber. Además has sido tú quien ha dicho que solo quería una copa.

—Quería una copa de verdad —dijo cariacontecido, y se puso a jugar con el pie de la copa.

Y en el fondo tenía razón. Nos habían dado dos copitas de nada. Copas para huevos pasados por agua, en realidad. Y ni siquiera las habían llenado del todo. Por eso hice un elegante gesto con dos dedos y de ese modo conseguí atraer la atención del camarero. Eso de conseguir contactar tan fácilmente con la dirección del lugar me puso de buen humor. Alzaba dos dedos y él asentía y comprendía. Entre nosotros las palabras resultaban superfluas. Sabía lo que bebían los dos tipos del rincón y ahora volvían a tener sed. Decidí que iba a empezar a frecuentar aquel lugar. Yo no era de los que se amedrentaban ante un homosexual o dos, y el ambiente del lugar me atraía. Me embargó una cálida apacibilidad. En aquel lugar me sentía como en casa.

Bien avanzada la segunda copa empecé a entender lo que había querido decir Alfons. No pretendo decir que me arrepintiera de haberle dado una lección, pero ahora que tenía un poco de distancia, entendí que mi implicación podía ser interpretada por otros como histerismo. No era culpa suya si no veía los matices, al fin y al cabo era un hombre mayor. Aireé el asunto con Kjell Bjarne y estaba completamente de acuerdo. Salió a la luz que había estado tan nervioso que simple y llanamente había tenido que dejarme a mí el liderazgo. Incluso me tendió la mano y me dio las gracias.

—¡Olvídalo! —dije.

Y luego le expliqué un poco lo bueno que era que las personas fuéramos distintas, me explayé un poco sobre la variedad de la naturaleza. Él escuchaba y asentía. Incluso añadió que no había dos copos de nieve exactamente iguales. Honestamente, no me había esperado eso de él. Había entendido lo que le decía, a pesar de que naturalmente se movía un poco por fuera del propio asunto. Yo estaba pensando sobre todo en organismos vivos y se lo hice notar, pero ahora ya se había envalentonado y dijo que también los copos de nieve eran parte de la naturaleza, cosa en la que no me quedó más remedio que darle la razón, claro. Aun así, era en el reino animal y vegetal donde realmente se podía empezar a hablar de individuos distintos, por eso me había puesto un poco quisquilloso, no debía tomárselo a mal, no pretendía discutir. Entonces se rio de corazón. No se lo tomaba en absoluto a mal, además no le gustaba discutir. Solo discutía cuando se asustaba, afirmó, y ahora se sentía casi completamente seguro. Me agradecía de todas las maneras posibles lo del vino, porque desde luego que tenía razón. Quería volverme a estrechar la mano, pero le dije que no era necesario que dos amigos tan cercanos como nosotros se estrecharan todo el rato las manos en agradecimiento. Bastaba con que nos relacionáramos así las veces que pensara que le había sido de verdadera ayuda. Pues ahora lo había sido, opinaba él, y me volvió a tender la mano. Hacía un rato estaba completamente fuera de sí, pero ya se estaba relajando casi completamente. Brindamos por el nuevo ciudadano del planeta y por la mujer más maravillosa del mundo. Las copas estaban vacías y, sin darme ni cuenta, había alzado de nuevo los dos dedos. El brazo salió disparado en un arco casi perfecto y disfruté de la visión del camarero que cogía la orden y se ponía en marcha con la botella y las copas. Era una sensación maravillosa esa de poder estar así sentado dando órdenes, en vez de recibirlas uno de los demás. Yo ya había recibido las suficientes órdenes. Ahora me tocaba a mí. La sangre me burbujeaba. Cuando el vino llegó a la mesa, no pude evitar guiñarle el ojo al camarero. Ahora con la distancia puedo decir que fue una suerte que llevara puestas las gafas de sol, pero en aquellos momentos me pareció lo correcto, tales eran las ganas de mostrarle que no tenía nada en contra de su inclinación. Tenía el sincero deseo de que se sintiera tan seguro como yo, porque ahora me sentía total y completamente seguro.

Kjell Bjarne fue al servicio. Aproveché la ocasión para llamar a mi nuevo amigo

homosexual. Lo cierto es que me entendió mal y vino con otras dos copas, pero me lo tomé con magnanimidad. Le expliqué que si Kjell Bjarne parecía un poco alterado y nervioso, solo era porque su novia estaba dando a luz en aquellos mismos momentos. Al cabo de media hora, probablemente sería padre. Sí, usé la palabra «padre», porque de algún modo resultaba muy natural. Además era más fácil decirlo así, que contarle toda la complicada historia de cómo eran las cosas.

—¡Diosecito mío de mi alma! —dijo el camarero arqueando las cejas—. ¡Avísame cuando sepas algo seguro y saquemos champán por cuenta de la casa!

Una cosa era segura: nos encontrábamos entre amigos. Me había expresado lo suficientemente alto como para que algunas de las mesas vecinas empezaran a brindar con nosotros cuando Kjell Bjarne volvió del servicio. Y nosotros brindábamos de vuelta y pasamos la noche de nuestras vidas. No tardé en llegar a la conclusión de que no había estado tan a gusto en toda mi vida. ¡Champán por cuenta de la casa! Se lo conté a Kjell Bjarne y se conmovió tanto que tuvo que sacar el pañuelo.

—¿Y el champán qué es, Elling?

—No tengo ni idea —dije—. Pero es igual. Lo más importante es que esta gente quiere celebrarlo con nosotros.

Al cabo de diez minutos volvía a estar en el teléfono. Ahora se sentía más seguro, me daba cuenta. Marcó el número con autoridad.

Pasó algo extraño. Las conversaciones en torno a las otras mesas enmudecieron casi del todo. La mayor parte de las caras se volvió hacia Kjell Bjarne, que por alguna u otra razón señalaba y explicaba con la mano izquierda, mientras sostenía el teléfono con la derecha. El homosexual estaba en pie con los brazos cruzados, con un cigarrillo humeante en la comisura de los labios. Completamente concentrado.

Kjell Bjarne colgó lentamente. Y al volverse se limitó a quedarse quieto sonriendo, mientras lloraba. Nunca había visto nada igual, así que yo también tuve que sonreír y llorar.

—¡Pero di algo, hombre! —gritó alguien.

Fue como si Kjell Bjarne cogiera carrerilla y luego pegó un berrido: —¡HA SIDO UNA NIÑA COJUNADAMENTE GRANDE!

¡Estalló el aplauso! La gente vitoreaba y chillaba y, sin que nos diéramos ni cuenta, de pronto Kjell Bjarne había hecho el pino en medio del local. ¡En ese momento se pusieron como locos! Se subieron a las sillas y empezaron a aplaudir al compás, mientras Kjell Bjarne daba vueltas caminando sobre las manos; me recordó un poco a un oso que había visto una vez en el circo con mi madre. Y una vez que pensé en mi madre, me puse también un poco triste en medio de todo, lloré y lloré, porque me había sido concedido vivir aquello.

Kjell Bjarne se dejó caer y volvió a la mesa. Tenía la cara colorada y las lágrimas

habían corrido hasta su escaso cuero cabelludo. Tenía un aspecto bastante curioso. El camarero acudió corriendo con dos grandes botellas verdes y un montón de copas altas, y los corchos salieron disparados hacia el techo. Sin darnos ni cuenta nos vimos en medio de un cariñoso huracán, un tornado de amabilidad y burbujeante bebida. Gente a la que nunca antes habíamos visto nos felicitó cordialmente. Estábamos sudorosos y acalorados y el champán helado nos refrescó:

—¡Esto si que está rico de beber! —gritaba Kjell Bjarne una y otra vez. Brindamos para dar a la niña la bienvenida al mundo. Brindamos por la madre y brindamos por Kjell Bjarne. Brindamos por la presidenta Gro Harlem Brudtland y por el rey. En el mencionado orden.

Pero la verdad es que estaba empezando a marearme un poco. No mucho, solo lo suficiente como para notarlo. Registrarlo, por decirlo así. Además me di cuenta de que Kjell Bjarne había empezado a omitir ciertas palabras cruciales en sus frases, y que daba la impresión de que los ojos estaban empezando a salirse un poco. No era tan tonto como para no comprender lo que estaba a punto de pasar, pero era como si resultara muy natural simplemente entregarse al vino y a la vida, y a toda aquella amable gente. Hermanos y hermanas de todas las edades. Me dije a mí mismo que al fin y al cabo había una diferencia entre eso de estar un poco bebido y lo de estar completamente borracho. Pero aun así: nos teníamos que despedir, y conseguí explicárselo a Kjell Bjarne. Al fin y al cabo algo nos estaba esperando, o mejor dicho, alguien. ¿O es que había pensado esperar hasta mañana para ver a la madre y a la hija? Por supuesto que no. Quiso salir corriendo, pero lo retuve. Porque yo no soy de esos que se largan sin pagar la cuenta. Me levanté para acercarme a la barra, donde mi amigo estaba sirviendo unas cervezas. ¡Qué barbaridad! ¡La habitación daba vueltas! Tuve que reírme. Los cuadros bailaban sobre la pared. Cuando fui a contar el dinero, me hice un lío. Al final dejé todos los billetes sobre la barra y le dije que cogiera lo que quisiera. Al mismo tiempo le di las gracias por la agradable velada y le invité a nuestra casa a la noche siguiente. Éramos gente tolerante que no solía incomodar a quienes se dedicaban a introducirse puños por el ano. Lo aceptábamos todo. ¡Absolutamente todo!

—Voy a llamar a un taxi para vosotros, amigo mío. Me parece que esta noche os lo debéis permitir.

Una estupenda idea. Acepté inmediatamente y, diez minutos más tarde, de hecho, fuimos acompañados al taxi. Kjell Bjarne no dejaba de reírse, no sé de qué, supongo que alguien le había dicho algo gracioso al despedirse.

Aunque cuando llegamos al hospital no hubo tanto de lo que reírse. Yo estaba un poco mareado por la temeraria conducción del taxista y, cuando encima empezó a discutir por el precio, lo puse en su sitio. Probó suerte con un farol barato sobre que estaba confundiendo el reloj del salpicadero con el taxímetro, pero no me lo tragué.

Naturalmente se había dado cuenta de que habíamos tomado un par de copas y estaba tanteando el terreno. Le expliqué que ese tipo de trucos lo podía usar con los campesinos y los pescadores, pero que, con gente de gran ciudad como Kjell Bjarne y yo, esas cosas no colaban. ¿Acaso quería recibir una tunda de palos en ese mismo momento? Le pegué un empujón a Kjell Bjarne, por si empezaba una pelea, pero él se quedó sentado hablando de Brøynes y las mujeres. Por eso, cuando el taxista vino y me sacó a rastras del coche, decidí pagarle de todos modos. Y darle una buena propina, para que no llamara a la policía, cosa con la que nos amenazaba todo el rato. Cogí todos los billetes y monedas que tenía y se los tiré a la cara. No quería entrar en aquel maldito juego de dinero, era demasiado infantil, y tenía otras cosas con las que ocupar mi vida. Cómo siguió la cosa no lo recuerdo, porque un instante después, Kjell Bjarne y yo estábamos aporreando la puerta del hospital. ¡Queríamos ver a la niña! Kjell Bjarne había arrancado parte de un arbusto, dado que las floristerías todavía no habían abierto. Unas rosas silvestres, al parecer, porque sangraba como un cerdo, pero se lo tomó con calma. Al fin y al cabo estábamos en el hospital.

No tengo ni idea de cómo llegamos a casa. Lo más probable es que tampoco lo averigüe nunca. Una buena parte de una noche ha sido robada de mi consciencia. Y Kjell Bjarne tampoco puede contribuir a solucionar el misterio, porque él no recuerda ni que saliéramos del café.

Fue como despertar en una pesadilla. Yo estaba tirado en la cama de Kjell Bjarne, bañado en mi propio vómito. Tenía los ojos simple y llanamente pegados por pestilentes restos de comida. Cuando por fin pude abrirlos y hacerme realmente cargo de la terrible situación, vi a *Elmer* sentado en una silla mirándome sorprendido. Me sentía enfermo como nunca antes lo había estado. La cabeza me martilleaba y ardía, y mi tripa se retorció en cuanto conseguí ponerme en pie. Vomité bilis verde en las zapatillas de deporte de Kjell Bjarne, no pude impedir que pasara. Pero lo peor era el miedo. Me daba todo miedo. Ante todo tenía miedo de haber matado a Kjell Bjarne, dado que me había despertado en su cama. Cuando me lo encontré durmiendo con los brazos en torno al inodoro, me asusté por un montón de otras cosas. ¿Habíamos pegado al taxista? ¿Dónde estaba nuestro dinero? En mis pegajosos bolsillos no encontré más que un billete de cincuenta enrollado. Pero lo peor de todo: ¿qué habíamos montado en el hospital? No tenía la menor idea, es decir, sí la tenía, tenía muchas intuiciones y eran todas malas.

Me desvestí y meforcé a entrar en la ducha. Vomitaba y me duchaba, vomitaba y me duchaba. Kjell Bjarne estaba más allá de todo contacto. Al parecer había estado intentando desvestirse cuando le abandonó la consciencia, porque la camisa estaba hecha un gurrño en torno a su cuello y los botones estaban esparcidos por el suelo. Usaba la sanguinolenta mano derecha como una especie de almohada. En el lavabo había una chaqueta de traje gris, que no era de ninguno de nosotros. ¿Habíamos

seguido después de estar en el hospital? Bueno, ¿y por qué no? Si habíamos sido capaces de llegar a casa, seguramente también habíamos sido capaces de hacer unas cuantas otras cosas. Me estremecía de solo pensar en lo que se nos podría haber ocurrido. ¿Cómo era posible que la cálida alegría, la intensa sensación de arraigo que habíamos sentido con las copas de vino pudieran evolucionar hacia una amarga derrota como aquella? ¡Qué sustancia tan infame era el alcohol!

Porque ahora estaba todo destruido. Eso lo tenía claro. Era triste, pero era un hecho. El Ayuntamiento de Oslo nos había dado una oportunidad y nosotros la habíamos desperdiciado. Si no hubiera estado tan indispuerto como estaba, me hubiera puesto a hacer las maletas inmediatamente. Me imaginé lo triste que se pondría Gunn cuando Kjell Bjarne y yo volviéramos a Brøynes con sendos problemas de alcoholismo. Con la fe que había tenido ella en nosotros. Sobre todo tenía ganas de llorar, pero simple y llanamente me faltaban las fuerzas. En lugar de eso me puse unos calzoncillos limpios, y llamé a Frank.

Se lo dije sin ambages. Le expliqué que el alcohol había acabado con nosotros, que nos iba a resultar imposible mostrarnos en público después de aquello. Porque resultaba que no teníamos la menor idea de lo que habíamos hecho durante gran parte de la noche, al menos yo estaba en blanco. Le expliqué que Kjell Bjarne estaba desmayado sobre el inodoro y que lo más probable era que hubiera robado una chaqueta de traje. Literalmente había tirado toda la pensión, y además a la cara de un taxista. Con la cohesión que había entre los taxistas, ya no podía sentirme seguro en ningún sitio, tal vez a excepción de Brøynes. ¿Qué me ofrecía?

¡Risa, al parecer! Se moría de risa y dijo que ya nos podíamos apañar solitos. Quise saber cuándo tendría lugar el traslado a Brøynes, pero de eso no quiso oír ni una palabra. Brøynes era para chiflados, decía él, y luego dijo que en el fondo lo que habíamos hecho era bastante normal, al menos el punto de partida. ¿Qué tipo de punto de partida, si se podía saber?

—Por Dios, Elling, hombre. Salisteis a celebrar el nacimiento del bebé y luego se os fue un poco de las manos. Tómate una aspirina y vete a la cama. ¿Están bien la madre y el niño?

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa? —dije—. Ni siquiera recuerdo si hablamos con alguien allí de madrugada. Es completamente horrible. Nunca me había pasado nada parecido. ¿Imagínate que hubiera intentado violar a alguien?

—A ese respecto creo que te lo puedes tomar con total calma, Elling.

¿Ah sí? ¿Qué quería decir con eso?

—Es igual. Tú limpia el vómito e intenta despertar a Kjell Bjarne. Y una cosa más: Sal a comprar un litro de leche en cuanto te recuperes un poco.

¿Leche? ¿Se había vuelto loco? Me entraron náuseas solo de oír la palabra.

—Esta noche me pasaré por ahí —continuó—. Y voy a comprobar el sello de la fecha. No pienso dejar que os quedéis encerrados en el puto piso, solo porque la hayáis cagado estando chuzos.

—Nunca conseguiré hacer eso —dije, cosa que era verdad.

Solo pensar en toda la gente de ahí fuera me volvía loco. Iba a vomitar en la cola de la caja registradora. Mearme en los pantalones.

—Con esto queda encargado un gran vaso de leche —dijo Frank sin piedad, y colgó.

Oí que Kjell Bjarne se había despertado en el baño. Sonaba como si las tripas se le estuvieran saliendo por la boca.

Todo se pasa. O más precisamente: todo pasa a ser otra cosa. He aprendido a consolarme con eso, cada vez que la vida se pone fea. De pie, junto a la ventana abierta del piso de Alfons, miraba cómo Reidun ponía la mesa de *camping* en el patio. Tazas de café, platos y servilletas amarillas. Al sol estaban sentados Kjell Bjarne y Frank, Kjell Bjarne con la pequeñuela en el regazo. En general era muy reacio a soltarla, Reidun casi tenía que pelearse con él cada vez que le iba a dar la teta. Dentro de la cocina, Alfons estaba llenando dos termos con té y café.

—Te he traído el *Dagbladet* —dije tan desenfadadamente como pude.

Ahora que me había acordado, por decirlo así, no fuera a llevármelo de vuelta a casa, porque allí tenía otros dos impecables ejemplares del mismo periódico.

—Muy amable —dijo distraído—. Aunque ya sabes que compro el *Dagbladet* todas las mañanas.

Sí, así era, le respondí, pero siempre podría habersele olvidado por una vez. Lo desdoblé, Dios sabe cuántas veces lo había hecho ya, y contemplé la primera página. Abajo del todo, a la izquierda, digamos que a la sombra del titular principal, que era sobre la vida sentimental de la princesa Diana, aparecía la buena noticia del día, en negro sobre fondo amarillo: «¡POETA DEL CHUCRUT ACTÚA!». Véase página 17. Eso hice, por enésima vez, tendré que añadir. Y para decirlo sin ambages: me sonrojaba de orgullo al ver la foto de Kaare Svingen sosteniendo un paquete de chucrut en la cocina de su casa en Hovseter. Un tipo mayor con un aspecto muy simpático que, a pesar de preferir personalmente los poemas en verso, contaba que el episodio le había dado color a la vida cotidiana. No tenía la menor intención de demandar al productor. El portavoz de la Fábrica de Conservas de Grimstad, un cierto Arne B. Johnssen, decía que obviamente no debían pasar ese tipo de cosas, pero expresó su alivio por que el poema al menos no hubiera sido encontrado dentro del propio envase de plástico. En tal caso se hubiera visto obligado a poner en marcha una investigación interna, como él lo llamó. Pero lo mejor de todo: habían reproducido el poema en su integridad, incluso le habían puesto un elegante marco. Simple y llanamente había hecho mi debut, ¡y en el mayor periódico cultural de Noruega! Miles de personas por todo el país estaban discutiendo quién podría ocultarse tras la misteriosa E. ¡Estaba en boca de todo el mundo! Me imaginaba el cuchicheo por las cafeterías de las diversas editoriales noruegas. ¿Sería posible rastrear al poeta anónimo y ganarse su confianza? La respuesta a ambas preguntas era la misma, y muy sencilla: No. Prefería deleitarme con mi anonimato autoelegido, y no tenía ninguna fe en la cultura apareada con el gran capital. Yo tenía mi pensión y pensaba mantener mi integridad artística. Naturalmente resultaba tentador ser reconocido por la calle, o en el Café Nordraak, pero no si el precio era mi propia imagen de mí mismo. Quería vivir y morir como el hombre sin rostro, la voz anónima de las calles acalladas por la noche.

—¿Te has fijado en el poeta del chucrut? —dije, y dejé que las palabras fueran acompañadas de una risilla seca, me puse un poco en evidencia, pero no demasiado.

—Sí, jolín —dijo Alfons—. Y tampoco estaba nada mal, el poema ese.

Luego se quedó rígido. Estaba de pie, dándome la espalda mientras enroscaba la tapa de uno de los termos y vi cómo se le tensaba la musculatura de la nuca. Se volvió lentamente y me miró a los ojos, noté cómo me sonrojaba. Descubierto. Desnudo.

—E... —dijo sorprendido.

No respondí. Era como si no hubiera nada que decir justo en ese momento.

—Simplemente no se me ocurrió —continuó—. Tengo que admitirlo.

—¿Por qué lo dejaste? —dije.

La verdad es que había decidido no plantearle nunca esa pregunta, incluso le había prohibido a otros que lo hicieran, pero en esos momentos sencillamente se me escapó. Por un momento tuve miedo de que se enfadara, o aun peor, de haberlo metido en un apuro, de haber desgarrado algo doloroso, algo peligroso. Pero en cambio simplemente sonrió y negó ligeramente con la cabeza.

—Ya había dicho lo que tenía que decir —dijo—. Estaba harto de mi propia voz. Llegué a la conclusión de que les tocaba a otros tomar la palabra.

En el momento en que lo decía, el bebé soltó un furioso chillido en el patio. Un tono agudo y cortante que pareció llenar la habitación en la que estábamos Alfons y yo.

—Suena muy dramático —dije—. Pero en realidad solo quiere leche.

—Sí —dijo—. En el fondo es así de sencillo.



INGVAR AMBJØRNSEN (Tønsberg, 1956). Es considerado uno de los grandes narradores de la literatura noruega contemporánea. Sus libros se caracterizan por las descripciones realistas, analizando de forma magistral el lado más sórdido de la vida. Los protagonistas son a menudo descritos con ternura y cariño. La soledad y la amistad se expresan con un estilo literario conciso.

Desde su debut literario en 1981, Ambjørnsen ha escrito diecinueve novelas y tres libros de relatos cortos, así como varios libros para niños y jóvenes, destacando la tetralogía sobre el genial Elling, que ha sido aclamada por la crítica y es un éxito de ventas en Europa. De la serie Elling se han rodado tres películas y la obra de teatro ha sido representada en toda Europa.

Ambjørnsen ha recibido numerosos premios por sus libros infantiles y para adultos. Entre ellos destacan el Tabu Prize en 2001, el Telenor Culture en 2002, y el Brage Prize en 1995.